

JORGE BUCAY



**Cuentos
clásicos para
conocerlos
mejor**


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Notas sobre este libro

Capítulo 1. El patito feo

Capítulo 2. La Cenicienta

Capítulo 3. El elefante volador

Capítulo 4. Caperucita Roja

Capítulo 5. Eros y Psique

Capítulo 6. El flautista de Hamelin

Capítulo 7. La bella durmiente

Capítulo 8. La historia de Adán y Eva

Capítulo 9. El sastrecillo valiente

Capítulo 10. Las aventuras de Pinocho

Capítulo 11. Hansel y Gretel

Capítulo 12. La sirenita

Capítulo 13. El traje del emperador

Capítulo 14. Blancanieves y los 7 enanitos

Capítulo 15. La leyenda de Ulises

Epílogo

Apuntes de investigación

Bibliografía

Láminas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A partir de los cuentos clásicos podemos conocer mucho sobre el comportamiento humano. Nuestros miedos, fantasías e ilusiones; los objetivos propuestos y logrados, y los retos y obstáculos a que tenemos que enfrentarnos. Jorge Bucay relata a los lectores, en un lenguaje moderno y lleno de magia, 15 cuentos e historias clásicos (*El patito feo*, *La bella durmiente*, *La sirenita*, etc.), con la moraleja tradicional y una nueva interpretación personal que va más lejos para ahondar en lo peor y lo mejor de nosotros y nuestros comportamientos.

Un libro lleno de enseñanzas para conocernos mejor, pero también una relectura deliciosa de los cuentos de nuestra infancia con muchos datos curiosos sobre cómo surgió cada relato y se ha mantenido a lo largo del tiempo y en las diferentes culturas.

A Benicio,
Lucía,
Manuel
y Pedro

Y Caperucita preguntó al lobo como si hablara con su abuelita:
—¿Por qué vuelves a leer esos cuentos, si ya te los conoces de memoria?
El lobo se puso de pie y le contestó con voz muy clara:
—¡Para conocerme mejor!

Jorge Bucay, 2017

PRÓLOGO

Había una vez... «una vez»
Que a fuerza de ser contada
Se repitió tantas veces...
Que se volvió realidad.

Cuentos para pensar (1998)

La famosa frase con la que comienzan los cuentos, «Había una vez», me recuerda otra famosa sentencia: «Abracadabra». Las dos, cada una a su manera, nos permiten, tal y como yo lo veo, entrar en un universo mágico, el de las emociones, las herramientas más valiosas y útiles en el camino de volvernos mejores y más crecidas personas. Catapulta irremplazable para acercarnos a comprender nuestra cultura, incluidos sus principios, valores, creencias y costumbres.

Leer, disfrutar, comprender e interpretar un cuento, es una forma de traspasar sus códigos secretos; una manera de recibir un mensaje que viene a compartir con nosotros siempre algo inusual, impensado o mágico, que muchas veces está tan alejado de nuestro pensamiento lógico formal, que nos arrastra a conclusiones contrapuestas con nuestra manera cotidiana de ser y de pensar, cuando no a ideas excluyentes y enfrentadas con el sistema de creencias de la mayoría.

No en vano me viene a la mente la palabra *hermenéutica*, que se refiere a la ciencia o al arte de interpretar el significado de las cosas, especialmente de la letra escrita. Su nombre se lo debe a Hermes, uno de los dioses del Olimpo de la mitología griega que, gracias a sus zapatos alados, era capaz de recorrer toda la tierra en unos pocos minutos para llevar a los hombres los mensajes de los dioses y, de paso, traducirlos para que los mortales pudieran comprender su significado profundo y cumplir así su destino de grandeza.

Contemplando como mero testigo el mundo de lo cotidiano, pareciera que como sociedad y como individuos estuviéramos intentando restar importancia a ese mundo de los cuentos (siguiendo la metáfora, «desoyendo el mensaje divino»)... Y, sin embargo, ese universo vuelve a hacerse presente una y otra vez, quizás, como yo creo, porque tiene todavía cosas que decirnos, cosas que necesitamos escuchar. Todo esto es, en sí mismo, literalmente fantástico porque ese mensaje, el de los cuentos, no es el mismo para todos, y ni siquiera es idéntico a aquel que creímos recibir, en aquel entonces, cuando escuchamos esa misma historia por primera vez.

No existe en el mundo, hasta donde yo sé, una biblioteca pública que no tenga un sector específico dedicado a la literatura infantil y juvenil y la Biblioteca Nacional Argentina, nacida junto con la independencia del país, en 1810, no es para nada una excepción. Habitan en sus estantes miles de libros de cuentos, de todas las épocas y culturas, algunos más que sorprendentes no solo por sus letras y presentaciones, sino también llenos de maravillosas y originales ilustraciones, verdaderas obras de arte diseñadas la mayoría de las veces para cautivar los ojos de los más pequeños, y acompañarlos, como una guía adicional, en la lectura de la historia que se relata en su texto. Millones de personas de todas las edades consultan las bibliotecas cada año, dejándose modificar por lo que leen. Tal es la fuerza de la letra escrita, que tan descuidada, despreciada y olvidada encuentro, y que tanto deberíamos cuidar.

En su número especial de San Jordi de 2005 la revista *Babar* de Barcelona publicaba el texto del discurso que pronunció el autor del libro *¡Música, maestro!* al recibir por su obra el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Con sus entonces muy jóvenes 50 años Miquel Creus i Muñoz (más conocido por su seudónimo literario, Desclot) decía entre otras cosas:

Nuestros antepasados fueron analfabetos, pero no necesariamente ignorantes. Ellos, simplemente, disponían de otro sistema de almacenamiento y transmisión del saber. A ellos les bastaba la memoria, que hacía las veces de biblioteca, y la transmisión oral, que hacía las veces de lectura. Los niños de aquella sociedad analfabeta (no ignorante), estaban en contacto permanente con la tradición oral, ya fuesen canciones, cuentos o adivinanzas, desde su más tierna edad y hasta su madurez. No iban a la escuela, pero heredaban un saber secular. No leían, pero escuchaban la literatura que sabían sus mayores, y jugaban todo el día con las canciones y las fórmulas verbales que les había legado la tribu. En el fondo, eran más literarios que los niños alfabetizados de nuestros días. Con el tiempo, la cultura escrita fue extendiéndose y las formas de vida moderna,

con todos sus sistemas de memoria artificial, fueron acabando con la tradición oral, y los niños perdieron el contacto que con tanta naturalidad habían mantenido con la literatura.

Reclamaba así, desde este análisis, una literatura infantil «más florida y cautivante» que llene el vacío dejado por la ausencia de transmisión oral de sabiduría, ya que, sin ninguna de ellas, la sociedad va camino de quedarse en estado de carencia cultural, especialmente para los más jóvenes.

No olvidemos que la literatura, especialmente la literatura infantil, tiene como primera función un compromiso estético y seductor, que se materializa en el desafío de promover en los más pequeños el gusto por la belleza de la palabra y el deleite de recorrer mundos de ficción. Escuchar y leer cuentos, dejándose encantar por el relato, es la experiencia literaria primordial; y como tal debería comenzar en el entorno familiar y prolongarse por el resto de la vida.

Como señala el mismo Desclot, a la lectura se llega por el placer y sería deseable que ese placer no nos abandonara nunca, pero es evidente que llega un momento en el que el placer en sí mismo parece insuficiente y hay que plantearse la lectura como una fuente de conocimiento (aun admitiendo que este conocimiento será más tarde una nueva fuente de placer) y como pasaje a nuestro crecimiento como personas.

Cualquier pieza literaria, pero especialmente un cuento, dice Ana Guillot, es portador de la bitácora de un viaje, sea este real o metafórico, que significará, para el protagonista de la historia narrada, un aprendizaje o descubrimiento... y para el lector, otro tanto.

Sabiendo que este metafórico camino de aprender a conocerse es siempre un des-cubrirse, y teniendo muy en cuenta que esto es muy diferente a inventarse y mucho más saludable que pretender construirse, cada uno debe planificar su recorrido, eligiendo si no una meta por lo menos un rumbo, un camino y una manera de recorrerlo, apoyándose, cómo no, en el recorrido de otros, aunque estos sean protagonistas ficticios de historias inventadas.

Sin embargo, a diferencia de los héroes de ficción, cuyo «viaje» nunca se inicia por su propia inquietud sino por alguna causa que desde el exterior les obliga a salirse de su zona de confort, nuestra aventura, la personal, es siempre elegida, y la emprendemos sabiendo que en este viaje habrá obstáculos, caídas, dolores y complicaciones, que habrá avances y retrocesos, dificultades de las cuales deberemos aprender entrenamientos indispensables

y conocimientos ineludibles que nos permitan saber verdaderamente quiénes somos, y no solo pensar en quiénes debemos ser.

La literatura es así, termina diciendo Guillot, porque la vida misma lo es: un camino misterioso, cambiante, fascinante y peligroso, que irremediamente va aportando los elementos para seguir avanzando hacia esa meta inalcanzable que es conocerse por completo.

El origen de los cuentos

Los cuentos han acompañado a la humanidad desde sus orígenes, en la prehistoria, cuando los dibujos encontrados en las cuevas de Altamira relataban las historias de los guerreros cazadores que arriesgaban sus vidas para conseguir alimentos para la tribu. En las tumbas egipcias se encuentran jeroglíficos que relatan, en forma de cuento, hechos destacados de la vida de los faraones. También existen diferentes relatos hindúes (reunidos en el *Panchatantra*) y árabes que dan origen en conjunto al *Hâzar Afsâna* (literalmente «Mil cuentos») persa, un claro antecedente de *Las mil y una noches*.

Desde entonces y hasta ahora, los cuentos tienen a su cargo la responsabilidad de que se transmita la experiencia de lo vivido por algunos y de que la enseñanza que dejan esos episodios no se diluya en el olvido. Aun aquellos cuentos no tan ambiciosos contienen, seguramente, un pedacito mayor o menor de la experiencia de la sociedad donde aparecen, la vivencia de un grupo humano, de un pueblo o una nación, condensada y transformada en historia que pueda ser recordada y transmitida a las generaciones que siguen. Seguramente por eso dicen los poetas que «el cuento es una forma de rebeldía contra la muerte».

En su origen, la mayoría de los cuentos que hoy consideramos clásicos fueron relatos anónimos y populares que se contaban en las primitivas casas del medievo, reuniendo, en aquellas largas y heladas noches de invierno, a mayores y niños junto al fuego, mitigando el frío y el hambre de los que nada tenían. La transmisión de boca en boca tenía la virtud de permitir que el narrador modificara el cuento en cada oportunidad para adaptarlo así a la realidad del momento y a la necesidad del auditorio, pero tenía la limitación forzosa de su escasa trascendencia, que se limitaba a la audiencia presente.

Pero fueron esas historias, de origen popular difuso o desconocido, las que algunos compiladores adaptaron y reunieron después en esos libros que llevaron estos relatos a viajar por el mundo y por el tiempo.

A partir del siglo XIII, las historias populares son literalmente secuestradas por los poetas y los escritores que comienzan a transformarlas en obras de su autoría, traduciendo el relato a su idioma y a su tiempo, agregándole a cada historia un comentario moralizador. Aparecen así:

- Los cuentos ejemplificadores de la compilación de Alfonso X el Sabio.
- *El Libro de los ejemplos del conde Lucanor*, en España.
- *El Pentamerone*, *Le piacevoli notti* y el *Decamerón* en Italia.
- *Los Cuentos de Canterbury*, en Inglaterra.
- Charles Perrault con sus *Cuentos de mamá ganso*.
- Los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm con sus *Cuentos de Hadas*.
- Hans Christian Andersen con las *Historias de aventuras para niños*.

Adaptar para los niños cuentos e historias que inicialmente no les estaban destinados significó someter a aquellos y a estas a una cantidad de modificaciones, cortes y agregados que los hicieran atractivos y comprensibles para el público al que se dirigirían. Aclaremos que, como siempre, toda adaptación parte de una idea previa del autor acerca del lector y su cultura, de lo que sabe y lo que no, de lo que le conviene o le perjudica, de lo que es correcto y de lo que no lo es. Para bien y para mal.

De esa soberbia pedante, de la que siempre hace gala la censura, se burlaba Roald Dahl cuando en las primeras páginas de su libro *Cuentos en verso para niños perversos*, al hablar de *La Cenicienta*, comienza diciendo:

... Si ya nos la sabemos de memoria,
diréis. Y sin embargo, de esta historia
tenéis una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró que era... mejor para la infancia.

No es el objetivo de este libro decidir si se deben edulcorar las historias infantiles o si es mejor permitir que el relato, volviendo a su estructura

primitiva, muestre las imágenes de violencia, sangre y muerte que le dieron origen, pero sí por lo menos dejar claro que, sobre este asunto, las opiniones de los que más saben están divididas. La mitad de los psicólogos o pedagogos sostienen que las historias tal como se cuentan, con escenas violentas incluidas, son necesarias ya que reflejan la vida real y muestran la posibilidad humana de superar las adversidades. No serviría de mucho la experiencia ajena, dicen, si se la limitara a un mundo rosa y perfecto inexistente.

La otra mitad, encabezada por los padres y madres de niños pequeños, sostienen que esas imágenes son perjudiciales, ya que no solo provocan inquietudes y angustias innecesarias en los niños, sino que además podrían inducir a los más pequeños a actuar de manera violenta o equivocada. Es mucho más razonable y nutricional preservar su sueño y fomentar en ellos la optimista idea de confiar en que, si actúan bien, finalmente «vivirán felices y comerán perdices».

Como es obvio, una vez más, detrás de cada postura se esconde una imagen prediseñada del lector infantil sujeta a prejuicios, estereotipos y limitaciones; pero es innegable que si queremos acercar a los más pequeños a nuestra cultura no debemos caer en la tentación de subestimar su capacidad de comprender y razonar.

En el siglo XIX, el Romanticismo invade todas las artes, especialmente la arquitectura, la música, la escultura y la literatura. En los cuentos, el movimiento romántico impulsa la incorporación a sus tramas de la magia negra, los hechizos, los monstruos y los conjuros, que aparecen desde ese momento como los enemigos más temidos, reemplazando a sus antecesores: la violencia, la crueldad, el hambre y la miseria. Toda acción genera una reacción y en la literatura para niños los nuevos adversarios impusieron la necesidad de nuevas herramientas y aliados para los protagonistas. Así fue como aparecieron en los nuevos cuentos, y en las nuevas versiones de los viejos cuentos, las hadas, los encantamientos y los objetos mágicos, ausentes hasta ese momento, con la clara intención de ayudar a príncipes y heroínas a cumplir su destino.

Con la expansión de los libros impresos (y la desaparición de los manuscritos), el mundo de los cuentos y las leyendas comenzó a estar al alcance de muchísimas manos sin intermediarios, llegando a todos los que supieran leer. A esa multiplicación exponencial de la cantidad de oyentes y lectores se atribuye no solo la expansión de la circulación de libros, sino

también el regreso del cuento a tramas que plantean problemas más «posibles» y «terrenales», afrontados por protagonistas más «humanos», hombres y mujeres con los que la identificación fuera más sencilla, aunque, en honor a la verdad, con esto no siempre se lograra mejorar la calidad de la comprensión profunda de la obra.

Si se pregunta a adultos de todo el mundo si saben quién es Pinocho, seguramente cerca del 85 % de los encuestados contestarán que sí, y se referirán al personaje del cuento de Collodi, con la nariz que le crece y el final de su metamorfosis incluido. Y si después se les pregunta si han leído el libro, dirán también que sí, que lo han leído «cuando eran niños». Lo interesante es que todos creen que están diciendo la verdad, aunque su respuesta es falsa de absoluta falsedad (como después veremos, Pinocho es una novela de más de 400 páginas y, salvo algunas excepciones, nadie la ha leído... y menos «de niño»).

Volvamos a la disquisición acerca de los contenidos. La mayoría de los psicólogos de niños coinciden en que los cuentos ayudan al proceso de maduración de los pequeños al permitirles armarse de una representación interna del conflicto planteado en la historia y reproducir en ella el conflicto interno, sin provocar el dolor correspondiente y sin impedir que el niño interactúe con esa situación (operar con esta imagen es mucho más fácil que hacerlo con los personajes reales del entorno del niño... y mucho menos costoso).

Enfrentar a los peligrosos monstruos malvados del mundo imaginario y derrotarlos (con la ayuda de los compañeros de aventuras) nos confirma que el bien siempre triunfa y que estamos del lado de los buenos (que no es poco), ya que perteneciendo a este club —pensamos— tarde o temprano llegarán el aplauso, la aprobación y el acceso a todo lo deseado, incluyendo la paz, la felicidad, el amor de los que queremos y quizás (¿por qué no?) la merecida recompensa de todos los juguetes imaginables.

De los héroes y las princesas los niños aprenden la manera correcta de actuar adecuadamente, en los buenos y en los malos momentos. La paciencia, el valor, la tenacidad y la fe, necesarias para vencer a los malos que se interponen en nuestro camino: ogros, lobos, gigantes, dragones, brujas y madrastras, que representan los aspectos más deplorables, rechazados o temidos de nuestros padres, madres, maestros, hermanos mayores y de los hostiles «amiguitos» del barrio.

Escuchando un cuento, un niño puede aprender, por ejemplo, el valor de la honestidad y el respeto por lo ajeno aun antes de incorporar el concepto moral y ético del respeto a la propiedad privada, aunque, por supuesto, los valores transmitidos estarán impregnados de la cultura en la cual surgen. Sin embargo, a diferencia de otras creaciones artísticas a las que aqueja una inmediata pérdida de vigencia, los cuentos de hadas han permanecido vigentes y continúan siendo utilizados y explotados por las nuevas tecnologías hasta límites inimaginables (incluso brindando contenido a centenares de miles de productos comerciales para niños y no tan niños).

Los cuentos como sanadores

Más tarde, de adultos, los cuentos conservarán la capacidad de acompañarnos y ayudarnos a sanar experiencias, pensamientos y sentimientos al conectarnos con el mundo más emocional del lenguaje simbólico. Efectivamente, este opera como un puente que se salta al intelecto para llegar directamente a las verdades escondidas en el corazón del hombre, obligándonos a renunciar a la lógica de la razón pura, tan censuradora como tramposa.

Utilizando como estandarte la metáfora, algunas historias se transforman en la mejor herramienta de introspección, capaz de librarnos de los condicionamientos del mundo tangible. Podremos entonces, tomados de la mano de los cuentos, investigar en nuestro corazón los fragmentos de verdad que existen en nuestras mentiras cotidianas, para conseguir así no seguir distorsionando según nos convenga nuestra percepción del universo real.

Muchas veces somos como aquellos famosos ciegos del cuento de Perrault, que se toparon por primera vez con un elefante, pero no supieron después integrar la percepción parcial de cada uno para comprender cómo era verdaderamente el enorme animal.

Demasiadas veces nos equivocamos creyendo excluyente la información que proporcionan nuestros sentidos, o confiando ciegamente en las ideas y preconceptos con los que fuimos educados.

El cuento, la ficción y la metáfora apuestan por «otra vía» de acceso a la sabiduría que no se procesa intelectualmente con el conocimiento de la información adecuada, sino a través de la identificación vivencial con el relato y la sincronía que el lector sea capaz de hallar para adecuar su propia búsqueda interior con la ficticia situación del relato.

Sostengo que uno de los motivos para su eterna vigencia viene dada por el hecho de que estos cuentos, los más populares y conocidos, nunca quedan del todo explicitados, dejando siempre la posibilidad de nuevas interpretaciones, lo que previsiblemente crea a su alrededor un aire mágico, misterioso y atractivo.

Los años pasan y son tantas las veces que he contado mi historia, que ya no sé si la recuerdo de verdad o si solo recuerdo las palabras con las que la cuento.

(Jorge Luis Borges, en el cuento «La noche de los dones»).

El cuento y la cultura

Según la definición más aceptada, se llama *cultura* al marco que nos permite comprender y acotar la realidad de un determinado lugar en un determinado período de tiempo, en relación a la gente que lo comparte.

Como tal, en un contexto cualquiera, nuestra cultura es nuestra forma de vida, nuestro modo de pensar y sentir, la suma de nuestros valores y principios.

Son tiempos en los que los estudiosos de los procesos sociales, políticos y psicológicos coinciden con los filósofos, antropólogos y religiosos en que la sociedad se deshumaniza a paso firme. Indicadores alarmantes nos advierten de la decadencia consumista de nuestra sociedad, de nuestra tendencia al aislamiento y de la crisis ética que supone el debilitamiento de nuestros valores. Una sociedad en la que virtudes como la bondad, la honradez, la fidelidad o la honestidad se han devaluado a expensas de la importancia que reclaman otros intereses como el éxito, el poder, el dinero, la influencia o el placer.

Partiendo de aquí, es fácil comprender la importancia de mantener intacto el papel de la familia, de la amistad, de la religión y de los grupos de pertenencia. Y, aun a riesgo de ser tildado de exagerar su peso, sostengo que el cuento es en sí mismo una herramienta privilegiada para el sostén en nuestra cultura de valores trascendentes en cualquiera de esos entornos.

En el área terapéutica y en el de la docencia (para mí cada día más cercanas e interrelacionadas), las nuevas tendencias psicopedagógicas enfatizan la importancia del sujeto como creador y protagonista de su propia existencia, es decir, como autor y narrador de su propia historia. Casi todas

las líneas asistenciales y educativas modernas utilizan con frecuencia el recurso del cuento, propio o ajeno, como apoyo y disparador del despertar individual.

Los cuentos son mensajeros que llegan a nuestra vida para ayudarnos a mirar los hechos con sencillez y ánimo abierto desde otras ópticas. El vuelo de la imaginación, la sonrisa, el interés que produzca un cuento, la admiración por un episodio vivido por otro, real o imaginario, potencia mi mundo interno evocando conocimientos que solo pueden ser incorporados desde nuestro yo más primitivo y espiritual, el yo emocional.

Muchas veces un cuento permite externalizar el problema, lo que a su vez facilita abordarlo con mejor criterio y más objetivo análisis, desmenuzarlo, transmitirlo, y describirlo, ensayar sobre situaciones alternativas desde el todopoderoso imaginario.

Quizás también en este caso, un cuento aclare lo que quiero decir:

Esta historia nos habla de un viejo sabio que permanentemente era consultado por la gente de su pueblo cuando alguno de ellos tenía un problema. Después de escuchar a aquellos que se le acercaban, el anciano iba a su biblioteca y tomaba de ella un gran libro, siempre el mismo, lo abría y lo ojeaba, como buscando allí la mejor respuesta. Unas veces después de unos minutos, y otras después de varias horas, terminaba cerrando el grueso volumen satisfecho y volvía a su consultante trayendo siempre la respuesta más adecuada y sabia a la pregunta que le habían hecho.

Los discípulos del viejo maestro pedían de vez en cuando que se les permitiera consultar también el libro, pero el maestro siempre se lo negaba, argumentando que no estaban preparados para ello.

Una noche, mientras el maestro dormía, los alumnos se colaron a escondidas en la biblioteca, robaron el libro y se lo llevaron a casa de uno de ellos para leerlo...

Una vez reunidos todos, a la luz del candil, abrieron el libro y descubrieron con sorpresa que las páginas del libro robado estaban todas en blanco.

Estaba claro que el maestro se les había anticipado y, para darles una lección, había reemplazado el libro por este otro.

Avergonzados, los alumnos fueron al día siguiente a devolver el libro con las hojas en blanco y le dijeron al maestro que habían aprendido la lección, que ya podía devolver a su lugar el verdadero libro.

El sabio maestro sonrió y dijo:

—Este ES el verdadero libro...

Los alumnos no entendían.

—Pero... si las páginas del libro están en blanco, ¿por qué lo consultas? ¿Qué es lo que dice ese libro? No contiene una sola idea, ni un conocimiento... ni siquiera hay letras en él.

El maestro los miró y les dijo:

—La verdad y la sabiduría de ese libro no están en lo que dice, sino en lo que insinúa.

Y agrego yo... como en todos los libros.

NOTAS SOBRE ESTE LIBRO

Cuando la editorial me propuso esta idea, la de reinterpretar algunos cuentos clásicos, me sentí desde el principio atraído por la propuesta. Obviamente conjugaba dos de mis grandes pasiones: las historias y leyendas viajeras del tiempo y el mundo, y mi vocación de comprender a fondo la conducta humana tratando de transmitir lo que aprendo en ese camino.

Después de muchos intercambios de ideas sobre los cuentos que iba a evocar y reinterpretar, me pareció una buena idea y un atractivo desafío utilizar los cuentos y leyendas más conocidos por todos, convocando a servirnos a personajes tan dispares como Caperucita Roja y Ulises.

Me decidí pues a buscar información de estos cuentos, partiendo de las versiones más difundidas, y retroceder luego en el tiempo para buscar lo que quedara de los textos originales de cada historia, tratando de poner más en evidencia la compleja y elaborada simbología que en cada uno de ellos se escondía y, si era posible, la que aún se esconde.

La idea de este trabajo es fijar la mirada en poco más de una docena de cuentos clásicos, contarlos escuetamente apoyándome en la evolución y cambios que han sufrido esos cuentos en sus primeras versiones, y luego elaborar una relectura de los mismos que nos permita encontrar en ellos más mensajes que los obvios y tradicionales, nuevas moralejas que nos ayuden a seguir extrayendo de ellos lo que tienen para dar, partiendo desde el preconcepto de que siempre hay más de un nuevo mensaje para extraer... Como señala la vieja parábola: no importa cuántas veces sacudas la bolsa de harina vacía, siempre saldrá algo de polvo al agitarla.

Y en todo caso, si después de leerlos ninguno de estos cuentos te ha revelado nada de tu interior, habrás revivido la mágica experiencia de dedicarle un momento único y protegido al niño o la niña que eras en aquellos tiempos en los que disfrutabas cuando alguien se sentaba a tu lado y, simplemente, te contaba un cuento.

Mi hermano y yo, hace muchísimos años, como mis hijos, hace algunos menos, y como mis nietos, hoy mismo, nunca aceptábamos cerrar los ojos en

las noches si antes alguno de nuestros padres (o abuelos) no nos contaba un cuento. ¿Quién podía dormir sin antes entrar en esos mundos maravillosos, especialmente si estaban habitados por ogros temibles y brujas malvadas, gigantes y monstruos que antes de despedir el día serían espantados o vencidos por el héroe o la heroína que más nos gustaba?

En mi casa de la infancia, porque mi padre amaba la lectura, había para elegir cuentos para todos los gustos. Largos y cortos, de acción o aventuras y de magia o encantamientos, de animales y de héroes, de risa, de amor y de miedo. A veces elegíamos nosotros, los niños, y otras quien contaba, pero siempre el resultado era encantador (en el sentido estricto de la palabra).

Posiblemente en esa misma dirección, la elección de cada cuento en este libro tiene un motivo y una justificación específica y subjetiva que, en la mayoría de los casos, aparece explicitada en cada capítulo (*Caperucita Roja*, por ejemplo, es sin duda el cuento más famoso de la literatura universal), pero a la vez han sido seleccionados porque comparten algo en común: todos ellos han generado, con el tiempo, infinidad de debates, opiniones e interpretaciones sobre su simbolismo y su sentido, mostrando así su vigencia y trascendencia.

En mi consulta, cuando me dedicaba a la tarea asistencial, siempre decía a mis pacientes que nosotros, los que a veces nos sabemos perdidos, no siempre necesitamos un terapeuta que nos cure, o una mamá que nos cuide, a veces solo precisamos una señal o un maestro que nos muestre el lugar donde perdimos el camino.

La mayor parte de estas historias han surgido hace siglos intentando, desde el principio, ser señales que descubran el lugar del extravío, maestros que nos enfrenten al desafío de crecer a partir de lo que somos, y no de lo que deseáramos ser. Debemos evocar a Bruno Bettelheim cuando nos apuntaba que los cuentos no deberían usarse solamente para ayudar a dormir a los niños, sino también para ayudar a despertar a los grandes.

Si la Torre de Pisa se derrumbara finalmente, un millar de bloques de piedra quedarían amontonados en la pila de escombros. Es obvio que esas piedras seguirán siendo las mismas que unas semanas antes levantaban en alto la torre y, sin embargo, un monumento habrá desaparecido. La obra no está en la piedra, cuyo valor conserva, sino en la creación del maestro arquitecto y en el trabajo de cada obrero que construyó la torre. Ellos son los que de alguna manera ordenaron de una forma particular los bloques de

granito. Sin ese orden, las piedras de los techos de nuestras casas no se sostendrían sólidamente sobre nuestras cabezas, ni estas palabras formarían el texto, ni los colores de la paleta de Da Vinci hubieran conseguido la Mona Lisa...

Mi maestro y amigo Jaime Barylko nos aclara: «Ser libre no es, como parece suponerse en la actualidad, una especie de despojamiento, como tirar la ropa y quedarse desnudo de todo. Quedarse desnudo por un momento puede ser muy bueno, pero hay que tener claro que la educación no es enseñar a desvestirse, es sobre todo aprender y enseñar que se puede y se debe elegir la ropa que uno usa». Una nueva ropa ideológica, religiosa, ética y laboral, acorde con nuestra esencia y acorde con lo que la sociedad que queremos construir necesita de cada uno.

Una educación que ayude a priorizar lo importante sobre lo banal, que ayude a diferenciar lo primario de lo secundario y los detalles de lo fundamental; que nos sirva para separar la venganza de la justicia y diferenciar lo mejor para el bienestar de muchos, de la satisfacción o la conveniencia de unos pocos. Una sociedad en la que cada uno tenga claro cuáles son los valores que defiende.

Una escala de valores debería ser la expresión más clara de aquello que es verdaderamente importante para cada uno. Un orden de prioridades que nos alerte, encendiendo una luz roja interna cada vez que una coyuntura se acerque a transformarse en tentación o justificante para violar nuestros principios. Una postura de vida tan fundamental a la hora de elegir mi conducta que no pueda yo vulnerarla sin sentir desprecio por la imagen que tengo de mí mismo.

La jerarquización de nuestros principios que, como su nombre indica, deberían estar siempre antes que nuestra finalidad.

La superación personal comienza, sin duda, en el aprendizaje y sigue en la conciencia de ese aprendizaje. Continúa cuando enfrentamos nuestro miedo al fracaso y en la capacidad de aprender de los errores. Finalmente, el resultado necesita las más de las veces que cultivemos la confianza en nosotros mismos que, más allá de los resultados, de momento nos permita darnos siempre otra oportunidad. La perseverancia, la consistencia, la capacidad de aprender y el compromiso son seguramente las herramientas más poderosas que tenemos los que solemos equivocarnos, es decir, las mejores herramientas de todos.

Esquema de este libro

En cada capítulo me ocuparé de un relato y repetiré para mi planteamiento el mismo recorrido:

Primero, una breve *Introducción* para situarte en el contexto del cuento, sus orígenes y autores, si fuera el caso.

A continuación sigue *El cuento* en sí mismo, recontado con mis palabras, y más o menos fiel a la versión original que encontré en mi búsqueda.

Después, una pequeña enunciación de la *Moraleja* habitual de la historia, es decir, el mensaje que surge más o menos claramente de la trama y el uso ejemplificador que suele darse tradicionalmente al cuento objeto de análisis.

Finalmente, una más o menos atrevida relectura y reinterpretación del cuento, según mis propias ideas y divagaciones. Esta sección se llama en cada capítulo *La otra puerta*, en clara referencia a mi pretensión de que me acompañes a entrar en la magia de ese cuento desde un lugar diferente.

En el curso de esta investigación encontré muchos datos interesantes y curiosos que se me hicieron atractivos o sorprendentes. Datos y «rumores» que no están incluidos en mi análisis del cuento, pero que me pareció importante compartir contigo, especialmente si transitas, como supongo, por esta misma senda del interés (¿desmedido?) por los cuentos infantiles. Para preservar «el clima» del libro, decidí reunir todos estos datos, agruparlos de nuevo cuento por cuento y presentarlos en un apéndice que he titulado *Apuntes de una investigación*. Ojalá te tiente ir por ellas y ojalá caigas en la tentación.

El mecanismo de la relectura

La mayoría de los cuentos que aparecen en este libro, pertenezcan a la Biblia o a la mitología, han nacido de las leyendas y las historias que se contaban y se cantaban en las voces de las comunidades más antiguas. Y a pesar del cambio de personajes y escenografías, los relatos más populares de los pueblos más distantes, tanto en tiempo como en espacio, cuentan los mismos cuentos.

En sus orígenes el que narraba para los demás era el verdadero portador de la cultura y la historia de su gente. Y, como tal, era quien trasmitía de

generación en generación los valores de cada comunidad y mantenía viva la conciencia de la historia de los que no tenían voz pero sufrían las injusticias, el hambre, el frío y el maltrato de los más poderosos sin derecho ni siquiera a quejarse, una historia auténtica y dolorosa que los historiadores no pudieron esconder gracias a los cuentos populares.

Estos relatos, que pertenecían a todos, nos pertenecen hoy también a nosotros y nos proponen la conciencia de comprender a fondo de dónde venimos para poder diseñar nuestro rumbo con más sabiduría.

Por supuesto que en mi búsqueda no he pasado por alto la bendición que significa poder abreviar este texto con los maravillosos aportes de cientos de libros escritos sobre este tema por psicólogos, psicoanalistas, literatos y filósofos, verdaderos expertos en mitos, símbolos y significados ocultos del lenguaje de los cuentos, comenzando, claro, por el incomparable *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, de Bruno Bettelheim, y siguiendo por tantos otros genios de la literatura, la psicología y la filosofía que se han ocupado de este tema, a los que admiro y, desde aquí, agradezco. Y para no dejar de rendir crédito a quienes lo merecen (es importante para mí decirlo), toda esta investigación hubiera sido mucho más difícil si la web no aportara cientos o miles de sitios y páginas que muchas veces, en estos años de trabajo, me ayudaron a trazar las rutas del recorrido de cada cuento a través de la historia del hombre, desde las cavernas hasta nuestros días.

La lectura creadora

Un capítulo aparte merecería en este libro el trabajo de la profesora argentina María Hortensia Lacau, quien diseñara el concepto de *lectura creadora*.

La maestra y directora de escuela, a quien tuve el privilegio de escuchar en persona, falleció en enero de 2006, dejando tras de sí años de experiencia y decenas de maravillosas propuestas volcadas en sus artículos y libros, explicando su trabajo educativo. Una tarea a la que dedicó su vida, relacionada siempre con el desafío de establecer y transmitir el valor y la importancia de la lectura, especialmente para los jóvenes. Su libro *Didáctica de la lectura creadora*, publicado en Argentina por Editorial Kapeluz, es una joya referencial indispensable para todos los que amamos por igual la literatura y la educación.

El acto de leer es un proceso interactivo entre el texto y el lector, a quien le corresponde discernir, descifrar y atribuirle significado a la letra escrita. La literatura es, desde este punto de vista, un hecho participativo cuyo principal protagonista es, por supuesto, el lector. Así lo decía José Martí: «Al leer se ha de horadar».

La profesora Lacau cuenta cómo, después de analizar los textos «objeto de estudio» que, según el programa impuesto por el Ministerio, los estudiantes debían leer, confirmó que la elección de los textos era correcta y adecuada a los intereses y la capacidad de los jóvenes, pero se sorprendió al detectar las carencias de los alumnos en sus resúmenes y comentarios sobre sus lecturas. Su lucidez le permitió darse cuenta rápidamente que el fallo no era del alumnado y que debía estar en el proceso, y no en los libros seleccionados.

Dice la autora:

Habría que despertar el amor de los jóvenes por la lectura y hacer de ella un hábito tan querido que se fuera transformando poco a poco en parte de la vida. Es preciso convertir al lector adolescente en colaborador, personaje, creador de proyectos vinculados con la obra, polemista comprometido, testigo presencial y relator de gustos y vivencias. Es decir, establecer la vinculación emocional entre el adolescente, como centro de su mundo, y el libro que está leyendo.

El efecto modificador y la entidad trascendente de la lectura solo sucederán, pues, si quienes leen asumen la responsabilidad de interpretar, descifrar y atribuirle un significado al texto, apoyado en sus propias experiencias de vida, sus conocimientos y su realidad de ese momento.

Esta lectura constructiva se podría definir entonces como el contacto íntimo y comprometido con la letra escrita que da al lector la posibilidad de convertirse en coautor de lo que lee: una relación a partir de la cual se comprende al autor desde un lugar más personal, dejando salir nuevas interpretaciones, sugerencias e imaginarios, que podrían y deberían convertir la obra en una nueva obra... que se puede releer creativamente. Y así hasta el infinito.

Las técnicas propuestas para empujar una lectura de este tipo nos han llegado no solo de la mano de la maestra Lacau, en Argentina, sino también de la de la maestra española Morote Magán, y son tan interesantes como divertidas:

- Cambiar finales y principios.
- Introducir personajes nuevos.
- Trabajar los atributos de los protagonistas.
- Mezclar personajes de distintos cuentos.
- Inventar diálogos entre ellos.
- Añadir algún capítulo.
- Cambiar un cuento de género y convertirlo en una obra de teatro, en una comedia, en un culebrón televisivo o en un musical.
- Ilustrar los cuentos con dibujos propios del lector o convertirlo en un cómic.
- Cambiar la época en la que suceden los hechos relatados (hacia atrás o hacia adelante).
- Imaginar entrevistas al autor o a los personajes de la obra.

Y la propuesta que a mí más me gustó:

- Diseñar un artículo periodístico del relato y ponerle un titular sensacionalista.

Me reí mucho en solitario solo de pensar en algunos ejemplos... Aquí va uno:

APARECE DESTRIPIADO EL CUERPO DE UN LOBO A
ORILLAS DEL RÍO

Se investigan las circunstancias del hecho, aunque se sospecha que los agresores fueron un hombre con aspecto de leñador y una jovencita vestida de rojo, a los que se vio juntos, merodeando por la casa de una anciana, con cuya complicidad habrían actuado para perpetrar el sangriento episodio.

Retomo. Este modo participativo y comprometido de encarar el proceso de lectura ofrece, entre otras muchas cosas, la posibilidad de ir formando lectores críticos, creativos y mentalmente abiertos a extraer todo lo posible de cada texto, y más, abriendo el camino a la expansión de lo aprendido hacia otros «compañeros de ruta» (como me gusta llamarlos).

La profesora María Hortensia Lacau, inquieta y creativa como era, compuso un día una canción, y en su letra, simple y escueta, creí ver el reflejo de su fe absoluta en el efecto multiplicador de la educación. Se llamaba *La canción con ola* y decía así:

Un día una ola
que estaba triste y sola
se puso a cantar y cantar.
Y desde entonces...
cantan y cantan
todas las olas del mar.

Capítulo 1

El patito feo



Introducción

No existe un orden necesario ni recomendable para leer esta pequeña antología de cuentos, pero elijo empezar por este relato por motivos tan personales como cuestionables a la hora de justificar esta decisión.

La primera razón es que *El patito feo* es posiblemente el cuento más contado y conocido en Latinoamérica. Me atrevo a asegurar que no existe niño que no lo haya escuchado más de una vez.

La segunda razón es que la gran mayoría de los adultos lo recuerdan y, con más o menos detalles, serían capaces de contarlo a un niño o utilizarlo como referencia en una conversación cotidiana.

La tercera razón, quizás la más importante, es que no conozco a nadie que no se haya sentido alguna vez identificado con el protagonista de esta historia de Hans Christian Andersen, publicada por primera vez en 1845.

Y la última, también importante, aunque solo para mí, es que este es, según mi recuerdo, el primer cuento que me contaron en mi vida y el que más veces escuché. Tengo intacta en mi memoria la imagen de la tapa del libro del cual mi madre o mi padre me leían cada palabra, una y otra vez.

Era, en aquellos tiempos, mi cuento favorito, ese que, aunque me sabía de memoria, era siempre el elegido cuando alguno de mis padres depositaba en mí la decisión de qué cuento quería escuchar antes de dormir (exactamente como en este momento recae en mí la decisión de elegir el primer cuento de este libro).

El cuento

Qué lindos eran los días de verano! ¡Qué agradable resultaba pasear por el campo y ver el trigo amarillo, la avena verde y las parvas de heno apiladas en las llanuras!

Parándose un rato sobre cada una de sus largas patas, algunos flamencos completaban el maravilloso paisaje... Era realmente encantador estar en el campo.

Bañada de sol se alzaba allí una vieja mansión solariega rodeada por un profundo foso en cuyas orillas crecían unas plantas de hojas gigantescas, las mayores de las cuales eran lo suficientemente grandes para que un niño pequeño pudiese perderse entre ellas.

Aquel lugar resultaba tan enmarañado y agreste como el más denso de los bosques, y quizás por esa protección natural era allí donde una pata del corral había hecho su nido, suficientemente lejos de todos como para que nada molestara su tarea, y suficientemente cerca para volver allí cuando su nidada hubiera nacido...

Un mes después la pata estaba inquieta. Sentía que ya era tiempo de que naciesen sus patitos. Pero se demoraban tanto, que la mamá comenzaba a perder la paciencia y miraba con demasiada frecuencia a su nidada, esperando novedades.

Al fin los huevos se abrieron uno tras otro. «¡Pip, pip!», gritaban las pequeñas bolas amarillentas conforme iban asomando sus cabezas a través de los cascarones.

—¡Cuac, cuac! —dijo la mamá pata, animando a los pequeños a que salieran tan rápido como pudieran y dedicaran sus primeros minutos de vida a caminar sin caerse, a acostumbrarse a la luz, que lastimaba un poco sus ojos, y a disfrutar del verde de las hojas que los rodeaban por todos lados.

—¡Oh, qué grande es el mundo! —dijeron los patitos que, obviamente, disponían de un espacio mayor que el que tenían hasta un momento antes, dentro del huevo.

—Cuac. Cuac —se rio la mamá pata—. ¿Creéis acaso que esto es el mundo entero? Pues sabed que no. El mundo se extiende mucho más allá del

agua, hasta el prado que comienza del otro lado del foso, aunque yo nunca me he alejado tanto.

—Bueno, espero que ya estéis todos, tenemos que ir a conocer el agua, antes de que caiga el sol —agregó, levantándose del nido.

Fue en ese momento cuando llegó una pata mayor, amiga suya, que venía de visita.

—¿Qué haces de pie? —preguntó la pata de visita, en tono de pequeño reproche—. Todavía te queda un huevo intacto sin romper en el nido.

La mamá pata se dio vuelta para mirar y notó que, en efecto, el huevo más grande todavía no había roto. «¿Cuánto tardará aún? —pensó—. No puedo quedarme aquí para siempre», pero volvió a empollar el huevo que quedaba, como su instinto le decía que debía hacer.

—No siento ni una señal de que esté por romper —se quejó—. Pero fíjate en los otros, y dime si no son los patitos más lindos que se hayan visto nunca. Todos se parecen a su padre cuando era joven. Su padre... ¡el muy bandido! ¿Por qué no vendrá a verme?

—Tú ya sabes cómo son los patos —dijo la anciana, por decir algo—. Ellos siempre le dejan todo el trabajo a una.

—Creo que me quedaré sobre él un ratito aún —dijo la mamá pata—. Y si no sucede me iré. He estado tanto tiempo aquí sentada que ya me duele todo.

—Bueno, que haya suerte —dijo la pata vieja, y se alejó contorneándose.

Por fin se rompió el huevo.

«¡Pío, pío!», dijo el pequeño, con una voz extraña para un recién nacido, cayéndose del cascarón.

A la mamá pata no le gustó su grito. Lo miró con detenimiento, notando lo grande y feo que era:

—¡Dios mío, qué patito tan enorme!—exclamó—. No se parece a ninguno de los otros.

Y era verdad: su plumaje gris y encrespado era muy distinto al plumaje amarillento y suave de sus hermanos.

El último sol del día brillaba en las verdes hojas y teñía el cielo de toda la gama de naranjas y morados.

La mamá pata se acercó al foso con toda la familia y ¡PLAF!, saltó al agua.

—¡Cuac, cuac! —llamaba—. Venid, vamos... no tengáis miedo.

Y uno tras otro los patitos fueron imitando su salto. El agua se cerraba sobre sus cabezas, pero enseguida resurgían flotando magníficamente. En

pocos minutos estuvieron todos en el agua, incluido el patito feo y gris que los seguía con alegría. Todos movían sus patas, nadando sin el menor esfuerzo detrás de mamá pata.

—¡Cuac, cuac! —gritó al rato—. Vamos, venid conmigo, que tengo que presentaros a los vecinos del corral. Pero no os separéis mucho de mí, no sea que os pisen. Y andad con los ojos muy abiertos, por si viene el gato.

Se detuvo brevemente para comprobar que todos la seguían:

—¡A ver! ¿Qué pasa con esas patitas? Andad más rápido e id a hacerle una linda reverencia a esa anciana pata que está allí. Es la más fina de todos nosotros, dicen que tiene en las venas sangre española. Fijaos que lleva una cinta roja atada a una pierna: es la más alta distinción que se puede alcanzar.

Satisfecha, continuó dando instrucciones a su tropa:

—Vamos, pequeños —arengaba mamá pata—. Sed educados y saludad a todos. Bajad el pico, mirad al suelo y decid «¡cuac!»... Y no metáis los dedos hacia adentro, que eso es mala educación.

Todos obedecieron, pero cuando los pequeños se acercaron a saludar los otros patos que estaban allí miraron con desprecio al patito diferente...

Finalmente exclamaron en voz alta:

—¡Uf!... ¡Qué patito tan feo! Lleváoslo de aquí. No podemos soportarlo.

De repente, uno de los patos más jóvenes saltó hacia él, como para darle un picotazo en el cuello.

—¡Dejadlo tranquilo! No está haciendo daño a nadie —dijo mamá pata, y explicó—: Estuvo dentro del cascarón más de lo necesario, por eso no salió tan lindo como los otros.

—Puede ser —dijo la vieja pata de la cinta roja—. Espero que tenga mejor aspecto cuando crezca y que, con el tiempo, no siga siendo tan grande, porque no habrá comida que le alcance. De todas maneras, creo que deberías pensar qué harás con él. Después de todo, si un día decidieras dejarlo fuera del corral, en el pantano, no deberías preocuparte: parece fuerte y se abrirá camino en la vida. Respecto a tus otros hijitos, son unos patitos encantadores —terminó la vieja pata—. Ellos son muy bienvenidos y me gustaría que se sintieran en su casa.

Con esta invitación todos se quedaron allí y, efectivamente, se sintieron a sus anchas. Todos excepto el pobre patito que había salido el último del cascarón, y que no recibió más que picotazos, empujones y burlas, tanto de los patos como de las gallinas y hasta del pavo, que siempre se había creído

más que los demás, como si fuera una especie de emperador, proclamado solo por sí mismo.

Una mañana, sin ninguna razón, solo porque así le dio la gana, el pavo infló sus plumas como un barco a toda vela y se le fue encima al pobre patito feo, con un cacareo tan estrepitoso que toda la cara se le puso roja. El pobre patito saltó entre el gallinero sin saber dónde meterse, realmente se había asustado. Él se había dado cuenta de que era diferente, pero tampoco entendía por qué esa podría ser una razón para rechazarlo o para atacarlo.

Así pasaban los días, y las cosas fueron de mal en peor. El pobre patito era acosado por todos. Incluso sus hermanos y hermanas lo maltrataban de vez en cuando y le decían:

—¡Ojalá te agarre un gato, gordinflón!

Un día, la muchacha que traía la comida para las aves casi se lo llevó por delante y estuvo a punto de perder ella misma el equilibrio. La joven se enojó tanto por esa situación que asestó un puntapié al pobre patito que lo levantó en el aire mandándolo hasta el bebedero de los cerdos.

—¡Fuera de mi vista, feo! —le gritó con furia.

El patito lloró el resto de la tarde y tomó una decisión. Él no era como los demás y nunca lo sería... Estaba más que claro que, por incomprensible que fuera, esa diferencia no le permitiría convivir mucho tiempo más con los otros vecinos del corral.

Si le quedaba alguna duda desapareció cuando, al contarle a su madre lo que pensaba hacer, ella bajó la cabeza y, después de un largo silencio, aceptó en un susurro que quizás esa fuera la mejor opción.

Esa misma noche el pobre y despreciado pato feo huyó del corral.

Impulsándose saltó por encima de la cerca, asustando a los pajaritos que estaban en los arbustos, que se echaron a volar por los aires.

Ya fuera del corral el pequeño corrió y corrió hasta que, exhausto, llegó a los grandes pantanos donde su madre le había contado que vivían los patos salvajes y allí se acurrucó entre los arbustos y se quedó dormido, abrumado de cansancio y de tristeza.

A la mañana siguiente, los patos salvajes, que estaban dispuestos a remontar vuelo, notaron la presencia del extraño visitante.

—¿Y tú, qué cosa eres? —le preguntaron.

El patito no sabía qué contestar, así que se llenó de reverencias, tratando de mostrarse amable y educado.

—¡Eres más feo que un espantapájaros! —dijeron los patos salvajes.

—Creo que por eso me caes simpático —dijo uno de ellos, que parecía el líder—. Puedes volar con nosotros, si quieres...

—Con tal de que no quieras casarte con una de nuestras hermanas... —dijo otro.

—Eso, eso —agregaron muchos.

¡Pobre patito! Ni soñaba él con el matrimonio y menos con salir volando.

Él solo quería que lo dejaran estar tranquilo entre los juncos y tomar un poquito de agua del pantano.

—¡Bang, bang! —se escuchó en ese instante, y todos los patos levantaron vuelo desordenadamente.

Sin embargo, poco después, dos de ellos fueron alcanzados por las balas de los cazadores y cayeron muertos entre los juncos, tiñendo el agua con su sangre.

Al eco de nuevos disparos, otra bandada de patos y alguna de gansos, que estaban en la orilla, se alzaron del pantano tratando de huir de la cacería. Casi muerto de miedo, el pequeño patito escondió la cabeza bajo sus alitas y haciéndose todo lo chiquito que podía se ocultó en el hueco entre dos piedras que descubrió junto a los arbustos.

Nubes de humo azul con un fuerte olor a azufre se esparcían por el oscuro follaje, para perderse luego, lejos, sobre el agua. Era evidente que debía salir de allí en cuanto tuviera oportunidad, pero este no era el momento. Un enorme perro de caza se acercaba hasta su escondite oliendo cada centímetro del fangoso terreno.

—Snff... snfff —husmeaba el animal, con una lengua gigante que le colgaba fuera de la boca, que babeaba copiosamente.

Con un pequeño movimiento de sus patas el sabueso apartó las piedras que ocultaban al patito feo, dejándolo al descubierto. Apretando los ojos, el pobre animalito se dio cuenta de que su final estaba cerca.

El perro acercó el hocico a menos de un centímetro de su cuerpo tembloroso, lo olió por unos segundos interminables, le enseñó sus agudos dientes y, misteriosamente, se fue... ¡sin siquiera tocarlo!

El patito, que estaba paralizado, volvió a respirar con un gran suspiro de alivio.

—Soy tan feo que ni los perros saben qué clase de presa soy... —se dijo, y se dispuso a quedarse allí muy quieto, mientras los perdigones seguían

repiqueteando sobre su cabeza y el tufillo a pólvora llenaba cada vez más el aire.

Cuando la tormenta que se desató alejó a los patos y a los cazadores, el patito esperó todavía un rato para asegurarse de que todo estaba en calma y salió del pantano corriendo, otra vez hacia ningún lado.

Así llegó a una vieja cabaña tan derruida que era un misterio que se mantuviera en pie, pero que por lo menos ofrecía resguardo de la lluvia y el viento.

El patito se escabulló por una rendija y trató de sacudirse lo mojado para poder entrar en calor y dormir fuera de peligro por primera vez en mucho tiempo.

Por la mañana, el patito se enteró de que la cabaña pertenecía a una anciana que compartía su vida con un gato y una gallina a los que llamaba respectivamente «Hijito» e «Hijita».

Ellos fueron los primeros que descubrieron al extraño visitante. El gato lo saludó ronroneando y la gallina con su cacareo.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó la vieja, y acercándose descubrió a nuestro héroe en un rincón.

La anciana pensó que era muy buena noticia saber que podrían contar con huevos de pata para agregar a las pocas provisiones con las que contaban.

—Siempre y cuando no sea macho —razonó en voz alta—. Deberemos darle unos días de prueba.

Así que al patito le dieron tres semanas de plazo para poner, al término de las cuales, por supuesto, no había ni rastro de huevo.

Entonces la gallina le preguntó:

—Dime... ¿puedes poner huevos?

—No.

—¿Y arquear el lomo, o ronronear? —preguntó el gato.

—No.

—Pues entonces no sirves para nada. Vete a tu rincón y ni hables.

—Sé nadar —dijo el patito.

—¿Nadar? —dijeron los dos animales—. ¿Y eso para qué sirve? ¡¡¡Qué estupidez!!!

—¡Pero es tan gustoso nadar en el agua! —dijo el patito feo—. ¡Tan gustoso zambullir la cabeza y bucear hasta el mismo fondo!

—¡Agradable!... —dijo la gallina, casi burlándose—. Me parece que te

has vuelto loco. Pregúntale al gato, ¡no hay nadie tan listo como él!
¡Pregúntale a nuestra vieja ama, la mujer más sabia del mundo! ¿Crees que a ellos les interesa nadar o zambullirse?

—No me comprendes —dijo el patito.

—Pues si yo no te comprendo, me gustaría saber quién podrá comprenderte. Supongo que no pretenderás saber más que el gato, ni ser más sabio que mi señora, por no hablar de mí misma. Has tenido la suerte de encontrar un lugar cálido y confortable y lo único que se te ocurre es...
¡¡nadar!!!

La gallina sacudió las plumas y continuó con aire de suficiencia:

—No eres más que un tonto. Deberías aprender a poner huevos o a ronronear si no quieres que te echemos pronto. Te lo digo por tu propio bien: solo los buenos amigos te dicen las verdades.

Y así fue como el patito preguntó hacia dónde estaba la laguna y se marchó.

Allí nadó y se zambulló a gusto; pero ni siquiera los cuervos que se posaban en los árboles cercanos le dirigían un graznido.

Pronto llegó el otoño. Las hojas en el bosque se tornaron amarillas o pardas; el viento las arrancó y las hizo girar en remolinos, y los cielos tomaron un aspecto hosco y frío. Las nubes colgaban bajas, cargadas de granizo y nieve.

Cierta tarde, mientras el sol se ponía en un maravilloso crepúsculo otoñal, de entre los arbustos emergió una bandada de grandes y hermosas aves. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran de una blancura resplandeciente y tenían largos y esbeltos cuellos.

Los cisnes lanzaron un fantástico grito, y extendieron sus alas largas y magníficas, y se elevaron alto, muy alto en el cielo, alejándose hacia el sur.

El patito feo se sintió lleno de una rara inquietud, mezcla de admiración y envidia.

¡Ah, él jamás podría olvidar aquellos hermosos y afortunados pájaros! Qué lindo sería poder volar a otros lugares en lugar de verse forzado a nadar incesantemente para impedir que el agua se congelase en torno suyo. De hecho, cada noche el hueco en que nadaba se hacía más y más pequeño.

Cayó en esos días una helada tan fuerte que el patito hubiera terminado congelado de no haber sido porque los hijos de un campesino lo descubrieron

tiritando al costado del lago y se lo llevaron a su casa, donde su madre se encargó de abrigarlo y darle de comer hasta reanimarlo.

Allí se quedó a cuidado de esa compasiva familia, que le asignó un cajón en el mueble de las herramientas que estaba en el establo. De vez en cuando los niños querían jugar con él, pero sus juegos siempre terminaban con un estropicio en la casa o en un peligro real para la integridad del pobre patito feo, como el día en que jugando a los indios casi lo quemaron en una hoguera...

El patito feo terminó teniendo terror a sus travesuras y, cuando los niños comenzaban a llamarlo para jugar, él siempre saltaba de su cajón y se escondía para que no lo encontraran.

Una mañana que había buscado refugio de esos bandidos entre los juncos, notó que por fin el sol había comenzado a calentar y que las alondras habían vuelto a cantar. La primavera había llegado.

Quizás por instinto o por curiosidad, se le ocurrió desplegar sus alas para exponerlas al sol. ¡Cuánto habían crecido! El patito decidió abrirlas por completo y agitarlas en el aire para que se secaran del todo. El zumbido que hicieron fue mucho más fuerte que otras veces, y por momentos lo elevaban del suelo.

Casi sin darse cuenta, un poco a los saltos y otro poco con pequeños vuelos, se halló en un vasto jardín con manzanos en flor y fragantes lilas, que colgaban de las verdes ramas sobre un sinuoso arroyo. ¡Oh, qué agradable era estar allí, en la frescura de la primavera!

En eso aparecieron frente a él tres hermosos cisnes blancos muy parecidos a aquellos que una vez había visto levantar el vuelo, y se sorprendió de su propio pensamiento.

—¡Volaré con esas aves! —se dijo—. Me darán picotazos hasta matarme, por haberme atrevido, feo como soy... Pero, ¡qué importa! Mejor es que ellas me maten a sufrir los pellizcos de los patos, los picotazos de las gallinas, los golpes de la muchacha que cuida las aves y los rigores del invierno.

Y así, se metió en el agua para nadar hacia los hermosos cisnes, que en cuanto lo vieron se le acercaron con las plumas encrespadas.

En cuanto los vio aproximarse el patito feo sintió miedo de que lo atacaran y se atrevió a ensayar su habitual reverencia... Pero esta vez, al inclinar la cabeza hacia abajo vio allí, en la límpida corriente, un reflejo de sí mismo que

ya no era el reflejo de un pájaro torpe y gris, feo y repugnante, sino... ¡el de un hermoso cisne!

Los otros cisnes nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos, como intentando decirle que todo estaba bien, que era bienvenido y que estaba entre los suyos.

Unos niños que llegaron a la orilla comenzaron a lanzar al agua pedazos de pan y semillas. Y uno de ellos, el más pequeño, exclamó:

—¡Mirad, hay un nuevo cisne!

Y los otros niños corearon con gritos de alegría:

—¡Sí, hay un cisne nuevo! ¡¡¡Y es hermoso!!!

—No es hermoso... ¡¡¡Es el MÁS hermoso!!!

Nuestro héroe estaba muy, pero muy contento y, aunque recordaba los desprecios y humillaciones del pasado, no había en él ni una pizca de rencor o resentimiento.

En un momento, las lilas inclinaron sus ramas ante él, bajándolas hasta el agua misma, y los rayos del sol, cálidos y amables, hicieron brillar aún más su delicado plumaje blanco... El recién llegado alzó el esbelto cuello y levantó vuelo, seguido de los demás que, por esta cosa que tienen los cisnes, no querían separarse de él.

Desde el aire, el cisne, que hasta hacía poco había sido solo un patito feo, miró el corral en el que había pasado los primeros días de su vida y se alegró en lo más hondo de su corazón... Se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz.

Moraleja

Tradicionalmente se considera a este cuento como la metáfora perfecta de las experiencias de rechazo padecidas durante la incómoda etapa del crecimiento de los más pequeños, en lo que hoy podríamos encuadrar tranquilamente en una situación de *bullying*. Estoy seguro de que nadie, o casi nadie, podrá pasar por la historia sin sentirse identificado con el pobre patito feo. En alguna etapa de nuestra vida, o en alguna situación particular, todos nos hemos sentido un poco rechazados o claramente discriminados por nuestra altura, gordura, o por el color de la piel, el tamaño de nuestros pies o las dimensiones poco comunes de nuestra nariz. El cuento invita a confiar en los propios recursos y a encontrar lo más hermoso y destacable que hay en cada uno... o, lo que es lo mismo, siguiendo la metáfora planteada en el cuento: descubrir la propia «cisnidad» de cada cual.

La otra puerta

Así termina esta historia.

El patito feo se daba cuenta de que había alcanzado la felicidad.

Y es allí, justamente en ese punto, donde yo pretendo que me acompañes para que juntos saquemos algo más de este maravilloso relato.

Es evidente que la felicidad es un tema tan profundo y tan necesitado de estudio como lo son el amor, el odio, la dificultad de comunicación, la postura frente a la muerte, o la misteriosa distorsión de pensamiento que nos lleva a creer que somos los dueños de la forma correcta de pensar o de legislar infaliblemente sobre lo bueno y lo malo, o sobre lo bello y lo feo.

Después de todo, ¿qué otra cosa son nuestras problemáticas más que obstáculos o barreras en el camino de la búsqueda para realizarnos como personas? ¿Qué otro tema podría ocuparnos más que ese objetivo, aun cuando a muchos, como a mí, nos cueste definirlo con una palabra?

Llamemos a ese destino como cada uno prefiera:

Autorrealización

Iluminación

Éxito

Conciencia continua

Cima espiritual

Darse cuenta

Paz interior...

o simplemente Felicidad

Lo mismo da.

Todos sabemos que conquistar ese espacio es nuestro desafío y para algunos, como yo mismo, es también nuestra obligación.

Habrán quienes se pierdan en el trayecto y se condenen a llegar un poco tarde y habrá, también, quienes encuentren un atajo y se transformen en expertos guías para los demás. Estarán los afortunados a los que el sendero se les abre frente a sus pies desde un principio y habrá otros que tendrán que batallar para empezar a recorrerlo, como el patito feo.

Algunos guías y tantos otros cuentos me han enseñado que hay muchas formas de llegar a un lugar deseado, infinitos accesos, miles de maneras, decenas de rutas que nos llevan por el rumbo correcto, pero todos los caminos se superponen en la necesidad de encontrar respuesta a aquellas preguntas imprescindibles que el ser humano se hace desde que consigue pensarse conscientemente.

Las tres preguntas que el protagonista del cuento se hace, aunque no en palabras, y se responde en acciones concretas y decisiones valientes.

Esta es pues el planteamiento de la relectura de este primer cuento. Aprender que no hay un camino que no implique las respuestas a estas preguntas:

¿Quién soy?

¿Adónde voy?

y... ¿Con quién?

Preguntas que, al formar parte de todas las rutas trazadas, no se pueden esquivar más que por pequeños instantes, ya que adelante en el camino, si no las respondiste, volverás a enfrentarte con ellas.

Preguntas que habrá que responder si uno pretende seguir avanzando, porque en la búsqueda de las respuestas se aprende lo que es imprescindible saber para seguir adelante.

Preguntas que debemos contestarnos una por una y en ese riguroso orden.

¿Qué hubiera sido del pobre patito feo si hubiera decidido su rumbo de acuerdo con el mensaje de los otros habitantes del corral?

¿Qué sería de ti si creyeras que solo eres valioso dependiendo de con quién estés? ¿Qué sería de todos nosotros, si aquellos entre quienes estamos decidieran imponernos su criterio sobre quiénes deberíamos ser? ¿Qué hubiera sido del pobre protagonista si se hubiera limitado a fracasar, tratando de copiar la manera de ser de los demás y acatando el mandato de ser feo, repudiado e inútil?

El patito feo señala con claridad su darse cuenta: él no es lo que los demás dicen que es. Él es diferente, pero no necesariamente eso lo hace despreciable. Y emprende entonces el desafío de descubrirse.

Definitivamente no es un pato, tampoco un ganso, ni un gato, ni una gallina, y deberá aprender a no pretender ser ninguna de esas cosas antes de saber quién es. Y el precio de esa rebeldía no es barato ni la tarea sencilla.

Una lección de vida que aprendimos a escuchar de boca de todos los maestros espirituales vuelve hoy a nosotros, pero esta vez de la mano de los economistas, los ministros de Hacienda o los jefes de gobierno. El objetivo inmediato del crecimiento ya no está atado a la seguridad de los bienes, las riquezas o las posesiones, sino más bien a la libertad, y esta conlleva el desapego.

El valor del desprendimiento ha sido ensalzado por casi todas las doctrinas religiosas y por la mayoría de los maestros espirituales

como llave y pasaporte a la hegemonía de lo mejor de cada uno. Y todos ellos estaban en lo cierto.

De san Francisco de Asís a Buda, varios modelos de vidas desapegadas han sido tomados como ejemplos que habría que imitar, aunque leyendo su historia se demuestre que los paradigmas de su tiempo y sus parámetros culturales no son en muchos casos vigentes en el mundo que habitamos.

Desde niños hemos aprendido a valorar nuestros útiles, nuestra ropa y nuestras cosas. Hemos sido enseñados a conservar, a cuidar, a no destruir, y a hacer lo posible para tener más y más... ¡Sería tan difícil cuestionar esa pauta! Y sin embargo, quizás haya algo que Sí podamos hacer: podemos agregarle a estas pautas cuatro matices que, sin violar la esencia de lo cultural, nos permitan avanzar en el desapego. Dos que sí y dos que no:

Sí a explorar.

Sí a compartir.

No a retener.

Y no a acumular.

Quien tiene un lugar que considera suyo lógicamente lo valora, y eso suena bien y sano, pero una cosa es «valorar» y otra muy diferente es «aferrarse»; una cosa es «disfruto de todo lo que tengo» y otra es «lo necesito para ser quien soy»; una cosa es «elijo estar donde estoy» y otra diferente, «soy prisionero de este maravilloso lugar».

Parece una verdad de Pero Grullo que nadie «es» por lo que tiene, ni logra la felicidad por acumular bienes, pero muchas veces nos cruzamos con actitudes que parecen determinar que eso cree una buena parte de los que nos rodean.

Allí está el patito feo, saltando la cerca del corral, abandonando toda la protección que le da y saliendo a enfrentarse con su búsqueda, totalmente solo y desamparado.

De esto habla también este cuento, de cómo el abandono de la zona segura (o «zona de confort», como hoy se la llama) puede jugar un rol fundamental y positivo en nuestras vidas. Y si aprendemos algo

de este patito feo, sabremos que ciertamente se necesita coraje para desprenderse de lo previsible y correr el riesgo de seguir la llamada de tu propio corazón, tus sentimientos, tu intuición o tus ideales pero, con toda seguridad, tomaremos esa decisión.

La tomaremos, y más de una vez.

Exactamente como tú y como yo. ¿No crees?

La segunda pregunta es para el patito feo la más difícil: ¿dónde ir?

En nuestro mundo humano, ¿qué es aquello que le dará sentido a tu vida?

El patito feo no sabe de propósitos tanto como tú o como yo, pero tiene claro que busca un destino mejor que el que le había tocado en suerte. Quiere ser el mejor ÉL que pueda llegar a ser y disfrutar de las cosas hermosas de la vida. No está mal para un huevo empollado en el nido equivocado, ¿no crees?

Entre nosotros, contestar a esa segunda pregunta tampoco es fácil. Nunca lo es, especialmente si te das cuenta que no te sirven los propósitos de otros y que, por lo tanto, debes contestarla antes de pasar a la tercera pregunta.

Según los últimos estudios, un tercio de las personas que consultan a un terapeuta lo hacen por la falta de sentido en su vida. Para encontrarlo es necesario establecer con claridad la diferencia entre una meta y un rumbo, entre objetivo y sentido. Fue Viktor Frankl, el padre de la logoterapia, el primero que llamó la atención de los terapeutas hacia la importancia de encontrarle un sentido a la vida.

Frankl fue capturado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial y recluido en un campo de concentración por su condición de judío. Allí, en los campos de exterminio, este médico vienés observó que los prisioneros que sobrevivían eran, casi exclusivamente, los que de una manera u otra habían conseguido encontrar un sentido a sus restringidas y miserables vidas dentro del campo.

Conviviendo con el horror, el doctor Frankl se dio cuenta de que la gente necesitaba un propósito, aunque fuera minúsculo, para mantener su voluntad de vivir. Fue en cautiverio donde decidió investigar y dejar por escrito su observación. Construir ese relato incidentalmente le proporcionó al mismo autor un sentido existencial que lo mantuvo vivo.

Siempre puede encontrarse un sentido a la vida, en toda condición y bajo cualquier circunstancia, aunque seguramente sea mucho más fácil en nuestro acomodado modo de vida que en los campos de exterminio nazis, pero de todas formas deberá comenzarse siempre por distinguir conceptos como *meta* y *rumbo*, cuyas diferencias, si bien son elementales, muchas veces pasan desapercibidas.

En la vida, las metas son como puertos a los que llegar, y los recursos para hacerlo, así como el mapa de caminos, los aportará la experiencia.

Así, los logros son estímulos para seguir adelante, pero la dirección, el rumbo y el sentido solo pueden conseguirse cuando decidimos el propósito de nuestra existencia.

Como siempre sucede, también en el cuento, al encontrarse con la certeza de estar en el rumbo, las respuestas a la tercera pregunta comienzan a presentarse. Es el encuentro con otro u otros que van en mi misma dirección y que, como yo, han tenido alguna vez el coraje de dejar atrás lo que no está. Es el camino del amor y el de coincidir en tiempo y espacio con los compañeros de ruta.

Como el patito feo antes de iniciar su camino, también nosotros tendemos a creer que el mundo cotidiano, nuestra familia, nuestra pareja, el trabajo, la ciencia y la política, están constituidos por elementos de una realidad incuestionable e independiente de nosotros, que era así antes de nuestra llegada y que seguirá siendo después de nuestra partida. El cuento es un himno que invita a volverse cómplice de la realidad en la que cada uno vive, asumiendo que el mundo y todo lo que contiene está configurado por lo que, entre todos, vamos construyendo activamente.

Si sé quién soy y tengo claro cuál es mi rumbo, y me permito elegir conscientemente de quién me acompaño, no solo podré tener un camino sereno y placentero, sino que también podré desarrollar una percepción más optimista de las cosas e inevitablemente avanzaré en la dirección de conseguir que el mundo se transforme más y más en aquello que deseo, para mí y para todos.

Capítulo 2

La Cenicienta



Introducción

La versión de *La Cenicienta* que todos conocemos desde la infancia es, en realidad, una adaptación suavizada y azucarada de la historia que rescatan los hermanos Grimm y que, a su vez, como después veremos, procede de relatos antiquísimos de varias culturas, en la mayoría de las cuales no aparecen ni siquiera algunas de las referencias más conocidas de esta historia, como la figura del hada.

Como haré con cada cuento que aparezca en este libro, me propongo contarte primero una versión resumida de la historia de Cenicienta, escrita por mí y basada, sobre todo, en aquellos detalles que aparecen y se repiten en la mayoría de las versiones populares de este mismo cuento que circularon, y aún circulan, en diversos países y culturas de todo el mundo.

El cuento

La protagonista de esta historia se llama Ela y es la hermosa y única hija de un hombre muy rico que enviuda trágicamente cuando la pequeña tiene diez años.

Después de algunos meses de padecer el dolor de la pérdida, y sin poder superar la ausencia de su amada esposa, el hombre, preocupado por su futuro solitario y por la educación de su hija, decide que debe contraer matrimonio lo antes posible.

El cuento comienza con la elección de la futura esposa: una duquesa, también viuda que, según todos aconsejaban, tenía las cualidades necesarias para poder mitigar su dolor, ser una compañera fiel y reconstruir para su hija y para sí mismo la imagen de una familia completa, como la que ambos tenían antes de la muerte de su primera esposa.

Los arreglos nupciales se hicieron muy rápidamente y la mañana siguiente a la celebración de la boda el hombre y su hija se mudaron a la mansión de la nueva esposa, que vivía con sus dos hijas, Dracina y Renarda.

Las jóvenes, un poco mayores que Ela, eran ásperas y envidiosas, y no estaban demasiado contentas con la llegada de los nuevos habitantes de la casa. Quizás por eso su actitud para con los recién llegados mostró, desde el primer día, que no estaban dispuestas a hacerle la vida fácil a ninguno de ellos, especialmente a su nueva hermana.

A pesar de los roces entre las hijas, en las primeras semanas la convivencia transitó por cauces normales, y los enfrentamientos, que sucedían a diario, se resolvían velozmente gracias a la palabra, la presencia y la autoridad del hombre de la casa, que controlaba los desencuentros con paciencia y buen criterio, sin demasiado esfuerzo.

Sin embargo, pasado el primer mes, cuando el padre retomó sus viajes de negocios para visitar a sus clientes, permaneciendo fuera de la casa a veces por más de una semana, la convivencia se complicó...

En ausencia de la figura del padre las hijas de la duquesa se ensañaban con Ela una y otra vez mientras su madrastra tomaba una de dos actitudes, a cual peor: se quedaba contemplando la discusión, casi divertida, o intervenía en la

pelea para echarle invariablemente la culpa a la niña, con el argumento de que era ella la que provocaba a sus hijas.

Por supuesto, ese era el relato que su padre recibía cuando regresaba y que hacía que, después de escuchar las quejas que la duquesa declamaba sobre el comportamiento de su hija, él terminara poniéndose del lado de su esposa, pidiéndole a la joven que no se peleara con las hermanas, que no las provocara y que fuera respetuosa y obediente con su nueva madre...

—Pero yo... —intentaba defenderse su hija.

—Pero usted... ¡nada! —interrumpía su padre tratándola de *usted*, como hacía siempre que la regañaba—. ¡Pórtese bien y nada más!

Quizás con el tiempo, el padre se hubiera dado cuenta de cuán injusto había sido. Quizás hubiera podido ver que su hija no era desobediente ni provocadora. Quizás hubiera podido descubrir la verdad de lo que pasaba cuando él no estaba...

Pero el *hubiera* siempre es un tiempo inexistente...

La realidad fue que no hubo tiempo.

Pocos meses después, el hombre salió en un largo viaje comercial hacia Oriente... un viaje del que nunca regresaría.

Las terribles noticias llegaron a la semana de su partida. El barco en el que viajaba el padre de Ela había naufragado frente a las costas de la India y no se habían encontrado supervivientes.

Enterada de la tragedia, la duquesa, viuda por segunda vez, se volvió aún más cascarrabias, más violenta y más autoritaria, especialmente con la hija de aquel que fue su marido, a la que parecía hacer responsable de todo lo que había sucedido.

Más que enfadada, y con Ela como receptora de toda su furia, la madrastra ordenó que a partir de ese momento la joven durmiera en un pequeño cuartucho de la azotea y fuera desposeída de todas sus pertenencias, asignándole para siempre la tarea de limpiar la casa y el resto de las tareas del hogar.

Huérfana y despojada de todo, a partir de ese momento la joven fue tratada por «su familia adoptiva» como si fuera una esclava. Obligada a trabajar hasta altas horas de la noche y a levantarse muy de madrugada, debía hacerse cargo de todas las tareas, especialmente la de la limpieza de la chimenea, que por orden de su madrastra debía hacerse dos veces por día.

Fue precisamente a causa de esa tarea por lo que Dracina y Renarda la

rebautizaron burlescamente con el nombre de «Cenicienta», ya que su ropa y su rostro siempre estaban cubiertos de tizne y de ceniza.

Por orden de su madrastra, Cenicienta estaba literalmente recluida en la casa sin tener nadie con quien cruzar palabra, con excepción de cuatro palomas que vivían en el árbol que había trasplantado su padre al llegar a esa casa y de dos pequeños ratoncitos que solo salían de su agujero en la pared para comer de su mano un poco de pan y de queso que Cenicienta compartía con ellos.

Un buen día sucedió algo inesperado: el rey de aquel lugar mandó a sus pregoneros para informar a todos los habitantes del reino de que celebraría una gran fiesta en el palacio real. El motivo del baile, público y declarado, era encontrar una esposa para su hijo, el príncipe, y por esa razón todas las jóvenes solteras del reino estaban invitadas al gran evento.

La noticia llegó a los oídos de todos los súbditos del rey y fue motivo de algarabía en todas las casas de la ciudad. La mansión de la duquesa no fue una excepción.

Por unos instantes, como sus hermanastras, Cenicienta se permitió soñar con que quizás, tal vez, por qué no, ella podría ser la elegida para ser la pareja del príncipe. ¡La futura reina! ¿Por qué no?

¿Por qué no...?

Porque entre su sueño y la realidad estaba su madrastra y, gracias a ella, las cosas nunca serían fáciles para la pobre Cenicienta.

La madrastra le dijo en un tono malvado y cruel:

—No sé qué festejas tú, Cenicienta... Tú no irás al baile del príncipe. ¿Cómo se te ocurre? Mírate en el espejo: estás llena de mugre, no tienes vestido ni zapatos... ¿Y quieres bailar? Ja, ja, ja...—se burló la madrastra.— ¿Te imaginas con esas fachas, en medio del salón de baile, en el palacio...? ¡Dios mío, qué bochorno!... Serías la vergüenza de la familia... ¡De ninguna manera! Tú te quedarás aquí fregando el suelo, limpiando el carbón y la ceniza de la chimenea... Y asegúrate de tener la casa perfectamente en orden para cuando nosotras estemos de vuelta.

—Pero yo... —intentó decir Cenicienta.

—Tú te callas —ordenó la madrastra, que además, lo que menos quería era alguien más para competir con sus hijas en la búsqueda del trono.

—¡¡¡Tú te callas!!! —repitieron a coro las hermanastras.

Esa noche Cenicienta se sentó en su cama y lloró sin parar hasta que salió

el sol a la mañana siguiente. Estaba muy triste. Muy adentro pensaba que una vulgar sirvienta también debería poder ir al baile y conocer al príncipe, aunque fuera de lejos.

Entre llantos, mocos y cenizas pasó esos días y esas noches Cenicienta, hasta que finalmente llegó la esperada fecha: el día del baile en palacio.

La única participación de Cenicienta en el clima que se respiraba en la casa era la de servir a sus hermanastras en su vano intento de verse elegantes y bonitas.

—¡¡¡Cenicienta, ajústame más el corsé!!! —gritaba Dracina.

—Cenicienta, sujétame el cabello —ordenaba Renarda.

—Cenicienta, tráeme el colorete...—agregaba Dracina.

—¡Cenicienta, limpia mis zapatos!—mandaba Renarda.

—Cenicienta...

A pesar de que sus intentos para engalanar a sus hermanastras eran genuinos, la tarea resultaba imposible. Las dos muchachas eran realmente feas, con esa fealdad que solo la maldad puede acrecentar...

Al llegar la noche, la duquesa y sus dos hijas, vestidas con sus mejores galas, partieron hacia el palacio real, y Cenicienta, sola en la casa, volvió a sentir una vez más una tristeza infinita.

Entre llanto y llanto, la joven se quejaba en voz alta:

—¿Por qué seré tan desgraciada? ¡Madre, cómo te extraño! Si estuvieras aquí esto no estaría sucediendo... Oh, madre, ojalá pudieras ayudarme...

De pronto sucedió algo increíble: desde el jardín, una luz blanca y deslumbrante entró por la ventana e iluminó la casa. Sorprendida, Cenicienta se acercó a la ventana y vio que la luminosidad parecía venir del roble que ella y su padre habían traído desde su casa anterior y habían trasplantado en el jardín.

Sin saber por qué Cenicienta no sintió miedo. Al contrario, tranquila y confiada salió al jardín y se acercó al árbol.

Allí se dio cuenta de que la luz venía de la figura casi transparente de una anciana que tenía la cara más bondadosa que nunca se había visto y que, de pie en el jardín, tendía los brazos hacia ella como invitándole a acercarse...

—No llores más —dijo la aparición, que rodeada de un aura brillante le hablaba con una voz suave y dulce que le recordaba a la de su madre.

—¿Quién eres? —se animó a preguntar Cenicienta.

—Yo soy tu hada madrina —dijo, sonriendo con ternura—. Estoy aquí

para ayudarte a cumplir tu sueño. Si así lo quieres, yo me ocuparé de que puedas estar en esa fiesta, en el palacio.

—Sería hermoso... —dijo Cenicienta, bajando la cabeza— pero, ¿cómo podría? Mira mis harapos... No tengo vestido, ni zapatos, ni manera de llegar a palacio...

Por toda respuesta, el hada madrina sacó su varita mágica y con ella tocó suavemente a Cenicienta en los hombros. Al momento, un maravilloso vestido del color del cielo apareció engalanando el cuerpo de la joven.

Luego, sin dar tiempo al asombro, el hada entró en la casa y trajo de la despensa una calabaza mientras convocaba con extraño lenguaje la presencia de las cuatro palomas que vivían en el roble del jardín y la de los dos ratones amigos de la joven.

Con un toque de la varita, las palomas se volvieron briosos corceles blancos como la nieve, la calabaza se transformó en carruaje y los dos ratones en un cochero, uno, y en un paje, el otro, ambos pulcros y listos para escoltar a la joven, como si fuera una reina, en su viaje a la fiesta.

—Rápido, vete —dijo el hada.

—Espera —se detuvo Cenicienta—. Mira mis pies. ¡No puedo ir así, sin zapatos!

Un nuevo pase con la varita, una sonrisa más del hada, y de pronto la joven se dio cuenta de que, de la nada, había aparecido un par de zapatos de cristal, que radiantes se ajustaron exactamente al piecico de la joven.

—Una cosa más, Cenicienta —le dijo el hada—. Ten en cuenta una cosa muy importante: este encantamiento no es eterno...

En ese momento el hada bajó la voz, como si fuera a revelar un secreto.

—Presta atención, mi niña: con la última campanada de las doce de la noche, la magia se desvanecerá... Este carruaje volverá a ser calabaza y tu vestido se tornará de nuevo en los harapos que traías hace un rato. Debes volver antes de que eso suceda.

—Entendido —dijo Cenicienta—. No lo olvidaré. Estaré aquí antes de la medianoche... Ya soy feliz, solo con poder ir al baile...

Cenicienta subió al carruaje con la ayuda de sus nuevos compañeros y, asomando su cabeza por la pequeña ventana, agitó su mano y dibujó en el aire un «Gracias» dirigido al hada, mientras el carruaje se ponía en movimiento.

Cuando el carruaje llegó al palacio, sus dos sirvientes le ayudaron a bajar y

la escoltaron con elegancia hasta la escalinata principal.

Apenas Cenicienta entró en el salón principal se produjo un silencio sorprendente.

Nadie había visto jamás a la joven que acababa de entrar y todos estaban atónitos por su belleza.

—Es una princesa extranjera —decía el rumor que, vete a saber quién, había hecho correr de boca en boca.

Ni siquiera las tres mujeres con las que vivía Cenicienta la reconocieron, acostumbradas a verla siempre en harapos y llena de hollín.

Apenas el hijo del rey la vio se sintió intimidado ante tanta belleza, pero respirando profundo recordó su posición de príncipe heredero y, controlando el temblor de sus piernas, salió a su encuentro.

Al acercarse, después de una reverencia, le dio la bienvenida y le ofreció su brazo para acompañarla hasta la pista central. La música se había detenido y los asistentes miraban, sorprendidos por igual, a la recién llegada.

El príncipe hizo un gesto a la orquesta para que retomara su tarea y, tendiéndole la mano, invitó a Cenicienta a bailar con él.

Durante el resto de la noche el anfitrión no dejó de bailar con Cenicienta, ni permitió que ninguno de los que se acercaban a invitarla a bailar pudiera tener acceso a ella.

—Es mi pareja —decía a cualquiera que se acercara.

El tiempo voló entre los brazos del apuesto joven, hasta que, de repente, en un giro, la muchacha vio en uno de los relojes del salón que faltaban pocos minutos para medianoche.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tengo que irme! —dijo en voz alta, separándose del príncipe y comenzando a caminar hacia los jardines, mientras pensaba que, en unos minutos, su vestido se convertiría en sucios andrajos y su carruaje en una calabaza.

—Iré contigo y te escoltaré a tu palacio, donde quiera que esté—le dijo el príncipe, que deseaba saber quién era aquella joven y, más que nada, deseaba volver a verla.

—No... no —dijo Cenicienta—. Debo irme...

Y sin más explicaciones, dejó al príncipe solo en mitad del salón y echó a correr hacia la salida.

A la carrera bajó la escalinata hacia los jardines y en su huida, al subir al carruaje, perdió uno de sus zapatos de cristal.

Cuando se recuperó de la sorpresiva partida de la desconocida el príncipe corrió detrás de ella, pero cuando llegó a los jardines el carruaje ya se alejaba en la oscuridad. En el suelo había quedado un pequeño zapato de cristal, único rastro de la bella invitada desaparecida en el sendero del bosque.

Desde ese momento el príncipe supo quién iba a ser la futura reina, aunque aún no sabía quién era ni dónde encontrarla. Sea como fuere, tenía claro que se casaría con la joven que había perdido el zapato esa noche, y no descansaría hasta encontrarla.

A la mañana siguiente el príncipe salió del palacio para recorrer el reino.

Todas las jóvenes debían probarse el zapato de cristal. Entre las que consiguieran calzarlo estaría la futura reina.

Resultó que la tarea no era fácil: el zapato era tan pequeño que a ninguna joven le cabía.

Al cabo de unos días, la comitiva del príncipe y sus sirvientes llegó a casa de la duquesa donde vivía Cenicienta.

—Buscamos a la dueña de este zapato de cristal —anunciaron—. El hijo del rey ha decidido que desposará a la joven a quien le sirva este zapato.

Exultante, la madrastra fue a buscar a sus feas hijas para que se probasen el zapato, mientras gritaba a voz en cuello:

—Es el zapato de una de mis hijas... ¡Lo reconozco! —dijo preparando el engaño—. Ahora mismo las hago venir...

Y tomando el zapato de cristal en sus manos entró corriendo en la casa gritando

—Niñas, niñas... ¡El príncipe ha encontrado vuestro zapato...!

La mayor tenía un pie muy largo y era más que evidente que jamás podría calzarse ese pequeño zapato. Mientras gritaba por la ventana que su hija bajaría en unos segundos, la duquesa tomó un cuchillo de la cocina y ordenó:

—Dracina... Córtate los dedos, ya no los necesitarás: cuando seas reina no tendrás que estar nunca de pie.

La joven, entendiendo que este era su pasaporte hacia la corona, se cortó los dedos; y así consiguió meter su pie en el zapato de cristal.

Ocultando su dolor, Dracina salió a reunirse con los miembros de la comitiva real que, al ver el zapato en su pie, la invitaron a subir al carruaje real como si fuera una reina.

Sin embargo, el festejo duró poco porque, al pasar junto al árbol del jardín, el cochero vio la sangre saliendo del pie de la joven y la ordenó que se bajara

inmediatamente.

La madrastra dijo que había sido un error y que era Renarda, su otra hija, la dueña del zapato. Y llevándolo con ella volvió a entrar en la casa.

Era obvio para cualquiera que el pie de Renarda era demasiado grande y ancho para entrar en el zapato. Una vez más, la ambiciosa mujer levantó el cuchillo mientras decía:

—¡¡¡Renarda!!! Ven aquí, rápido... ¡Te cortaré el talón! De todas formas, cuando seas reina, no tendrás que caminar nunca.

La joven obedeció a su madre y dejó que le cercenara de dos rápidos tajos un par de lonjas del talón. Enseguida metieron el pie de la hija dentro del zapato y salieron ambas al encuentro de los servidores del rey. Sin notar el rictus de dolor en el rostro de Renarda, los sirvientes la invitaron a subir al carruaje como si fuera una reina.

Esta vez el engaño duró todavía menos. Al poner el pie en la escalerilla la sangre brotó a borbotones de su pie, descubriendo la trampa.

—Tampoco es esta la que buscamos —dijo el paje—. ¿Tienes alguna otra hija?

—No —contestó la madrastra.

—¿Y esa joven que está allí en el fondo de la casa, quién es?

—Ah, esa... Vive con nosotros. Es una pobre chica que nos ayuda con las tareas de la casa. La llamamos Cenicienta, pero ella no puede ser la novia que buscas: mira su aspecto... Y, además, ni siquiera estuvo en la fiesta.

—Llámalas —dijo el sirviente—. ¡Todas las jóvenes del reino deben probarse el zapato!

—No, no —dijo la duquesa—. Está demasiado sucia como para dejar que la vean ustedes.

Pero el sirviente del príncipe se empeñó en que saliera, ya que esa era la orden real, y hubo que llamar a la Cenicienta.

La joven se acercó y, sentándose en una roca, se quitó su pesado zueco y expuso su delgado pie, a la espera del zapato de cristal. Esta vez fue el propio príncipe el que se acercó para probárselo.

Con delicadeza y sin forzarlo, el calzado se ajustó exactamente al pie para el que había sido creado.

Cuando Cenicienta levantó la vista, su sonrisa se encontró con la del príncipe, que al mirarla reconoció en ella a la hermosa doncella que había bailado con él.

—He venido a buscarte —dijo simplemente el príncipe—. ... ¡para que seas mi reina!

Todos los presentes se quedaron de piedra y, de inmediato, pusieron una rodilla en tierra en señal de respeto y sumisión.

—Es ella —dijeron, casi al unísono—. ¡Gloria a la princesa!

La bella joven y el hijo del monarca subieron juntos al carruaje para ir al palacio, donde el príncipe comunicó a su padre, el rey, su decisión de casarse con Cenicienta.

Según dicen, Cenicienta y el príncipe siguieron juntos para siempre, fueron felices y comieron perdices.

También se dicen muchas cosas, algunas horribles, del destino de las otras mujeres de la historia. Pero ese es otro cuento.

Moraleja

La impronta de la moral judeocristiana llega con *La Cenicienta* a su manifestación más acabada.

El triunfo del bien sobre el mal, el premio a la resignación y a la aceptación de los infortunios y el castigo a la malicia y el rencor, en forma de una cierta «justicia divina», se revelan en esta historia en todo su esplendor.

Es así como se transmiten y fomentan, preclaros, los virtuosos valores de la época:

la humildad,

la bondad,

la paciencia,

el perdón,

la fe

y, como era de esperar, la confianza en que los designios de la vida siempre terminarán poniendo las cosas en su lugar, dándole lo mejor al bondadoso y castigando al malvado que, como es previsible, está sometido a las fuerzas del mal (el rencor, la envidia, el egoísmo, el engaño y, por supuesto, la codicia).

La Cenicienta es, además, el paradigma de los finales felices, con príncipe heredero incluido, lo que irremediablemente coloca su mensaje en la línea de una dudosa moral machista que, como ya veremos, se repetirá en muchos otros cuentos, algunos de los cuales traeré a primer plano en este libro.

La otra puerta

Hace unos años, para mi halago y satisfacción, fui convocado por el Estado de Durango para elaborar, desde la Universidad Juárez, un programa educativo centrado en el concepto de desarrollo humano de las Naciones Unidas. Era la oportunidad de demostrar que la educación puede hacer más por la sociedad que la economía, la cárcel o «la tolerancia cero», como se la suele llamar. Para comenzar, me apoyé en la ayuda de una decena de jóvenes estudiantes de la universidad para encarar una pequeña investigación en la capital, con el objetivo primario de sacar a la luz los verdaderos problemas que angustiaban, preocupaban y martirizaban a los duranguenses, preguntándoles directamente a los vecinos. Para sorpresa de todos, la mayor preocupación no estaba centrada en lo económico (a pesar de ser una zona postergada en cuanto al desarrollo industrial), ni en la inseguridad cotidiana (pese a que Durango fue una zona muy castigada por la delincuencia organizada en los años 2010 y 2011); la preocupación de la mayoría de los entrevistados estaba centrada en la incertidumbre que sentían respecto de la capacidad de insertarse en la sociedad futura, la felicidad y la educación de sus hijos. Deseaban que cada uno de los que les seguían pudiera desarrollarse y vivir mejor de lo que ellos habían conseguido.

Cuando se les preguntó por qué no tenían esas mismas pretensiones de desarrollo para sí mismos (ya que casi todos estaban en edades muy activas), las respuestas giraron en frases del mismo tono: «Para mí ya es tarde», «Yo no tengo capacidad», «Yo no podría», «¿Quién me iba a dar a mí una oportunidad?».

Estas respuestas me obligaron a reestructurar el proyecto original, para centrarlo en sanar, o por lo menos mejorar, el grave problema que la mayoría de los entrevistados tenía con la imagen de sí mismos, con la valoración de su potencial, con la posibilidad de ser cómplices de su cambio y hasta con el reconocimiento de su derecho de vivir mejor.

Esta necesidad, por supuesto, no es patrimonio exclusivo de los hermanos mexicanos de bajos recursos —es una carencia de nuestra sociedad—, pero es especialmente una pesada carga para los habitantes de Iberoamérica, tanto individualmente, como personas, como países y como sociedad.

Planificando con la universidad la tarea que se iba a realizar, pensamos en comenzar con talleres de crecimiento personal, sabiendo que una mejoría de la calidad de vida y una saludable manera de iniciar la acción para cambiar lo que no nos gusta de nuestra vida no puede apoyarse más que en un buen caudal de autoestima, en el sentido en el que siempre he manejado ese concepto: la idea de saberse valioso, útil, necesario e irremplazable, merecedor de todo lo bueno y con una capacidad infinita de aprender y crecer.

Algunos de los que escucharon del proyecto, sabedores del valor que doy a la crítica, preguntaron si unos talleres de autoestima servirían de algo. Los colegas terapeutas, que reconocían el valor de una buena autoestima, sostenían (y yo estaba de acuerdo) que algunos encuentros, por positivos que fueran, no podían sustituir a un buen proceso terapéutico.

Otros, al fin, opinaban que esta propuesta era como intentar reemplazar, mediante cosméticos y maquillaje, la deseada belleza que Dios no nos dio al nacer. Obviamente, la metáfora no era feliz, ya que el concepto de belleza es, en sí mismo, el más discutible de los conceptos... pero entendí lo que se quería plantear.

Argumenté frente a todos que la autoestima, la verdadera y sana autoestima, es un espacio que nos modifica con solo acariciarlo, y recordé gracias a su cuestionamiento el planteamiento que mi colega, la doctora Fabiana Monteiro, hiciera alguna vez en una conferencia que abordaba el tema de «Ser mujer en un mundo machista». La

doctora Monteiro evocaba en su charla la antigua y conocida historia de Cenicienta, que te acabo de contar.

Volvamos al objetivo de este pequeño texto y pensemos en la otra mirada del cuento. Olvida por un momento el mensaje obvio de la historia, que hemos enunciado ya, e intenta responder a esta pregunta:

¿Por qué el zapato de cristal no desaparece?

Ciertamente, todo lo demás se desvanece a medianoche: el vestido, el carruaje, los caballos... ¡Todo! Solo el zapato permanece.

Razona conmigo.

Si el zapato de cristal no desaparece, habría que pensar que, a diferencia de las otras galas que lleva Cenicienta, la magia del calzado es diferente...

Cabe destacar que hay, en el cuento original, un dato más que abona esta idea: el carruaje era antes calabaza, el vestido harapos y hasta los pajes y caballos fueron transformados a partir de ratones y palomas... Los zapatos, en cambio, no parecen venir de ninguna otra cosa previa: aparecen allí, simplemente. Son el último elemento de su transformación y se materializan justo antes de partir: Cenicienta se lamenta de no tener zapatos y, de pronto, se da cuenta de que los tiene y de que se ajustan perfectamente a sus pies.

Sin embargo, la gran diferencia entre el zapato y los demás elementos es que después de las doce, cuando todos los conjuros del hada se cancelan, como ella lo había anunciado («Los encantamientos no son eternos»), ese pedazo de cristal permanece zapato, frente a los ojos de todos. No es una ilusión, ni un truco, ni un engaño: es algo concreto, verdadero, tangible y permanente.

Es de ese pequeño «misterio» desde donde vamos a tirar para desenmarañar el mensaje un poco más escondido.

Cuando todo el sortilegio encantador de la belleza mágica del atavío de Cenicienta se desvanece, hay algo, metafóricamente representado por el zapato, que permanece con la heroína después de esa noche (y, de hecho, ella lo sabe porque tiene en su poder el otro zapato).

Ahora bien, ¿qué representa el famoso zapato de cristal?

La doctora Monteiro propone simbolizar en este zapato que no pierde su magia, el descubrimiento de su ser mujer. El darse cuenta de una vez de la importancia, trascendencia y significado de su propia femineidad.

Si ponemos el acento en este punto, el cuento parece sugerir que el gran acto transformador y mágico del hada no consiste en hacer que Cenicienta parezca una bella princesa con ese vestido, ese carruaje y todo lo demás, por una noche, sino en lograr que la desgarrada y despreciada sirvienta encuentre dentro de ella, y para siempre, a la bella princesa que estaba escondida debajo de su aspecto desgreñado y de su actitud cotidiana.

Y aprovechando la creativa mirada de mi colega, yo quisiera quitarle a su lectura el peso del género y proponerte que veas en ese zapato que no desaparece la propia autoestima, la de todos, la de las mujeres y la de los hombres, la de los países y la de la sociedad en su conjunto. Y es que descubrirnos valiosos, deseados, queridos y necesarios es siempre un camino sin retorno.

Que nadie crea que menosprecio el proceso continuo y profundo de trabajar en las raíces de la falta de valoración de uno mismo, ni que minimizo el peso de la exploración interna para encontrar la fuente de ese cierto desprecio de los propios recursos... Lo que digo es que el encuentro de uno con su verdadera autoestima es un hecho fundacional (y da casi lo mismo si es el resultado de un encuentro con alguien excepcional, el producto de una experiencia única e intensa, o la revelación provocada por una película motivadora o un libro que cae en tus manos)... Sea como fuere, si te lo permites, lo que sigue, nunca será igual.

Recuerdo el primer día que escuché este texto, que reproduzco aquí, llamado «Saludo al Buda que hay en ti», y que tanto se me aparece cuando escribo sobre estas cosas.

Tal como lo puedo recordarlo, decía más o menos así:

Tú eres perfecto así como eres, aunque no seas consciente de ello.

No es tu mérito, nadie puede ser otra cosa. No es algo que, con suerte, tiene que suceder en el futuro... Ya ha sucedido. Una sincera confrontación contigo mismo te

revelará tu estado de perfección.

Ya sé que puede parecer presuntuoso, y que por eso te resistirás a confiar en ello totalmente. Es natural. Pero permite que esta idea se deposite en ti como una semilla y en torno a ella comenzarán a suceder muchas cosas que te demostrarán esta verdad. Eres perfecto y nada te falta, solo precisas un poco más de consciencia, una pequeña lámpara que ilumine tu mente.

Todo este reino es para ti, solo tienes que reclamarlo. Pero no puedes reclamarlo, no puedes ni siquiera soñar con reclamarlo, si crees que eres un mendigo. Una vez que la oscuridad desaparezca dejarás de ser un mendigo, y serás un Buda, un soberano, un emperador.

Esa idea de que eres un mendigo, de que eres ignorante, de que no mereces lo que tienes se te ha repetido tantas veces que se ha convertido para ti en una profunda hipnosis, y esa hipnosis debe ser desbaratada.

Permite que tu corazón lo sepa: nada está mal en ti, y por eso todo está bien si nada pretendes cambiar, ya que, más allá de tus creencias, tú eres un Dios en proceso, un ser divino que está empezando a desarrollarse.

Es, pues, tarea de todos descubrir el valor, la fuerza y la belleza de ser quien uno es, aceptar nuestra condición de únicos, asumir la responsabilidad de ser sin tapujos ni remiendos la obra de arte que cada uno es y hacer girar alrededor de ese eje nuestros aspectos más hermosos, poderosos y seductores.

Y aun banalizando el hallazgo, y limitándolo al mero aspecto físico, las personas que mejor saben maquillarse, engalanarse o «producirse» (como se dice ahora) no se arreglan para mostrar algo que no son, ni para esconder lo que les parece poco armonioso, sino que, por el contrario, con habilidad e inteligencia, intentan hacer visible la belleza de lo que saben que les es propio.

La verdadera belleza de cada uno, no se inventa ni se construye: se descubre (des-cubre) y se comparte; solo así puede durar más allá de la medianoche.

Como profesional de la salud he aprendido a no sorprenderme de que uno de los temas que aparentemente nunca dejan de requerir nuevas miradas sea el de la búsqueda de la calidad y el tipo de relación que cada uno establece consigo mismo, con su vida, con su tarea y con sus creencias.

Este concepto, que aquí podríamos llamar con su nombre más técnico y exacto, se refiere a la «actitud egosintónica», excede el más

popular término de autoestima y aunque lo incluye, lo excede y trasciende.

Como el cuento de *La Cenicienta* nos obliga a pensar, una relación sana con uno mismo implica por fuerza el momento mágico del darse cuenta de la propia dignidad y valor, así como el desarrollo de los mejores pensamientos y sentimientos para con uno mismo; dos instancias que nos conducen naturalmente a la mejor manera de actuar y vivir la propia vida.

Para que la tarea de la sintonía se vuelva por lo menos posible, hay que asumir primero que, paradójicamente, esa armonía del pensar, el sentir y el hacer, no se apoya en ningún tipo de comparación con otros, ya que por definición esa sincronía empieza y termina en mí mismo y su estructura no debería apoyarse en un mero listado de mis virtudes, ni poner empeño en ocultar mis defectos.

Estas últimas desviaciones del camino saludable siempre terminan volviéndose condenas perpetuas para los que caen en su trampa, obligándolos a vivir tratando de esconder los aspectos menos «virtuosos» de su ser, dando lugar a secretas vergüenzas y siniestras conductas de autodesprecio, que sumadas llamamos «egodistonía» (para completar la lista de nombres técnicos).

Muy lejos de los padecimientos de la protagonista del cuento están los egodistónicos que llegan cotidianamente a los consultorios de los psicoterapeutas de todo el mundo y, sin embargo, sus quejas y lamentos nos hacen pensar con frecuencia en la dura realidad de la sirvientita injustamente maltratada de la historia que estamos analizando.

Estos pacientes se quejan de su «baja autoestima» y, poco más o menos, de que «nadie los quiere», cargando las tintas invariablemente sobre algunas «despreciables» características propias que los atormentan y que no pueden cambiar, sintiéndose por ende atrapados en esa penosa situación.

Casi siempre, al escucharlos durante algunos minutos, descubrimos que su realidad dista bastante de ser lamentable, y que hasta provoca —según ellos mismos dicen— la envidia de otros en su entorno. Más parecidos a ti y a mí que a Cenicienta, no pueden aceptar que son quienes son, sin notar que al estar todo el tiempo

tratando de «cambiar» o de que «no se note» como son, para agradar a los demás, necesariamente establecen y confirman que no son queribles sin su disfraz.

Para salir de este atolladero es importante redefinir algunos conceptos, que a fuerza de ser repetidos por todos lados se han quedado casi sin significado. Hace ya veinte años escribí un libro que se llamaba *De la autoestima al egoísmo* que obviamente sugería que hablaría a favor de aquella y en contra de este, cuando en realidad hacía justamente lo contrario, retomando la necesidad de descubrir el «buen egoísmo».

La sintonía armónica no es otra cosa que la capacidad de mirarme con honestidad y evaluarme adecuadamente, reconocer tanto mis aspectos fuertes como los débiles, mis aspectos nutritivos y los tóxicos, mis luces y mis oscuridades, mis aciertos y mis necesidades... Tener una buena y saludable armonía interior no consiste en pensar que soy fantástico en todo (negando lo que la realidad me devuelve), sino en reconocermé tal cual soy y sentirme satisfecho y orgulloso de eso, aun cuando de inmediato pueda decidir ocuparme de trabajar mis aspectos más grises.

Todos deberíamos preguntarnos: «¿Por qué buscamos infatigablemente ser maravillosos?». Seguramente porque pensamos que solo así los otros podrán querernos, que solo se quieren las virtudes, los méritos y los logros de los demás.

Si nos detenemos un segundo a considerar por qué queremos a quienes queremos, quiénes son y qué hacen, nos daremos cuenta de que nuestro amor (cuando es verdadero) poco tiene que ver con cuán exitosos sean.

¿Queremos más a un amigo cuando consigue un ascenso?
¿Queremos más a nuestra esposa si adelgaza un par de kilos?
¿Queremos más a un hijo si aprueba sus exámenes? Seguro que no (y si la respuesta fuera que sí, tu amor no es un gran amor que digamos...).

Si te preguntan por qué amas a los que amas, lo más seguro es que respondas: «No lo sé, porque sí. Porque me gusta esa combinación de cosas que hace que sea quien es. Porque me alegra su presencia cuando está a mi lado».

El verdadero amor no se nutre de cuán bueno, correcto, fuerte, inteligente, bello o valiente sea quien amamos; se nutre de su sola existencia, como bien lo señala Josef Zinker en su libro *El proceso creativo*.

Solo para sacarle todo el partido posible a este espacio, pregúntate y responde sin pensar demasiado:

Cuando amas a una persona...

¿qué haces con ella o para ella? ¿Cómo la tratas?

Alguna de estas cosas que se me ocurren seguramente pasará también por tu cabeza:

- ... intento hacerle feliz.
- ... no soy tan duro con él o con ella cuando se equivoca.
- ... valoro su esfuerzo más que sus resultados.
- ... le hago mimos.
- ... le compro las cosas que le gustan.
- ... le protejo.
- ... respeto su opinión.
- ... no pretendo que sea diferente de lo que es.
- ... le perdono.
- ... le aliento a perseguir sus deseos.
- ... cuido su salud.
- ... le sonrío y le digo con frecuencia cuánto le quiero.

¿Agregarías algo?

Por favor, no te prives...

Y después, con tu lista completa pregúntate:

¿Cuántas de estas cosas haces por ti?

¿Para ti?

¿Contigo mismo?

Una buena y fácil receta para ponerse egosintónico consiste en tomar tu lista y comenzar a hacer una a una, contigo, todas estas cosas que haces por aquellos que más amas.

Demasiadas veces creemos que para ser dignos de amor debemos ser portadores de destrezas extraordinarias.

Pensamos que para que alguien quiera prestarnos atención, o escucharnos con interés, deberíamos haber conquistado saberes arcanos o talentos deslumbrantes.

Cenicienta nos enseña pues, que para convertirse en alguien valioso para alguien valioso, basta con la convicción de que lo que soy y lo que apporto es también valioso: el mejor compañero de ruta no es el que todo lo sabe o todo lo puede, sino aquel que se atreve a ser quien es y te invita a compartirlo...

Lo bello de las personas no radica en cuánto se asemejan al modelo estereotipado de hombre o mujer atractivos, sino en su decisión de mostrarse auténticamente como son:

Este soy yo, y disfruto siéndolo, porque me agrado.

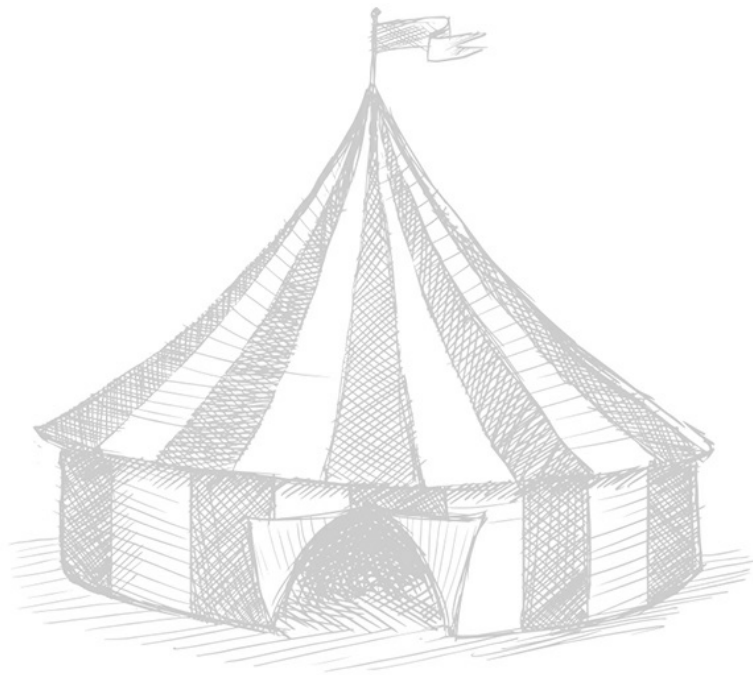
Me alegraría saber que también te agrado a ti.

Una declaración tan adecuada de salud y bienestar no se desarrolla naturalmente, pero se aprende.

La buena, buenísima noticia es que no hace falta re-aprender todo esto, día tras día. Una vez que lo haces tuyo te acompaña para siempre, ya que la fuerza de esta idea, como la magia del zapato de cristal, nunca se desvanece.

Capítulo 3

El elefante volador



Introducción

De todos los cuentos clásicos para niños, este es posiblemente el de origen más contemporáneo y, sin lugar a dudas, el que menos tiempo tardó en saltar de la letra escrita al dibujo animado y de allí al gran público. La primera versión de la historia fue dada a conocer en una edición de formato muy original y novedoso, de la cual quedan tan solo un par de ejemplares en el mundo.

La obra, publicada en 1939 con la autoría de Helen Aberson, se presentaba como unos quince cuadrados de cartón, ilustrados con vivos colores, encerrados en una especie de cubo y enganchados a una espiral de metal. Una rueda de madera que asomaba por la base de la caja permitía que los pequeños lectores, haciéndola girar, pudieran ir pasando uno por uno los dibujos, mientras leían las pocas palabras del relato que acompañaban a cada ilustración. Al ver uno de estos libros-cubo, resulta evidente que todo este diseño se justificaba de lleno por el hecho de que la edición estaba indudablemente centrada en la posibilidad de que los niños interactuaran con el libro más que en la historia del simpático protagonista.

Sin embargo, un año después (un tiempo llamativamente corto) el relato apareció nuevamente en las librerías, esta vez publicado como un cuento para niños, un pequeño texto de poco más de veinte páginas que se hizo rápidamente popular, tanto como para transformarse, en solo ocho meses más, en la trama de *Dumbo*, la cuarta película de largometraje animado de los estudios Disney.

Al contrario de lo sucedido en ocasiones anteriores, los estudios Disney privilegiaron para este film la historia sobre las imágenes, encaminando el producto animado, paradójicamente, en un sentido totalmente opuesto al que había sido el planteamiento original de su edición impresa.

Una de las leyendas del cine cuenta que esta no fue una decisión artística ni de respuesta a una demanda del mercado. Según se dice,

la verdadera razón detrás de esa decisión fue meramente económica. Los derechos que debían pagarle a los autores del guion (la mencionada Helen Aberson y su colaborador, el *ilustrador* Harold Pearl) eran mucho menos costosos que los honorarios que exigían los dibujantes de la compañía para dibujar la historia con toda pompa.

No sería de extrañar que esta pequeña leyenda urbana fuera real, ya que, según se sabe, la pretenciosa filmación de *Fantasía* dos años antes había dejado a los estudios Disney sin demasiados recursos de los que echar mano y con pocos bancos dispuestos a financiar nuevos proyectos faraónicos. Habría sido la división comercial de la empresa la que había pedido expresamente que se le permitiera vetar cualquier gasto innecesario o sustituible para lograr una película de bajo costo, con el objetivo de recuperar fondos y así evitar tener que salirse del mercado por falta de financiación para sus nuevos proyectos.

Con el tiempo *Dumbo* se transformó en una de las películas más taquilleras de los estudios Disney y la preferida de su director general, Walt Disney.

El cuento

Por única vez en este libro, no contaré aquí la versión original del cuento y tengo varias razones para ello. La primera es que la versión filmada por Disney se atiene a la perfección a la trama original, ya que está guionizado paso a paso el relato original de Aberson y Pearl. La segunda razón es que los pocos añadidos que aparecen en la película solo enriquecen el relato y lo hacen ganar en significado, por lo que quitarlos o modificarlos sería una afrenta inútil. Y la tercera es que nada de lo que yo pudiera contar en mis propias palabras podría competir con la experiencia de ver la película y comprobar cómo una trama sencilla y conmovedora se transforma, con unos pocos trazos y mucho oficio, en una obra de arte del cine animado.

Reducida a su más breve expresión, la historia trata sobre un elefante nacido en cautiverio que tiene unas orejas desproporcionadamente grandes. Esto lo hace torpe y objeto de la burla de todos. Empleado como payaso, el elefantito, que sueña con volar, es arrojado cada día desde gran altura a una piscina de lodo para diversión del público. Finalmente, en una de sus caídas de cabeza hacia el lodo el elefantito endereza las orejas y, abriéndolas en el aire, para su propia sorpresa comienza a planear sobre la platea, recibiendo el mayor aplauso de esa noche y transformándose para siempre en la gran estrella del circo.

Lo que quizás sí sea interesante relatar aquí es la historia que dio origen a esta.

Aunque cueste creerlo, la historia del elefante volador está inspirada en hechos reales, aunque nada aptos para público menudo, ocurridos en Alemania durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

En aquellos tiempos, un circo alemán llamado *Die Hoffnung der neuen Welt* (La esperanza del nuevo mundo) peregrinaba por Alemania oriental intentando llevar diversión y alegría a los pueblos aterrados por los bombardeos y por la partida de los hijos a la guerra.

En una de esas paradas, al finalizar el espectáculo, un hombre del pueblo intentó seducir a una de las bailarinas del circo llamada Wendy. La muchacha, divertida con la situación y quizás algo entusiasmada por la

promesa de bienestar económico y lujo que el hombre ofrecía entre copa y copa, aceptó jugar ese juego. Sin embargo, apenas estuvieron a solas el desconocido se volvió violento y amenazador. Wendy intentó huir, pero el hombre era más fuerte y terminó abusando sexualmente de ella.

Atraído por los gritos de Wendy, el dueño del circo irrumpió en el carromato y mató al violador, huyendo de inmediato del pueblo por temor a ser encarcelado.

Pero Wendy había quedado embarazada de aquel tipo despreciable y a los ocho meses dio a luz a un niño con una deformidad horripilante: la cara desfigurada, la cabeza desproporcionada y las orejas desplegadas y enormes. Wendy se dio cuenta del rechazo que todos (incluso ella misma) sentían al ver a esa criatura extraña y desagradable, y por eso, a pesar de seguir en el circo, lo mantenía siempre encerrado en su carromato.

Pero una noche sucedió lo impredecible. Alguna noticia auspiciosa de la guerra llevó alegría y festejo a la carpa y la cerveza circuló como si fuera agua. Artistas y lugareños bailaron y cantaron alrededor de las hogueras tambaleándose por el alcohol.

Y en medio del desorden el niño se escapó y comenzó a pasearse entre la gente.

Al verlo, la mayoría se apartaba de él como si fuera a contagiarlos; otros simplemente se reían de su aspecto o arrojaban basura a su paso mientras le gritaban «monstruo», «bestia» y «cabeza de elefante».

Los payasos del circo fueron en su ayuda, pero el remedio fue peor que la enfermedad. También ellos estaban pasados de alcohol.

—Tranquilo —le decían—. No eres ningún monstruo. Bebe con nosotros. Eres uno de los nuestros. Eres una estrella. Tú eres único.

Terminaron embriagando al niño, vistiéndolo de pájaro y subiéndolo a lo más alto de la tarima de los trapeceistas.

—Tú no eres un niño elefante, eres un niño pájaro —le decían riendo.

Y desplegando una red de rescate como la de los bomberos le gritaron:

—Ven, vuela hacia nosotros... Aquí te recibimos, no hay peligro. Vuela niño pájaro, no tengas miedo.

Desde allí, el niño, sin conciencia ninguna del peligro, vio entrar a su madre en la pista y le gritó:

—¡Puedo volar, mami! ¡Soy un pájaro, puedo volar!

Y se lanzó al vacío, pero no en dirección a la red de salvamento, sino hacia

el centro mismo de la arena, muriendo en la caída.

La historia, cruel y dramática, fue recogida por el hijo del dueño del circo, de nombre Timotheus, cuyas pretensiones de ser escritor estaban muy lejos de su capacidad para lograrlo. Fue así como, convencido de no poder hacer con lo que tenía algo digno de ser leído, terminó cediendo la idea a una amiga de la familia, la mencionada Helen Aberson, quien con ayuda la transforma primero en un cuento infantil y la vende finalmente al mismísimo Walt Disney. Lo que sigue es previsible: el toque mágico de los más grandes guionistas de los estudios Disney, Joe Grant y Dick Huemer, hicieron el resto.

Moraleja

Este es uno de esos cuentos que evoca en quien lo escucha y convoca en quien lo cuenta tantos mensajes constructivos y positivos que sería injusto elegir el principal. Podríamos pensar en remarcar el valor de la perseverancia, en la necesidad de confiar en uno mismo, en la fuerza del deseo, en el peso de la amistad, en el poder creativo de la mente (para bien y para mal) y, por supuesto, en la importancia de luchar para hacer realidad nuestros sueños..., y siempre encontraríamos en esta historia elementos que nos permiten pensar en cada uno de estos conceptos.

El primer mensaje será sin duda el invitarnos a la acción.

Una acción que conozca y contemple los obstáculos que plantea la realidad de cada circunstancia y que, por lo tanto, siempre implicará un cierto grado de riesgo. Una acción comprometida con nuestro presente y que esté totalmente alineada con nuestros sueños.

Permíteme una digresión.

Hace poco algunos amigos y yo fuimos a ver el espectáculo de *standup* que presentaba en Buenos Aires un brillante humorista argentino. Durante su monólogo, un inexpresivo y resignado personaje le contaba a la audiencia sus fallidas experiencias con el sexo opuesto. Al final contaba cómo su novia actual —según él, una rubia exuberante— le había dicho esa tarde:

—Hoy, después del *show*, te paso a buscar. Vamos a tu casa... y hacemos todo, todo, lo que tú quieras.

Al borde del llanto, el *clown* miró suplicante al público y contó que había rechazado la oferta porque pensó:

—... ¿Y si no sé lo que quiero?

Muchos reímos a carcajadas y aplaudimos a rabiar la fantástica humorada.

Y después, algunos antes que otros, nos fuimos dando cuenta de que, en realidad, nos estábamos riendo de nuestra propia situación, sabiendo que muy en el fondo (y a veces no tanto) a veces no tenemos tan claro cuál es nuestro deseo, qué queremos en realidad, qué estamos buscando o con qué realidad soñamos...

La mayoría de nosotros chapoteamos en la desidia, utilizando nuestra energía para justificarla en lugar de ocuparnos de aprender a usar todos nuestros recursos para vencerla.

Nosotros, los ABNEGADOS, decimos que no tenemos tiempo para nuestras apetencias porque, lamentablemente, antes que en lo que deseamos, siempre debemos pensar en alguna obligación.

Nosotros, los INDECISOS, que tenemos no uno sino muchos deseos y estamos convencidos de que son contradictorios o incompatibles entre sí... Y, como no podemos elegir uno renunciando a los otros, preferimos no pensar en ello.

Nosotros, los que nos creemos FRÁGILES, que evitamos ilusionarnos para no tener después que soportar una frustración.

Nosotros, los DEVALUADOS, que sostenemos que nuestro deseo es demasiado pretencioso cuando hay otros que merecen acceder a él mucho antes.

Nosotros, los NIHILISTAS, explicando que no se puede hablar de «verdaderos deseos» en un mundo como este, donde las condiciones cambian semana a semana, día a día, segundo a segundo...

Y nosotros, los devaluados frágiles nihilistas abnegados e indecisos, que vamos variando de excusa y justificación con tal de no asumir que no estamos dispuestos a luchar por lo que auténticamente deseamos.

Todo sueño, decía Aristóteles, es un camino que conduce de la potencia al acto.

Conectarse con los propios deseos, aunque se configuren en un sueño imposible, nos servirá para conocernos mejor, para disfrutar de esa ilusión, para sentirnos vivos, para compartirlos, para transformar las metas, para inspirarnos para poder cambiarlos por otros y, en el mejor de los casos, como argumento para reírnos de ellos y de nosotros.

Esta conciencia y manejo saludable de los propios sueños podría definirse como la principal característica de una buena autoestima, siempre y cuando no olvidemos actualizar los propios recursos en el presente y revisar si nuestras limitaciones siguen siendo las mismas de otros tiempos.

Y es aquí donde nos llega el segundo mensaje de la historia, señalado en el hecho de que el protagonista no puede desarrollar su potencial ni cumplir su sueño hasta que no se entrega a la confianza en sí mismo, en su capacidad y en sus recursos. Es decir, hasta que no toma la decisión de intentarlo poniendo en el empeño lo mejor de sí.

Esta segunda moraleja podría quizás enunciarse así: el resultado final favorecerá siempre a los que alguna vez aprendieron a alinear su sentimiento y su pensamiento con sus acciones. Y todo depende de ello. Recuerda que tú y yo, como todos, hemos sido antes, nada más y nada menos que el sueño de alguien que nos soñó.

La otra puerta

Podríamos pensar en la fortaleza interior como una poderosa herramienta que se pone en juego y se hace necesaria en los momentos más difíciles. Desde este punto de vista la suma de nuestros recursos personales funciona como una especie de sistema inmunológico espiritual que, al igual que el conjunto de mecanismos de defensa bioquímicos de nuestro cuerpo, nos proporciona resistencia, coraje y capacidad de regeneración para enfrentar cualquier obstáculo e intentar superarlo. Es en nuestra fuerza donde anidan la fuente inagotable de motivación y las herramientas que

necesitamos poner en el tapete para luchar por seguir adelante cuando todo parece indicar que no lo lograremos.

Tan trascendente es su presencia como amenazante su ausencia.

Nosotros, los profesionales de la salud, vemos casi a diario a quienes, desconfiando de su potencia interna, buscan fuera algún sustituto que les aporte el respaldo, el coraje o la falsa seguridad que necesitan, a veces hasta para mantenerse en pie, aunque la mayoría de los dependientes saben que esas «ayudas» de fuera son efímeras y que la fortaleza que dan es una vana ilusión. Este es el camino de las adicciones; cualquiera sea la droga elegida, alcohol, alucinógenos, trabajo, sexo, u otra persona, el adicto deposita el poder, la energía o la fortaleza en «eso» de lo cual depende para sentirse bien o para enfrentar lo que teme.

Otra advertencia es para quienes, considerándose débiles o incapaces de afrontar una dificultad, deciden que su única posibilidad de no caer en un fracaso consiste en dejarse caer en la tentación de no hacer, y deciden no arriesgar, deciden escapar de cualquier reto que demande o signifique un desafío. Un camino que solo puede conseguir, en el mejor de los casos, una vida sin frustraciones ni fracasos, pero también sin éxitos ni logros personales.

Como reza el dicho popular: una persona que no aspira a nada en el trabajo, ni en la familia, ni en su desarrollo personal, siempre logra lo que espera: nada.

Dice Nathaniel Branden que uno puede reconocer a los hombres y mujeres con fuerza interior y un buen nivel de autoestima desde su mera expresión gestual, desde su actitud segura y amable, desde su manera de moverse en el mundo que refleja el placer de estar vivos y serenos. Son personas que pueden hablar de sus logros y sus fallos directa y honestamente, mostrando una relación amistosa con los hechos, que rara vez son vividos como amenazantes. Individuos que se apoyan con solidez en su potencia interna, abiertos tanto a los halagos y las expresiones de afecto de algunos como a las críticas y las recriminaciones de otros, porque su relación consigo mismos no depende de la aprobación o el aplauso de los demás y porque su autovaloración no utiliza como parámetro la comparación con la imagen social de la «perfección».

Así, la fortaleza interior redundaba en una ampliación de la capacidad de comprender y en el desarrollo de la perseverancia frente a las dificultades, en una mayor capacidad de tomar decisiones y por ello, en una mayor disposición a aprender.

En resumen, podríamos extraer de la historia un elogio a la conquista y expansión de la parte más asertiva de nuestra personalidad. Esa fuerza que se pone de manifiesto bajo la forma de una subjetiva confianza que sentimos de que somos capaces de superar los obstáculos y llegar a la meta, sin perder en el camino las mejores cosas de la vida: la serenidad, la armonía, la curiosidad, la creatividad, la flexibilidad y, sobre todo, la congruencia.

¿Pero cómo se logra ese temple, esa confianza, ese empuje? ¿Cómo se aprende la solidez que conduce a una conducta eficaz y de qué se nutre?

Y es aquí donde esta historia aporta su mejor mensaje: la verdadera fuerza interna se construye conociendo más y más sobre nuestras capacidades y nuestras carencias, nuestros aspectos más sólidos y los más vulnerables, nuestras partes más crecidas y las más inmaduras, nuestros deseos y nuestros temores, nuestras virtudes más excelsas y nuestros defectos más despreciados.

Varias historias, algunas mucho más antiguas, nos traen el mismo mensaje con relatos más breves o más extensos, más simples o más sofisticados. Las más atractivas para mí son la inspirada en el Talmud acerca del portero de la casa de citas (que reproduzco más abajo, en mis propias palabras), y la versión que ofrece William Somerset Maugham en su cuento «El sacristán».

La historia talmúdica habla de un hombre al que llamaremos Jonás, tan simple y bondadoso como inculto e ignorante. Era el portero de la casa de citas del pueblo y hacía esa tarea desde que había dejado la infancia. Sus padres no habían podido o no habían querido ocuparse de enseñarle a leer y escribir, después de todo, para su trabajo que era el que había tenido su padre toda la vida, no necesitaba ni una cosa ni la otra. Pero sucedió que un día la casa de citas cambió de dueño y el nuevo propietario quería que el portero llevara un registro de entradas y salidas de clientes y un pequeño registro de conformidad o disconformidad. Ya que Jonás no podía cumplir con

ese pedido, el dueño decidió pagarle una indemnización y despedirlo. El pobre hombre no sabía qué hacer, nunca había hecho otra cosa y nunca había aprendido a hacer ninguna otra cosa.

Con el paso de los días se le ocurrió que quizás podría usar ese tiempo libre que de pronto tenía para reparar varias cosas que estaban dañadas desde hacía años en su propia casa: la mesa de la cocina, la puerta de entrada, el alero, una ventana... Con esa idea en mente viajó a la ciudad vecina a comprar una caja de herramientas (ya que en su pueblo no había una ferretería). Dos días llevaba ese viaje (pero qué más daba, no tenía ninguna prisa). De regreso, su vecino lo vio entrar con su caja nuevecita y le preguntó si le vendería un martillo y quizás unas pinzas, ya que él no tenía tiempo para dedicar dos días de viaje para comprar herramientas. Jonás pensó que si él cobraba su tiempo y una pequeña ganancia por cada herramienta, esa podría ser una buena manera de generarse un dinero.

Para no hacer muy larga la historia les cuento que el buen Jonás se transformó en un par de años en un gran distribuidor de materiales y equipos, y diez años después en un importante industrial fabricante de todo tipo de herramientas.

Un día Jonás decidió donar a su ciudad una escuela, especializada en la enseñanza de artes y oficios. En la inauguración, todo el pueblo se juntó para mostrar su gratitud al benefactor. Después de cortar las cintas de rigor, el alcalde le entregó las llaves de la ciudad y lo abrazó mientras le decía:

—Con gran orgullo y gratitud, le pedimos que nos conceda el honor de poner su firma en la primera página del libro de actas de la nueva escuela.

—El honor sería para mí —dijo el hombre—. Creo que nada me gustaría más que firmar allí, pero no lo puedo hacer, yo no sé leer ni escribir. Soy analfabeto.

—¿Usted? —dijo el alcalde, que no podía creerlo—. ¿Usted no sabe leer ni escribir? ¿Usted construyó un imperio industrial sin saber leer ni escribir? Estoy asombrado. Me pregunto qué habría hecho si hubiera sabido leer y escribir.

—Yo mismo puedo contestar a esa pregunta —respondió Jonás

con calma—. Si hubiera sabido leer y escribir... ¡sería portero del prostíbulo!

Al recordar esta historia no deja de sorprenderme la coincidencia del mensaje que transmiten el más nuevo de los cuentos con moraleja y una de las más viejas historias del Talmud: tu defecto, tu minusvalía, tu déficit o tu «deformidad» puede llegar a ser tu aspecto más valioso y positivo. Aquello que todos rechazan y que te avergüenza puede llegar a ser el gran detonador de todos tus éxitos.

Las enormes orejas del pequeño elefantito, deformes, desproporcionadas y ridículas, motivo de todas las burlas y la discriminación de su entorno se vuelven de pronto el pasaporte a su triunfo y la herramienta para cumplir su sueño de volar.

La desgraciada circunstancia de Jonás, su incapacidad para leer y escribir, que motiva su expulsión literal de los invitados a ser parte de la sociedad, lo empuja a encontrar un destino más próspero, que redundará paradójicamente en el aplauso y la admiración de todos, incluso aquellos que lo excluyeron.

Los dos cuentos enseñan sobre todo a valorar lo que somos, la totalidad de lo que somos, incluidos como ya dije aquellos aspectos que no nos parecen virtuosos, no solo porque pueden volverse nuestra fortaleza, sino también porque a lo largo de nuestra existencia podríamos depender de ellos para dar el salto al futuro, un salto que nunca se puede encarar sin echar mano de todo lo que somos.

Una conducta eficaz y transformadora no es posible sin conocer, aceptar y «amigarse» con esos aspectos menos «aceptables» por los demás y por nosotros mismos.

Mira un poco para adentro, antes de seguir leyendo...

¿Cuáles son las cosas que menos te gustan de ti mismo? Me refiero a esas partes tuyas que rechazas o con las que más te enojas.

¿Cuáles son esos aspectos de ti que sabes que menos le gustan a los demás pero reconoces como tuyos, quizás desde siempre?

Y ahora pensemos:

¿Para qué te sirven estos aspectos? ¿Para qué te sirvieron alguna vez? ¿Para qué podrían llegar a servirte en el futuro?

En mi lista figuraba durante mucho tiempo una sensibilidad exagerada respecto del dolor ajeno. Una desmesurada manera de

reaccionar frente a todo lo que me moviera emocionalmente. Viví gran parte de mi vida enojándome conmigo mismo, tratando de ser «más fuerte», «más duro», «más macho», «menos llorón», «más adulto»...

Un día, hace casi cuarenta años, me di cuenta de que ese aspecto mío no solo me permitía sentir algunas cosas de una manera especial y profunda, lo cual no era tan malo, sino que además era lo que profesionalmente hacía de mí el terapeuta que yo era. Esta hipersensibilidad era, si no la única, la mejor y la principal herramienta de mi particular trabajo como psicoterapeuta, era ese aspecto el que me permitía empatizar verdaderamente con mis pacientes. No dudo de que otros terapeutas lo podían conseguir por otro camino, pero estaba claro que yo no podía hacerlo más que como lo hacía: para comprender lo que le pasaba a quien me consultaba yo necesitaba de esa conexión sensible...

De pronto lo que sentía que era uno de mis peores defectos, con el cual estaba resignado a cargar, era también mi mejor y más fuerte aliado en la que yo consideraba la tarea que le daba sentido a mi vida. Amigado con esta parte de mí, su ayuda se volvió irremplazable y gracias a esta característica antes despreciada me transformé, con el tiempo, no en el mejor terapeuta del mundo (seguro que no) pero sí en el mejor terapeuta que yo podía ser.

Puede ser que te preguntes cómo y por qué llegamos a rechazar una parte de nuestra naturaleza. La respuesta es previsible... Aquellos que nos educaron nos enseñaron a hacerlo, convencidos de que era lo mejor para nuestro futuro.

Sometidos por nuestra educación a pensar en lo que está permitido pensar, lo que está bien o mal ser y lo que es mejor tener o no tener, cada uno de nosotros ha armado, dándose cuenta o no, un programa para su vida; un argumento básico de nuestra historia y, sobre todo, una determinada forma de interpretar el personaje que nos tocó, que incluye, claro, lo que «se debe» y lo que «no se debe» si se quiere ser medianamente aceptado por los demás.

Como siempre, una de las llaves de una buena calidad de vida es concedernos el derecho de cuestionar las pautas aprendidas, dándonos permiso para explorar con curiosidad e interés todo lo que nuestro cuerpo, alma y espíritu nos demanden, empujándonos a vivir

con intensidad y compromiso cada minuto, y poniendo en juego todo lo que somos y sabemos, incluso aquellas cosas que otros dicen que deberíamos mantener en las sombras.

El ejercicio de ese derecho será la medida de la confianza que somos capaces de depositar en nuestros recursos internos y externos y determinará la diferencia entre una vida trascendente y la mera supervivencia.

He trabajado algunos años de mi vida como médico en barrios marginales de Buenos Aires y también en el tema de desarrollo humano en familias disfuncionales en el Estado de Durango, en México, asistiendo a personas que viven en un entorno de tantas carencias que les dejan pocas expectativas de crecimiento personal y social... Y, sin embargo, muchos hombres y mujeres consiguen desafiar su destino y transformar su círculo vicioso en una espiral que los eleve a su mejor perspectiva.

La gran mayoría de estos individuos son conscientes de quiénes son y tienen una gran capacidad de darse cuenta de lo que les pasa, de sus fortalezas y sus limitaciones. Tienen un gran sentido de pertenencia, buena comunicación y habilidades sociales importantes como el humor y la doble capacidad de saber cuidar y dejarse cuidar según lo imponga la situación. Son capaces de enunciar explícita e implícitamente su creencia en un futuro mejor, brillante y holgado, que tienen como objetivo y propósito.

Los más vulnerables, en cambio, son más pasivos, tímidos y ansiosos. Son muy influenciados por los pares y las presiones sociales. Sienten dudas acerca de sus habilidades y su futuro. Son demasiado críticos con los demás y consigo mismos. Tienen problemas para la toma de decisiones y no son capaces de postergar la satisfacción de sus deseos, lo cual los vuelve cada vez más ineficaces en un círculo vicioso muy destructivo.

Volvamos a *El elefante volador* y a Jonás.

Sería muy deseable que, cuando llegue el momento en el que tú o yo tengamos que levantar vuelo, tengamos a mano todas las herramientas posibles, ya sean cualidades o defectos. Como es lógico y como sucede con cualquier herramienta, sería bueno tenerlas engrasadas y disponibles. No hace falta ser un genio para darse

cuenta de que la mejor manera de conseguirlo es utilizarlas fuera de esos momentos críticos, con más naturalidad y con más frecuencia.

La reconciliación definitiva con los aspectos rechazados de uno mismo marca un hito en nuestro crecimiento, un aprendizaje imprescindible para los que queremos recorrer el camino hacia una vida plena, algo que no debemos olvidar los que pretendemos volar.

Capítulo 4

Caperucita Roja



Introducción

De todos los cuentos populares que nos ha legado la Edad Media, *Caperucita Roja* es el que ha recorrido el camino más especial y el que más ha perdido en su viaje hasta nosotros. Si bien todos estos cuentos heredados han sido cambiados, endulzados y suavizados con el agregado de personajes mágicos, poderosos o encantados, en *Caperucita* los cambios han consistido básicamente en el recorte liso y llano de grandes pasajes de la historia. Se pueden contar cerca de quince situaciones o diálogos que simplemente han desaparecido, comenzando, claro, por aquellos párrafos en los que se mostraba o simplemente se insinuaba algún contenido relacionado con lo sexual o lo perverso.

El primer autor que rescata el argumento es Charles Perrault, que lo extrae de varias leyendas del norte de Europa y lo transforma en cuento para incluirlo en su antología de historias populares, publicada a finales del siglo xvii, quitándole ya algunas de las connotaciones censuradas en aquella época y eliminando todo lo que no mostrara a Caperucita como una pura, ingenua e inocente niña. Es llamativo que, a pesar de lo dicho, como si el contenido ausente traspasara el texto, la *Caperucita* de Perrault muestra algo que lo distingue de casi todos los cuentos para niños: no hay un final feliz, más bien todo lo contrario.

Más tarde, en 1812, los hermanos Grimm reescriben la historia, inventando para ella un nuevo final más «aceptable» y acorde con su época. Incorporan, de hecho, el final de una novela romántica escrita por el poeta alemán Johann Ludwig Tieck, que tomaron casi literalmente e insertaron en *Caperucita Roja*, con heroico leñador y todo.

Desde entonces y hasta hoy la historia no ha tenido grandes cambios, con excepción de los matices en el relato que los trovadores cuentacuentos agregan, en tintes y detalles, para lograr que los niños empaticen con la historia.

Sin embargo, *Caperucita Roja* ha sido siempre, y seguirá siendo, el cuento más inspirador para artistas contemporáneos de todas las disciplinas, que han escrito, filmado y representado cientos de textos inspirados en sus icónicos protagonistas.

Cabe destacar que en muchas de estas recreaciones la niña de la capa roja ni siquiera es la protagonista principal, y resulta más que interesante ver cómo, cuando el protagonismo se desplaza al lobo, a la abuela o al leñador, el sentido y el significado de la historia cambian totalmente.

El cuento

En una aldea lejana vivía, hace muchísimos años, la niña más buena que pueda imaginarse. Nadie sabe cuántos años tenía, pero todos cuentan que sus cabellos eran tan rubios que podrían dar envidia al mismísimo sol, que sus ojos parecían dos luceros y que en la escuela era tan aplicada como en su casa.

La madre estaba tan contenta de la bondad y hermosura de su hija que podría decirse que nadie era más feliz que ella... aunque muy cerca de esa felicidad estaba la alegría de otra mujer: la abuela de la niña.

La ancianita no solo idolatraba a la pequeña sino que además se desvivía por demostrárselo, llenándola de besos, de abrazos y de regalos. El más preciado de ellos había sido el que la anciana le dio en la última Navidad, un regalo verdaderamente especial. Se trataba de una graciosa capa de seda roja que ella misma le había cosido con sus ya temblorosas manos.

Tan aplaudido había sido el regalo que desde el día en que se la puso por primera vez, era raro que la jovencita saliera de su casa sin usarla. Seguramente por eso la familia y todos los vecinos comenzaron a llamarla la niña de la caperuza roja o, simplemente, Caperucita Roja.

Como su madre siempre tenía miedo de que algo malo le pasara, Caperucita nunca se alejaba demasiado de la casa y su tiempo libre se dividía, más o menos por igual, entre sus dos actividades favoritas:

mirar volar a las mariposas
y darles miguitas de pan a los pajaritos.

Excepto, claro, los viernes.

Porque los viernes eran especiales.

Los viernes mamá le daba permiso para compartir la tarde con sus dos mejores amigas, invitarlas a tomar el té y jugar «a las visitas».

Fue justamente un viernes, cuando después de decir adiós a sus compañeras de juego, Caperucita vio sobre la mesa una fuente llena de pastelitos.

—¡Qué lindos pasteles has hecho, mamita! — exclamó al ver las golosinas —. Tienen una pinta buenísima. ¿Puedo comer uno ahora?

—Bueno. Pero solo uno, ¿eh? —respondió la madre—. Sé que a ti te gustan mucho, pero estos no son para nosotras, estos los hice para llevárselos a tu abuela, que está enferma.

—¿Está enferma la abuelita? —preguntó la pequeña, olvidándose de los pasteles—. ¿Qué tiene?

—No creo que sea nada grave —respondió la mamá—, un resfriado y un poco de tos, pero será mejor que se quede en su casa y en su cama un par de días... A propósito...

—¿Sí...?

—Tú te acuerdas dónde queda la casa de la abuela, ¿verdad?

—Sí, claro, mami. Junto al molino abandonado, al otro lado del bosque.

—Pues bien, habría que llevarle a su casa estos pasteles y un tarrito de mi dulce de higos, que a ella tanto le gusta. Eso la ayudará a curarse rápido... ¿Querrías llevárselos tú?

—Iré ahora mismo —exclamó la niña al enterarse del propósito de su madre—. Tengo muchas ganas de ver a la abuela... y compartir con ella sus pasteles.

—Ahora no —sentenció la mamá—. Pronto será de noche y no quiero que regreses sola en la oscuridad.

—¿Por qué, mamita?

—Porque me da miedo —contestó la madre.

A la mañana siguiente, la madre de Caperucita preparó los pasteles, puso el tarro de dulce en una cesta y apresuró a su hija para que se pusiera en camino temprano ya que le parecía muy bien que la niña acompañara un rato a la abuelita, pero quería que regresara antes del anochecer.

La niña se puso la caperuca roja y su mamá le dio las últimas recomendaciones.

—No te distraigas —le dijo—, y ve directamente a la casa de abuelita. Pero no vayas por el monte, aunque el camino sea más corto: está lleno de pozos y de plantas con espinas, tus pies y tus manos son demasiado delicados para esa ruta. Ve por el camino que rodea el bosque y procura no apartarte de él. No se te ocurra meterte entre los árboles.

—¿Por qué?

—Porque en el bosque está el Lobo Feroz.

—Ahh... ¿qué problema hay con ese señor Lobo Feroz?

—Que, si te ve, ¡te querrá comer!

—¿Comerme? ¡Qué malo!—dijo la niña.

—Me habían dicho que después de la última paliza que le dieron los leñadores se había ido para siempre, pero... corren rumores de que anda por aquí de nuevo.

Y entonces, acompañándola hasta la puerta, se despidió de Caperucita dándole un beso con ruido.

—No temas, mamita —respondió la niña colocándose la cesta bajo el brazo y poniéndose en camino.

Brillaba un sol espléndido; los pajaritos y las mariposas revoloteaban entre las ramas y las flores, y todo parecía estar tan alegre como la niña. Caperucita, que quería mucho a su abuelita, siempre esperaba que su mamá le diera permiso para ir a visitarla. Despreocupada de cuanto sucedía a su alrededor, solo pensaba en el momento de estar junto a la anciana.

Sin embargo, en esos instantes en que todo parecía tranquilo y feliz, alguien estaba maquinando algo malo.

Alguien esperaba sorprender y engañar a la niña para comérsela con sus afilados dientes.

Era, efectivamente, el Lobo Feroz, un malísimo animal que desde que vio aparecer a la niña por el camino sintió que la boca se le hacía agua.

Ya en otras oportunidades había procurado sorprender a otros niños, pero el temor a que los leñadores descubrieran su presencia y lo molieran a palos otra vez lo habían mantenido oculto entre los árboles, esperando una mejor oportunidad.

Quizás en esta ocasión podría llevar a cabo sus malvados propósitos.

—¡Esta es la mía! —se había dicho al ver aparecer a Caperucita por un recodo del camino, caminando sola, en dirección hacia su escondite...

Sin embargo, cuando estaba a punto de saltar al sendero para salirle al paso, avistó también a varios leñadores... Era conveniente tener un poco de paciencia y aguardar.

Y así lo hizo.

Mientras tanto, Caperucita Roja continuó su marcha, alejando a los pájaros de los pasteles y a las mariposas del frasco de dulce. Distraída, cantando una canción que le había enseñado su abuela, vio cómo alguno de los pajarillos robaba de un picotazo un pedazo del borde de un pastel. Caperucita sonrió y agitó el pequeño trozo de tela que cubría la cesta fingiéndose enojada, mientras perseguía a los bandidos hasta el bosque.

—Fuera de aquí, glotones... ¡ladrones de pasteles! —les gritaba mientras reía con ellos.

Entonces el lobo, viéndola tan cerca, abandonó su escondite y se aproximó a la niña.

—¡Qué hermosa eres, pequeña! —exclamó cuando estuvo a su lado—. ¿Cómo te llamas?

Al ver junto a ella al feo animal, la niña se asustó un poco y, recordando lo que su mamá le había recomendado, le contestó:

—No puedo hablar con extraños, señor, me lo ha prohibido mi madre.

—Y cuánta razón tiene, niñita —dijo el lobo, tratando de sonar comprensivo—. Yo tampoco hablo con extraños, por eso me acerqué a conocerte.

—Gracias, pero, ¿cómo sé que tú no eres el Lobo Feroz, el que se quiere comer a los niños...?

—Ja, ja, ja. ¿Tengo aspecto de lobo acaso? —dijo el lobo, tratando de sonreír y de esconder sus colmillos y su larga cola.

—Pues sí—dijo Caperucita, que no había visto un lobo en su vida—, la verdad es que sí.

—En realidad soy una especie de lobo, pero no soy el Lobo Feroz... ¿Te parezco feroz acaso? —Y con un gran esfuerzo puso ojos de cordero e intentó sonreír sin que se le vieran demasiado sus terribles colmillos—. Mi nombre es Timoteo. ¿Y tú, cómo te llamas?

—¿Tú no comes niños? —preguntó Caperucita.

—¿Yo? —dijo el lobo tocándose el pecho con su zarpa, mientras escondía sus largas y afiladas uñas—. No, ¿a quién se le ocurre? Soy un lobo vegetariano. Me encantan las frutas y las bayas.

Y subiéndose a un árbol arrancó unas bayas y se puso a masticarlas, procurando disimular el asco que le daba esa cosa en su boca.

—¿Lo ves? —preguntó el lobo tragándose el bocado—. ¿Dónde has visto un lobo que confunda carne fresca con bayas secas? ¡Imposible!

—¡Imposible! —acordó la pequeña.

—No has llegado a decirme cómo te llamas —insistió el lobo, satisfecho con el engaño.

Caperucita recordó a su mamá y pensó: «No es un extraño, pues se acaba de presentar; no es el Lobo Feroz, se llama Timoteo; y no come niños... es

vegetariano. Además, mi mamá siempre dice que una niña bien educada responde siempre a las preguntas que se le hacen».

Y dado que ella era, sin lugar a dudas, una niña muy bien educada, contestó:

—¿Quieres saber mi nombre o quieres saber cómo me llaman mi mamá y mi abuelita?

—Lo mismo da —respondió el lobo, tratando de mantener la sonrisa sin que se le vieran sus afilados dientes.

—Pues mi mamá y mi abuelita me llaman Caperucita Roja.

—¡Lindo nombre! —comentó la fiera—. Sin duda se debe a esa capa que llevas y que tan bien te queda.

La niña hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y, como vio que el lobo permanecía callado, se dispuso a reanudar la marcha.

Entonces el animal, que había aprovechado el silencio para pensar un nuevo plan, continuó:

—Dime, Caperucita, ¿no te agradaría quedarte un ratito jugando conmigo?

—No, señor; voy a la casa de mi abuelita, que está enferma, para llevarle estos pasteles que ha hecho mi mamá y este tarro de dulce.

—¡De manera que no solo eres bonita, veo que además eres una buena niña! —exclamó el lobo, tratando de ganarse las simpatías de la niña—. Me parece muy bien que hagas lo que te ha mandado tu mamá. Pero, ¿no tienes miedo de ir sola por el bosque?

—No, señor, no voy por el bosque, voy por el camino que lo rodea —contestó Caperucita—. Entré un poco persiguiendo a unos pájaros traviosos, pero ya me salgo. No quisiera encontrarme con el Lobo Feroz.

El temido Lobo Feroz estaba frente a ella, pero no se había animado a atacarla ni lo haría todavía, con tanto leñador en el bosque... El más mínimo grito de la pequeña significaría una nueva paliza para él, o quizás algo peor.

—¿Es que la casa de tu abuelita está cerca de aquí? —preguntó el lobo, que tenía muy malas intenciones y que ya pensaba en la estrategia que le permitiera darse un doble festín en esa casa, lejos de los ojos de los leñadores.

Entonces la niña le explicó que la casa de su abuelita era esa que estaba junto al molino abandonado... la pequeña... la que tenía la escalerita de piedra.

Una vez que el lobo ubicó la casa en su mente, entrecerró los ojos con

malicia y dijo:

—¿Qué te parece si, para hacer más entretenida la mañana, jugamos una carrera?

—¿Usted y yo?

—Claro —afirmó el lobo—. A ver quién llega antes a la casa de tu abuelita. Tú irás por el camino que venías y yo atravesaré el bosque. ¿De acuerdo?

—No es justo, el camino suyo es más difícil que el mío —dijo Caperucita, que como ya se ha dicho era una niña muy bien educada.

—Muy bien —dijo el lobo, que no podía creer cómo esta niña parecía jugar la partida a favor de él—. Dame unos diez minutos de ventaja y luego empieza a correr...

—Como usted quiera, señor —respondió Caperucita.

—Empecemos entonces —dijo el lobo apartándose del camino e internándose en la espesura rápidamente. Acababa de ver que se acercaban unos leñadores que habían terminado sus tareas y temía que lo descubrieran.

Caperucita, sin imaginarse nada malo, continuó la marcha, acelerando el paso.

Sin embargo, apenas reanudada la marcha ya se había olvidado por completo de su ocasional amigo y, entretenida con los pajaritos y las mariposas, fue deteniéndose a recoger algunas flores para hacer un ramo y llevárselo a su abuelita.

Mientras tanto, el lobo no perdía el tiempo. A pesar de saber que la niña andaría más despacio que él, como deseaba llegar mucho antes que ella a la casa, corrió rápidamente entre la maleza sin preocuparse de las espinas que rasgaban su piel.

No tardó en encontrarse delante de la morada de la anciana. La observó detenidamente, dio varias vueltas alrededor de la casa para ver si había alguna puerta o ventana abierta y, al advertir que no, se acercó a la entrada y subiendo por la escalerita de piedra, golpeó en la puerta con la pata.

—¡Ton!... ¡Ton!... ¡Ton!... —resonaron los golpes.

Aguardó un instante... pero nada ocurrió.

Lleno de impaciencia, y temiendo haber golpeado con demasiada suavidad, volvió a golpear.

Esta vez, desde dentro, respondió una voz muy dulce:

—¿Quién llama? ¿Eres tú, Caperucita?

Al escuchar la pregunta, el lobo decidió que lo mejor sería hacerse pasar por la niña.

Procuró afinar su voz gruesa y desagradable y respondió:

—Sí, abuelita; soy yo... traigo unos pastelitos que ha hecho mamá y un tarrito de dulce.

Probablemente, si no hubiera estado enferma, la abuelita habría descubierto que no era Caperucita quien hablaba, pues el lobo, a pesar de haber fingido la voz, estaba un poco ronco como resultado de aquellas horribles bayas que tuvo que tragarse; pero enferma como estaba, y desde la cama, la anciana resultó engañada por el astuto animal:

—Entra, querida, entra. No conviene que te quedes en la puerta, pues hace fresco y puedes resfriarte.

El lobo quiso entrar, pero le resultó imposible porque no entendía el funcionamiento del picaporte. Insistió varias veces y, dándose cuenta de que no le convenía perder tiempo, pues Caperucita iba a llegar muy pronto, dijo:

—Abuelita, la puerta está cerrada y no puedo abrirla...

Un poco sorprendida de que la niña hubiese olvidado lo que tantas veces había hecho, la anciana respondió:

—¿Te olvidaste del pestillo junto al picaporte? Pues levántalo, y la puerta se abrirá en cuanto la empujes.

Torpemente, pues tenía muy largas las uñas, el lobo hizo lo que la anciana le indicaba. Levantó el pestillo y empujó con el cuerpo. La puerta se abrió, franqueándole el paso.

Una vez que estuvo adentro, vio a la abuelita en la cama y saltó hacia ella, mostrando los dientes. La pobre anciana, al ver al lobo, se dio cuenta de que quien estaba allí era nada menos que el Lobo Feroz, y quiso escapar. Pero eso, que ya habría resultado difícil si ella hubiera estado sana y tuviese treinta años menos, en ese momento, encontrándose enferma y con tan pocas fuerzas, era imposible.

La abuela ni siquiera llegó a acercarse a la puerta de su habitación porque, al intentar ponerse de pie, con el miedo y la prisa tropezó, enredándose en sus sábanas y cayó al suelo. El lobo, abalanzándose sobre ella, abrió la enorme boca y la devoró en un momento.

Todo había sido tan rápido, y la abuelita era tan chiquitita, que su apetito distaba mucho de estar satisfecho, y su gusto por la caza también. Pero Caperucita estaba cerca y comérsela completaría su festín.

¿Debería aguardarla fuera de la casa y arrastrarla hacia adentro? ¿Ir en su busca por el bosque y tratar de seguir con el engaño del lobo bueno? No quería que alguien más apareciera y arruinara su cena. Pensó que lo mejor era aguardarla dentro de la casa. Para evitar que al verlo Caperucita saliera huyendo, decidió vestirse con las ropas de la abuela, cubrirse la cabeza con su cofia y meterse en la cama.

Poco tardó en llegar Caperucita Roja. Contenta porque iba a volver a ver a su abuelita, subió la escalerita de piedra, dejó junto a la puerta la cesta con los pasteles y el dulce y golpeó suavemente.

Ton... Ton... Ton...

El lobo, que ni siquiera había comenzado la digestión de la abuela, estuvo a punto de arruinarlo todo cuando, olvidando su personaje, preguntó con su voz ronca:

—¿Quién llama?

Muy rara le pareció a la pequeña la entonación de la voz, pero pensando que su abuelita estaría ronca a causa del resfriado, respondió en seguida:

—Soy yo, Caperucita, tu nietecita. Vengo a visitarte y te traigo unos pasteles que mamá ha hecho para ti.

Arrepentido de haberse dejado llevar por el miedo, el lobo procuró cambiar la voz y dijo:

—Entra, está abierto.

Caperucita Roja, que lo que menos podía imaginarse era lo que había sucedido en la casa unos minutos antes, entró, dejó la cesta sobre la mesa, sacó los pasteles y el dulce y luego entró en la cocina buscando algunos platos para servir la merienda.

La fiera no se decidía a hacer nada, pues seguía con el miedo de que Caperucita descubriera su truco antes de tiempo, empezara a gritar y llamara la atención de los que pasasen cerca de la casa. Así que, armándose de paciencia, se cubrió el hocico y esperó.

—Abuelita, es necesario que te cuides mucho. Sin duda estás muy resfriada, pues tu voz sonó ronca y desagradable.

—¡No te preocupes de mi voz! —replicó la fiera, de mal talante—. Y no me hagas disgustar, que no me hará nada bien. Anda, acércate de una vez a la cama, que tengo muchas ganas de verte.

Como Caperucita era una niña muy obediente, se acercó a la cama apesadumbrada de haber hecho enfadar a su abuelita.

—¿Por qué no te acercas más? ¿Es que me tienes miedo? —exclamó el lobo, perdida totalmente la paciencia, revolviéndose bajo las sábanas.

La niña nada respondió, pues sabía que los niños bien educados deben permanecer callados cuando los mayores los reprenden. Pero al levantar la vista para pedir perdón a su abuelita por haberla hecho enojar, observó, destacándose sobre el blanco de las sábanas, unos pelos duros, largos y negros.

—¿Cómo es, abuelita, que hoy tienes los cabellos tan duros y despeinados? —preguntó.

Temiendo descubrirse nuevamente, el lobo trató de dar a su voz el tono más suave posible y dijo:

—No, querida —replicó el lobo, conteniéndose a duras penas—. Están igual que siempre, lo que pasa es que tú nunca habías reparado en mis pelos y al hacerlo ahora te has sorprendido. Pero no te preocupes por tan poca cosa. Anda, ven aquí y acuéstate conmigo, que tengo frío.

Al decir esto el lobo apartó un poco las sábanas, y la niña alcanzó a verle una de las zarpas.

—¡Qué uñas tan grandes tienes, abuelita! —le dijo—. ¿Para qué las quieres?

—Para sujetarte mejor cuando estés a mi lado —contestó el lobo.

—¿Y por qué tienes tan grandes las orejas?

—Para escucharte mejor cuando me hablas.

—¿Y por qué son tan largos y afilados tus dientes?

El lobo, que solo había estado aguardando aquel instante, respondió bruscamente:

—¡Para comerte mejor!

Y, saltando ágilmente de la cama, la acorraló para que no pudiera escapar.

La pequeña quiso gritar, pero el lobo fue más rápido. Le tapó la boca con una de sus zarpas mientras le apretaba el cuello con la otra...

Caperucita no podía escapar ni gritar y pronto empezó a sentir que las fuerzas la abandonaban. Se le nublaron los ojos, le flaquearon las piernas y dejó de luchar. Apenas un segundo después el Lobo Feroz terminaba su obra y se comía a Caperucita de un solo bocado.

Cuentan algunos que, a pesar de que todo sucedió tan rápido, un leñador que pasaba cerca vio por la ventana algún movimiento extraño y entró en la casa. Al darse cuenta de que la fiera vestía la ropa de la abuela, temió lo peor.

Tomó el hacha para enfrentarlo, mientras gritaba:

—¡Lobo!... ¡Lobo!... ¡Aquí!... ¡¡Venid todos!!

Dicen que el Lobo Feroz intentó escapar internándose en el bosque, pero se encontró de frente con varios leñadores que, atraídos por los gritos de su compañero, no le dejaron huir, y tantos golpes le dieron que le ocasionaron la muerte.

Dicen que en seguida, uno de ellos, viendo que algo se movía en la panza del animal, le abrió el vientre y sacó de allí a Caperucita y a su abuelita, a las que el lobo, en su voracidad había devorado enteras y que por eso aún estaban vivas.

Dicen que, después, ambas regresaron a la casa de la abuelita y que convidaron con pastelitos y dulce de higos a todos los leñadores.

Dicen todo eso y muchas cosas más, todas bonitas, del final del cuento, pero nadie sabe si este rescate sucedió realmente, o si ha sido inventado por alguien para dejarnos dormir más tranquilos.

Moraleja

No se puede hablar sobre el sentido de este cuento y su mensaje sin situarlo en la época en la que pasó de ser leyenda a cuento para niños, un tiempo lleno de amenazas y peligros reales para los aldeanos, especialmente para los más débiles. Fuera de las murallas de los castillos, ladrones, borrachos, asaltantes y asesinos merodeaban los caminos delinquiendo con toda impunidad. De allí que este relato moralista intente advertir a los más pequeños (y sobre todo a las niñas) de los peligros del mundo exterior.

Llevado al extremo de lo meramente explícito, la moraleja, reducida a una frase, podría ser:

El único lugar seguro para una niña es en casa, junto a su mamá...

Pero, claro, hay más, mucho más, dirigido a quien quiera escuchar...

Para empezar, no hablar con extraños.

No desobedecer.

No fiarse de las apariencias.

No correr riesgos.
Me gusta recordar aquella vieja «Copla a Caperucita»:

La niña bonita,
y la que no lo sea,
a todas alcanza
esta moraleja:
miedo y más miedo
al lobo le tengan,
que a veces es joven,
de buena presencia,
de dulces palabras
y grandes promesas,
tan pronto olvidadas
como fueron hechas.

La otra puerta

Está claro que la cultura, la tradición y la moral de una sociedad se transmiten de padres a hijos a través de mensajes directos o subliminales, verbales y no verbales, llenos de premios y castigos, permisos y prohibiciones, sostenidos por ideologías, prejuicios, paradigmas y mandatos de todo tipo, color e intención.

Según el modelo transaccional, creado por Eric Berne, la estructura de la personalidad se podría deconstruir en tres estados más o menos autónomos: el del «padre interno», el del «adulto» y el del «niño libre». Dice Berne que, debido a esa estructura tan particular, los mandatos recibidos en la infancia perduran en nosotros y siguen condicionándonos aunque intelectualmente los cuestionemos, hablándonos desde la figura introyectada de nuestros padres. Este punto, el de los permisos y los mandatos, es fundamental si pretendemos comprender alguna de nuestras peculiares maneras de encarar o intentar resolver situaciones difíciles, sobre todo si pretendemos ayudar a otros durante la tarea educativa, asistencial o terapéutica, diseñando formas de intervención eficaces y positivas.

Todo se complica bastante cuando caemos en la cuenta de que, por fuerza, las pautas que los niños reciben en sus primeros años de vida marcan y condicionan, de forma a veces irreversible, el desarrollo y el futuro de esas personas en ciernes. Todo se agrava aún más cuando asumimos que esas pautas están, a su vez, condicionadas por las limitaciones, errores, distorsiones, mandatos y prohibiciones que esos educadores recibieron de su propio entorno cuando eran niños.

Supongo que no exagero si digo que todos y cada uno de nosotros hemos sido víctimas de, por lo menos, uno de estos mandatos restrictivos, y que nos hemos pasado gran parte de nuestra vida luchando contra él o ellos.

Normalmente el niño (y más tarde el adulto también) necesita agradar, sentirse querido, aprobado, reconocido y valorado; y por esta razón estos mandatos (en interacción con los acontecimientos particulares de cada uno y su historia familiar), determinan que el niño abandone su infancia con una clara idea de lo que se espera de él y que lo reconfirme cuando recibe directamente de sus padres la máxima aceptación si aprende a imponerse a sí mismo las restricciones que se le enseñaron.

Es lógico y natural que cada uno componga para su vida un argumento, un guion y, sobre todo, una determinada forma de interpretar el mundo a nuestro alrededor, acorde a lo que se debe y lo que no se debe.

Tarde o temprano nos damos cuenta de que la vida es un riesgo y que, encerrados en la segura cárcel de nuestros mandatos, terminaremos apagándonos como la llama de una cerilla.

La gran llave de una buena calidad de vida es ser conscientes de todas esas absurdas prohibiciones que arrastramos y concedernos el derecho de cuestionar esas pautas y, a medida que crecemos hacia la edad adulta, concedernos todos los permisos que nuestro cuerpo, alma y espíritu nos demanden.

Concedernos, en fin, el permiso de vivir con intensidad y compromiso cada minuto de nuestra vida. Para conseguirlo, la mayoría de las veces será necesario animarse a romper con el guion que estaba determinado por los mandatos y reemplazarlo por uno que

esté más en línea con los propios gustos, deseos y apetencias de su aquí y ahora y, sobre todo, con proyectos de futuro realmente propios.

Y hay más.

Sostengo que el gran desafío es no conformarnos con eso.

Creo que el gran trabajo en el que todos deberíamos colaborar es el de contribuir como padres, como maestros, como jefes de una empresa, como dirigentes, como vecinos de la ciudad que habitamos, a que cada persona, niño, adulto o anciano se conceda, cada vez más conscientemente, los permisos que le son indispensables para vivir la vida que desea.

Y ese es, según veo, el verdadero mensaje de este cuento.

Si *Caperucita* es un cuento educativo, no está dirigido a los niños, está dirigido a los padres.

Si vas a educar a tus hijos protegiéndolos obsesivamente de todo peligro, enseñándoles a no enfrentarse a las amenazas, mostrándoles cómo evitar las situaciones difíciles o peligrosas, conseguirás lo mismo que la ejemplar madre de *Caperucita*: hijos ingenuos, inmaduros, poco capacitados para darse cuenta de las verdaderas amenazas y, sobre todo, incapaces de defenderse de los abusadores, de los estafadores y de la malicia de algunos, con los que inevitablemente se van a topar (cabe destacar que los malos, en todas las épocas y todas las geografías, siempre han tenido un radar especial para detectar a estos personajes y aprovecharse de ellos).

Me alejo por un momento, para dejar caer una pregunta...

¿Por qué el relato incluye a la abuela?

La trama en realidad no la hace necesaria, como no sea para hacer más truculenta la historia...

Quizás, desde esta nueva lectura, su presencia podría ser un símbolo, una señal, una alerta.

Creo firmemente que el cuento de *Caperucita*, tal como está narrado, nos advierte, además, de que la educación de los niños no empieza y termina en los mensajes de los padres, sino que atraviesa el tiempo y las generaciones llevando sus nutritivos o tóxicos efectos desde nuestros abuelos hasta nuestros hijos, y posiblemente más allá.

Regreso a los padres.

No hace falta, supongo, volver a decir que la función principal de los padres es la educación y que esto significa entrenar a sus hijos para que sean capaces de elegir lo mejor y motivarles en la decisión de avanzar hasta transformarse en la mejor persona que pueden ser, aprendiendo a utilizar para ello la totalidad de sus recursos. Dicho de otra manera: ayudarles a desarrollar sus talentos.

¿En qué consiste el desarrollo de un talento?

Todo talento se desarrolla a partir de un don natural (entendido como una habilidad más o menos innata) más la suma de aprendizajes, conocimientos y experiencias previas, a lo que se añade un permiso (interno y externo) de salirse del marco referencial que los padres, maestros y demás educadores nos aporten.

Está claro que cada cual tiene un talento y que desarrollarlo es la meta, pero mi experiencia como terapeuta me ha enseñado que demasiadas veces, aun sabiendo que es ese el desafío, no tenemos claro cuál es el camino que nos permitirá aprovechar esos recursos. Desarrollar un talento no es crearlo, es hacer crecer un don que ha nacido con nosotros, poniendo en ello la energía que solo le dedicamos a las cosas que más nos importan y utilizando todo lo que otros pueden enseñarnos.

Todos los pueblos del mundo que han padecido catástrofes, guerras o graves períodos de crisis se han rehecho desde los cimientos de lo que quedaba. Cada persona que ha debido superar momentos de hecatombe interna o externa solo ha podido reconstruirse cuando, desde su interior, aprendió a confiar en los talentos que aún guardaba.

El desarrollo de este potencial siempre genera emociones intensas y ambivalentes —curiosidad, tensión, ansiedad, angustia, entusiasmo, frustración, alegría, impaciencia, obstinación—, quizás porque inevitablemente es un proceso «global» de la persona que la pone en situación de apertura y preparada para nuevos aprendizajes.

Este crecimiento no es un mero aumento cuantitativo de conocimientos, sino una transformación estructural de alguna habilidad o aptitud de la persona y, como casi todas las cosas buenas y útiles, puede no suceder si solamente nos reclinamos en la ayuda que los de afuera habrán de acercar.

Desgraciadamente, no siempre los sistemas educativos están preparados para detectar el potencial dormido. La estructura docente clásica está diseñada para cultivar la inteligencia y el rendimiento, pero no el salto cualitativo de los discípulos más talentosos.

Educación y talento...

Leo Buscaglia siempre recuerda un episodio que le sucedió en la escuela primaria. Cuenta que un día apareció una nueva maestra, entró casi corriendo y repartió a cada uno de los alumnos una hoja en blanco y una caja de lápices de colores, para terminar pegando con celo una gran hoja blanca sobre la pizarra.

«Buenos días, niños. Hoy tendremos clase de dibujo», les dijo, «Y por ser la primera vez, vamos a dibujar... un árbol».

Y dice Buscaglia que él y todos pensaron: «Vamos a dibujar. ¡Qué bueno!».

Después ella tomó un lápiz y dibujó un gran redondel verde, y bajo él, un enhiesto rectángulo marrón. Agregó apenas unos cuantos puntos rojos distribuidos al azar en el círculo verde y dijo:

«Este es el árbol. Ahora dibujadlo vosotros».

Dice Leo Buscaglia que enseguida pensó «Eso parece más un chupachups que un árbol», pero que se dio cuenta inmediatamente de que cuanto más rápido y más parecido pudiera reproducir el dibujo de la maestra, más rápido podría salir al recreo y con una máxima calificación.

Todos pensaron lo mismo, salvo un niño que se sentaba siempre en el fondo de la clase.

Él también vio que eso no se parecía demasiado a un árbol, pero no supo o no quiso percibir que la tarea pedida, no era en realidad «dibujar», si no «copiar». Así que, con entusiasmo, tomó un lápiz azul, otro naranja, otro rojo y otro verde y con ellos pintó un árbol tan grande como toda la página. Casi al final de la clase lo entregó orgulloso a la maestra.

Cuenta Buscaglia, que el dibujo era realmente hermoso... pero la maestra no parecía estar de acuerdo.

Le dio una hoja nueva y le hizo quedarse después de clase para copiar su árbol con prolijidad. En el pasillo le mostró el dibujo del niño

al director mientras le decía: «Hay que prestar atención a este niño, sospecho que podría tener una lesión cerebral».

Como el mismo autor aclara, en aquella época muchas maestras de dibujo no tenían ninguna formación pedagógica y, obviamente, sabían poco de enseñar dibujo. Me cuesta creer que algo así pueda repetirse en nuestros tiempos y, sin embargo, es evidente que, aún hoy, coexisten dos modelos educativos.

Uno que utiliza como método la memoria y la repetición, y que tiene como objetivo la acumulación de conocimiento, y otro diseñado para fomentar el descubrimiento y la investigación, y que se plantea como objetivo la apertura de la mente de los alumnos.

El primero, un tanto carcelario y controlador, está basado en la importancia de la trasmisión de conocimientos (cuantos más, mejor) y se apoya, básicamente, en la experiencia de los profesores y en la disciplina del alumnado. Sobrevalora la importancia de los contenidos y, como dije, espera que los alumnos incorporen sin modificaciones lo que se les enseña y que sean capaces de reproducirlo fielmente en sus exámenes. El alumno ideal es el que acata sin cuestionar, el que obedece sin chistar, el que toma los mejores apuntes, el que tiene mejor memoria y es más aplicado a la hora de hacer la tarea.

El segundo modelo intenta ser más liberador. Parte de la idea de que solo se puede conocer algo a fondo involucrándose con ello, es decir, animándose a transformarlo, cambiarlo, acomodarlo, mejorarlo o empeorarlo, modificándose uno mismo en el proceso. Valora la innovación, la exploración y la creatividad, apostando a que el mejor aprendizaje es el que, a través de un desafío, invoca herramientas conocidas y las pone en juego para elaborar una respuesta integral al problema que algo nuevo siempre supone. El ideal del alumno es aquel que participa activamente preguntando, cuestionando y desafiando a sus maestros, poniendo en acción sus aptitudes personales hasta conseguir transformarlas en un talento o en un aprendizaje.

Obviamente, de nada servirá que la mejor educación haga el camino más fácil o menos doloroso, hay que agregarle lo propio: nuestros más guardados recursos, nuestro compromiso y creatividad, nuestra capacidad y, por supuesto, nuestro trabajo.

Dicho de otra manera, tenemos una idea puramente conductista del aprendizaje, basada en la memoria, que menosprecia la comprensión profunda de las cosas tanto como distorsiona la conciencia de utilidad de lo aprendido. Educamos como si cargásemos datos en una computadora y evaluamos su aprendizaje por la fidelidad de sus archivos, premiando con una buena nota a los que pueden reproducir mejor lo que se les dijo o lo que han leído en sus manuales.

El proceso de aprendizaje debe centrarse en la comprensión y la experimentación de lo aprendido, más que en la simple acumulación de datos, y es allí donde la tarea de los padres es fundamental e irremplazable.

Piaget llevaba esta idea a su máxima expresión cuando sostenía que, si se le enseña a alguien algo que hubiera podido descubrir por sí mismo, se le impide entenderlo completamente.

Si el conocimiento solo fuera registro y memoria, nos quedaríamos atados a lo que ya existe y la humanidad dejaría de aprender cosas nuevas. Si fuera solo exploración, deberíamos comenzar desde el principio cada día, sin poder capitalizar lo descubierto por otros antes.

El bienestar, la efectividad de nuestras acciones y, en fin, una vida activa, adecuada y feliz, tiene una íntima relación con el vínculo que hayamos conseguido establecer con los demás, con la realidad de nuestro entorno y con nosotros mismos. Es en estos vínculos donde se juega la vida sana, psicológica y socialmente.

He desarrollado una razonable capacidad de escuchar.

Valoro y agradezco lo que los demás me aportan y ven en mí.

Puedo escuchar sin acatar y prestar atención sin someterme.

Sé la diferencia entre humildad y humillación.

Conozco la mayoría de mis recursos y tengo siempre presente mi catálogo de habilidades, dones y capacidades.

Soy capaz de confiar en algunas personas de mi entorno y puedo pedirles ayuda sin sentirme menos por eso.

Todos ellos conocen y aceptan, como yo mismo, mis limitaciones.

Jamás siento que su confianza es una exigencia.

Sé poner límites y no permito que otros se aprovechen de mí.

De la misma forma que la ciencia médica no se conforma con diagnosticar, sino que trabaja en curar enfermedades, así la

educación, en general, debería centrarse no solamente en la transmisión de conocimientos, sino también y, sobre todo, en el descubrimiento, desarrollo y entrenamiento de la mejor y más eficaz conducta del hijo o del alumno, sea esta cual fuera.

Es indudable que la conducta adecuada de los padres tiene mucho que ver con el modelo educativo que los ha formado, aunque esa influencia puede no ser determinante.

Un ejemplo afortunado:

Seguramente como resultado de una infancia en la que nunca pudo acceder a una buena educación ni a los recursos materiales para procurársela, o quizás a pesar de eso, mi padre era un fanático de la cultura y un enamorado de los libros. El poco tiempo que le robaba a su trabajo, lo dedicaba casi siempre a leer lo que llegara a sus manos, desde el periódico del día anterior hasta alguno de nuestros libros de texto. En mi casa, mi padre siempre proclamaba que no había dinero suficiente para comprar ropa nueva, ni para juguetes caros, pero que siempre habría dinero para libros. La consecuencia, que estoy seguro que no era el objetivo de esa posición, fue maravillosa: cada vez que llegaba un cumpleaños, Navidades o Reyes, mi hermano y yo no íbamos a elegir un regalo a la juguetería (sabiendo que sería inútil elegir allí un regalo), ¡nosotros íbamos a la librería! La historia se repetía una y otra vez; un par de días después, el libro estaba en nuestras manos. Estoy seguro de que gracias a esta genialidad mi hermano y yo amamos la lectura y adoramos los libros; un legado que hoy continúa en todos sus nietos.

La educación occidental se ha centrado casi exclusivamente en el desarrollo de las funciones cognitivas, con poca atención a la maduración de otras áreas del ser, como la utilización práctica de los conocimientos, la combinación creativa de ellos o el cuestionamiento activo de lo que dicen los libros o los padres (cuya veracidad podría ser muy entretenido confirmar).

Una vez escribí un poema lleno de cosas encontradas, descubiertas y aprendidas, que hoy quiero compartir contigo con el deseo de que la vida misma te haya enseñado ya estas cosas que yo le decía a mi hija, con emoción, hace casi veinte años:

Antes de morir, hija mía, quisiera estar seguro de haberte enseñado...
a disfrutar del amor,
a enfrentar tus miedos y confiar en tu fuerza,
a entusiasmartte con la vida,
a pedir ayuda cuando la necesites,
a decir o callar, según tu conveniencia,
a ser amiga de ti misma,
a no tenerle miedo al ridículo,
a darte cuenta de lo mucho que mereces ser querida,
a tomar tus propias decisiones,
a quedarte con el crédito por tus logros,
a superar la adicción a la aprobación de los demás,
a no hacerte cargo de las responsabilidades de todos,
a ser consciente de tus sentimientos y actuar en consecuencia,
a dar porque quieres, y nunca porque estés obligada a hacerlo.

Antes de morir, hija mía, quisiera estar seguro de haberte enseñado...
a exigir que se te pague adecuadamente por tu trabajo,
a aceptar tus limitaciones y vulnerabilidades sin enojo,
a no imponer tu criterio, ni permitir que te impongan el de otros,
a decir que sí solo cuando quieras y decir que no sin culpa,
a tomar más riesgos,
a aceptar el cambio y revisar tus creencias,
a tratar, y exigir ser tratada, con respeto,
a llenar primero tu copa y, después, la de los demás,
a planear para el futuro sin intentar vivir en función de él.

Antes de morir, hija mía, quisiera estar seguro de haberte enseñado...
a valorar tu intuición,
a celebrar las diferencias entre los sexos,
a hacer de la comprensión y el perdón tus prioridades,
a aceptarte así como eres,
a crecer aprendiendo de los desencuentros y de los fracasos,
a no avergonzarte de andar riendo a carcajadas por la calle sin ninguna razón,
a darte todos los permisos sin otra restricción que la de no dañar a otros ni a ti misma.

Pero sobre todo, hija mía, porque te amo más que a nadie,
quisiera estar seguro de haberte enseñado...
a no idolatrar a nadie... y a mí, que soy tu padre, menos que a nadie.

Capítulo 5

Eros y Psique



Introducción

La mitología griega en su conjunto es una colección de relatos, mitos y leyendas que desde tiempos inmemoriales circulaban por la antigua Grecia y se transmitían de padres a hijos, de boca en boca, como canciones y poemas.

En ellos se hablaba de los orígenes del mundo, las características y peculiaridades de los dioses y la historia de sus héroes, siempre enfrentándose a su destino y a cuanta criatura fantástica las divinidades pusieran en su camino.

Para la cultura griega, estos mitos eran religión e historia y ejercían una fuerte influencia sobre la vida de todos. Una influencia que afectaría, con el paso de los siglos, a toda la civilización occidental.

En algún momento, como suele suceder siempre con las historias de tradición oral, los poemas líricos se transformaron en textos escritos y, de la mano de Homero y Hesíodo, dieron contenido a lo que podríamos considerar tres colecciones de relatos literarios en los que, metafórica o explícitamente, se intenta dar explicación y significado a cada uno de los temas del pensamiento humano:

- La colección de relatos sobre los orígenes del mundo, los dioses y la más o menos conflictiva relación entre ellos.
- La colección de leyendas sobre la vida y aventuras de los héroes.
- Y la colección de mitos que cuentan la relación entre los hombres y los dioses, los encuentros entre ambos y sus consecuencias.

Los dioses del panteón griego adoptaban figuras humanas y personificaban las fuerzas del universo, aunque eran impredecibles, por eso unas veces tenían un estricto sentido de la justicia y otras eran crueles y vengativos. Su favor se alcanzaba por medio de los

sacrificios y de piedad, pero estos procedimientos no siempre eran efectivos.

No era raro que estos mitos incluyeran historias de amor, incesto o seducción y hasta violación, aunque muy claramente la mayoría de las historias eróticas entre dioses y mortales se estigmatizan como un episodio de consecuencias casi siempre desgraciadas y finales trágicos.

Los escritores posteriores no tuvieron más que acudir a estas fuentes para encontrar argumentos con los que elaborar sus tragedias como Esquilo, Sófocles y Eurípides, o relatos épicos como los de Apolonio de Rodas y Virgilio. A esta misma lista agregaremos con cierto atrevimiento a Apuleyo, un escritor romano del siglo II, nacido en el Magreb africano.

De su libro de cuentos *El asno de oro* se extrae esta historia de Eros y Psique, una de las más antiguas historias jamás escritas (tiene casi 2000 años) y, a la vez, una de las más bellas y simbólicas historias de amor. Cualquiera puede entrever en la trama antecedentes de los tradicionales cuentos de *La bella y la bestia*, *Blancanieves* o *Rapunzel*, así como el argumento básico de un centenar de famosas novelas y películas contemporáneas.

El cuento

Había una vez, un rey que era padre de tres hijas que habían heredado la gracia y el encanto de su madre. Todas eran espléndidas, pero era indudable que Psique, la más joven, era la más hermosa. Parecía una diosa caminando entre simples mortales.

La fama de su hermosura se extendió por toda la tierra, y de todas partes los hombres se ponían en camino para llegar cerca de ella y admirarla con sentida adoración o rendirle pleitesía, como si de una inmortal se tratara.

Un día alguien llegó a decir que la misma Afrodita no podía rivalizar con ella, y la frase corrió de boca en boca más rápido que el viento.

Hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios y guerreros, todos querían saber si esto que se decía era cierto.

Verdadero o falso, a medida que los dichos sobre la belleza de la joven llegaban hasta los confines de la tierra conocida, el resultado era siempre el mismo: cada vez menos personas recordaban los ritos y las alabanzas dedicados a la diosa Afrodita. Los templos levantados en honor a la diosa empezaron a quedar abandonados, sus altares cubiertos de frías cenizas y sus jardines, otrora opulentos, se mostraban en ruinas. Los honores que hasta entonces le estaban reservados a Afrodita, como emblema y símbolo de la belleza, se le tributaban ahora a una simple muchacha, destinada a morir como cualquier humano un día no lejano.

Afrodita, la diosa de lo bello, tan hermosa como vanidosa y cruel, no podía aceptar semejante situación, y buscó la ayuda de su hijo Eros, que había nacido de su unión con Ares, el dios de la guerra.

Llamado a su presencia, Eros se presentó trayendo consigo su arco y sus flechas, esas contra las que no existe inmunidad ni en el cielo ni en la tierra.

Zeus le había dado el poder de condicionar con sus flechas la actitud de sus víctimas ante el amor más pasional. Las flechas, que tenían punta de oro, hacían que quien fuera herido por ellas se enamorara perdidamente de la primera persona que viera; las otras, las que tenían punta de plomo, sembraban la deslealtad, el olvido y la ingratitud más cruel en los corazones de sus víctimas.

La diosa le mostró en la superficie del agua de la fuente del Olimpo la imagen de la joven Psique, de pie, en el portal de uno de los templos de Afrodita, recibiendo las canciones, los poemas y las flores que cientos de personas le ofrendaban, honrando su existencia, como antes honraban a la diosa.

—Como te imaginas, esto es inadmisible —le dijo Afrodita.

Y luego le contó a Eros su plan:

—Hijo mío... Quiero que uses una de tus flechas de oro y hagas que esta pequeña desvergonzada se enamore locamente de la más vil y despreciable criatura que haya en el mundo. Solo esa eterna humillación aliviará la herida que esa muchacha le ha hecho a tu madre.

Eros siempre estaba dispuesto a complacer cualquier petición de su madre, aunque esta vez su deseo de venganza le parecía exagerado e injusto. Aun así, el joven dios habría salido, literalmente, volando para complacerla, pero los hilos del destino, que tejen caprichosamente las moiras —Cloto, Láquesis y Átropos—, enredaron su camino en una dirección que ni la misma Afrodita habría podido imaginar.

En efecto, mientras Eros miraba la imagen de la muchacha, se pinchó accidentalmente un dedo con una de sus propias flechas doradas y su inevitable efecto invadió cada centímetro de su cuerpo, haciéndolo temblar. ¡Eros se había enamorado de Psique!

Quizás, por primera vez, Eros sintió miedo. Era más que previsible la reacción de Afrodita; pero no fue el temor lo que hizo que se abstuviera de contarle a su madre lo sucedido. Eros no dijo nada simplemente porque no tenía la fuerza ni el deseo de proferir una sola palabra... Él solo pensaba en ver en persona, y cuanto antes, a esa joven a la que su madre odiaba tanto.

Ajena a todo lo que pasaba en el Olimpo y entre los dioses, Psique seguía con su vida de todos los días, aceptando casi con aburrimiento los presentes y los vivos de todos pero sin que el halago de ninguno llegase al fondo de su corazón.

Eros seguía los pasos de Psique, espiándola desde las sombras, aunque, por supuesto, nunca disparó contra ella ninguna de sus flechas, así que Psique no fue víctima de ningún hechizo ni se enamoró perdidamente de ningún malvado, como había ordenado Afrodita... La realidad, mucho más allá de flechas y conjuros, es que la joven nunca se había enamorado, ni perdida ni encontradamente, de ningún hombre ni malo ni bondadoso, y eso no dejaba

de entristecerla. Ella había visto cómo sus dos hermanas habían celebrado dos espléndidas bodas, una con un rey y la otra con un noble, después de haber sido pretendidas y solicitadas sus manos una decena de veces.

Psique, la más hermosa, seguía sola... siempre adorada pero jamás amada.

La historia se repetía una y otra vez. Los hombres, después de verla y mostrarle su rendida admiración ante tan inconcebible belleza, pasaban de largo y desposaban a otra, y cada una de esas bodas acrecentaba la inquietud de los padres de la joven. Ella lo tenía todo para ser la más deseada, pero jamás había aparecido ningún pretendiente con intención de hacerla su esposa.

En aquellos tiempos, una hija que no se casara era una desgracia para la familia y un oprobio para ella misma.

Hasta un juglar que pasó por la capital del reino escuchó la penosa situación de la joven princesa y, compadeciéndose de su dolor, cantó por las calles una pequeña tonada, si no en su honor, sí al menos en su homenaje:

La más fea y la más linda,
está visto y aprendido,
siempre las últimas son
en encontrar un marido.

Los vecinos y los amigos de la familia estuvieron de acuerdo con el consejo que sugería la canción. Se trataba de esperar, sin desesperar.

... Que Psique era aún muy joven.

... Que no había razón para inquietarse.

... Que el novio ya aparecería.

El padre, debe reconocerse, hizo todo lo posible por aceptar como válido el consejo, pero eso solo consiguió tranquilizarlo durante algunas semanas, porque luego, la pregunta de siempre volvió a apoderarse de sus noches y la falta de respuesta de sus madrugadas. ¿Qué pasaría con su bella hija si no aparecía la persona que quisiera desposarla? ¿Qué sería de ella si se quedaba soltera para siempre?

Si por lo menos supiera que en algún momento esta maldición terminaría...

Si descubriera que sus miedos eran infundados...

Si pudiera saber que, en el futuro, una pareja le esperaba...

... la visión de un matrimonio en el futuro de Psique, aunque fuera

distante, de una manera o de otra lo aliviaría.

Animado por esta idea, el padre decidió viajar a Delfos para consultar al Oráculo que, si aceptaba responderle, le diría algo cuya certeza, de una forma o de otra, le permitiría resolver su inquietud:

—Tengo tres hijas —le dijo al Oráculo, cuando estuvo frente a él—. Dos de ellas están felizmente desposadas, pero la tercera, que es la más bella, sigue sola. Dime... ¿llegará alguna vez un pretendiente para Psique, mi hija pequeña?

El Oráculo accedió a responder, pero su profecía fue terrible.

En dos semanas exactas a partir de ese día, Psique, vestida con negras ropas, debería ser llevada a la cumbre de la colina de Lykos y abandonada allí, sola, sin alimentos ni agua. Después de dos días y dos noches, un ser alado, más poderoso que los mismos dioses, llegaría hasta ella y la haría su esposa...

Si el viaje a Delfos había estado marcado por la preocupación, el regreso estuvo inundado de desesperación y tristeza. El Oráculo nunca se equivocaba y ningún hombre o mujer sobre la tierra se le ocurría siquiera pensar en desafiar sus profecías.

Con una pequeña esperanza, los reyes convocaron a todos los sabios y asesores del reino para que interpretaran la profecía del Oráculo, intentando extraer de ella un significado diferente del que literalmente anunciaba... Pero fue inútil. No había nada que interpretar.

—¿Qué dijo el Oráculo? —preguntó al fin Psique, que nunca había soportado no saber toda la verdad de las cosas.

Su padre, que seguramente hubiera preferido no tener que estar nunca en esa situación, le contó palabra por palabra lo que el Oráculo había profetizado y ordenado.

—Entiendo —dijo la muchacha sin protestar, y después de unos minutos agregó—: entonces me prepararé para la partida.

Así fue como, temiendo las catastróficas consecuencias que tendría desafiar al Oráculo, se preparó todo para que en una semana la joven enfrentara su destino.

Vestida de negro, como para sus funerales, Psique se dirigió hasta la colina acompañada de un séquito real, con la misma actitud y lamento de quienes conducen el cuerpo de un ser querido, hacia la morada final de su tumba.

Después, abandonaron allí a la desventurada muchacha y volvieron a palacio, resignados a llorar por ella el resto de sus días.

Sobre la colina, Psique permaneció sentada a la espera, casi inmóvil, todo el día. Cuando el sol se ocultó en el horizonte, la joven comenzó a temblar de frío y a llorar de miedo. Y sucedió que, en medio de la oscuridad, llegó hasta ella el dulce viento Céfiro, que elevando su cuerpo por encima de la colina rocosa la llevó hasta una pradera mullida como un lecho y perfumada de flores. Recostada en la grana, el arrullo de la brisa que había enviado el dios del viento hizo que por un momento Psique olvidara sus penas y cayera en un profundo sueño.

Al despertar, la joven descubrió que estaba junto a un arroyo de agua transparente que la invitaba a beber. El agua estaba fresca y esos sorbos deliciosos la terminaron de reanimar. Se puso de pie, miró a su alrededor y vio que a pocos pasos se elevaba un castillo tan imponente y magnífico que parecía destinado a un dios, con sus columnas de oro, sus muros de plata y los suelos incrustados de piedras preciosas.

Sintiéndose en calma por primera vez en varias semanas, Psique se acercó curiosa al imponente umbral... Tanto esplendor la apabullaba, tanto silencio la conmovía. Todo era tan claro y luminoso...

Solo ella desentonaba allí, ataviada con esas vestimentas lúgubres y con la inquietud que siempre le producían las preguntas sin respuesta... ¿De quién era semejante palacio? ¿Qué hacía ella en ese lugar? ¿Qué tenía esto que ver con la profecía del Oráculo?

Se animó a empujar el portón, buscando respuesta a sus preguntas.

Adentro también reinaba el orden que da la conciencia de que cada cosa está en su lugar y también un absoluto y solitario silencio, solo habitado por su propia respiración.

Y de repente... percibió unos ruidos.

Abrió los ojos todo lo que pudo, escudriñando entre los rincones, pero no vio a nadie.

—Hola... ¿Dónde estoy? ¿Hay alguien por aquí? —se animó a preguntar.

Psique seguía sin ver a nadie, pero oyó con claridad una voz que le decía:

—Este palacio lo he construido para ti. Tus habitaciones están arriba. Sube sin miedo, toma un baño y descansa cuanto quieras —y después de una pausa, la voz agregó—. Todo lo que hay en los guardarropas es de tu talla,

vístete como desees y luego baja al salón comedor. Allí se servirá el banquete en tu honor.

Dicen que cuando la sorpresa es grande ni siquiera te planteas la necesidad de explicar lo que sucede, y aunque esta aseveración no estaba pensada para incluir a Psique, ella apretó los dientes y trepó escaleras arriba. Allí encontró abierta la puerta de la que supo que era su habitación...

Nunca había tomado un baño tan delicioso, con aceites y esencias de todo el mundo, ni probado una cama tan mullida con sábanas tan suaves. Nunca había visto tantos lindos vestidos todos juntos... que efectivamente eran de su talla.

Quizás para terminar de romper con aquellos horribles harapos negros con los que había llegado, Psique eligió un hermoso y sofisticado conjunto blanco que completó con unos zapatos de raso y un hermoso collar de perlas que parecía estar esperándola.

Cuando estuvo lista, miró desde el balcón el majestuoso jardín y luego bajó al comedor.

Allí estaba puesta, esperándola, una larga mesa con los platos más agradables, las delicias más exquisitas, jarras de zumos de diferentes colores y sabores y vasijas de cristal con agua fresca. En una de las cabeceras, una silla y los utensilios para comer, una copa de cristal y una servilleta de encaje blanco... en la otra cabecera, nada, ni siquiera otra silla.

Mientras comía, la muchacha escuchó a su alrededor una dulce música, que parecía la de un arpa acompañando a un numeroso coro. Lo oía, pero tampoco lo veía.

Todo el día estuvo sola, acompañada únicamente por la música que escuchaba y que la seguía mientras recorría la planta baja del palacio. A diferencia de lo que siempre le había sucedido en su vida, esta vez no necesitaba saber exactamente qué pasaría para estar serena. En el momento más incierto de su existencia Psique presentía que su marido, el monstruo con forma de serpiente alada, vendría por ella al caer la noche, como Delfos había predicho, y esa convicción paradójicamente, la entregaba si no feliz, por lo menos en paz, a su destino.

También para Eros este era un día especial. El joven dios había vivido enamorado del amor, de la naturaleza y de la vida, pero nunca hasta ahora había caído preso de la pasión del amor por otro ser. Esperaba el encuentro

con Psique con cierta ansiedad y con algo de preocupación. Por segunda vez Eros sintió miedo, esta vez por el futuro de Psique.

Él sabía que no podía aparecer frente a ella sin más y decirle: «Amada mía, yo soy tu futuro esposo»... Si lo hiciera Psique lo reconocería con solo verlo, y al saber ella que estaba emparejada con el mismísimo Eros, seguiría lo inevitable: Afrodita, que podía leer la mente de cualquier humano, se enteraría de inmediato y caería sobre la muchacha con toda su furia para destruirla. Sería mejor que ella ignorara la verdad, por lo menos hasta que él pudiera hablar con Zeus y pedirle su amparo.

En efecto, esa noche, mientras esperaba el sueño, la joven sintió que alguien entraba en la habitación.

—¿Quién está ahí? —preguntó a la oscuridad.

—Soy yo, Psique, tu profecía —le dijo Eros dulcemente en su oído—. He venido a ofrecerte mi amor y, si me aceptas, a pedirte que seas mi esposa...

—Encenderé la lámpara —dijo ella.

—No —susurró Eros—. Si realmente me quieres tendrás que aceptar esta condición. Mi rostro y mi aspecto son, por ahora, parte de un secreto y ni siquiera puedo darte una explicación de mi petición. Si me aceptas, podremos encontrarnos cada noche, pero será siempre en la oscuridad. Me comprometo a darte todo mi amor y estar para ti siempre que me necesites. Si aceptamos esta regla, no hay nada que temer. Yo trataré de compensar todas estas molestias complaciendo día tras día cada deseo tuyo, grande o pequeño, excepto el de verme a la luz.

Psique no podía ver a su pretendiente, pero estaba segura de que esa voz no pertenecía a ningún monstruo malvado de forma espantosa. Era la voz del amante esposo que tanto tiempo había deseado y por eso, una vez más, inexplicablemente, todos sus temores desaparecieron como por arte de magia... Entrelazando sus manos con las de él, la jovencita durmió el más plácido de sus sueños...

Por la mañana, nada más despertar, la muchacha estiró la mano entre las sábanas buscando encontrar el cuerpo de su amado pero, tal y como él le había anticipado, antes de que el sol iluminara la habitación había dejado el lecho. A pesar de que sabía que era en vano, Psique saltó de la cama y recorrió la habitación, buscándolo...

—Amado mío... ¿dónde estás? —preguntó al aire.

Él no apareció, pero sí su voz, que tierna como siempre le dijo:

—Hermosa Psique, he construido este palacio para ti, y ordené traer hasta él todo aquello que pudiese ser placentero para tus ojos, todo sonido que fuera capaz de deleitar tu oído, todo lo que sea suave y agradable a tu tacto, todos los sabores que halaguen tu gusto y todo aroma que encante a tu olfato. Si algo ha faltado no dudes en pedirlo a la servidumbre, que te lo acercará de inmediato.

—Quiero que estés aquí, conmigo —dijo la joven.

—Será esta noche —contestó la voz—. Cuando oscurezca y hayas apagado tu lámpara llegaré para estar a tu lado.

Esa noche, en efecto el amante apareció y ambos disfrutaron más aún de su encuentro. Todo era perfecto, pero antes de dormir Psique, apoyando la cabeza en el pecho de su amado, se animó a preguntar:

—¿Cuándo podré verte el rostro?

—No lo sé —contestó Eros—. Confía en mí. Te pido esto porque no quiero permitir que nada le haga daño a esta relación, ni a ti. Cuando la situación cambie te lo haré saber.

—Mañana, cuando ya no estés, ¿puedo pedirle al viento que me lleve a mi pueblo?

—¿Qué necesitas? Pide lo que quieras y te lo traerán tal como te lo prometí.

—¿Estoy prisionera?

—Solo del amor que sientas —dijo él—. Tú puedes hacer lo que quieras, pero si vas al pueblo todos se acercarán a preguntarte sobre mí y sobre nosotros, y ese misterio que nos rodea y nos protege podría desvanecerse. Si sales del palacio, todo lo que tenemos se podría perder y te confieso que eso me llena de temor. No podría soportar que eso suceda...

La bella joven prometió acatar la restricción. Era tanta la felicidad de cada encuentro con su esposo que pensó que ninguna razón podría justificar hacerle daño a él o a la relación que tenían los dos.

Sin embargo, una noche, cuando su querido e invisible esposo entró en la habitación la encontró sentada en un sillón en la oscuridad del cuarto.

—¿Qué te sucede, amada mía? Dime qué necesitas y volaré por ello para traértelo...

—He estado pensando mucho en mis hermanas... No me importa el pueblo, ni su gente, ni sus tiendas, pero siento que no puedo ser del todo feliz

sin saber de ellas. Necesito verlas, saber que están bien, compartir con ellas mi alegría, preguntarles si también son felices... —dijo ella.

—Ellas están bien —dijo él—, pero no sería bueno que te vieran, créeme. Ese encuentro nos llevaría a la ruina. Deja de pensar en ello. ¡Por favor!

Esa noche ni las amorosas caricias de su amado consiguieron mitigar del todo el dolor de Psique.

Con el amanecer, Eros una vez más desapareció y Psique se quedó en el palacio, agobiada por sus pensamientos, llorando la prohibición de ver a sus hermanas.

—Has estado llorando —dijo Eros al regresar esa noche.

—Sí... Y creo que lloraré cada día si no me autorizas a ver a mis hermanas. Te prometo mantener mi palabra de no salir de palacio; pero otórgame la alegría de verlas, aunque sea una vez —suplicó ella.

Eros sabía que era un error aceptar el deseo de Psique, pero se dio cuenta de que no podría seguir negándole eternamente a su esposa algo que ella tanto deseaba, ya que eso hubiera sido una condena al sufrimiento de ambos, de ella por el dolor de su frustración, de él por el dolor que le causaba cualquier pena de su amada.

—Está bien —le dijo—. Mañana le pediré a Céfiro que las traiga aquí para compartir el almuerzo contigo. Sin embargo, debo pedirte que seas discreta. Habla con ellas todo lo que quieras y escucha de sus vidas hasta saciarte, pero cuidado... no hables de mí ni de nosotros con tus hermanas. Quizás no puedan comprender nuestro pacto.

—Te lo prometo —dijo Psique.

A la mañana siguiente, las dos hermanas descendieron junto al arroyo, en el mismo lugar al que había llegado Psique cuando fue traída desde la montaña de Lykos.

Feliz, y con el corazón palpitante de emoción, la anfitriona las esperaba.

La alegría de las tres era tan grande que transcurrió largo rato antes de que logaran hablarse; solo podían expresarse en suspiros, risas y abrazos...

Por fin las hermanas entraron en el palacio y, guiadas por Psique, recorrieron cada lugar y hurgaron en cada rincón, que la dueña de casa mostraba con orgullo. Aunque, indudablemente, lo que más llamó su atención fue el arcón lleno de joyas y piedras preciosas que Psique tenía en sus guardarropas, junto a sus mil vestidos.

Durante el opulento festín que su hermana pidió para ellas, que incluía los

platillos que más le gustaban a cada una, escucharon la maravillosa música que venía sin saberse de dónde y llenaron a Psique de preguntas:

¿Cómo se llamaba el dueño de ese magnífico palacio? ¿Quién era su esposo? ¿De qué familia venía? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuándo podrían conocerlo?

Querían saberlo todo y eso incomodaba a la hermana menor, que recordaba perfectamente su promesa. Evaluando palabra por palabra, Psique solo les dijo que su esposo la hacía muy feliz, que le daba todos los caprichos y que ese día estaba participando en una cacería.

Quizás para compensar esa reticencia de información, antes de que se fueran, la anfitriona llenó las manos de sus hermanas con algunas de las joyas y las piedras preciosas que tanto les habían gustado y se despidió de ellas, dejando que Céfiro las llevara de vuelta a su comarca.

Aquella noche, al llegar Eros, encontró a Psique sentada en la cama. Estaba excitada, quería contarle del encuentro con sus hermanas.

—Te pido que no las vuelvas a ver —le dijo él después de escuchar su relato—. Ellas no comprenden lo que nos pasa y solo nos traerán desgracias.

—Es que yo no quiero dejar de verlas. ¿Vas a prohibirme ver a mis hermanas?

—No —dijo—. No voy a prohibirte nada.

La siguiente visita no tardó en llegar.

Si la primera vez traían la intención de saber cómo estaba viviendo su hermana menor, el plan de esta segunda visita era muy diferente. Las palabras ambiguas de Psique y sus evasivas respuestas sobre su marido habían avivado su curiosidad tanto, por cierto, como las joyas avivaron su codicia y las piedras preciosas su envidia.

Las hermanas acorralaron a Psique con preguntas, hasta que consiguieron arrancarle los detalles de esa misteriosa relación con su esposo.

—¿No te das cuenta? —le dijeron al enterarse de que su esposo nunca se mostraba de día—. Esconde algo muy grave.

—Estás durmiendo con él hace meses y no sabes ni su nombre.

—Mira, estamos convencidas de que tu marido no es un hombre, sino la horrenda serpiente profetizada por el Oráculo de Delfos.

—Si no haces algo pronto, llegará la noche en la que se arrojará sobre ti para devorarte.

—¿De qué te sirve vivir entre lujos y placeres si no sabes si esto seguirá así

para siempre o terminarás finalmente destrozada entre las garras de un monstruo asesino?

—Después de todo, ¿qué sabes de él en realidad?

Aunque le dolía admitirlo, sus hermanas tenían razón...

Muchas veces se había preguntado por qué él no le permitía verle.

Si no era un monstruo, ¿por qué tenía la crueldad de ocultarse de su vista?

Atardecía. Las hermanas debían regresar a sus casas. Se fueron prometiendo que en dos días volverían con un plan que permitiera resolver todos los misterios...

Psique, al quedarse sola, sintió que una emoción desconocida invadía su cuerpo: el terror. Un miedo que no le permitió dormir esa noche, ni la siguiente, que la mantuvo distante y silenciosa con su esposo y que la hizo deambular por la casa, triste y temblorosa, durante dos días.

En torno al mediodía sus hermanas llegaron, diciendo que tenían muy poco tiempo. Esta vez eran ellas las que no querían cruzarse con el que suponían un monstruo.

Psique preguntó qué debía hacer.

—No podrás estar tranquila hasta que no sepas con quién estás durmiendo. Y hay una sola manera de saberlo.

—Pero nosotras queremos que nos jures que estarás dispuesta a salvar tu vida si fuera necesario...

—¿Salvar mi vida? —dijo Psique—. No entiendo qué queréis decir...

—Primero que nada, debes ocultar en tu mesa de noche un cuchillo bien afilado y estar lista para usarlo—le dijo su hermana mayor.

—Pero no... —intentó decir Psique—. ¿Usarlo? ¿Contra él? ¿No entendéis que, aunque no lo haya visto nunca, yo le amo? Él ha sido siempre el más amable conmigo y el más complaciente...

—Eso puede ser parte de su juego siniestro —siguió a hermana menor—. Piénsalo... te trata como una reina, pero te mantiene presa en esta jaula de oro...

La semilla de la duda estaba sembrada... Solo faltaba regarla un poco más...

—El plan es este —dijo la mayor de las hermanas—: cuando tu marido esté profundamente dormido, debes salir del cuarto con mucho cuidado, encender la lámpara y luego acercarla a su rostro para saber cuál es su aspecto...

—Cuando la luz revele que, como pensamos, es un monstruo —siguió la otra—, deberás actuar rápido: tomar el cuchillo y asestarle una puñalada en el corazón antes de que reaccione.

—Ten mucho cuidado, Psique. Si no haces lo que te decimos, pronto, puede ser demasiado tarde.

Apenas el sol se acercó al horizonte, las hermanas partieron, dejando a Psique abrumada por las dudas y la confusión.

Ella ciertamente le amaba, nadie había sido tan generoso y amable con ella en toda su vida, nadie nunca la había hecho sentirse tan dichosa... Pero lo que decían sus hermanas no dejaba de ser lógico. Quería a su amante esposo, pero no estaba dispuesta a aceptar el misterio para siempre. Sus hermanas habían venido hasta palacio para aconsejarla y no había duda de su buena intención. ¿Qué otra razón más que su bienestar podrían tener ellas en este asunto?

Cuando llegó la noche, la lucha interna había terminado. Su necesidad de saber había ganado la partida... Psique no quería seguir soportando no conocer el rostro de su amado, ignorar quién era, no saber por qué se ocultaba. Se daba cuenta de que no podría volver a ver a sus hermanas y decirle que todo seguía igual o que nunca se había animado a descubrir la verdad.

Tampoco se le escapaba que lo que iba a hacer implicaba traicionar la palabra que había dado a su esposo, pero la muchacha estaba decidida a saber de una vez quién era él...

Subió a sus habitaciones llevando consigo una lámpara de aceite y la dejó lista para ser encendida, en el pasillo, a metros de la puerta. Luego se metió en la cama y esperó a su esposo haciéndose la dormida. Cuando él llegó preguntó con genuino interés a la bella joven como había sido su día, pero ella prefirió seguir con los ojos cerrados, inmóvil y en silencio. Suponiendo que su amada esposa estaba dormida, Eros la besó con ternura como cada noche y poco después se durmió apaciblemente.

Psique permaneció así, quieta, sin mover un músculo, durante horas, esperando el momento, armándose de valor. Cerca de la medianoche recordó las palabras de sus hermanas, respiró hondo, salió al pasillo y encendió la lámpara.

Caminando sobre las puntas de los pies se acercó al lecho y, levantando la luz, contempló el rostro que tenía ante sus ojos.

¡Su corazón dio un respingo! La luz no le hizo ver el monstruo que sus hermanas le habían anunciado, sino el rostro del más bello de los hombres... ¡Su esposo amado era el mismísimo Eros!

Llena de vergüenza por sus dudas injustificadas, y dándose cuenta de la locura que su desconfianza la había llevado a cometer, Psique intentó apagar rápidamente la lámpara, volver al lecho junto a su esposo y olvidar para siempre este episodio... Pero sus manos, culpables y temblorosas, no le respondieron y una gota de aceite hirviendo cayó de la lámpara hiriendo en la mejilla al bello joven.

Eros dio un grito y se despertó sobresaltado.

Sobreponiéndose al dolor, vio la lámpara en manos de su esposa y en un instante comprendió lo que había sucedido.

Psique, pálida como una estatua, no sabía qué decir ni qué hacer. Eros, más herido por la traición que por la quemadura, sin pronunciar palabra salió de la habitación...

Psique reaccionó y corrió tras él.

—Por favor...—gritaba la joven—. ¡No me dejes!... No puedo vivir sin tu amor...

—Lo siento. Mi amor no puede convivir con tu desconfianza —contestó él.

Psique vio cómo su esposo desplegab sus alas y se alejaba volando. Dándose cuenta de que lo había arruinado todo, rompió a llorar.

Así lloró sin parar durante cinco días y cinco noches, sintiendo que el corazón se le había partido, deseando al principio que Eros no se hubiese marchado para siempre, y rogando por último a los dioses la oportunidad de volver a ver a su esposo, aunque no fuera más que para implorarle su perdón.

La pobre Psique, desolada en su dolor, creyó que lo único que podía hacer era invocar la ayuda de Afrodita, ya que después de todo era el perdón de su hijo el que pretendía.

Con esa idea se dirigió con ofrendas de todo tipo al templo que honraba a la diosa y, de rodillas frente a su imagen, repitió a viva voz:

—Ayúdame, oh, diosa entre las diosas... No busco que me comprendas, ni que me justifiques... Me equivoqué y lo sé... Necesito que me ayudes a buscar su perdón.

En ese momento Afrodita se apareció frente a Psique y se echó a reír en su cara.

—Si lo que buscas es un marido —le dijo con desprecio— no esperes mi

ayuda, ya que el que tuviste no quiere verte nunca más.

—Y tiene toda la razón —fue la respuesta de Psique—. Lo entiendo. Pero te aseguro que lo amo como nunca amé a nadie y como nunca podría volver a amar... Haré lo que sea... Por favor, te lo ruego.

Afrodita estaba muy lejos de conmoverse por el sufrimiento de esa humana con respuestas tan humanas... Pero se dio cuenta de que el destino le daba una nueva oportunidad para vengarse de la insultante belleza de la joven.

—Si realmente buscas su perdón —dijo con verdadera malicia—, deberías demostrarlo superando una serie de pruebas que te impondré. Aunque no creo que seas capaz de pasarlas.

—Estoy dispuesta a intentarlo todo —dijo la joven.

—Veo tu determinación y entiendo tus motivos, así que te prestaré ayuda —mintió Afrodita—. Llévate contigo a mis dos criadas más fieles, Inquietud y Tristeza, para que te acompañen en todo el camino.

Así, la que antes fuera la más delicada de las princesas, empujada por su deseo de recuperar el amor de Eros y recibir su perdón, aceptó voluntariamente enfrentarse a terribles desafíos diseñados más para un duro guerrero o un pequeño ejército que para una joven enamorada.

Con gran valor, y arriesgando su integridad en cada paso, Psique superó todas las pruebas, incluida la última: bajar al inframundo para traer de allí la caja donde Perséfone, la reina de los infiernos, encerraba su secreto más guardado.

Con la pequeña cajita apretada entre sus manos la joven heroína regresó al templo para llevar la prueba de la tarea cumplida. La seguían fielmente las dos criadas de Afrodita, que más que una ayuda habían resultado ser una carga adicional para la pobre Psique.

Sin embargo, el esfuerzo había sido demasiado para ella y, después de apoyar la caja de Perséfone sobre el altar a Afrodita, la joven Psique cayó muerta.

Mientras esto ocurría en la tierra, en el templo olímpico Eros, después de esperar durante semanas, consiguió que Zeus le recibiera y le contó paso a paso la historia de su relación con Psique, explicándole cómo su temor a la reacción de su madre había causado este infortunio.

El padre de los dioses y de los hombres escuchó el relato del joven Eros e, indignado por la actitud de Afrodita, consintió en ayudarlo.

Zeus convocó a todos los dioses, incluida la madre del joven, ante su

presencia y les anunció que Eros y Psique estaban oficialmente comprometidos en casamiento y que contaban con su aprobación y su amparo. Cumpliendo con la tradición, ordenó en ese momento que los novios se reunieran con él y brindaran todos con ambrosía por la felicidad eterna de los desposados.

Cumplidas fueron, desde luego, las órdenes del dios supremo.

Mercurio trajo el cuerpo de Psique a su presencia y, cuando la diosa Fortuna puso en sus labios unas gotas de elixir mágico, volvió a la vida y pudo entonces recibir el perdón y el amor de Eros, además de la bendición y la protección, no solo de Zeus, sino de todos los dioses del Olimpo.

Dioses eternos los dos, Psique y Eros se unieron, desde entonces, para siempre jamás.

Moraleja

Como siempre, la mitología nos abre a un mundo de interpretaciones y relecturas, llenando cada momento con decenas de metáforas y de símbolos.

El mito de Eros y Psique no es una excepción y nos obliga pensar, por lo menos, en una decena de virtudes y contravalores de hombres y mujeres de todos los tiempos.

Así, nos muestra lo inadecuado y dañino de los prejuicios.

Nos describe las etapas de cualquier vínculo de pareja, desde el enamoramiento hasta la confrontación y la exigencia.

Nos alerta de los peligros de dejarse llevar por los dichos y consejos de quienes nos envidian y desean nuestro mal.

Y aunque su final nos reconforta, asegurándonos que «El amor siempre triunfa», lo somete a las más crueles amenazas representadas por la desconfianza (especialmente de ella) y el miedo (especialmente de él).

El amor sin confianza no puede florecer, ya que esa es una piedra fundamental para el desarrollo de un vínculo amoroso trascendente. Sin confianza todo se destruye, comenzando por la herida mortal que le inflige la duda a la comunicación franca entre los que se aman.

La curiosidad, la inseguridad y la necesidad de acceder al control que supone le dará el saber, hacen caer a Psique en la tentación de violar lo pactado. Como Eva, la primera mujer, frente a la fruta prohibida; como Bella, la heroína de *La bella y la bestia*; como la apertura de la caja de Pandora; como liberación de las tormentas y tempestades de Eolo en *La Odisea*.

Eros tampoco es ajeno a la tragedia que se cierne. Su miedo a Afrodita y a perder a su esposa, lo lleva a imponer un límite sin explicaciones, pretendiendo compensar esa actitud llenando de regalos a su esposa. «Puedes tenerlo todo menos verme a la luz», dice Eros, prefiriendo dejarla creer que es un monstruo antes que confesarle quién es.

En la interpretación clásica, la curiosidad nos llevará al error y a la pérdida de todo lo obtenido. Sin embargo, la búsqueda de esa verdad no es un error, sino más bien la decisión de correr un riesgo y afrontar pruebas y peligros que nos harán ser mejores al final del cuento. Pero antes habrá que superar una etapa inevitable en la evolución de cualquier pareja: cuando el misterio de los primeros tiempos se desvela, la magia se rompe y habrá que luchar si se pretende reencontrarla.

Si nos permitimos escuchar las cosas que sobre esto se dicen a nuestro alrededor, nos sorprenderá tanto la fuerza que se le atribuye a la fe, como su conexión casi mágica con el mundo de lo esotérico y lo supersticioso.

Escuchamos que para lograr algo en la vida hay que tener fe, que la fe «mueve montañas» y que tener una fe inquebrantable es una bendición...

Escuchamos de hombres y mujeres «de poca fe» y también de personas que la descubren; de algunos que «renuevan» y de otros que «han perdido la fe»...

¿Acaso la fe es un don divino que a algunos les toca y a otros no?
¿Algo que se gana y se pierde en una misteriosa partida de naipes?
¿Algo que azarosamente se encuentra o se extravía como un enigmático camino reservado para pocos?

Si bien la palabra nos remite en principio al mundo de lo espiritual y lo religioso, el concepto de fe no está limitado al mundo de los

creyentes de ninguna religión.

El que tiene fe no solo cree: el que tiene fe sabe, confía, está seguro, tiene la certeza de que los demás, uno mismo, Dios o las circunstancias, obrarán en concordancia con lo que cree.

Si tengo fe en algo o en alguien, creo en ese proyecto, confío en esa persona, en su lealtad, en su palabra, en su capacidad, en su amor... Y esto es tan importante que, en una pareja, la confianza mutua es por fuerza uno de los tres valores imprescindibles para construir una relación trascendente (los otros dos son la atracción y el amor).

Y es más que lógico que sea así, porque solo cuando confiamos, podemos «bajar la guardia»; solo en confianza podemos mostrar nuestras partes más vulnerables, al saber (o presumir) que esa acción no será utilizada para hacernos daño. Dice Joseph Zinker: «La magia del amor es que quien te ama sabe en qué lugar debe pegar para herirte de muerte y nunca lo hará».

Obviamente esta moraleja se vuelve más importante si la extrapolamos fuera de la relación de pareja y la aplicamos a nuestro mundo cotidiano.

Vivimos épocas en las que la confianza no es moneda corriente...

Tenemos miedo de que nos roben, nos estafen, nos engañen...

Y entonces terminamos confiando en las leyes, en las rejas, en la policía, o en la seguridad privada, más que en las palabras, en las personas o en la educación.

¿Quién confía en que el fontanero vendrá cuando dijo y que cobrará lo justo? ¿Quién cree sinceramente que el dinero de sus impuestos vuelve en su totalidad a la gente en forma de servicio? ¿Quién alquilaría un piso sin un contrato y una garantía?

El valor del otro como persona, la confianza en su palabra, en su compromiso, en su capacidad de cumplir un pacto se han ido deshaciendo como dibujos en la arena, arrastrados por los miedos, la incertidumbre y las defraudadoras experiencias que hemos padecido después de confiar...

Nadie está exento de caer en las redes de un canalla, un simulador, un cínico o un estafador profesional, pero ello no puede ser la excusa para, luego, desconfiar de todo el mundo.

La confianza mutua es una fuerza poderosa que permite que muchas ideas singulares, válidas para los que las comparten, formen parte de la vida y le den sentido a algunas acciones cotidianas, a ciertas elecciones y a la mayoría de las decisiones.

Dicen que la fe es la chispa de Dios en el hombre y tal vez por eso es capaz de poner en marcha lo relacionado con la creación, con lo que todavía no es pero puede llegar a ser, lo que nos permite ir más allá, hacia la conquista de lo deseado o soñado.

La otra puerta

Sin encuentro mal puede haber relación, y sin relacionarnos con los demás estamos condenados para siempre a ser idénticos a lo que somos, a no crecer, a no aprender, a no compartir lo que tenemos. Dicho de otra manera: sin encuentro no puede construirse ningún «nosotros», lo que es imprescindible para edificar una vida sana, tanto personal como socialmente.

Todo esto parece obvio, pero todavía se puede escuchar por ahí la airada voz de los que descalifican todo aquello que no se pueda medir, guardar, explicar, razonar, vender o comprar.

Los escépticos de corazones cerrados, aunque a veces posean mentes brillantes, siempre se quedarán encerrados en el lugar del supuesto saber, menospreciando a los que seguimos hablando desde el corazón, desde la panza o desde el alma, a aquellos que hablamos más de emociones que de pensamientos, más de espiritualidad que de gloria y más de felicidad que de éxito.

Muchos de estos encumbrados pensadores configuran a veces la peor de las aristocráticas y sofisticadas estirpes de quienes se muestran demasiado «evolucionados» como para admitir su desolación, su confusión o su infelicidad. En todo caso permanecen «seguros», totalmente atrapados en su identidad, confiando en el valor de sus posesiones y en la fuerza de sus lógicas e irrefutables ideas, y entonces no están dispuestos a salir de su aislamiento y que se descubra su propia soledad afectiva y su falta de compromiso con

el común de la gente. Cerrados a casi todos, su único consuelo es apoyarse en las murallas de la vanidad, lo cual hará que les sea cada vez más difícil aceptar que otros, desde recorridos totalmente diferentes, les propongan soluciones también diferentes.

Es que si no abrimos el corazón estaremos presos e inseguros y seguiremos sintiéndonos mendigos, aunque nuestra casa, nuestra cuenta bancaria y nuestro garaje estén llenos de infinitos bienes materiales.

Muchos son los pensadores, filósofos y terapeutas que alertaron sobre lo necesario de esta actitud abierta: Carl Rogers, Abraham Maslow, Margaret Mead, Fritz Perls, Leo Buscaglia, Daniel Goleman, Wayne Dyer y mi adorada Virginia Satir, nos hablaron en todos los tonos acerca de cómo el encuentro afectivo y confiado entre las personas añade un sorprendente valor a la simple suma aritmética del Tú y Yo.

Todo vínculo, cuando implica un sincero encuentro íntimo, evoca una cuota de ternura, de compasión, de mutua influencia y de ensamble con otros, que también asusta.

Las relaciones íntimas tienen como punto de mira la idea de no quedarse en la superficie, y es esta búsqueda de profundidad la que les da la estabilidad para permanecer y trascender en el tiempo.

Una relación íntima es una relación afectiva que se sale de lo común porque empieza en el acuerdo tácito de cancelar el miedo a exponernos y en el compromiso de ser quienes somos.

Después de escribir lo anterior, y en un impulso, me senté a ver (¿por vigésima vez?) *Rain Man*, sin lugar a dudas mi película favorita y uno de los filmes que más me emocionan. Aun si no tomara en cuenta lo artístico, la fotografía, la dirección y la actuación creo que seguiría conmocionándome, como le sucede a cualquiera que contacta con la belleza del arte en estado puro. Y no es extraño que así sea, ese contacto es de por sí una experiencia transformadora. Pero no quiero hablar de eso. Después de secarme las lágrimas que inevitablemente me arranca la descomunal interpretación de Dustin Hoffman, me quedo en silencio, como siempre, pensando en todo lo que implica la historia narrada. Por un lado, el retrato de lo humano en todas sus facetas; por otro, una casi cruel fotografía de los errores

de nuestra educación, que demasiadas veces empuja hacia lo que dice que pretende evitar. La película anuncia que no todo está perdido, enarbolada en un más que explícito y necesario canto a la comprensión y al amor fraternal. Un amor que nos acaricia el alma cuando, por fin, el personaje de Tom Cruise puede comprender y sentir el verdadero afecto que le une a su hermano y, actuando desde allí, decide dejarlo en manos de sus médicos, eligiendo en función del otro y no en la dirección que señala el aspecto más «egoísta» de sus sentimientos, que desearía retenerlo a su lado.

También a mí, como quizás a ti, me ha tocado transitar por épocas en las que, privilegiando el mandato de la mente pensante y pragmática, me alejé del mensaje de mi corazón. Tiempos en los que el entrenamiento recibido con la parte académica de mi educación aturdía mi «darme cuenta» y terminaba lanzándome a una carrera en la que lo único importante parecía ser la amplitud de mis conocimientos, la eficacia de mi actuar y el resultado concreto, «pesable y medible», de lo que hacía y decía.

Por suerte para mí, como quizás para ti, después uno asume, después uno aprende.

Tarde o temprano descubrimos que el verdadero valor de las cosas también se mide con los ojos del alma.

Esta capacidad, la de ver con los ojos del corazón, no es una virtud reservada a unos pocos, ni una meta deseada por todos pero de acceso restringido a los privilegiados. La capacidad de sentir no es para nada una posesión adquirida por aquellos que han recorrido con éxito un camino de elevación espiritual, religioso o místico. Los sentimientos son inherentes a la condición humana y la conciencia de ellos es la sustancia de la que está construida lo «humano» de la humanidad.

Abrirse a sentir es, pues, la recuperación de nuestro compromiso con la vida y con los demás, el pasaporte de acceso a las cosas verdaderamente importantes y la conexión con lo mejor de cada uno.

Y sin embargo, ya que nuestros sentimientos son emociones, y que la palabra emoción nos conecta con el movimiento, cada uno deberá tomar la decisión de cómo debe expresar lo que siente y, para hacerlo

de la forma más eficaz, necesitaremos recurrir al otro aspecto: el intelecto.

Con solo 28 años, y cuatro después de haber sido nombrado profesor de Filología Griega en Basilea, el precoz Frederich Nietzsche publicó, con la ayuda de su amigo Richard Wagner, su primer libro. Desde las primeras páginas de *El nacimiento de la tragedia*, el autor propone comprender como raíz esencial de los conflictos humanos la lucha entre dos bandos internos, uno liderado por los designios del orden y de la razón y otro sometido a las fuerzas del caos y la pasión.

Así, para Nietzsche nuestra vida es con frecuencia el campo de batalla entre dos polaridades que se excluyen: el pensar y el sentir, la disciplina y el desenfreno; lo ordenado y lo caótico...

Y, relacionándolo con nuestra historia, el conflicto entre Psique y Eros, el mensaje permanentemente vigente que nos trae este relato tan antiguo.

Desde el propio sentido de su nombre griego podríamos pensar que Psique simboliza el intelecto, con su incansable deseo de saber, de explorar, y de romper barreras. Adorada por todos como la razón pura, pero incapaz de encontrar alguien que le proponga convivir con ella todo el tiempo (¿quién querría casarse con la verdad desnuda?).

Eros, por su parte, representa el centro de lo emocional y sensible; lleno de pasiones y deseos que terminan conduciendo al joven dios (que siempre había manejado amores ajenos pero nunca se había enamorado) al temor y a la incertidumbre.

Esta historia de amor intenta señalar lo destructivo de su enfrentamiento y la poderosa idea de que estos dos polos no tienen por qué ser necesariamente opuestos, enemigos excluyentes, sino que podrían y deberían ser complementarios y, quizás más aún, interdependientes.

De hecho, el final del relato, al mostrarnos a los protagonistas juntos para siempre, parece indicar el camino y señalar su advertencia:

Si el amor no puede contar su verdad
y el intelecto no puede confiar y respetar los tiempos privados,
el encuentro entre ellos no puede durar demasiado.

Y, llegado hasta aquí, permíteme una digresión más.

Imagina que Psique y Eros son solo aspectos de cada persona.

La película *Click* lleva al cine un retrato de este comportamiento. El protagonista, un ambicioso arquitecto, recibe un mágico control remoto que le permite saltarse las partes de la vida que lo aburren o que no son «productivas» como, por ejemplo, las que tienen que ver con sus sentimientos, el tiempo en pareja y la vida de familia. Así, va evitando todas estas «pérdidas de tiempo», para enfocarse en sus negocios. La realidad le premia con el resultado buscado. En poco tiempo gana posiciones, obtiene fama y dinero aunque, lógicamente, va perdiendo de vista sus afectos hasta el punto de que ni llega a enterarse de la agonía y la muerte de su padre... Al final, viejo y solo, sin familia ni amigos, el «exitoso» profesional se da cuenta de todo lo perdido y comprende que dejó de lado lo más importante, su lado humano, para alcanzar una meta que no justificaba el precio.

La intensidad con la que vive alguien permeable a sus afectos, emociones y pasiones, jamás podrá ser lograda por la vía intelectual, que es la que cultivan (a veces en exclusiva) aquellos que, en nombre de la medida y el autocontrol, ponen freno a lo que sienten, aunque juren que lo hacen para no sufrir.

Somos seres racionales y necesitamos de las virtudes de la inteligencia abstracta, que obedece a procesos lógicos del pensamiento, establece límites, distingue entre unas cosas y otras, relaciona, ordena, compara y clasifica. Y somos también seres sensibles, que necesitamos de nuestros sentimientos, pasiones e instintos aunque a veces incluyan desinhibición, desenfreno y algún exceso impredecible.

Honrar nuestros aspectos sensibles y cuidar estas partes internas es concederse periódicamente la posibilidad de pasar un tiempo con uno mismo, escuchándose, conociéndose, reconociéndose y percibiendo de tiempo en tiempo qué sentimientos somos. Conectarnos con nuestros aspectos más sensibles es también pasar una parte de nuestro día con aquellas personas que amamos y que nos aman, para compartir lo que nos pasa, lo que no nos pasa y el silencio... que afortunadamente esquivo casi siempre el filtro de nuestro intelecto.

En el último cuarto de siglo distintos grupos de investigadores, que reportaban a las ciencias humanistas, a intereses empresariales y a organismos gubernamentales de todo el mundo occidental, coincidieron en la necesidad de corregir el modo en que las instituciones preparan a los individuos en ciertos aspectos como escuchar, comprender, acompañar, motivar y manejar las situaciones nuevas.

El aumento de la violencia, la falta de conductas éticas, la tendencia al aislamiento y el permiso no autorizado para la intrusión salvaje del *establishment* en la privacidad de todos, son algunos de los factores que más negativamente afectan al bienestar y a la calidad de vida de nuestra sociedad.

Sabemos que, para bien y para mal, cada individuo es el heredero genético de la historia de sus ancestros en cada generación; la especie intenta adaptarse a los cambios que le aguardan en el mundo que los recibe.

No es de extrañar, pues, que en un mundo donde los padres y abuelos tienen cada vez menos presencia en la vida del recién llegado, los niños traigan en su información genética una mayor inteligencia abstracta que los individuos que les han precedido sobre el planeta. Lo malo de lo bueno es que las otras habilidades parece que no vienen determinadas, deben ser aprendidas vivencialmente y en interacción con el medio.

Lo bueno de lo malo es que esta «inteligencia emocional», como bien la llamó Goleman, no solo puede ser aprendida por cualquiera sino que, además, continúa desarrollándose a medida que avanzamos por la vida y aprendemos de nuestras experiencias.

El mito parece confirmar la utilidad de recibir este mensaje cuando nos enteramos de que, después de reunirse, Psique y Eros tuvieron una hija a la que se llamó Hedoné, erigida en la diosa del placer del encuentro entre almas.

Capítulo 6

El flautista de Hamelin



Introducción

Dentro del grupo de los cuentos para niños *El flautista de Hamelin* tiene también un lugar especial y diferente, ya que es el único cuento escrito para explicar un evento desgraciado que realmente ocurrió. De hecho, el episodio que dio origen a esta historia tiene fecha y lugar concretos y hasta establece el nombre de alguno de sus protagonistas.

Los hechos, según se sabe, ocurrieron en el pueblo de Hameln (hoy Hamelin), enclavado en una bella y próspera región de Alemania, el 26 de junio de 1284.

En efecto, en esa fecha, día de la festividad de san Juan y san Pablo, durante la noche, 130 niños del pueblo desaparecieron misteriosamente sin dejar rastro alguno.

Fue en el intento de hallar una explicación, seguramente necesaria para poder siquiera hablar de ello, como la gente de la región fue construyendo la leyenda, quitando y agregando elementos, hasta convertirla en un mito. Estas actitudes de un grupo humano permiten también acomodar el recuerdo de manera que se pueda intentar resolver internamente el dolor de tamaña pérdida.

A principios del siglo xiv se añade a la historia la enigmática figura del flautista que, vestido con llamativos colores, se lleva consigo los niños del pueblo hasta una cueva del monte Koppenberg, donde se pierde su rastro. Desde ese momento, y durante dos siglos, se interpreta la leyenda unas veces como el relato metafórico de una gran epidemia (quizás de peste negra) que se llevó la vida de un centenar de niños, donde la figura del flautista vestido de vivos colores y su música irresistible representa a la muerte misma. Otras veces se piensa en el suceso como un secuestro de niños, ya que en esos tiempos turbulentos no era infrecuente que determinados nobles y señores, deseosos de conquistar o asentar su poder en ciertas zonas de Europa del este, contrataran mercenarios para reunir colonos para sus posesiones de la manera que fuese, generando

miles de migraciones forzadas, capturas y venta de personas (especialmente mujeres y niños). Por último, es interesante recordar las tristemente llamadas «cruzadas de niños» del siglo xiii, donde predicadores entrenados iban por los pueblos convocando a los más jóvenes a reconquistar y refundar Tierra Santa con la idea de que solo los puros de espíritu podrían realizar semejante hazaña (una locura que, según se calcula, costó la vida a más de 5000 jóvenes solo en Alemania).

Ya en el siglo xvi se añade a la versión oral del cuento el asunto de la plaga de roedores y del trabajo de desratización no pagado.

Por la razón que fuera, esta versión termina siendo la más aceptada y tomada como fidedigna; hasta el punto de que hoy se puede ver, en uno de los ventanales de la iglesia de Hamelin, una vidriera que representa a un hombre con ropa multicolor seguido por un grupo de niños que bailan alegremente.

La calle de esa iglesia termina en la Bungelosen Straße, que en alemán viene a significar «la calle sin tambores», donde aún sigue vigente una reglamentación municipal que prohíbe a los que transiten esa acera hacer música o bailar.

El cuento

Se cuenta que en una pequeña ciudad de Oriente llamada Ahmel sucedió, hace muchísimos años, un hecho misterioso que cambió para siempre la vida de todos sus habitantes (y la de todos los que después conocieron la historia).

El paisaje donde se asentaba era placentero y la belleza del lugar se veía amplificada por las riberas de un río ancho y profundo que surcaba sus tierras. La prosperidad y la abundancia se percibían por doquier y sus habitantes se ufanaban de vivir en un lugar tan apacible y pintoresco. Dicen que la gente se parece a la tierra del lugar en el que le toca vivir, que la gente que nace y crece en una zona en la que la tierra es árida y seca se vuelve áspera y de trato difícil y que, por el contrario, la gente que habita en una tierra fácil, donde que las semillas germinan y crecen con facilidad, se vuelven cómodas y quieren que todo les sea tan fácil como la cosecha. El caso es que esto es lo que pasó en Ahmel.

Enclavadas en una zona de inusual fertilidad para esa parte del mundo, las tierras de la ciudad no eran una excepción. Los alimentos abundaban en cada casa y en todos los mercados, pero la voluntad de ocuparse de administrar el tránsito y almacenamiento de tanto exceso era paradójicamente escasa. Y así en cada cocina se preparaba más comida de la que era necesaria, en cada mesa se ofrecían más alternativas de las razonables, en cada plato se servía más alimento del que cualquiera podría comer, y todo esto se había instalado entre sus habitantes como un símbolo de abundancia y prosperidad. La cantidad de basura que esto generaba no tendría que haber sido un problema si los habitantes de cada casa se hubieran ocupado de ella, pero no lo hicieron. La cantidad de alimentos que se guardaban en las despensas y los sótanos no deberían haber supuesto un problema si sus dueños hubieran mantenido esos lugares ventilados y protegidos, pero no lo hicieron. La superabundancia de granos debería haber sido señal de un gran progreso para todos si se hubieran almacenado con propiedad, pero no se hizo.

Seguramente no solo por eso, pero también, o especialmente por eso, un día la ciudad se vio atacada por una terrible plaga.

¡Ahmel estaba lleno de ratas!

Había tantas y tantas que se atrevían a desafiar a los perros, perseguían a los gatos, sus enemigos de toda la vida; se subían a las cunas para morder a los niños allí dormidos y hasta robaban enteros los quesos de las despensas para luego comérselos, sin dejar una migaja.

Un día el pueblo se hartó de esta situación. Y todos, en masa, fueron a congregarse frente al ayuntamiento ¡Qué enojados estaban! No había manera de calmar los ánimos de los allí reunidos.

—¡Que el ayuntamiento nos dé una solución! —exigían unos.

—¡Los funcionarios son unos inútiles! —decían otros.

—¡Abajo el alcalde! —gritaban los de más atrás.

Ante la gravedad de la situación, los gobernantes de la ciudad, que veían peligrar sus puestos y sus riquezas por la voracidad de los ratones, convocaron al consejo de asesores.

Los consejeros eran hombres de edad y de buen criterio, así que dijeron que para erradicar las ratas debían darse ciertas condiciones:

— Mantener limpias las casas y las calles de la ciudad.

— Bloquear todos los huecos y hendiduras por donde las ratas pudieran acceder a sótanos y alacenas.

— Depositar la basura en recipientes cerrados, que habrán de ser recogidos cada día.

— Distribuir sustancias químicas raticidas en cloacas y desagües.

Como ninguno de los trabajadores del ayuntamiento estaba de acuerdo en realizar más tareas que las que ya hacía, el regente mandó presupuestar las contrataciones externas que deberían implementarse para lograr los cambios recomendados.

Unas semanas más tarde, con los presupuestos en la mano, el alcalde se reunió con sus concejales.

—Es una barbaridad —les dijo—. Si gastamos esta fortuna en servicios no quedará ni un céntimo para los demás gastos del gobierno.

—¿Quién pagará nuestros gastos? —dijeron algunos de los concejales.

—Y el sueldo de nuestros asistentes —dijo otro.

—Y nuestro propio sueldo —dijo otro más.

Todos estuvieron de acuerdo en que no se podía destinar tanto dinero para resolver ese problema. Hacía falta otra propuesta:

—Que cada uno se ocupe de su casa—propuso el concejal más joven.

—Esa es una buena idea, pero ¿cómo conseguiremos que lo hagan? —dijo el alcalde—. Nuestra gente no es particularmente pulcra ni demasiado dedicada a las tareas comunitarias.

—Tenemos que promulgar un edicto para obligarlos al menos a ocuparse de esas cosas en sus propias casas —dijo otro concejal.

Al día siguiente, el ayuntamiento publicó el siguiente edicto, que fue pegado por toda la ciudad y, además, deslizado debajo de cada portal:

Considerando el ataque que la ciudad está sufriendo a consecuencia de las ratas que invaden nuestras casas, el señor alcalde determina que:

- Todos los habitantes de la ciudad deben ocuparse ellos mismos de mantener limpias y aseadas sus casas.
- Cada propietario debe revisar y bloquear todos los huecos y hendiduras por donde los roedores puedan entrar en los sótanos y en las alacenas.
- Se deberá sacar diariamente la basura para su recogida en recipientes bien cerrados y siempre con tapa.

Una semana después, los asesores del alcalde le informaron que los edictos no habían tenido ningún resultado visible. Al contrario, la plaga parecía seguir su progresión alarmante. Las ratas se multiplicaban y con la proliferación perdían todos sus miedos e inhibiciones. En los últimos días se atrevían a meter sus hocicos en todas las comidas, husmeaban en los cucharones de los guisos que estaban preparando los cocineros, roían las ropas domingueras de la gente, practicaban agujeros en los costales de harina y en los barriles de sardinas saladas, y hasta pretendían trepar por las anchas faldas de las mujeres reunidas en la plaza, ahogando con sus agudos y desafinados chillidos las voces aterradas de las pobres habitantes de Ahmel. ¡La vida en la ciudad se estaba tornando insoportable!

Como respuesta al fracaso de la convocatoria, la gente volvió a reunirse frente al ayuntamiento, y pronto comenzaron a oírse los gritos de la protesta:

—Pero, ¿qué se creen —vociferaba la turba—, que nos van a traspasar la responsabilidad a nosotros?

—¡¡Qué poca vergüenza!!

—Busquen el modo de librarnos de la plaga de las ratas. ¡Delincuentes!

—¡O hallan el remedio de terminar con esta situación o los arrastraremos por las calles!

Al oír tales amenazas, el regente y los concejales quedaron consternados y temblando de miedo. ¿Qué hacer?

Una larga hora estuvieron sentados en el salón de la alcaldía discutiendo de qué forma podrían terminar con la invasión de ratas. Se sentían tan preocupados que no encontraban ideas para lograr una solución al problema.

Y entonces golpearon tres veces a la puerta de la sala de reunión. Los asistentes se miraron.

—¡Dios nos ampare! —gritó el alcalde, entrando en pánico—. Nos matarán...

Los ediles no hablaron, pero seguramente cruzaban por su mente pensamientos similares y por su cuerpo temblores equivalentes.

—¡Perdón por interrumpir! —dijo, abriendo la puerta, el más extraño personaje que uno pudiera imaginar.

Era un hombre alto, delgado y con agudos ojos azules, pequeños como cabezas de alfiler, que llevaba una rara capa que le cubría del cuello a los pies formada por recuadros negros, rojos y amarillos. El cabello, de un color amarillo claro, le caía lacio sobre los hombros y contrastaba con la piel del rostro, que aparecía tostada, casi ennegrecida por las inclemencias del tiempo.

Regidor y concejales le contemplaron boquiabiertos. El recién llegado era un absoluto desconocido para todos, pero ciertamente su presencia era mucho más deseable que la de los que pedían sus cabezas allí afuera. Por otra parte, había que reconocer que su alta figura, su cara lisa, sin bigote ni barba, su expresión relajada y sus labios contraídos en una sonrisa proyectaban una especie de inexplicable atractivo.

El desconocido avanzó con soltura y simpatía, haciendo pequeñas reverencias a unos y otros, como si caminara entre grandes amigos. Por último, sin ningún tipo de vergüenza ni protocolo, se sentó en el sillón del alcalde, en la cabecera de la larga mesa, y les dijo:

—Una vez más señores, les ruego que perdonen ustedes que me haya atrevido a interrumpir su importante reunión, pero es que he tenido noticias de la gravedad de lo que sucede en Ahmel y estoy seguro de que estarán satisfechos de escuchar lo que vengo a decirles acerca de mis servicios.

—Habla —dijo el alcalde—, te escuchamos.

—Resulta que soy capaz, mediante un encanto secreto que poseo, de atraer hacia mi persona a cualquier clase de ser vivo, lo mismo da si se arrastra

sobre el suelo que si nada en el agua, si vuela por el aire o corre sobre la tierra. Principalmente uso de mi poder mágico con los animales que más daño hacen en los pueblos, ya sean topos o sapos, víboras o lagartijas. Cuando toco mi melodía con esta mi flauta, todos esos bichos me siguen de una manera inimaginable y puedo llevarlos a donde quiera sin siquiera tocarlos. Por eso la gente de otros pueblos me conoce como el Flautista Mágico.

En ese momento, los que le escuchaban se dieron cuenta de que el extraño llevaba en torno al cuello una especie de corbata roja con rayas amarillas, de la que pendía una pequeña flauta. El regente dudó. Todo parecía indicar que el muchacho no era más que un pobre loco: su manera de presentarse, su vestimenta y, sobre todo, ese inverosímil relato acerca del poder de su música. Pero, si fuera cierto...

Animado por la posibilidad que hubiera aparecido una respuesta inesperada al gran problema que los amenazaba, el alcalde preguntó:

—Disculpa la pregunta. ¿Has podido hacer esto mismo en otros lugares? ¿Has probado ya ese supuesto poder de tu flauta?

—El año pasado, sin ir más lejos —contó el flautista—, libré a los habitantes de una aldea inglesa de una monstruosa invasión de murciélagos, y en una ciudad del lejano Oriente acabé con una plaga de mosquitos que los tenía a todos enloquecidos con sus picaduras.

—¿Y tú crees que tu magia funcionará con las ratas?

—Estoy seguro.

Por primera vez en varias semanas, el alcalde sintió que quizás los dioses no lo habían abandonado después de todo.

—Mira, amigo mío —anunció el jefe del consistorio—. Si tú pudieras librarnos de las malvadas ratas que nos invaden todos te quedaremos muy agradecidos. Es más, si lo consigues, te nombraremos visitante ilustre y te daremos las llaves de la ciudad, un doble honor, debo aclararte, que nunca antes se ha concedido en esta villa.

—Se lo agradezco mucho, señor alcalde. Sin embargo, soy un hombre pobre, y este es mi trabajo —dijo el músico—. Debo cobrar por él.

—¿Y cuánto cobraría? —preguntó uno de los concejales.

—Si consigo sacar del pueblo hasta la última rata, quisiera recibir por mi trabajo una bolsa con veinte monedas de oro —dijo el flautista.

—Trato hecho —dijo el alcalde, que hubiera estado dispuesto a pagar gustoso diez veces esa suma.

A la mañana siguiente, apenas el sol comenzaba a bañar con sus rayos la plaza central de la ciudad, apareció el flautista caminando por la calle principal de Ahmel. Su gran sonrisa y su andar sereno transmitían la majestuosidad que solo tienen aquellos que están seguros del gran poder que duerme en su interior.

A poco de entrar en la plaza escudriñó su entorno, entrecerrando sus ojos de color azul verdoso que chispeaban como cuando se espolvorea sal sobre una llama. Después pareció elegir un lugar, debajo de un enorme roble, en una de las esquinas de la plaza. Entonces respiró hondo, tomó su flauta y le arrancó tres vivísimas notas, que sonaron hasta en las afueras de Ahmel.

Al momento se oyó un rumor que provenía de los cuatro rincones de la ciudad. El sonido parecía el que podría hacer todo un ejército que despertase a un tiempo.

En pocos minutos el murmullo se transformó en ruido y, finalmente, creció hasta convertirse en algo tan estruendoso como para hacer vibrar el suelo de la ciudad.

Lo que estaba sucediendo era realmente difícil de creer. De todas las casas empezaron a salir ratas. Cientos y miles de ratas que salían a torrentes de sus escondrijos bailando como enloquecidas. Lo mismo las ratas grandes que los ratones chiquitos; igual los roedores flacuchos que los gordinflones. Padres, madres, tías y primos ratoniles, con sus tiesas colas y sus punzantes bigotes, se lanzaron en pos del flautista, sin reparar en charcos ni hoyos.

Rodeado por miles de ratas, el flautista comenzó a caminar en dirección al río, mientras seguía tocando, incansable, la misma melodía.

Calle por calle, el ejército de ratones, cada vez más numeroso, lo seguía, danzando, sin poder contenerse.

Y así, bailando y bailando, la columna llegó hasta el río.

El flautista se subió a una pequeña piedra y comenzó con una nueva melodía. Esta vez las ratas no bailaban, solo marchaban militarmente en dirección al acantilado.

Una por una, todas las ratas de Ahmel (de la primera a la última) parecían dispuestas a ahogarse voluntariamente: llegaban al borde de piedra del acantilado y seguían avanzando, saltando al vacío y cayendo irremediabilmente al agua, para ser arrastradas después, sin vida, río abajo.

Cuenta la leyenda que solo una rata logró escapar. Una rata a la que el azar hizo caer en un matorral que crecía entre la roca y que luego pudo trepar a

tierra firme para salvar su vida. Así, corriendo sin parar, la superviviente llegó a Ratilandia, su país natal, y contó lo que había sucedido. Dijo que en cuanto llegaron a sus oídos las primeras notas de aquella flauta no había podido resistir el deseo de seguir la música. Dijo que era como si le ofreciesen todas las golosinas que encandilan a una rata y una voz que le invitara a comer a dos carrillos, a roer cuanto quisiera, a pasarse el resto de su vida en eterno banquete. Sea cierta o no esta parte de la leyenda, el caso es que ninguna rata pensó nunca en volver a Ahmel.

¡Y había que ver el júbilo de la gente de la ciudad! Cuando comprobaron que se habían librado de la plaga, las campanas redoblaron en todas las iglesias, hasta el punto de hacer temblar los campanarios. ¡Por fin podrían dormir en paz y volver a ocuparse de sus negocios!

Estaban tan contentos que organizaron una fiesta popular en la plaza. Nadie recordaba que había sido el joven flautista quien les había librado de las ratas. Todos se sentían triunfadores, como si hubieran regresado del frente de batalla tras haber ganado la guerra. Era más que alegría, era euforia.

Y uno de los más eufóricos era, claro, el regidor de la villa.

Había salido a la calle por primera vez en meses y se había mezclado entre los ciudadanos, sin miedo a ser insultado o golpeado.

—¡Alegría! ¡Alegría! —gritaba, mientras tiraba por los aires cientos de caramelos que los niños recogían con ansia casi antes de que tocaran el suelo—. Hoy es día de fiesta en Ahmel. ¡Festejemos, amigos!

Todos los vecinos parecían haber olvidado que unos días atrás habían estado en el ayuntamiento pidiendo su cabeza. De hecho, se contagiaban de su entusiasmo y le palmeaban la espalda como si se tratara de un viejo amigo.

Así estaba el alcalde, muy ufano y satisfecho, hasta que, de pronto, al volver la cabeza, se encontró cara a cara con el flautista, cuya arrogante y extraña figura se destacaba en la plaza de Ahmel.

—Creo, señor alcalde, que ha llegado el momento de darme mis veinte monedas de oro.

El regidor perdió de pronto su sonrisa afable. Miró hoscamente al tipo extravagante que le pedía dinero. ¿Quién pensaba en pagar tamaña suma a semejante vagabundo de capa coloreada?

—¿Veinte monedas de oro...? —dijo el alcalde, que como muchos gobernantes era tan codicioso que solamente podía pensar en sus propios intereses—. ¿Por qué debería darte esa cantidad?

—Por haber ahogado a las ratas —respondió el flautista.

En ese momento el regidor pensó que veinte monedas de oro era una fortuna, y que nunca pagaría esa montaña de dinero a alguien por tocar su flauta durante un par de horas. ¿Qué se pensaba? ¡Veinte monedas de oro!

—¿Que tú has ahogado a las ratas? —exclamó con fingido asombro la primera autoridad de Ahmel haciendo un guiño a sus concejales, que ya lo habían rodeado con el entrecejo fruncido—. Habrase visto tamaña pretensión... ja... ja... ja.

Y todos sus cómplices rieron con él...

—Quiero que sepas que los concejales y yo hemos estado muy pendientes de la conducta de esos infectos roedores y que hemos visto, con nuestros propios ojos, cómo se ahogaba aquella plaga, posiblemente afectados por alguna locura propia de esos bicharracos —siguió el regidor—. Sea como fuere, lo que está bien muerto no vuelve a la vida. Y ese asunto está superado. No vamos a dejar de invitarte un trago de vino para celebrar lo ocurrido, y también te daremos algunos cobres para rellenar tu bolsa. Pero eso de veinte monedas de oro... por favor...

—Pero, señor —reclamó el músico—, eso es lo que habíamos acordado.

—Mira, muchacho, como te puedes figurar, con la plaga hemos sufrido muchas pérdidas... Uno dice muchas cosas cuando está desesperado... ¡Veinte monedas de oro! ¡Vamos, vamos...! Mira, me caes simpático, así que, de mi propia bolsa, te daré una moneda para que salgas de la ciudad con una bella melodía. ¿Qué dices?

El flautista, a medida que iba escuchando las palabras del alcalde, se iba poniendo más y más serio. A él, como a cualquiera, no le gustaba que lo engañaran ni que quisieran taparle la boca con palabras más o menos melosas. No estaba dispuesto a permitir que se cambiase el sentido de las cosas, confundiendo un pago con una limosna.

—¡Basta ya de tonterías, señores! —exclamó—. No me gusta discutir. Hicieron un pacto conmigo, ¡y deben cumplirlo!

—¿Nosotros? ¿Un pacto contigo? —dijo el regidor fingiendo sorpresa, sin ningún remordimiento por estar negando lo que realmente había sucedido.

Sus compañeros de corporación, que tampoco tenían intención de cumplir con lo prometido, y menos aún a renunciar a su parte de ese dinero, salieron a sostener la postura del alcalde:

—¡Vete de nuestro pueblo! ¿Crees que te debemos pagar cuando lo único

que has hecho ha sido sentarte en la plaza a tocar la flauta?

—¡Nosotros no te debemos nada! ¡Charlatán!

—Yo no recuerdo ningún pacto... ¿Tienes algún documento firmado acaso?

El flautista advirtió muy serio:

—¡Cuidado! No sigan actuando tan indignamente porque conseguirán que me enoje realmente.

Tales palabras enfurecieron al regidor.

—Insolente... ¿Cómo te atreves? —bramó—. ¿Piensas que voy a tolerar tus amenazas? ¿Que voy a consentir en ser tratado peor que un cocinero? ¿Te olvidas que soy el alcalde de Ahmel? ¿Qué te has creído?

El hombre quería ocultar su falta de formalidad a fuerza de gritos, como siempre ocurre. La prepotencia siempre es el recurso de los que no tienen argumentos.

—¡A mí no me insulta ningún vago como tú, aunque tenga una flauta mágica y unos ropajes ridículos como los que tú vistes! Te ordeno que salgas de mi vista, ya mismo, o daré orden a mi guardia de que te den una paliza que no olvidarás.

—¡Se arrepentirán, todos! —dijo el flautista apretando los puños.

—¿Aun sigues amenazando, payaso vagabundo?—aulló el regidor, llamando a sus guardias—. ¡Vete de aquí y sopla la flauta hasta que revientes!

El flautista dio media vuelta y se marchó de la plaza.

Empezó a andar por una calle abajo y entonces se llevó a los labios la larga y bruñida caña de su instrumento, del que sacó tres notas. Tres notas tan dulces, tan melodiosas, como jamás músico alguno, ni el más hábil, había conseguido hacer sonar. Eran arrebatadoras, encandilaban a quien las oía.

Se despertó un murmullo en Ahmel. Un susurro que pronto pareció un alboroto y que era producido por alegres grupos que se precipitaban hacia el flautista, atropellándose en su apresuramiento.

Numerosos piececitos corrían batiendo el suelo, zuecos menudos repiqueteaban sobre las losas, muchas manitas palmoteaban y el bullicio iba en aumento. Y como pollos en un gran gallinero, cuando ven llegar al que les trae su ración de cebada, así salieron corriendo de casas y palacios todos los niños, todos los muchachos y las jovencitas que los habitaban, con sus rosadas mejillas y sus rizos de oro, sus chispeantes ojitos y sus dientecitos

semejantes a perlas. Iban tropezando y saltando, corriendo gozosamente tras del maravilloso músico, al que acompañaban con su vocerío y sus carcajadas.

El regidor enmudeció de asombro y los concejales también.

Quedaron inmóviles como postes, sin saber qué hacer ante lo que estaban viendo. Es más, se sentían incapaces de dar un solo paso ni de lanzar el menor grito que impidiese aquella escapatoria de los niños.

No pudieron hacer otra cosa que seguir con la mirada lo que estaba ocurriendo, es decir, contemplar con muda estupidez la gozosa multitud de niños que se iba en pos del flautista.

Unos minutos más tarde, cuando vieron que el mágico músico se internaba por la calle Alta, camino del río, todos los del Consejo quisieron gritar: «Ven, regresa... te pagaremos». Pero ninguno de sus músculos respondía a su deseo: estaban paralizados.

El flautista, sin embargo, no parecía querer ahogar a los niños, ya que en vez de ir hacia el río se encaminó hacia las altas cumbres que se alzaban al sur de la ciudad.

Los padres de los niños, que al principio festejaron desde lejos la alegría que veían en la cara de sus hijos, comenzaron a inquietarse por el rumbo que tomaba la caravana.

—Tranquilos —dijo uno de los padres que conocía muy bien el terreno—. No podría cruzar esa cumbre ni aunque fuera con un grupo de montañistas.

—Además —dijo una de las madres—, cuando los niños se aburran del juego y se cansen del baile, dejarán de seguirlo y volverán corriendo a nuestros brazos...

Pero no fue así.

Cuando el flautista empezó a subir la falda de la montaña, cambió la melodía que salía de su flauta y la tierra se abrió frente a ellos, como si una potente y misteriosa mano hubiese excavado repentinamente una gruta gigantesca.

Por allí penetró el flautista, seguido de la turba de chiquillos.

Y cuando el último de los pequeños hubo entrado, frente a la mirada azorada de todos los adultos, la fantástica gruta desapareció en un abrir y cerrar de ojos, quedando la montaña tan sólida e inaccesible como siempre.

¡Pobre ciudad de Ahmel! ¡Caro pagaba su actitud!

El alcalde mandó emisarios a los cuatro puntos cardinales con orden de encontrar al flautista y ofrecerle todo el oro que pidiera a cambio de que

volviese trayendo los niños.

Pero no hubo caso. Nadie había visto al flautista ni a los niños.

Cuando se convencieron de que perdían el tiempo y de que el flautista y los niños habían partido para siempre, volvieron a la ciudad y lo dijeron a todos.

¡Cuánto dolor! ¡Cuántas lamentaciones y lágrimas!

Para que todos recordasen lo sucedido, los vecinos llamaron a la calle por la que vieron desaparecer a los niños la Calle del Flautista y el nuevo regidor hizo grabar esta historia en una columna, además de prohibir que en esa calle se tocara música o se celebraran fiestas, para no profanar la solemnidad del lugar.

La restricción se extendió espontáneamente a toda la ciudad, y Ahmel, sin música y sin niños, siguió siendo un sitio de paisajes bellos y tierras prósperas, pero la alegría desapareció para siempre de sus calles y sus casas.

Dicen que hasta las flores de la región, que siempre se habían caracterizado por ostentar una gama de colores espléndidos, con los años fueron empalideciendo, de tanta tristeza, hasta quedarse totalmente blancas, como lo son hasta hoy.

Moraleja

Podríamos abordar los mensajes de este cuento, otra vez, desde varios ángulos, sabiendo que, como siempre, estos relatos se focalizan en el discurso moralizante y en las advertencias sobre el mal obrar.

Podríamos pensar que *El flautista de Hamelin* es una apología de aprender a medir las consecuencias de las propias acciones. Las consecuencias del descuido de los habitantes de la ciudad en cuanto a la limpieza y la prevención de plagas cuando, sabiendo qué deben hacer, no se deciden a hacerlo. La consecuencia de dejar el manejo de la ciudad en manos de dirigentes corruptos y venales, sin hacer otra cosa que quejarse de su dejadez. La consecuencia de no cumplir lo prometido con el flautista. La consecuencia, finalmente, de actuar

guiados por la desesperación y el miedo, en lugar de actuar con la razón, la previsión y la inteligencia.

También me parece que se podría extraer una indicación al lector sobre la necesidad y conveniencia de solucionar las cosas lo antes posible, para resolverlas cuando todavía estamos a tiempo y no cuando ya es demasiado tarde.

Y, quizás un mensaje más, aunque no menos importante: el de la relevancia de la gratitud y el reconocimiento hacia aquellos que nos ayudan o acompañan en momentos difíciles. ¡Qué poco nos acordamos de agradecer lo que otros hacen por nosotros o por todos! Y no hablo, claro, de las monedas del flautista. Me encanta que me paguen bien por mi trabajo, adoro que me regalen las cosas que me gustan y, cualquiera que me haya visto, puede adivinar mi placer por la buena comida; pero sé que, como cualquiera, necesito además la palabra, el gesto y la mirada de gratitud. Y por fin, estirando un poco la moraleja, aunque seguramente nuestra situación vital diste mucho de ser la mejor, sería bueno no olvidarnos de agradecer a Dios, a la naturaleza o al destino, que no sea la peor.

Quizás no estamos tan saludables, fuertes y atléticos como quisiéramos, pero estamos vivos, que no es poco.

La otra puerta

Necesitar ayuda no es ser débil, pero otra cosa es depender de quien ayuda. No son pocos los que, asustados por la sensación de no saber qué hacer con la libertad que les corresponde por derecho, o no dispuestos a asumir la responsabilidad que eso implica, elijen «libremente» volverse esclavos. Esclavos de un modo de actuar estandarizado, esclavos de la moda, esclavos del trabajo y el dinero, esclavos de una droga, y hasta amorosos esclavos de otras personas, en las que delegan la responsabilidad que debieron asumir ellos mismos. Y aunque a ti te parezca demasiado fuerte calificar de esclavitud a estas situaciones, cualquier dependencia es una forma de sometimiento, aunque sea voluntaria. La propia decisión de

depender no vale como excusa para justificar el deslinde de nuestro rol de protagonistas excluyentes de nuestras vidas.

En la ciudad de Ahmel nadie quiere hacerse responsable de lo que sucede y menos aún de la solución. Son culpables las ratas, los gobernantes, el destino, Dios quizás, y son ellos entonces los que deberían hacer lo necesario para solucionar el difícil trance que vive la población.

Tampoco los gobernantes quieren asumir su parte de responsabilidad ni su incapacidad, solo se detienen a esperar la solución mágica que les resuelva el problema, aunque después, como vimos, no estén dispuestos a pagar por el servicio recibido.

Me recuerdan demasiado a la conducta inmadura que refleja la parábola del río en el camino que me enseñó algún día mi maestra Adriana Schnake.

Solía decir ella en relación a nuestra neurótica inmadurez:

Un hombre va caminando en dirección a una ciudad y de repente se encuentra con un río. Para llegar a su destino debe atravesarlo. Neurótico se le llama a todos aquellos que solo se sientan en el camino y se lamentan diciendo: «Aquí no debería haber un río...», «La ciudad tendría que estar de este lado...», «Alguien podría haber construido un puente...». También a los que dedican el resto de su vida a esperar al botero que nunca aparece o a los arquitectos que algún día desviarán el río, y a los que se instalan en el lamento de su queja diciéndole a todos: «No es justo... yo debería haber nacido del otro lado».

Creo que, ante todo, esta relectura de *El flautista de Hamelin* debería poner el acento en la necesidad de abandonar esa idea infantil de que siempre son otros los que deben hacer lo que yo necesito que sea hecho. Hoy, más que nunca, debemos dejar de esperar que alguien tome la decisión que yo vengo postergando y dejar de llorar y llorar para que alguien me dé lo que quiero, solamente porque lo deseo.

Lo obvio del obstáculo, de la dificultad o del problema no puede ser utilizado como razón unívoca para cancelar el proyecto, ni para aplastar la creatividad; al contrario, debe ser el disparador para el progreso.

La teoría paradójica del cambio enseña con propiedad que solo se puede modificar algo si se parte de aceptar que, en el momento previo, es como es. ¿Cómo podríamos, en nuestro planeta, en nuestro país, en nuestra familia, conseguir cambiar eso que tanto nos duele, si nos limitamos a pensar en qué bien estaría que fuese como era antes, o qué pasaría si no fuese como lo percibimos?

Todas estas ideas pueden ser útiles, pero solamente si las dejamos girando alrededor del concepto de realidad, si jerarquizamos lo que es obvio para conocer nuestro punto de partida.

Hay que aprender a aceptar que esta realidad, sea cual sea, — desempleo, divorcio, soledad, enfermedad y hasta invasión de ratas, como en el cuento— por desagradable o inaceptable que parezca, es «lo que hay» y a partir de ahí (¡cuidado!) trabajar para cambiarlo. Quiero decir: negando la injusticia, el hambre y la discriminación no conseguiremos cambiarlas; centrados exclusivamente en cómo fueron las cosas o en cómo deberían ser, tampoco; regodeándonos en el imaginario de un mundo mejor, nunca empezaremos a hacer lo que es necesario para llegar a crearlo, aunque algunos se empeñen en creer que sí.

A mediados de 2002, la productora de televisión australiana Rhonda Byrne se abocó a escribir el guion de una película muy particular que se llamaría finalmente *El secreto*. Particular por la estructura de la trama (filmada como si fuera un documental de divulgación científica), particular por sus protagonistas (una decena de personas que dan testimonio de cómo «el secreto» ha cambiado sus vidas y otros tantos «maestros» que explican el beneficio de su conocimiento) y particular, especialmente, por la forma de su lanzamiento, nada convencional.

Durante más de un año, la película, que no se estrenó hasta mucho después, fue pasando de mano en mano como una información que parecía reservada a algunos elegidos. Recuerdo haber recibido en un año, de mano de lectores, pacientes o amigos, por lo menos quince copias en DVD, siempre entregadas en silencio, en un aparte, con un gesto enigmático y unas pocas palabras cómplices, del estilo «Quiero que veas esto».

Este efecto multiplicador y misterioso, sumado a la aparición de

comentarios por el estilo en blogs —aparentemente de aficionados—, mensajes intrigantes en las redes sociales y comentarios difusos transmitidos de boca a boca, nos remiten a un diseño publicitario llamado marketing viral, que en el ambiente de los publicistas define una campaña de mensajes, mediáticos o no, sostenidos en el tiempo pero nunca directos, destinados a imponer, no en lo inmediato, un producto o una marca. Este tipo de publicidad encubierta se basa en la certeza de que la gente pasará a sus contactos contenidos divertidos o interesantes, sobre todo si son gratuitos tanto para quien los pasa y como para quien los recibe.

El contenido no solo era interesante, sino, además, muy tentador. Se trataba de conocer y aprovecharse de una supuesta ley universal, infalible e inflexible, la «ley de la atracción», que viene a satisfacer nuestra más soñada pretensión infantil. La ley de la atracción señala, simplificando, que si deseas algo con fuerza, el universo te escucha y te lo hace llegar. Una idea que se resume en la frase de Esther y Jerry Hicks, los dos afortunados que recibieron «el legado secreto» de unos maestros espirituales que se manifestaron solo con ellos para dejarles esta enseñanza fundacional: «Pide y se te dará».

La idea no es original. Se encuentran rastros de esa creencia en el hinduismo, en el judaísmo, en el cristianismo y, por supuesto, en los libros herméticos (el *Kybalión*, basado en los escritos que se atribuyen a Hermes Trismegisto), aunque, a diferencia de estos, se ha perdido la noción de un dios generador del don o el beneficio, y se ha desplazado ese poder de conceder deseos al universo. Las elaboraciones modernas de este concepto habían aparecido en los escritos de Wallace Delois Wattles (en *La ciencia de hacerse rico*), las ideas del control mental de José Silva (en *El método Silva*) o en los libros de Louise L. Hay (especialmente en *Usted puede sanar su vida*).

Así, según los maestros de *El secreto*, la ley de la atracción funciona de manera muy similar a la famosa lámpara de Aladino, solo que para activar el proceso de obtención de lo deseado ni siquiera es necesario tomarse el trabajo de frotar la lámpara; basta con concentrarse en los cuatro pasos enunciados por la revelación descrita:

1. Saber qué es lo que uno quiere y pedirlo al universo.
2. Enfocar los pensamientos de uno sobre el objeto deseado.
3. Sentir o comportarse como si el objeto deseado ya estuviera con uno.
4. Estar abierto para recibirlo.

Quizá yo sea un escéptico, quizá mi formación académica como médico me impida creer en lo que no se puede medir ni demostrar, quizá mi experiencia como psiquiatra clínico me ha condicionado para rechazar todo aquello que sea presentado como parte del pensamiento mágico. Pero lo cierto es que la pequeña astilla de verdad que pudiera haber en este planteamiento no alcanza a justificar la importancia que se le da hoy día a estas ideas en el área de la psicología del bienestar, y mucho menos la pretensión de plantearla como una ley que se cumple sin excepciones.

Claro que el pensamiento positivo nos coloca en la mejor predisposición para una conducta congruente con la acción efectiva. Por supuesto que la elaboración de un proyecto (esto es, la posibilidad de verse consiguiendo lo deseado) moviliza en nuestro interior la energía adecuada para concretar el logro de lo esperado. No hay duda de que un deseo claro y entusiasta de lo que se desea es una herramienta importantísima para hacer realidad un sueño... Pero de ahí a sentarse a esperar que mi deseo atraiga hacia mí lo que anhelo, me parece demasiado.

Se trata de crear en nuestro presente el mejor de los escenarios para que nuestras acciones construyan el mejor de los mañanas.

Y esto es justamente lo que los habitantes de Ahmel no están dispuestos a hacer. Los padres quieren que sean los hijos, los hijos dicen que es responsabilidad de los padres, las familias echan la culpa a los vecinos y todos ellos a los gobernantes, que a su vez están esperando a alguien que aparezca para resolverles el problema...

Propongo desde aquí una nueva ley que reemplace la tan difundida ley de la atracción.

Lo propongo para todos los habitantes de Alhem y de nuestro planeta.

Propongo la «ley de la proacción» (y no pierdas tiempo buscando esta palabra en tu diccionario, porque me la acabo de inventar).

Proacción sería la suma de una mirada optimista al futuro, una actitud proactiva respecto de un desafío, una gran capacidad de proyectar una visión, un importante conocimiento de mis recursos internos, una disciplina férrea capaz de hacerme perseverar en el camino adecuado y una actitud resiliente que me permita sobrellevar las dificultades, saliendo más fortalecido de cada obstáculo.

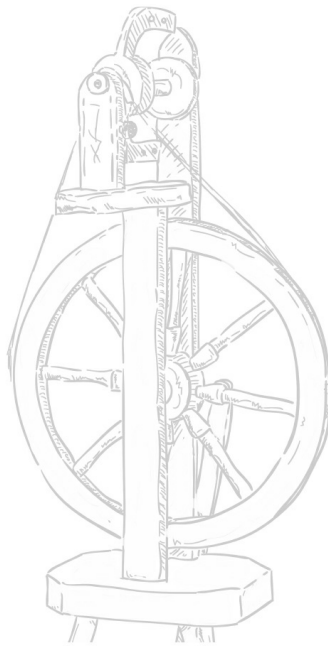
Esta combinación de hechos nunca podrá materializarse en un objeto aparecido de la nada ni en una situación que, mágicamente, se haga realidad, pero puede generar en nuestro presente (y lo hará) el mejor de los escenarios, para que nuestro «accionar» concreto de hoy (es decir, nuestro trabajo activo) sobre el aquí y el ahora sea la piedra fundamental de la construcción del mejor de los mañanas.

Decían los sufís:

Confía mucho en Dios... pero ata tú mismo tu camello.

Capítulo 7

La bella durmiente



Introducción

La versión original de este cuento, procedente de las tradiciones nórdicas, viajó de boca en boca por toda Europa durante más de cuatro siglos hasta que, en Italia, Giambattista Basile la transformó en letra escrita en 1634 con el nombre *Talía, Sol y Luna*.

Más tarde todos los compiladores que reprodujeron la historia se dieron el gusto de agregar o quitar párrafos enteros al texto original, cambiando bastante el sentido y el contenido del cuento. La versión más conocida actualmente es la de los hermanos Grimm, casi asexuada y absolutamente *naif* que, a pesar de quedar demasiado lejos de la trama que le da origen, sigue conservando su atractivo y encanto.

Y ya que hablamos de encanto, vale la pena destacar que en este cuento hace su debut en el universo de los personajes el Príncipe Encantado, antecedente directo del famoso Príncipe Azul (que, literariamente, aparecerá mucho después). Efectivamente, cuando Charles Perrault publica en 1697 su versión de esta historia, que tituló *La Belle au bois dormant*, es decir, «La bella del bosque durmiente» (inspiradora de la que aquí se reproduce), el autor relata expresamente el momento en el que el príncipe Felipe se queda como «encantado» ante la protagonista. Es este adjetivo el que después, en diferentes traducciones, lo identificará para siempre, transformándolo en el Príncipe Encantado.

Es interesante remarcar un detalle particularmente llamativo de *La bella durmiente* que trae al mundo de los cuentos algo poco común: la familia real es una familia «normal». Es decir, un padre y una madre que viven, están presentes, quieren mucho a su hija y se quieren mucho entre sí. Toda una rareza en el mundo de los cuentos de hadas.

Quizás por eso este cuento es, de alguna forma, el paradigma de las historias en las que una princesa espera pasivamente ser rescatada sin hacer nada, y cuya principal virtud (por lo menos la que

atrae a su rescatador) reside en su belleza. Perspectiva claramente machista donde las haya y con un mensaje educativo bastante empobrecido para nuestros días, punto sobre el cual volveré más adelante.

Por lo demás, es una historia bellísima, tierna y muy clásica, cuyo valor como entretenimiento y como parte de nuestra cultura occidental es incuestionable.

El cuento

En otros tiempos había un rey y una reina cuya única pena era el hecho de que no tenían hijos. Rezaron a todos los dioses y demonios, fueron a beber todas las aguas mágicas del mundo, hicieron votos, emprendieron peregrinaciones y consagraron ofrendas, pero el destino parecía no querer acceder a sus deseos.

Un día la reina caminaba por el jardín, con la cabeza gacha como siempre, abrumada por su frustración, y sin prestar atención a sus pasos pisó la pata trasera de una rana que, de un salto, terminó cayendo en la fuente central del parque dándose un terrible golpe en su verde cabezota. Atontada como estaba, la pobre rana podría haberse ahogado si no fuera porque la reina, al darse cuenta de lo que pasaba, sin importarle su largo vestido ni sus finísimos zapatos forrados en seda, se metió al agua a socorrer al pobre batracio.

La rana se recuperó en pocos minutos y, mirando a la reina, para sorpresa de esta, le habló:

—Eres una buena mujer, de noble corazón—dijo la rana—, y te mereces un premio... Dime lo que quieres.

—No creo que puedas ayudarme en lo que quiero —dijo la reina, con tristeza infinita.

—No juzgues antes de tiempo —dijo el animal—. Dime que es eso que no tienes y que tanta pena te causa...

—Lo único que quiero es tener un bebé —dijo la mujer—, pero todavía el buen Dios no me ha concedido el privilegio de ser madre.

—Bien —dijo la rana—. Búscame mañana aquí mismo y quizás tenga noticias que darte.

—¿Qué noticias? Dime algo más, por favor...

—Mañana, al caer el sol, aquí mismo... —dijo la rana, y se fue saltando hacia el pantano.

Al día siguiente, desde muy temprano, la reina apareció junto a la fuente, ansiosa por las noticias que traería la rana.

—Aquí estoy —dijo la rana.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó la reina.

—La hechicera que vive río abajo me conoce desde que nací... Le he pedido que te ayude con tu deseo... y le dije, que si lo hacía, tú serías muy generosa con ella...

—Que pida lo que quiera... —exclamó la soberana enseguida.

—Espera aquí —dijo la rana, y se alejó hacia el río.

Ya era de noche cuando el batracio regresó para encontrarse con la reina.

—Le he prometido que desde que sepas que estás embarazada, y hasta el día del parto, le mandarías cada semana una moneda de oro...

—¿Y qué ha dicho ella? —preguntó la reina.

—Acepta el trato. Ha dicho que anotes este día, porque exactamente en un año parirás una hermosa niña y se cumplirá tu deseo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó entusiasmada la noble señora.

—Cada lunes —dijo la rana— tirarás en esta fuente una moneda de oro... Yo me ocupare de llevársela.

—No sé cómo agradecerte esto —le dijo la reina.

—Conmigo la cuenta está saldada, pero no olvides tu compromiso con la hechicera.

Con más ganas de creer que razones para hacerlo, la reina besó la cabeza del feo batracio y corrió a sus habitaciones a contarle a su marido, el rey, lo que había sucedido y la profecía de la amable rana.

Y sucedió que, unos meses después, quedó encinta la reina.

La alegría la desbordaba y su primer pensamiento, después de agradecerse a Dios, fue recordar con gratitud las palabras de la rana de la fuente, cómplice de ese milagro.

A primera hora del lunes la reina bajó a los jardines y, cumpliendo su promesa, arrojó una moneda de oro en la fuente. Estaba feliz.

La situación se repitió rigurosamente todos los lunes del primer mes, y también del segundo, pero el segundo lunes del tercer mes la reina se olvidó de la moneda para la hechicera. No se animó a dejarla el martes, ni el miércoles, pero al lunes siguiente lanzó a la fuente dos monedas en lugar de una.

A medida que progresaba su embarazo, la reina tenía más y más ocupaciones de todo tipo y la regularidad del lanzamiento de monedas a la fuente se fue espaciando hasta que, al entrar en el cuarto mes, el pago de la deuda se interrumpió y a las pocas semanas el pacto quedó en el olvido, quizás velado por la euforia que generaba el próximo nacimiento.

Pasaron cinco meses más y todo siguió evolucionando normalmente, para alegría de todos en el palacio. Luego, tal y como había anticipado la rana, exactamente en el día pronosticado, la reina dio a luz a una hermosísima niña a la que llamaron Thalía, que significa «la que florece».

Los reyes estaban tan contentos y agradecidos que nombraron madrinas de la princesita a todas las hadas que pudieron hallar en el país, que fueron siete, y las invitaron al gran banquete de recepción que se organizó para festejar a la recién llegada. Los padres de la niña esperaban que cada una de ellas le concediera un don, como era costumbre entre las hadas de aquel entonces...

Después de la rigurosa salida al balcón del palacio para presentar la princesa ante sus futuros súbditos, la familia real se reunió con todas las hadas en el salón principal, donde se había dispuesto una gran mesa para siete comensales y, sobre ella, junto cada plato y señalando así cada lugar en la mesa, un pequeño cofre de oro macizo que contenía un tenedor, una cuchara y un cuchillo de plata tallada.

Las hadas agradecieron el agasajo y se dispusieron a invocar los hechizos que le concederían a la princesa Thalía todas las perfecciones imaginables: belleza infinita, bondad, talento musical, bella voz, gracioso andar, sensualidad, facilidad para el baile...

En ese momento irrumpió imprevistamente en el salón alguien más. Era la hechicera que vivía río abajo, la misma que un año antes había contactado la rana de la fuente.

Nadie la había visto antes, pero la reina se dio cuenta rápidamente de quién era y recordó, avergonzada, que no había cumplido su parte del pacto. Se lo dijo a su marido.

Rápidamente el rey mandó que pusieran una silla y un plato más en la mesa, lo que se hizo de inmediato, y la recién llegada fue invitada a tomar asiento. Pero, lejos de mostrarse conciliadora, no aceptó el ofrecimiento y comenzó a gruñir entre dientes insultos y amenazas.

Porque así correspondía, el rey en persona se acercó a la hechicera para disculparse por el incumplimiento de lo pactado. Le dijo que había sido un olvido involuntario, que le rogaba su perdón, que la compensarían con más monedas de las acordadas...

Pero la hechicera le dijo que era tarde y, dirigiéndose al centro del salón, proclamó:

—Escuchen todos... La princesa recibirá todos esos dones que le han

deseado mis hermanas hadas, pero esta ofensa que se me ha hecho no la voy a perdonar... Teníamos un pacto, y la familia real decidió ignorarlo cuando se dieron cuenta de que ya no me necesitaban... Tan solo he recibido quince monedas de las que se me debían pagar. En consecuencia, quince años serán los que todos disfrutarán de los dones y virtudes que las hadas han concedido a la princesa... Pero cuando tenga quince años, la princesa se herirá en un dedo con la astilla de una rueca... y esa herida la apartará de este mundo para siempre. ¡Será el momento de olvidarse de ella, como todos se olvidaron de mí!

Y dicho esto, ignorando al rey que seguía implorando que les dejara reparar su error, surgió de la nada una nube de humo granate que la envolvió, ocultándola de la vista de todos.

Cuando el humo se disipó, la hechicera había desaparecido.

De nada sirvió que el rey corriera a la ventana pidiendo piedad a los cuatro vientos.

De nada la orden del jefe de la guardia real de correr a los jardines para encontrar a la hechicera y traerla ante el soberano.

De nada sirvieron tampoco las lágrimas de la reina y del resto de las mujeres de la corte...

El conjuro estaba echado y parecía que nada podía cambiar esa situación...

Sin embargo...

Afortunadamente, una de las siete hadas invitadas no había hecho público todavía su regalo.

El hada se puso de pie y dijo:

—No tengo el poder de anular por completo la maldición de esa hechicera, pero quizás pueda cambiar un poco las terribles consecuencias de su conjuro.

Luego agitó en aire su varita mágica y anunció:

—Aun cuando la princesa se pinche el dedo con la astilla, no morirá... Caerá en un profundo sueño y seguirá dormida muchísimos años... Pero, un día, aparecerá un príncipe heredero que la despertará para que ella retome su destino y su trono.

La reina se acercó a besar las manos al hada bondadosa sintiendo que había salvado la vida a su hija, sin tomar conciencia plena de que este sueño casi eterno se parecía un poco a la muerte.

Su esposo, en cambio, preguntó:

—¿Cuántos serán esos muchísimos años que dormiré?

El hada hizo un silencio y luego dijo en voz muy baja:

—Cien...

Otra vez golpeada por el horror, la reina dio un grito y corrió a refugiarse en los brazos de su esposo.

—Lo siento —agregó el hada, como disculpándose con el matrimonio real—, es todo lo que puedo hacer.

El monarca no era un hombre que se resignara a su suerte, ni alguien que fuera capaz de minimizar una realidad penosa. Algo tenía que hacerse para evitar que la desgracia cayera sobre su familia y sobre su gente.

Muy temprano en la mañana, el soberano dio la orden a sus guardias de que recorrieran todo el reino buscando a la hechicera y de que incautaran cuanta rueca encontraran en cada casa, en cada sótano y en cada olvidado altillo o galpón. Todas esas máquinas de hilar deberían apilarse en la plaza central para quemarlas esa misma tarde, en una gigantesca hoguera.

Al día siguiente se pegaron proclamas en prácticamente cada pared del reino, en las que el rey anunciaba la prohibición de tener, fabricar o utilizar ruecas para hilar, bajo amenaza de muerte, y se instruyó a los soldados más leales para que fueran guardianes de esa disposición. El razonamiento era obvio: sin ruecas no habría astillas de rueca, y sin astillas el conjuro no llegaría a hacerse realidad...

Los años fueron pasando y, como era lógico, el episodio de la maldición también fue quedando en el olvido. La princesa vivía y crecía como cualquier otra niña de su edad. Llegó el momento en el que sus padres, por temor o como reacción para intentar soslayar la siniestra profecía, decidieron asimismo dejar de hablar del asunto.

Pero un día, la princesa Thalía cumplió quince años y en el palacio se organizó otra vez una gran fiesta. Como era de esperar, llegaron cientos de visitantes y obsequios de todo tipo y de todas partes del mundo. Eran tantos los regalos que a medida que llegaban se fueron depositando en el desván de una torre casi abandonada, en el ala norte del palacio.

«Ya habrá tiempo de abrirlos», había dicho la princesa, que quería disfrutar de su fiesta. Y así fue.

Con la ayuda de dos jovencitas de su edad, que eran sus mejores amigas y sus más divertidas compañeras de juego, la princesa Thalía subía al desván a diario para abrir dos o tres de sus regalos de cumpleaños... Había de todo: ropa rarísima, juguetes mecánicos, muñecas extrañas, muebles de otros

países, joyas exóticas, perfumes de ensueño. Cajas y envoltorios de todos los tamaños y de todas las formas.

Las tres muchachas disfrutaban muchísimo de ese momento del día y, a pesar de la prisa que les imponía la curiosidad, a los seis meses todavía quedaba la tercera parte de los regalos sin abrir.

Uno de los paquetes contenía un regalo enorme. Entre las tres se las ingeniaron para quitarle las telas en las que estaba envuelto. Era una vieja rueca de hilar.

—¿Y esto qué es? —preguntó la princesa.

—¿Quién sabe? —dijo su amiga—. Nunca había visto nada parecido.

—Tampoco yo—dijo la otra.

—Parece una máquina —arriesgó Thalía.

—O un arado —dijo su amiga.

—O un molinillo —dijo la tercera.

Era muy lógico que no tuvieran idea. Ninguna de ellas había visto una rueca antes, ni había oído siquiera hablar de ellas.

La princesa, siempre inquieta y con espíritu curioso, giró la rueda y trató de tensar los hilos que colgaban de ella.

Al hacerlo la endeble rueca se tambaleó y, con un movimiento reflejo, las tres intentaron evitar que cayera, sujetando sus astillosas patas de madera.

—¡Ay! —dijo la princesa, mirándose el dedo índice de la mano derecha.

Fue lo último que dijo.

Después, Thalía cayó al suelo como si hubiera sido alcanzada por un rayo y allí quedó inmóvil.

Muy asustadas, sus dos amigas salieron de la torre pidiendo socorro.

De todas partes acudieron hombres y mujeres, los jardineros, la guardia, los sirvientes y la mismísima pareja real. Todos trataron de reanimar a la joven: le mojaron la cara con un paño de agua fresca, le hicieron oler esencias, le dieron pequeños golpes en las mejillas, le frotaron las manos con fuerza, le aflojaron la ropa y le dieron aire con abanicos... Pero nada consiguió hacerla volver en sí.

Entonces el rey recordó la predicción de la hechicera y se dio cuenta de que todo su esfuerzo no había podido salvar a su adorada hija de su funesto destino.

En los amorosos brazos de su padre, el cuerpo inerte de Thalía fue llevado hasta sus habitaciones en el palacio y depositado en su propia cama.

Tan hermosa estaba que cualquiera, al verla, hubiera creído estar viendo un ángel dormido. Su desmayo no le había hecho perder el vivo color de su tez, las mejillas sonrosadas y los labios de color coral, que esbozaban una leve sonrisa en su bellissimo rostro.

Mandó el rey que dejaran dormir tranquila a la princesa hasta que sonara la hora de su despertar, y pidió a sus emisarios que salieran en búsqueda del hada buena, la que había podido cambiar la profecía de la malvada hechicera de muerte a sueño. Planeaba el rey pedirle ayuda ahora que lo que se suponía que podía suceder había sucedido.

Al llegar el hada lamentó lo que había pasado y escuchó la preocupación del rey:

—¿Qué pasará cuando mi pequeña princesa despierte, dentro de cien años? No estaré yo, ni su madre, ni su reino, ni nada de lo que le pertenece. ¿Quién le explicará lo sucedido? ¿Quién la ayudará en su regreso?—clamó el rey—. Por favor, ya que la salvaste de la muerte, salva también su vida futura.

El hada comprendió la inquietud de padre y le preguntó si estaba dispuesto a acompañar a su hija en ese futuro y, ante la respuesta afirmativa e inmediata del rey, tomó una decisión.

Hizo que una fina lluvia de un polvo azul brillante cayera sobre el palacio y sobre todos los que allí vivían: guardias, pajes, lacayos, damas de honor, camareras, oficiales y consejeros... Cuando el polvillo azul cayó sobre ellos, todos quedaron como congelados en el lugar y la posición en la que estaban, determinando que así se quedarían hasta que despertara su princesa, cien años después. La lluvia bañó también a los caballos que había en las cuadras y a los pájaros en el jardín, a los enormes mastines del corral y a la diminuta perrita de la princesa que estaba cerca de ella, encima de la cama, a las palomas en los aleros del techo y a las moscas en las paredes. Todo quedó allí, como esperando, como sabiendo que todo volvería a la vida cuando llegara el momento. Entre tanto, también se congeló el agua de las fuentes y hasta el fuego del hogar que allí llameaba quedó sin calor; el viento se detuvo y en los árboles cercanos al castillo no se movía ni una hoja.

Cuando todo en el palacio quedó dormido, el rey y la reina entraron en el cuarto de Thalía para besar la frente de su hija y le pidieron al hada que no permitiera que nadie perturbara su sueño y que les permitiera también a ellos dormir hasta que pudieran volver a besarla, cien años después.

Entonces la lluvia mágica cayó también sobre ellos, y luego sobre los

jardines y llanuras que rodeaban el palacio.

En pocos minutos brotaron y crecieron alrededor del castillo un número extraordinario de grandes árboles y de pequeños rosales silvestres, todos llenos de espinas gigantescas entrelazadas de tal manera que ningún ser vivo, humano o animal, pudiera llegar hasta donde la princesa dormía su larguísimo sueño.

En los cien años que siguieron, las peores desgracias azotaron la comarca: la peste, la sequía, una gran inundación y el peor de los males, la guerra. Sin embargo, ninguna de esas calamidades se acercó siquiera al palacio durmiente, que parecía suspendido fuera de este mundo.

Lo que sucedió fue que los monarcas de los reinos vecinos se enteraron de que la casa real había desaparecido sin dejar descendencia ni señales de vida, y entonces decidieron casi a la vez invadir el territorio para anexionarlo a su propio reino. Por los cuatro costados los ejércitos de los reinos colindantes intentaron conquistarlo y entregárselo como trofeo a sus respectivos soberanos, derrotando a los demás invasores.

El ejército que había entrado por el norte derrotó al que llegó por el este, y el que había iniciado su operación por el oeste se enfrentó al que irrumpió por el sur y lo venció. Después, en una guerra que parecía eterna, el ejército del reino del norte se enfrentó en más de mil batallas con el del oeste, hasta que consiguió expulsarlo y adueñarse de la comarca, tomando posesión del territorio para su rey, Segismundo III.

La paz finalmente se firmó y el nuevo rey encomendó a su hijo, el príncipe Felipe, la tarea de explorar y mantener el orden en los nuevos territorios conquistados.

Así fue como el príncipe descubrió una tarde que, muy al sur, se extendía un enmarañado bosque de cuyo centro parecían emerger dos enormes torres, que nadie pudo decirle a ciencia cierta quién había construido ni cuándo.

De los pocos labradores que descendían de aquellos que habían sobrevivido a las catástrofes que los diezmaron, nadie sabía demasiado: las torres habían estado allí... desde siempre. Algunos decían que aquello era un viejo castillo poblado de almas en pena y otros aseguraban que todas las brujas de la comarca se reunían en él los sábados por la noche en aquelarres infernales.

Pero un viejo campesino, que por su aspecto podría tener él mismo cien años, se acercó al joven príncipe y le dijo:

—Hace más de cincuenta años oí contar a mi padre que en aquel castillo habita la más bella princesa del mundo, pero que un hechizo la tiene dormida para siempre...

Ante la cara de sorpresa y de interés del joven, el anciano hizo una pausa y bajando la voz le susurró al oído, como quien cuenta un secreto:

—También decía mi padre que había escuchado, al pasar, que un día vendría a despertarla un joven príncipe y que ella sería entonces la reina de todos, la más hermosa reina jamás vista...

El efecto de esas palabras sobre el príncipe fue inmediato y sorprendente.

De pronto sintió que el príncipe de la leyenda destinado a despertar a la hermosa joven era él y que la llama de un paladín sediento de gloria brotaba en su pecho. Si era exacto lo que el campesino le había dicho, él pondría fin a esa aventura tan llena de encantos para coronarla con un final feliz.

Impulsado tanto por el amor y como por su espíritu heroico, dirigió su caballo hacia el misterioso bosque.

Lo que pasó después pareció confirmar sus sospechas, ya que apenas llegó al bosque todos los añosos árboles, los rosales silvestres y los espinos se separaron para abrirle paso, volviendo a cerrarse de inmediato detrás de él sin dejar pasar a persona alguna de su comitiva ni de su guardia real.

Solo pues, Felipe se dirigió hacia el castillo bordeando una larga alameda y penetró en el patio, donde presencié una escena capaz de helar de miedo a cualquiera.

El silencio era espantoso, agobiante, pesado, inefable; por todas partes la mirada tropezaba con cuerpos de hombres y animales que parecían privados de vida pero que, en realidad, a pesar de sus extrañas actitudes y posturas, solo estaban dormidos.

Atravesó otro gran patio de mármol; subió la escalera y entró en la sala de los guardias, que estaban formando una hilera con el arcabuz al hombro y roncando ruidosamente.

Cruzó varios aposentos llenos de hombres y de damas, y hasta vio en uno de los cuartos a un rey y una reina, de pie los dos, como conversando, pero totalmente dormidos.

Finalmente Felipe pasó frente a una cámara completamente dorada y, al asomarse, vio en una cama cuyos cortinajes estaban abiertos el más hermoso espectáculo que a su mirada se había presentado: una princesa cuya deslumbradora belleza tenía mucho de luminosa y divina.

Temblando se aproximó a ella y, arrodillándose al costado de la cama, se atrevió poco a poco a tomarle la mano. Era evidente que la jovencita no estaba muerta, sus manos tibias y la tersura de su piel eran prueba fehaciente de ello.

El príncipe decidió que debía despertarla, como decía la leyenda que le habían contado, y entonces apretó con fuerza la mano de la bella durmiente, pero nada sucedió. Luego sacudió un poco la cama y hasta se animó a llamarla en voz alta.

—Milady —le dijo— ¡despertad! Mi nombre es Felipe y he venido a declararos mi amor. Princesa... despertad.

Al no tener respuesta, el joven se acercó a su oído y repitió sus palabras cada vez en voz más alta, sin lograr su objetivo.

Inflamado por sus emociones, el príncipe tomó entonces el camino de los héroes y, a riesgo de ser rechazado o malinterpretado, decidió darle un beso en los labios, pensando que quizás eso la ayudara a volver al mundo de la vigilia.

Nada ocurrió para Thalía... pero sí con el príncipe...

Al beso siguió otro beso, y a este una caricia y después otra, y otra más, cada vez más atrevida y sensual.

Loco de pasión, y sin poder medir las consecuencias ni la magnitud de sus actos, el príncipe terminó manteniendo relaciones sexuales con la joven, que, a pesar de todo, siguió en su sueño, víctima del hechizo que la puso en ese estado cien años atrás.

Aturdido por sus acciones Felipe huyó del lugar, volviendo a su palacio, avergonzado de lo sucedido y frustrado por no haber podido traer a la vida a la joven de la cual indudablemente se había enamorado.

En las siguientes semanas y meses el príncipe Felipe no pudo hacer otra cosa que pensar en la joven durmiente y planear cómo sacarla del maleficio para poder casarse con ella.

Así fue que casi no pasaba tiempo en el palacio de su padre. Todos los días salía, solo o con su guardia, a recorrer el reino buscando a quien fuera capaz de conjurar el hechizo que mantenía a la princesa en ese estado. Iba detrás de cada posibilidad que le presentaban, hablando con cualquiera que le ofreciera la más mínima esperanza, aunque fuera imposible creer en ella.

Preguntando y preguntando alguien le dijo que el hada buena que había salvado la vida de Thalía se había ido a Malaquetin, un reino muy lejano, al

cual nadie sabía verdaderamente cómo llegar. Loco de amor, Felipe salió en su búsqueda, desesperado, pero todo su esfuerzo fue inútil. Finalmente se enteró de que el hada buena había muerto muchos años antes y que nadie había heredado sus poderes. Otro tanto descubrió de la hechicera, que tampoco estaba ya en esta vida.

Pero el destino les tenía preparada una sorpresa. Thalía, pese a seguir dormida, había quedado embarazada y, bajo el protector hechizo de aquella hada que la mantenía joven y lozana, parió sin despertarse a dos mellizos, un niño y una niña.

Al nacer, los dos pequeños buscaron a ciegas los pechos de su madre para alimentarse, pero mientras que la niña lo encontró pronto, el varón se detuvo en las manos de su madre y comenzó a succionar uno por uno sus dedos buscando alimento. Al llegar al dedo herido, el pequeño chupó con tanta fuerza que extrajo de la herida la astilla envenenada y Thalía despertó.

La profecía se había cumplido: un príncipe heredero había despertado a la bella durmiente y con ello devuelto la vida a todo y a todos en el palacio.

Junto con Thalía, el rey y la reina también despertaron, y así lo hizo toda la corte, que abriendo los ojos se miraron unos a otros con gran asombro. Y los caballos en el establo se levantaron y se sacudieron. Los perros cazadores saltaron y menearon sus colas, las palomas en los aleros del techo sacaron sus cabezas de debajo de las alas, miraron alrededor y volaron al cielo abierto. Las moscas de la pared revolotearon de nuevo. El fuego del hogar alzó sus llamas y cocinó la carne, el cocinero retomó su hábito de gritarle a todos en la cocina y la criada se apresuró a desplumar la gallina dejándola lista para el cocido.

La princesa abrazó a sus hijos y, feliz como estaba de volver a la vida con ese regalo entre sus brazos, llamó a sus padres para compartir con ellos su alegría. Los reyes estaban tan contentos de poder tener a su hija de nuevo con ellos que ni siquiera se les ocurrió preguntarle nada.

Poco después, la noticia de que el bosque de espinas se desvanecía llegó a oídos del príncipe. Él comprendió de inmediato que el maleficio había terminado así que, por primera vez en muchas semanas, tras haber fracasado en sus anteriores pesquisas, el príncipe salió de sus habitaciones, corrió hasta el establo para montar su caballo y galopar a los brazos de la joven a la que nunca había podido olvidar.

Cuenta la leyenda que, misteriosamente, apenas la princesa Thalía lo vio,

le dijo:

—¿Eres tú, príncipe mío? ¡Cuánto me has hecho esperar!

—¿Cómo sabes quién soy? —preguntó el príncipe.

—¿Cómo podría no saberlo? —contestó la bella durmiente—. Te he soñado cien años.

El príncipe sintió que se estremecía. Su corazón latió con fuerza y sus manos temblaron. Felipe se dio cuenta de que, más allá de sus sentimientos por esa mujer, que tanto habían crecido en la distancia, esas cinco palabras literalmente le habían encantado... y ese encanto nunca lo abandonó.

Cuentan que, poco después, se casaron, y que llamaron a sus hijos Sol y Luna.

Cuentan también que todos fueron felices y comieron perdices.

Moraleja

Se trata de un cuento tan clásico que, más que formar parte de nuestro repertorio obligatorio de cuentos, forma parte ya de nuestra cultura judeocristiana. Es un mensaje de entrenamiento para la esperanza, si bien pasiva, inagotable.

Parece que el mensaje fuera: si eres bueno, al final todo saldrá bien.

De acuerdo con la mentalidad de la época de su origen, el cuento subraya que el destino está escrito y que es imposible de cambiar, pero también la idea de que intentar cambiarlo implica riesgos a veces imposibles de evaluar.

En esta versión aparece también el episodio de la rana y la hechicera, que en las versiones habituales no está, que nos previene de dos cosas: por un lado, del peligro de no mantener la palabra dada y, por otro, de las consecuencias negativas de pactar con las fuerzas oscuras.

La vida adulta solo podrá continuar si la muchacha deja de ser doncella y se convierte en mujer.

Es interesante destacar que Thalía es, además, la única princesa de cuento que no llega virgen a su matrimonio.

La bella durmiente nos demuestra que un largo período de reposo, de contemplación y de concentración en sí mismo, puede conducir a grandes logros, como sucede con frecuencia.

Los errores suceden, y se pueden —y deben— reparar. Cuando se ha obtenido la paz interna, puede uno empezar a buscarla en las relaciones con los demás.

Abajo reproduzco dos moralejas adicionales para muchachas casaderas, por supuesto en verso, como era costumbre en el siglo xix:

Pretender hallar marido
y querer que sea especial,
rico, apuesto y cariñoso,
sería lo natural.

Pero aguardarlo cien años,
y en calidad de durmiente,
ya no hay doncella que espere
tan apaciblemente.

Cosa por demás sabida
es que el esperar no agrada,
pero el que más se apresura
no es siempre el que más avanza.

Que para hacer ciertas cosas
se requiere tiempo y calma,
aunque para esperar novio
cien años es gran tardanza.

Pero el casarse es asunto
de grandísima importancia,
pues solo la muerte rompe
los lazos que ahí se atan.

Mejor esperar un año
y traer la dicha a casa,
que no anticiparse un día
y traerse una desgracia.

La otra puerta

Comencemos por analizar los dones y virtudes que las hadas buenas conceden como regalo a la niña recién nacida. Es razonable pensar que aparecen allí porque son los más preciados dones que unos buenos padres pueden desear para su primera y esperada hija.

Estos son los dones de las hadas:

1. Ser la más bella.
2. Tener el alma bondadosa de un ángel.
3. Mostrar una gracia sin par en sus movimientos.
4. Bailar como nadie.
5. Combinar una bella voz con unos modales exquisitos.
6. Cantar maravillosamente y tocar cualquier instrumento.

Quisiéramos pensar que la séptima hada, si hubiera podido, le habría concedido una inteligencia ilimitada, una memoria prodigiosa o una valentía incomparable... pero nunca lo sabremos. La séptima no tuvo ni siquiera la oportunidad de formular su don, porque tuvo que centrar toda su magia en tratar de arreglar el entuerto en el que había dejado a la protagonista la dejadez de su madre, su falta de códigos éticos o su entusiasmo de madre primeriza.

Interrumpo mi línea de pensamiento porque se me acaba de ocurrir que quizás, a la hora de buscar un mensaje nuevo de la historia, deberíamos prestar atención a este detalle: el incumplimiento de lo pactado con la hechicera, un episodio sospechosamente omitido en las versiones que llegaron a nosotros, que prefirieron inventar la aparición de un hada resentida y mala «porque sí». Para mí es obvio que no es lo mismo encontrarse con la maldición de una bruja que desea la muerte de una niña porque no la invitan a una fiesta, que enterarse que esa misma hechicera ha sido engañada o estafada y ahora pretende vengarse, aunque ambas actitudes solo puedan ser propias de una bruja.

Vuelvo a la historia.

La séptima tuvo, pues, que concentrar todo su poder en intentar contrarrestar el maleficio invocado, vengativamente, por la hechicera.

Destaquemos que la idea de la mujer que duerme hasta que el hombre heroico, valiente y poderoso la despierta es un clásico machista de todos los cuentos. En las tradiciones germánicas, que tienen más de ocho siglos de antigüedad, Brunilda es castigada por Odín, quedando sumida en un profundo sueño dentro de un castillo de hielo hasta que un guerrero la rescate; es Sigfrido quien la despierta, por supuesto, con un beso.

Como casi todas las protagonistas de estas historias clásicas, a las jóvenes muchachas siempre les falta aprender a valerse por sí mismas. Algunas no tienen manos, otras no tienen piernas, otras son cándidas e ingenuas, otras están encerradas desde siempre en alguna altísima torre... Como dice Ana Guillot, estas heroínas están muy lejos de encarnar a la mujer deseable y madura que el príncipe merece. Quizás no lo sepan, pero a mi entender lo intuyen...

Podríamos pensar, siguiendo en esa línea, que en todos estos cuentos son ellas, en realidad, las que van al encuentro de su destino transitoriamente cruel. Ellas son las que buscan la astilla que las pinchará (como en este caso), la manzana envenenada, las que pierden el zapato de cristal o salen al encuentro con el lobo del bosque... Como si supieran que para ser adultas es inevitable irse, explorar, y sufrir o morir para, por fin, volver siendo mujer.

Es la perfecta metáfora de la crisálida que despierta mariposa.

Este despertar pertenece a ese tiempo de la vida de las personas que yo he llamado «cambio de plano».

Una experiencia por la que todos pasamos varias veces en nuestras vidas y que significa, irremediabilmente, dejar atrás algunas cosas para abrirse a otras que aparecerán más adelante, aunque ahora ni siquiera se atisben en el horizonte.

Dejar de ser un bebé, pasar de la niñez a la adolescencia, terminar los estudios, mudarse de país, recibir un diagnóstico indeseado, envejecer o ser padres; todos estos eventos y muchos más pueden ser ejemplos de esos cambios que pueden ser notables o no, pero que siempre son irreversibles.

Supongo que deberíamos aprender de este cuento que un cambio

de plano puede dispararse por algo tan nimio como clavarse una astilla y que eso no cambia para nada la trascendencia del hecho.

El despertar es a lo nuevo, a este que soy, a mi realidad actual y a mi potencial.

No puede escaparse de este pequeño análisis el hecho de que, en la historia tradicional, se señala que ese despertar será consecuencia de un beso de amor, sugiriendo poéticamente algo que en la vida real ocurre afortunadamente con bastante frecuencia. La llegada del amor a nuestra vida despierta en nosotros tantas cosas, y tan importantes, que nos marcan como un hito, separando el antes del después.

Sin embargo, la gran novedad es que en esta versión, muy cercana a la original de Perrault, el beso del príncipe no despierta a la princesa.

En mi consulta como terapeuta he debido explicar cientos de veces la diferencia entre el amor y alguno de sus sustitutos. El amor no es enamoramiento, no es fascinación, no es atracción y mucho menos deseo sexual, aunque aquellas cosas conduzcan a él y aunque el amor a veces las incluya.

Parece provocador decir lo que aquí se concluye:

El beso del príncipe no despierta a la princesa durmiente
porque poco o nada tiene que ver con el amor.

Y vayamos entonces por enunciar algunos de los mensajes que deberemos leer en esta relectura de *La bella durmiente*:

- No necesariamente el que te besa amorosamente te ama, aunque para llegar adonde estás haya atravesado un muro de espinas... Quizás le importe más la caricia que representa para su vanidad haberlo conseguido que tu despertar.
- Ese despertar, el tuyo, sucederá exactamente en el momento en el que estés preparado para ello y nunca un minuto antes.
- Dormidos o despiertos, es necesario hacernos responsables de aquello que sale de nosotros, porque es parte de lo que somos y seremos.

Y el más importante:

- El Príncipe Encantado, cuya acción empujará tu cambio de plano, puede ser que no se corresponda, y quizás ni siquiera se parezca, a la imagen que de él o de ella tenías en tus sueños.

Es evidente que este cuento y esta interpretación nos obligan a pensar en definiciones y creencias que tenemos acerca del amor y a hacernos preguntas que quizás no sea fácil contestar. La primera podría ser enunciada más o menos así: «¿Es que acaso existen amores de diferentes calidades?».

En lo personal estoy seguro de que sí. No son diferentes tipos de amor, pero sí son verdaderos o falsos, trascendentes o intrascendentes, profundos o superficiales.

Definido el amor como el simple hecho de querer a alguien, y esto como la medida del interés genuino que siento por el bienestar de otra persona, queda claro que no es una emoción para pocos, ni tan «especial» como se piensa, pero siempre es importante y condiciona nuestra conducta (tanto más cuanto mayor sea nuestro interés en lo que al otro le suceda o sienta) y siempre más allá de nuestro propio deseo y beneficio...

En ese sentido, el amor no tiene por qué ser infinito ni incondicional para ser amor, tampoco eterno ni excluyente; no implica grandes sacrificios ni necesariamente consagrar la vida a lo que amo. Ese amor, el que verdaderamente somos capaces de sentir y el que otros podrían sentir por nosotros, no es de hecho ningún sentimiento sublime e ilimitado.

Dicho de otra manera: la persona que se ocupa de ti y siente que le importas, la que se alegra con tus logros y te acompaña en un momento difícil, la que respeta tus tiempos y tus elecciones... sin lugar a dudas te ama, aunque a veces te diga que no, aunque nunca piense seriamente en suicidarse si te va mal en lo que tú más desees, y aunque algún día no te elija para compartir alguno de sus proyectos.

Soy consciente de que esta concepción tan «simple y limitada» del amor puede conformar a quienes sabemos que necesitamos de los

otros pero no los responsabilizamos de nuestras vidas, de nuestros éxitos ni de nuestros estados anímicos; pero sé que nunca será suficiente para aquellos que prefieren concederle a otros el poder de hacerles enojar, de hacerles llorar o de hacerles felices, porque no quieren aceptar de lleno la responsabilidad sobre sus vidas.

Es verdad que no somos autosuficientes, pero es nuestro compromiso aprender a amar de manera adulta, pedir sin exigir, aceptar que el otro puede no tener o no querer darnos lo que necesitamos. Hay que aprender la diferencia entre renunciar y sacrificarse.

Todos los filósofos, pensadores, religiosos y terapeutas de la historia han creado su propia definición acerca del amor. Hasta yo, sin ser nada de eso, tengo la mía:

 Mi amor es la sincera decisión y la consecuente acción de crear un espacio de libertad para la persona amada. Un espacio tan grande y no condicionado como para que ella pueda elegir lo que desee, aun cuando su decisión no sea la que más me favorezca, aun cuando su elección, definitivamente, no me incluya.

No depender es, sin lugar a dudas, uno de los grandes desafíos de los que luchamos diariamente por una vida plena, es decir, de los que pretendemos ser felices. Claro, que no quedarse pendiente de la mirada, de la aprobación o la decisión de otros tiene costes, y es necesario saber que no son para nada baratos.

El que ama en libertad siempre será acusado, por aquellos que todavía transitan espacios dependientes, de ser soberbio, tonto, cruel o agresivo, y será a la larga abandonado por los que creen que la pareja es una cárcel de oro, que los acusarán de ser desamorados o egoístas.

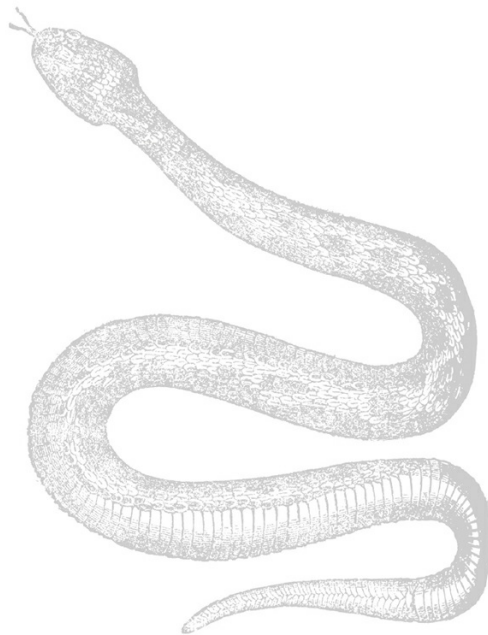
En todo caso tendremos que admitir que las diferentes maneras de amar dependerán de quién soy y no de cuánto quiero. Habrá amores buenos y sanos, que sienten aquellos de corazones buenos y sanos. Y habrá también amores enfermizos, el de los incapaces, el de los manipuladores, el de los posesivos, el de los dependientes, el de los que nunca se dieron cuenta de que el mayor valor de que alguien esté a mi lado aparece cuando uno se da cuenta de que siempre podría elegir haberse ido.

Quienes han aprendido a amar no dependen, pero tampoco permiten que otros dependan de ellos. Saben que quien esté en cualquiera de los dos lados de la cadena, tanto el esclavo como el amo, es víctima de la esclavitud, y la rechazan de plano. Aman y ponen límites; y pretenden ser amados de la misma manera.

El buen amor, resumiendo, puede recibir la ayuda de quienes lo aman, pero no depende de esa ayuda ni de su permiso para despertar y, en el nuevo plano, confirmar su propia identidad y re-descubrirse libre.

Capítulo 8

La historia de Adán y Eva



Introducción

De muchas formas los relatos bíblicos se parecen a los relatos fantásticos y las historias tradicionales de los cuentos de hadas. Más allá de las creencias religiosas de cada uno, y de las particulares características en lo relativo al contenido y el mensaje, tanto unos como otros acompañan a la humanidad a través de los siglos señalando caminos e impulsando un «darse cuenta» de lo interior o lo exterior.

Se podría argumentar que la gran diferencia entre ambos tipos de relatos radica en la distancia que hay entre lo real de los textos bíblicos y lo «inventado» de los cuentos, pero desde mi criterio esta idea no resiste un análisis objetivo y mucho menos una conclusión excluyente, primero porque son pocos los hechos bíblicos que se pueden demostrar fehacientemente (digo esto y recuerdo con pasión el impacto que me produjo la lectura de *Y la Biblia tenía razón*, de Werner Keller); y segundo porque, como hemos dicho, los cuentos fantásticos han surgido con seguridad de hechos «reales» contados y recontados a través de los tiempos.

Otro tema podría ser el asunto de la autoría. Respecto a este punto, vale la pena establecer desde el principio que, obviamente, todas las historias (estas y aquellas) fueron escritas por la mano del hombre; pero si de todas formas se quisiera argumentar que las bíblicas fueron guiadas por la inspiración y la mano de Dios, nadie podría negar que tal vez (lo digo con todo respeto) la misma mano guio la pluma de Perrault, de Andersen o de Grimm.

Todos estos relatos maravillosos comparten también el misterio de su absoluta vigencia y su indudable influencia, aunque por supuesto en diferente medida. Desde los fríos números se puede confirmar que la Biblia es, con diferencia, el libro más leído y más publicado de la historia, a nivel mundial. Siempre ha sido así y creo firmemente que siempre lo será. Y no deja de tener cierta lógica que así sea. Un compendio de hechos o historias (lo mismo da) llenos de emoción,

acción, pasión, fe y sentimiento, reflejando permanentemente las fortalezas, y también las debilidades, de sus protagonistas y sus lectores. Un espejo insuperable en el cual reflejar quiénes somos, lo que hacemos, nuestros aciertos y nuestros errores, y sobre todo un gran disparador para pensarnos y sabernos cada vez un poco más y un poco mejor.

Cada pueblo, a lo largo de los tiempos, ha establecido de forma particular sus mitos y sus leyendas, los cuales, nos enseña Allan Watts, siempre tienen mucho que decir del pueblo que los narra. Así, la historia de Moisés dice mucho del pueblo judío y la historia de Jesús dice mucho del pueblo cristiano.

Cada héroe, cada mito, cada leyenda nos describe a aquellos hombres idolatrados, pero también nos habla sobre los pueblos que los crearon, de la tradición de los países donde vivieron, de la gente contra la que lucharon.

Los mitos no solamente cuentan quiénes fuimos, sino también, y sobre todo, quiénes somos hoy, en qué podemos transformarnos y por qué.

Partiendo de lo dicho, podemos estar seguros de que los mitos que portamos como sociedad, y las leyendas de la propia cultura, dicen mucho más de lo que creemos acerca del hombre, acerca de cada uno de nosotros y acerca de la humanidad como un todo.

En Occidente, la historia bíblica de la creación del mundo es una explicación mítica más o menos lógica de cómo empezó todo; y habida cuenta de la importante influencia de nuestras creencias ancestrales, ya enunciada, conocer este relato —de referencia bíblica y, por ende, de supuesta revelación divina— debería servirnos para entender cómo funcionan algunas cosas que damos por sentadas y comprender por qué algunas ideas condicionan tan desmedidamente nuestra conducta.

El cuento

A diferencia de lo que hice y haré en otros capítulos, aquí el relato que sigue es, palabra más, palabra menos, el texto original bíblico tal como aparece en la versión castellana de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, de principios del siglo XVII.

El Génesis, primer capítulo del Antiguo Testamento por ejemplo, relata el principio de la vida humana de esta manera:

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra. (Génesis, 2:7)

Según la Biblia, a su imagen y semejanza.

Y otra vez, más allá de que la Biblia sea un relato fiel a los hechos o una representación simbólica, este texto condiciona inevitablemente la conducta de todos los que vivimos en Occidente y lleva implícito un mensaje que se nos aparece incuestionable.

Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. (Génesis, 2:19)

Más allá de toda interpretación, nos confirma la Biblia en este párrafo que Dios ha creado a Adán para apropiarse de la creación, o sea, para ser el Amo, y por eso le pide que ponga nombre a los animales y a las cosas.

Los terapeutas sabemos mejor que nadie que solo se puede tener dominio y control sobre aquellas cosas a las que se puede nombrar. Las cosas innombrables son entidades que uno no puede manejar y menos aún tener bajo control. Y esto se aplica a ese texto y a todo lo cotidiano. En relación con nuestros sentimientos, solo si puedo nombrar un hecho puedo actuar sobre él. Una de las demostraciones, por ejemplo, de lo inmanejable de la muerte de un hijo, la aporta la lingüística: no existe ninguna palabra para nombrar al padre o a la madre que han pasado por este dolor. Una vez más, no tengo control (es imposible que lo tenga) sobre aquello que me es imposible nombrar.

Y dijo Jehová Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea para él». (Génesis, 2:18)

Entonces Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras este dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne sobre el lugar que ocupaba.

Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre hizo una mujer, y la trajo al hombre. (Génesis, 2:21-22)

Cabe destacar que la mujer es, según el Génesis, lo único que no fue creado a partir de la nada, es decir, solo por la voluntad de Dios. Para bien o para mal, la mujer fue creada según el libro sagrado a partir de otro ser, el hombre, a cuyo deseo y aporte de materia prima debe su existencia.

No creo equivocarme si señalo que esta historia parece establecer, desde el principio, una supuesta superioridad del hombre, aunque no sea más que por antigüedad, por influencia y por poder. No dejo de entrever en todo el relato la simiente de una actitud machista y un aval a la actitud dependiente femenina que, como se puede ver, confirmará la Biblia más adelante.

Adán y Eva no padecían frío ni hambre ni sed.

Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (Génesis, 2:9)

De todos los frutos que había en el jardín podían comer, menos del árbol del bien y del mal.

Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: «De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás». (Génesis, 2:16-17)

Es de suponer que Adán y Eva lo estaban pasando muy bien ya que, según la Biblia, todo les era procurado. Vivían una vida literalmente paradisíaca.

Hasta que un día Eva se cruza con la serpiente y el reptil la invita a probar del fruto prohibido.

Y la mujer respondió a la serpiente: «Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: “No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”». (Génesis, 3:2-3)

Pero la serpiente era el más astuto de los animales:

Y la serpiente dijo a la mujer: «No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de este fruto serán abiertos vuestros ojos; y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal». (Génesis, 3:4-5)

Eva duda... Encuentra muy tentador el planteamiento de la serpiente y se acerca al árbol:

Y vio la mujer que el fruto del árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. (Génesis, 3:6)

Eva ha probado el tentador fruto y no ha muerto. Entonces llama a Adán y le invita a comer también. El hombre accede al fin y come del fruto prohibido.

Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales. (Génesis, 3:7)

Al escuchar que Dios está en el jardín ambos se esconden. Y Dios pregunta:

«Adán... ¿Dónde estás?». Y él respondió: «Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí». Y Dios dijo: «¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?». (Génesis, 3:9-11)

La pregunta es muy concreta, pero Adán contesta:

La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. (Génesis, 3:12)

[...]

Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: «¿Qué es lo que has hecho?». Y dijo la mujer: «La serpiente me engañó, y comí». (Génesis, 3:13)

Dios se enfada y condena a la serpiente a vivir arrastrándose sobre su vientre y comiendo polvo toda su vida.

A Eva le dice:

Multiplificaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. (Génesis, 3:16)

Y a Adán:

Con el sudor de tu frente ganarás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; polvo eres, y al polvo volverás. (Génesis, 3:19)

Expulsó Jehová a ambos del jardín del Edén y dijo a los ángeles:

«He aquí el hombre: es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no coma también del árbol de la vida, y viva para siempre». Y puso querubines, con una espada encendida que se revolvía por todos lados, para cerrar el camino de regreso. (Génesis, 3:22-24)

Adán y Eva salen del Paraíso, expulsados, ya no con el taparrabos de hojas, porque parece que fuera del Paraíso hace frío, sino con un traje de piel que el propio Dios les hace.

La vida de la primera pareja sigue de manera interesante.

Ambos abandonan el Paraíso, con el conocimiento del bien y del mal. Y con ese nuevo saber hacen lo único que se les ocurre:

Conoció Adán a su mujer Eva...(Génesis. 4:1)

Por primera vez en su historia, y ya en el capítulo cuarto, Adán y Eva se «conocen», lo que según entendemos hoy el lenguaje de la Biblia quiere decir que mantienen relaciones sexuales. De este encuentro y conocimiento mutuo se engendran, por supuesto fuera del Edén, Caín y Abel, los dos primeros hijos de la pareja.

Hasta aquí la historia, extractada de manera un poco irreverente, pero fiel al relato original.

Moraleja

Dada la importancia de este relato y sus ya comentadas consecuencias en la determinación de nuestra identidad, actitud y creencias, se me plantea cada vez que llego hasta aquí una conclusión obvia y algunas preguntas un poco más atrevidas, que me gustaría compartir más adelante.

Lo obvio es la moraleja. En realidad las moralejas, en plural.

Mandatos y juicios que, quien más y quien menos, todos hemos recibido implícita o explícitamente, sea cual sea nuestra religión y el estado de nuestra fe.

También por eso, por esta vez no voy a extenderme demasiado en este punto del análisis.

La primera moraleja es más que evidente: hay que ser obediente. El que se rebela lo paga caro. Especialmente si te animas a desafiar una orden del mismo Dios.

La segunda no está dicha, pero así ha quedado en algún lugar del inconsciente colectivo.

Me refiero al «fruto prohibido» y al «pecado original», que falsamente, como veremos, la ignorancia atribuye a las relaciones sexuales entre Adán y Eva, aunque me apresuro en aclarar desde el principio que el texto bíblico nunca lo dice ni lo insinúa.

La otra puerta

La pista para encontrar este «algo más» de la historia apareció al seguir leyendo el texto bíblico solo algunos minutos más. Efectivamente, en lo poco que queda del capítulo cuarto del Génesis, Caín entrará en competencia con Abel por la mirada aprobatoria de Dios y todo terminará de la peor manera posible.

Y aconteció, andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante. (Génesis, 4:3-5)

Dios no miró con agrado la ofrenda de Caín...

Y dijo Caín a su hermano Abel: «Salgamos a caminar». Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató. (Génesis, 4:8)

Obviamente Dios sabe que Caín ha matado a su hermano y lo maldice:

Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra. (Génesis, 4:12)

Caín acepta su castigo lleno de culpa, pero también lleno de miedo, diciendo que quien lo hallare, le mataría.

Y dijo Jehová: «Cualquiera que dañare a Caín, siete veces será castigado...». Y puso una señal en Caín, para que no lo tocara el que le hallara. (Génesis 4:13-15)

Dios hace saber que quien lastime a Caín responderá ante Él. Caín es, pues, un intocable al cual nadie puede lastimar. Y, según cuenta la Biblia, continuó viviendo hasta los novecientos y tantos años, eso sí, siempre maldito de Dios...

Difícil de creer, ¿verdad? A Caín... el primer asesino... el fratricida. Dios lo maldice, pero no lo toca.

Es más, ante su miedo de ser atacado, ¡lo protege para que nadie lo mate!

Su castigo fundamental es... alejarlo de los demás.

No es que crea que esa condena no sea penosa o difícil, y tampoco creo ser quién para juzgar (y menos a Dios), pero pienso en sus padres, pobres santitos, Adán y Eva... y no me cuadra (como dicen hoy los jóvenes).

Por comer de un arbolito los condena a muerte, a trabajar el resto de su vida, a ser uno esclavo del otro.

Y entonces, siguiendo el consejo del profeta Elías (según me enseñó Paulo Coelho en su mejor libro *La quinta montaña*), me animo a cuestionar al propio Dios (aunque solo sea para intentar rescatarlo después...).

Pido perdón y pregunto: ¿qué clase de Dios es este? Porque, como mínimo, parece un Dios un poco raro, ¿no? Como mínimo un tanto injusto.

Uno puede dar la respuesta fácil de siempre diciendo: «El Jefe sabe. Si lo hace así, por algo será».

Y debe ser cierto, pero no podemos ser tan displicentes, ni siquiera con Él, por lo menos yo no puedo.

Siempre creí que encontrar una mejor respuesta que la condescendencia sumisa, podría ayudar a comprendernos y a conocernos más. Solo después del análisis y la digerida aceptación del mito de nuestro origen podremos sentirnos a gusto siendo quienes somos y formando parte de esta cultura. Vale recordar que este relato, por ser el del principio —más allá de la fe—, debe ser el que mejor relata los orígenes y la manera en que se ha formado nuestra cultura, el que demuestra cómo se sostiene nuestra sociedad.

Tenemos que dilucidar este misterio porque, además, si no somos capaces de resolver el enigma de la planteada contradicción y cuestionamiento, nos quedaremos con una imagen desacreditada o incomprensible de Dios; nos volveremos una sociedad atea en sentido literal o, peor aún, seremos eternamente una sociedad que vive en dependencia absoluta de un ser al que concibe como un maniático, un sádico perverso, un caprichoso insensato que hace lo que quiere con nosotros y que lo que quiere ni siquiera es para nuestro cuidado.

Y aclaro que la idea de vivir en un mundo donde no hay ninguna justicia, ni siquiera por parte del Jefe, es verdaderamente muy difícil de soportar...

No puede ser así.

Vayamos un poco más allá.

Si Dios no quería que el hombre comiera del árbol, ¿para qué lo puso?

¿Es esto, otra vez, una actitud sádica?

Pongo un árbol para que no comas, ¡y encima lo pongo con guirnaldas y luces de colores! Lo pongo en el centro, no solo para diferenciarlo bien de los demás árboles, sino también para que no puedas evitar tropezarte con él.

¿Por qué poner la tentación tan a mano? ¿Por qué tanto interés en que Adán se acuerde cada día, cuando come del árbol de la vida, de que de ese otro árbol, el del bien y el mal, no puede comer?

Como si esto fuera poco cuestionamiento, agreguemos que debemos darnos cuenta de que Dios, todopoderoso, omnisciente,

debía saber todo lo que iba a pasar...

¿O tal vez no lo sabía?

Esto es, una vez más, insostenible.

Admitamos, en beneficio de nuestra relación con Él, que colocó el árbol allí ex profeso para tentarlos, como símbolo de su libre albedrío y/o para poner a prueba su fidelidad, sabiendo que fracasarían...

Está bien. Pero entonces, ¿por qué les impone un castigo más grave y doloroso que el que decreta después para el que mata a su propio hermano?

La verdad es que esto deja nuevamente muchas dudas.

El intento de respuesta, ese de pensar que Dios quería que hiciésemos uso del libre albedrío para elegir finalmente la obediencia, no parece suficiente, por lo menos no desde este análisis. Me pone un árbol especial al lado de otro también especial, en el propio centro del Paraíso; me dice que el segundo está prohibido y lo hace tentador.

Y, de paso, yo me pregunto: ¿lo hace tentador para hacer más evidente que está prohibido, o me lo prohíbe y con eso consigue hacerlo aún más tentador?

Otra vez extraigo la idea de un Dios imposible, un Dios perverso que inventa un fruto especialmente tentador para prohibírmelo después y castigarme gravemente si desobedezco su orden de no caer en la tentación.

Y todavía hay algo más.

En el jardín del Edén había dos árboles, «el de la vida» y «el del bien y el mal».

Este último, el vetado, daba conocimiento sobre lo que está bien y sobre lo que está mal. Ahora pregunto: si Adán y Eva no habían comido aún el fruto, ¿cómo podían saber que desobedecer estaba mal? ¿Cómo puede el hombre elegir entre el bien y el mal sin saber nada sobre uno ni otro?

Desde esta perspectiva, que descarto desde inicio, el Jefe no solo es un sádico perverso, también un emblema de la injusticia institucionalizada y de la falta de derecho a la defensa.

Otra vez esta idea loca de la creación no se sostiene.

Deberemos buscar una mejor salida a nuestros problemas ya que,

de lo contrario, en nuestra cultura quedará establecido como norma este comportamiento autoritario y caprichoso.

Hemos crecido en este mito, condicionados consciente o subconscientemente.

Nos hemos quedado con la idea de que hay un paraíso que se pierde, por no obedecer. Una sugerencia de que volverá a pasar, si no hacemos caso.

La certeza de que hay un grave castigo al pecado de desafiar una prohibición.

Esto es lo que se enseña día a día en las casas, en las escuelas, en la calle, y es la base de nuestra educación moral. Es lo que nos esforzamos prolijamente en transmitir a nuestros hijos. Una y otra vez les decimos que si son buenos y obedecen les ocurrirá todo lo bueno; en cambio, si no obedecen, les sucederán muchas cosas malas. Y para que no les queden dudas creamos castigos efectivos capaces de demostrarles que somos para ellos la prolongación del todopoderoso Dios.

Por última vez.

¿Es este el gran mito, el relato de una injusticia divina, sostenida con valores de autoritarismo y venganza explícitos con los que sería imposible concordar? ¿Por qué es más grave el episodio de Adán y Eva que el de Caín? ¿Por qué se castiga más la desobediencia que el crimen? ¿Por qué casi se perdona a Caín, que sabe que está haciendo algo malo, y no a sus progenitores, que no saben que están desobedeciendo, aunque se enteren al hacerlo?

Respecto de la segunda historia, la del fratricidio, puedo encontrar una explicación, aunque sea humana, para esclarecer un misterio divino.

Dejemos claro que cuando el primer crimen sucede, el Jefe no había hecho explícita —ni a Caín ni a nadie— la prohibición de matar.

Ese pecado, el del asesinato, no era entonces la trasgresión de ninguna norma pautada. Podríamos pensar que, por lo tanto, Caín podía no tener conciencia de estar haciendo algo censurable (concedámosle el beneficio de la duda), aun cuando hubiera heredado de sus padres el ser consciente de la diferencia entre el bien y el mal.

De hecho, esta sí es una diferencia a favor de Caín si lo comparamos con el pecado del fruto prohibido. En aquel caso, Dios sí había avisado a sus primeros inquilinos de que no podían probar del fruto de ese árbol.

Pero quiero detenerme en una diferencia más.

Quiero poner el acento en lo que, para mí, es la gran diferencia.

Al darse cuenta de su falta, cuando el Jefe lo increpa, Caín baja la cabeza avergonzado. En cambio, Adán primero y Eva después, lo que hacen es intentar negar su responsabilidad. Adán incluso trata de responsabilizar al mismo Dios de su trasgresión («... la mujer que tú me diste»).

¿Por qué no pensar entonces que quizás esté aquí, y no en la injusticia de los castigos comparados, el verdadero aprendizaje que el mito debe mostrar?

Pensemos, pues, en la probabilidad de que la expulsión del Paraíso no haya sido consecuencia de caer en la tentación, sino de otra falta, quizás más grave: la de no haber aceptado la responsabilidad por lo hecho.

Y agrego: teniendo ya el conocimiento del bien y del mal.

Este Dios que propongo, y que creo más sensato, más justo y más comprensible, no castiga la desobediencia en sí —como hemos interpretado hasta ahora y como estamos acostumbrados a pensar—, sino el hecho de no hacerse responsable de su decisión de no obedecer...

Permíteme que me aleje un poco de la línea del razonamiento que llevo para destacar que, respecto de este episodio, hay en la historia una propuesta mucho más provocativa que la que aquí se propone. Un planteamiento peculiar y sugerente, anterior en varios siglos a las más audaces y atrevidas interpretaciones psicológicas modernas.

Me refiero a una idea que encontramos deslizada en el críptico y «prohibido» libro del Zohar, el más hermético de los textos de análisis bíblico de la tradición judía atribuido al primer cabalista, el rabino Shimon bar Yojai, y supuestamente escrito en el segundo siglo de nuestra era. Allí se insinúa por primera vez que en el episodio del Génesis donde se describe la expulsión del paraíso, fue el hombre quien, después de desafiar a Dios, lo expulsó del Edén, y no a la

inversa, de modo que siguió habitando el paraíso, pero de allí en adelante sin Dios.

interesante idea...

Acompáñame ahora a recorrer una historia de biblio-ficción.

Desarrollemos una alternativa a la historia que tradicionalmente se nos ha contado y, siguiendo la idea de Harold Kushner, miremos el mito desde una nueva perspectiva.

En esta otra versión, que bien podrían haber filmado Fellini, Almodóvar o Woody Allen, el mito original se modifica en el momento en que Eva se encuentra con la serpiente.

El ofidio, en efecto, tienta a la mujer para que coma del fruto prohibido, pero ahora Eva le dice:

—No. El fruto es tentador, pero está prohibido. Dios lo ordenó así.

La serpiente, astuta y seductora, intenta convencerla con la teoría del miedo del Jefe a que los humanos se vuelvan dioses.

Pero Eva contesta cortésmente:

—No, gracias.

Y sigue su camino por el Paraíso, de lo más campante...

Maravilloso, ¿verdad? Beso y medalla para Eva (aunque no tengamos dónde prenderle la medalla).

¿Qué pasaría después?

En esta versión, en la que Eva no come del fruto prohibido, tampoco pide a su compañero que coma.

Y cuando aparece el Jefe (que ya sabe lo que pasó porque, en esta versión, Dios pregunta poco o, por lo menos, no pregunta lo que ya sabe), los premia.

¿Y cuál es el premio?

Los dos pueden quedarse eternamente en el Paraíso comiendo del árbol de la vida y de todos los demás —menos de uno—, disfrutando del clima ideal, del alimento superabundante, de la paz y de la bendición de no tener que trabajar ni pensar en la muerte.

Todo bien.

Muy bien.

Divinamente bien.

Dos angelitos, ellos...

Les daremos premios, frutos más sabrosos y palmaditas en la

espalda...

Eso sí: ¡de hacer el amor, ni hablemos!

¿Cómo que no?

¡no!

Recordemos que la sexualidad aparece solo fuera del Paraíso, desde la conciencia del deseo, al darse cuenta de la desnudez propia y ajena, que vino añadida al conocimiento del mal (o del bien).

En esta historia alternativa de Adán y Eva premiados en el Paraíso, Adán, por supuesto, nunca aprenderá a usar un arado ni nada que se le parezca, porque no hay necesidad: todo es absolutamente perfecto y él se pasa los días saltando, caminando y escuchando a los pajaritos...

Eva no ha conocido los dolores de parto, ya que ni siquiera ha tenido la oportunidad de conocer los placeres del sexo.

Ambos viven eternamente... Y sin exigencias.

Eternamente satisfechos, estériles, solitarios e inmortales.

Y aún más.

Los hombres y mujeres de los que descendemos son supuestamente, y según el mito bíblico, el resultado generacional de la natural cadena de procreación sucesiva que comienza en aquellos primeros padres... Adán y Eva.

Por lo tanto, si ellos nunca se hubieran «conocido»... Ningún tipo de forma humana habría existido además de ellos, ninguna posibilidad de que alguien los acompañe, ningún descendiente, nada...

De la humanidad, cero.

Y de nosotros... obviamente... Nada de nada.

Es decir...

Si Eva no hubiese desobedecido, ¿habría sido esta la otra historia?

¿Debemos pensar entonces que, al final, hemos tenido suerte?

Voto que sí.

La primera mujer fue la mayor responsable de librarse a sí misma y a su hombre del previsible aburrimiento y de todas las limitaciones del Paraíso eterno, y salvó por añadidura a toda la humanidad de su inexistencia.

Después de este análisis tan poco ortodoxo, me parece evidente que el mito bíblico, tal como llegó a nosotros, tiene algo que decirnos,

un hecho revelador sobre el cual pretende llamar nuestra atención:
La humanidad existe porque a alguien se le ocurrió, alguna vez,
transgredir una norma,
cuestionar un mandato,
desconfiar de una palabra,
y desobedecer una regla...

La bendición del castigo.

Nuestra historia cultural, al igual que la personal, nos da a elegir entre la tranquilidad y la comodidad inmóvil de la obediencia o la inquietud de dejar de obedecer, de arriesgarse a transgredir y, a partir de ahí, luchar para conquistar el libre albedrío.

La libertad se conquista, como bien sugiere la Biblia, después de atreverse a saber sobre el bien y el mal. Y a este conocimiento, parece decir el mito, no se accede si antes no nos atrevemos a rebelarnos contra lo preestablecido.

El libre albedrío, aunque parezca una herejía, empieza fuera del Paraíso.

Seguramente algunos podrán creer que no considerar la expulsión del Paraíso como un «castigo» es una idea cuanto menos peligrosa, o que amenaza algún fundamento de nuestra fe... Yo creo todo lo contrario.

Interpretada la historia de esta nueva manera, puede verse la expulsión más como una oportunidad y una liberación que como una venganza divina, y desde allí Dios dejar de aparecer como un todopoderoso salvaje vengativo y rencoroso para volverse un brillante y amoroso estratega (aunque ahora que lo escribo me doy cuenta de que esto quizás le parezca a otros más que amenazador).

Sigo mi camino y vuelvo al tema.

¿Cuáles fueron los castigos para Adán y Eva, más allá de la expulsión?

Trabajar para ganarse el pan.

Depender de las decisiones de otro.

Parir con dolor.

Morir.

Imaginemos la voz de un padre o una madre diciéndole a su hijo estas mismas cosas en el lenguaje actual:

«Si no obedeces, no podrás seguir siendo un mantenido, un protegido, un nene; si quieres tomar decisiones, tendrás que trabajar para poder comprar con tus propios recursos lo que desees».

«Si no obedeces sin chistar lo que se te manda, nada te será fácil; en cambio, si decides obedecer sin cuestionar, podrás tener todo lo que necesitas. Si desobedeces... ¡Arréglatelas como puedas!».

«De todas maneras, ahora que no estaré siempre para protegerte, porque también yo voy a morir, es bueno que sepas que no eres autosuficiente, que siempre va a haber otro cuya decisión influirá sobre tu vida, en el presente y en el futuro».

Para una mujer, parir con dolor significa, tanto real como simbólicamente, muchas cosas; pero si leemos la frase con mente amplia y metafórica podremos llevar más lejos su interpretación: nada de lo que crees y nada de lo que generes te va a ser gratuito, tus decisiones siempre involucrarán a otros con quienes tendrás que aprender a convivir, desde tu nacimiento hasta tu muerte.

Ahora todo empieza a tener un nuevo sentido...

La salida del Paraíso está llena de avisos.

Señales metafóricas de aprendizaje, mucho más que castigos.

Estos «castigos» no son más que la sincera advertencia

de lo que es la vida fuera del Paraíso,
sin depender de nadie, siendo siempre tú,
el mayor responsable de lo que te pase.

De hecho estas sanciones se parecen demasiado a todo aquello por lo cual he trabajado toda mi vida como terapeuta. No hay ningún castigo.

Sostengo ahora, después de lo dicho, que Dios, hasta ese momento al menos... estuvo muy bien.

La fantasía de la creación es maravillosa...

Y la Biblia, vista como una metáfora, podría mostrar la historia de la evolución humana si podemos leerla de otra forma, si podemos verla con otros ojos.

Gracias a este «castigo», nosotros existimos.

Gracias a este «castigo», la humanidad progresa y así sigue

creciendo...

El mito de la creación, más allá de la idea del Dios creador y omnipotente, es la historia de lo que somos.

Expulsados del Paraíso,

aparecen todas las dificultades que nos harán crecer.

Aparecen los obstáculos...

y este es el precio de la libertad.

Ahora, fuera del Paraíso, todo depende de ti,

incluso, en alguna medida, la vida de tu hermano.

No suena bien, pero no está mal...

Aunque ahora, reconciliado un poco con el Jefe, me animo a un último cuestionamiento. Me es difícil tolerar la idea de un Dios que le dice a Adán que, por haber comido del árbol, debe saber que de polvo es y al polvo volverá, es decir, que morirá.

Parece ser una condena a muerte.

¿Lo será?

Puede ser...

¿De qué otra forma se puede leer la sentencia «Debes saber que morirás»?

¿Es una condena a muerte o es otra vez la revelación de una verdad ignorada?

Podríamos pensar que el castigo quizás no sea la muerte en sí, sino la aflicción que conlleva para Adán o para Eva (y para toda su descendencia) la conciencia de que algún día van a morir; el mero hecho de saber que la vida no es infinita, el hecho inmodificable de que no viviremos para siempre.

Pero si es así, de todas maneras, no parece un gran castigo.

Puestos a elegir, ¿quién en su sano juicio elegiría la inmortalidad?

Evidentemente, lo único penoso de este episodio es la conciencia absoluta de nuestra finitud, y eso, por supuesto, no es un castigo, es un despertar.

Bateson decía:

No podemos percibir el mundo,

solo podemos apoyarnos en la interpretación que hacemos de él.

El mundo no es como nosotros lo percibimos,

sino que solo habitamos el mapa que construimos.

Vivimos nuestra vida en concordancia y sintonía con ese mapa
y no con el mundo verdadero.

En esta lectura, que propongo de la mano de otros, nuestro progreso y crecimiento dependen de la desobediencia. Pero, claro está, cada uno debe decidir cómo interpreta la historia de la creación.

Podemos

trazar un recorrido donde se establezca que desobedecer o transgredir siempre tiene consecuencias nefastas...

O, por qué no,

trazar un recorrido donde atrevemos a lo nuevo, de vez en cuando, sea un punto de partida de cosas mayores y mejores.

Podemos

vivir pensando que dejarnos caer en la tentación de aquello que nos atrae terminará dañándonos.

O, por qué no,

pensar que quien traspasa una regla determinada siempre llegará más lejos que el que nunca se planteó la posibilidad de hacer algo diferente, no del todo avalado por la sociedad que lo antecede.

Podemos

ciertamente recorrer el camino con seguridad, aprovechando el mapa que los demás trazaron antes.

O, por qué no,

arriesgarnos a transitar los caminos nuevos porque tienen más posibilidades de aportar nuevas respuestas y experiencias diferentes.

En este recorrido hacia la sabiduría, mi propuesta es revisar nuestras creencias e ideas para tratar de cambiar el mapa que hasta hoy nos limitaba; explorar las costumbres heredadas y atrevemos a cambiarlas si de verdad ya no nos sirven.

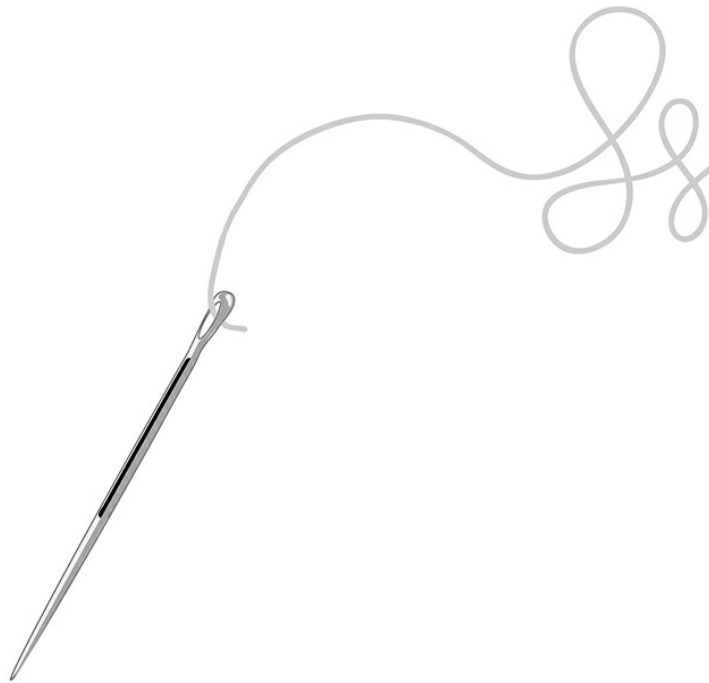
La revisión y el cuestionamiento nunca son negativos, aunque a veces la intención de hacerlo sí lo sea. Si todo sale bien después de las preguntas, las certezas son más tranquilizadoras, los mapas son más precisos y los rumbos más afinados.

Entendiendo desde este planteamiento provocador de la conducta divina, no puedo menos que coincidir con mi hijo, que una noche, y sin ningún antecedente, me sentó en su cama y me dijo:

—¿Sabes, papi?... Dios... ¡es un capo!

Capítulo 9

El sastrecillo valiente



Introducción

El sastrecillo valiente es un cuento popular alemán que se encuentra entre los recogidos por los hermanos Grimm en el primer volumen de sus *Cuentos de la infancia y el hogar*, pero sus primeras versiones literarias, al menos en cuanto al final de la historia, son muchos más antiguas y se remontan al siglo xvi.

El cuento pertenece a toda una serie de historias aleccionadoras que destacan cómo el ingenio puede vencer obstáculos que sería imposible superar con otros recursos como las armas o la fuerza bruta (luchar contra gigantes, capturar una fiera salvaje y hasta conquistar a una princesa).

Se trata de un cuento muy antiguo (unos doscientos años más viejo que la mayoría de los clásicos) que tiene, además, una particularidad que comparte con muy pocos cuentos de hadas: los protagonistas son seres humanos, normales o gigantes, pero de carne y hueso; y sus aventuras son contadas como si fueran reales, porque de hecho podrían serlo o haberlo sido. En *El sastrecillo valiente* no interviene la magia, ha sido reemplazada por la astucia y la creatividad del protagonista.

El cuento

Una mañana de primavera se encontraba un humilde sastrecillo sentado junto a su mesa, junto a la ventana. Estaba de buen humor y cosía con entusiasmo un abrigo que debía terminar para entregarlo esa misma tarde. El joven siempre disfrutaba de su trabajo, pero mucho más en los días en los que el solecito se colaba por el balcón entibiando e iluminando su taller a un tiempo.

Se encontraba pensando que nada podría hacer ese momento más placentero, cuando vio a una campesina que pasaba por la calle pregonando su mercancía:

—¡La mejor mermelada!... ¡Vendo! ¡Buena mermelada! ¡Casera y recién hecha la mermelada!

Aquello sonaba a gloria en los oídos del sastrecillo que, guiado más por su estómago que por su cabeza, se asomó por la ventana y llamó a la vendedora:

—¡Venga, buena mujer, suba, que aquí le aliviaré su carga!

Y allí subió la campesina, por las escaleras que llevaban hasta el taller del sastrecillo con su pesada canasta a cuestas. Siempre que tenía que vérselas con un posible comprador quería tener a mano TODOS sus dulces para enseñarlos, y creía firmemente que no podría vender un solo tarro si no lo hacía.

A veces sucede (y no siempre) que las falsas creencias de unos, o sus costumbres, encajan a la perfección con las manías o las preferencias de otros, y en este caso así sucedió. El sastre era de esos clientes que miraban los tarros y los volvían a mirar uno por uno, metiendo en ellos las narices dos y tres veces antes de decidirse.

Por fin, después de oler y mirar los tarros dijo:

—Todas las mermeladas parecen realmente buenas, querida señora. Póngame un cuarto kilo de cada una... y si se pasa un poco no vamos a discutir por eso.

La mujer le dio lo que pedía y, después de cobrar sus monedas, se marchó por donde había venido, refunfuñando acerca de su mala suerte: los mejores clientes siempre vivían en las plantas altas.

De nuevo a solas, el sastrecillo metió un dedo en uno de los tarros y, después de probar su compra, exclamó:

—¡Qué buena! Dios bendiga esta mermelada y me dé salud para disfrutarla...

Y, sacando un pan de la despensa, cortó una rebanada grande y la untó con mermelada. Miró el delicioso bocado como quien contempla una obra de arte y, sintiendo que se le hacía la boca agua, le dio un generoso mordisco.

—¡Delicioso! —dijo en voz alta.

El sastre apoyó la rebanada de pan sobre la mesa y continuó cosiendo. Estaba tan contento que las puntadas le salían cada vez más largas.

Mientras pasaba la aguja de aquí para allá, ida y vuelta, se relamía, congratulándose con su decisión. El dulce aroma que desprendía la mermelada se extendía por la habitación, hasta que algunas moscas, atraídas por el olor, se lanzaron sobre el pan como un verdadero enjambre.

—¡Eh!, ¿quién os invitó? Fuera de mi pan... —gritó el sastrecillo, agitando las manos para espantar a las indeseables visitantes.

Pero las moscas, que no entendían su idioma, lejos de hacerle caso, volvían a la carga en bandadas cada vez más numerosas.

El sastrecillo, por fin, perdió la paciencia; y muy irritado, cogió un trapo y, al grito de «¡Ahora vais a ver!», descargó sobre ellas un mandoble con la pesada tela.

Al recoger el trapo vio que algunas moscas estaban inmóviles en el suelo. Las miró y las contó: había liquidado nada menos que a cinco de aquellos invasores insectos.

—¡Vaya campeón! —se dijo, admirado de su propia puntería—. ¡Siete de un solo golpe! Esto tiene que saberlo toda la ciudad...

—¡Qué digo la ciudad!...—añadió—: ¡el mundo entero debería enterarse!

Estaba eufórico, su corazón palpitaba de alegría como el rabo de un perro cuando encuentra un hueso. Para premiarse, cortó con arte unos metros de tela roja y con ella se fabricó una banda que cruzó sobre su pecho. Cuando la hubo armado y cosido le bordó en grandes letras:

«SIETE DE UN GOLPE»

Al verse con ella frente al espejo se sintió orgulloso de sí mismo y se quedó convencido de que su taller era demasiado pequeño para albergar su hazaña. El sastre salió al balcón y se plantó frente a un gorrión al que siempre daba algunas migas de pan. Quizás esperaba del pajarillo un aplauso o una

canción, pero no sucedió ni una cosa ni otra. Así que decidió probar suerte con sus vecinos. Quizás para volver a intentar más tarde recibir la aprobación de su amigo alado, al salir se metió en un bolsillo un pedazo de pan viejo y en el otro al pequeño pajarillo.

Fuera del taller, la vecindad andaba preocupada por sus asuntos y ninguno de los transeúntes parecía demasiado interesado en la banda que adornaba el pecho del sastre. Lo cierto es que estaban inquietos por los ataques del gigante que cada noche asolaba sus huertos y gallineros, robando su cosecha y sus animales.

—Algo habrá que hacer... —decía el panadero.

—Sí... —comento la esposa del zapatero—, pero, ¿quién se animará a dar el golpe que nos libre de su presencia?

El sastre, sin escuchar el resto de la conversación, en cuanto oyó la palabra *golpe* saltó al centro del corrillo que formaban los vecinos para mostrar su banda:

—¡Yo!... ¡Yo! —gritó, mostrando su estandarte—. ¡Por algo maté siete de un golpe!

—¿Siete de un golpe?—preguntaron.

—Siete —afirmó el sastre, sacando pecho.

—Asombroso... —dijeron todos, pensando que había matado cinco gigantes.

Y entonces empezaron a aplaudirlo y a vitorear su nombre, mientras el herrero y el fontanero lo levantaban en andas y lo llevaban hasta la salida del pueblo, entre los abrazos y los palmeos en la espalda de toda la gente.

—Si es cierto lo que dices y mataste siete tú solo —le dijo el cura del pueblo— poco te costará hacerte cargo de uno más... ¡Hazlo por nosotros!

—No hay problema —dijo el sastre—. Cuenten con ello...

—¡Nuestro héroe!... ¡Valiente!... ¡Salvador!... —gritaban sus vecinos, empujándolo montaña arriba.

—No es para tanto —dijo el sastre.

—¡Y además modesto! —corearon todos.

Cuando llegó arriba de la montaña, en el punto más alto, se encontró con un gigante que estaba allí sentado, mirando plácidamente el paisaje.

El sastrecillo se le acercó con atrevimiento y le dijo:

—¡Buenos días, camarada! ¿Qué tal? ¿Necesitas ayuda?

El gigante miró al sastrecillo con desprecio y le dijo:

—¡Quítate de mi vista, imbécil! ¡Aunque necesitara algo no sería de ti! Miserable criatura...

—No te fíes de las apariencias —dijo el sastre y, mostrándole su galardón, agregó—: ¡Aquí puedes leer qué clase de hombre soy!

El gigante leyó: «Siete de un golpe» y empezó a dudar de la identidad del recién llegado.

—¡A ver si eres capaz de hacer esto! —le dijo, y agarrando una piedra, la apretó entre sus dedos hasta que la partió en dos.

El sastre pensó un momento y luego le dijo:

—¿Eso? ¡Para mí es un juego de niños!

Y fingiendo que recogía una piedra sacó de su bolsillo el trozo de pan que traía y lo apretó hasta reducirlo a migajas.

—¿Qué me dices?—desafió el joven.

El gigante no supo qué contestar. Apenas podía creer que aquel hombrecillo tan delgado y pequeño pudiera superarlo en fuerza.

—Anda, hombrecito, a ver si eres capaz de hacer algo parecido a esto —y tomando otra piedra, la lanzó tan alto que la vista apenas podía seguirla.

—¿Un buen tiro! —dijo el sastrecillo—. Déjame probar.

Y fingiendo otra vez tomar una piedra, cogió el pajarillo que llevaba en el otro bolsillo y lo lanzó al aire.

El pájaro, encantado de verse libre, se elevó por los aires y se perdió de vista.

—¿Qué te pareció este tiro, camarada? —preguntó el sastrecillo.

—Tirar piedras sí que sabes —admitió el gigante—. Ya que te ofreciste, ayúdame a mover ese árbol para que no moleste el camino.

Y llevando al sastrecillo hasta un majestuoso roble que estaba derribado en el suelo, le dijo:

—Llevémoslo un rato cada uno. ¿Comienzas tú o comienzo yo?

—Vamos juntos... Tú, cárgate el tronco y yo me encargaré de la copa, que es lo más pesado. Ve adelante, yo te sigo...

Así, en cuanto el gigante se echó al hombro el tronco, el sastrecillo se sentó sobre una rama, de modo que el gigante, que no podía volverse, tuvo que cargar también con él, además de todo el peso del árbol.

El sastrecillo iba de lo más contento, tarareando alegremente una canción, hasta que dijo el gigante:

—Dejémoslo por aquí.

—Bien —dijo el sastre—. A la de tres... Uno... dos... y ¡tres!

Y al decir «tres» saltó ágilmente al suelo y se frotó las manos como si hubiese venido sosteniendo el roble todo el tiempo.

El gigante, que era muy fuerte y muy grande, pero bastante ingenuo, estaba convencido de que se encontraba ante un humano con poderes sobrenaturales. Después de todo, así lo anunciaba el galardón que alguien le había dado:

—Gracias por tu ayuda, amiguito —le dijo—. Si prometes no hacernos daño puedes pasar la noche con nosotros, los gigantes.

El sastrecillo agradeció la invitación, pero le dijo que tenía que seguir su camino.

El gigante, con una mezcla de gratitud, miedo y admiración, se quitó un rústico anillo de cobre que llevaba en el dedo pequeño y se lo obsequió.

Tras mucho caminar, el sastrecillo llegó al jardín del palacio real. Cansado del viaje y de cargar en su espalda el peso del regalo del gigante, se echó a dormir sobre la hierba.

Mientras dormía se le acercaron varios cortesanos, lo examinaron de arriba abajo, leyeron en su bandolera «Siete de un golpe» y vieron el anillo gigantesco a su lado.

—¡Ah! —exclamaron—. ¿Qué hace aquí tan terrible hombre de guerra, ahora que estamos en paz? Sin duda será algún poderoso caballero.

Y corrieron a dar la noticia al rey, diciéndole que en su opinión sería un hombre extremadamente valioso en caso de guerra y que, en modo alguno, debía perder la oportunidad de ponerlo a su servicio.

El rey escuchó el consejo y envió a uno de sus nobles para que averiguase si era cierto lo que se decía de ese hombre y para que, si era verdad, le hiciese una oferta en cuanto despertara.

El emisario permaneció junto al durmiente y, cuando vio que abría los ojos y despertaba, le preguntó.

—¿Es cierto lo que dice tu galardón? —preguntó.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso, insolente? —dijo el sastre que ya no quería que se dudara de su valía.

—Perdón, Excelencia —dijo el enviado—. Lo que quería preguntar es si ese anillo pertenecía a uno de los gigantes.

—¿A quién si no? ¿Tú conoces alguna persona que tenga un dedo de este tamaño?

—Por supuesto que no —dijo el emisario—. Yo estoy al servicio del

soberano en el palacio. Estoy seguro de que al rey le encantaría conocerte y poder ofrecerte su hospitalidad.

—Estoy dispuesto a visitar al rey, si ese es su deseo —respondió el sastrecillo con una elegante reverencia.

Así que lo recibieron con todos los honores y le prepararon una residencia especial para él.

Pero los soldados del rey estaban molestos con él y deseaban verlo a mil leguas de distancia.

—¿Qué ocurrirá? —comentaban entre sí—. Si nos peleamos con él y nos ataca, a cada golpe derribará a siete. Eso no lo resistiremos.

Tomaron, pues, la decisión de presentarse al rey y pedirle que los licenciase del ejército.

—No estamos preparados —le dijeron— para estar al lado de un hombre capaz de matar a siete de un golpe.

El rey se disgustó mucho cuando vio que por culpa de un recién llegado iba a perder a todos sus fieles servidores.

Se lamentaba de haber visto al sastrecillo y gustosamente se habría desembarazado de él, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a que lo matara junto a todos los suyos y luego ocupase el trono.

Estuvo pensándolo largamente hasta que, por fin, encontró una solución.

Mandó decir al sastrecillo que, siendo tan poderoso guerrero, tenía una propuesta que hacerle. En un bosque del reino vivían dos ogros que causaban enormes daños con sus robos, asesinatos, incendios y otras atrocidades; nadie podía acercárseles sin correr peligro de muerte.

Si él lograba vencer y exterminar a estos dos ogros recibiría la mano de su hija y la mitad del reino como dote nupcial.

—Acepto honrado, majestad —respondió—. Acabaré muy pronto con esos dos ogros. El que derriba a siete de un solo golpe no teme enfrentarse a dos bandidos.

Así, pues, el sastrecillo se puso en marcha, escoltado por cien jinetes.

Al llegar al lindero del bosque, dijo a sus acompañantes:

—Esperen aquí. Acabaré yo solo con el trabajo que me han encomendado.

Y, de un salto, se internó en el bosque, donde empezó a buscar por todas partes.

Al cabo de un rato descubrió a los dos ogros: estaban durmiendo al pie de un árbol y roncaban tan fuerte que las ramas se balanceaban arriba y abajo.

El sastrecillo, ni corto ni perezoso, se llenó los bolsillos de piedras y trepó al árbol.

Antes de llegar a la copa se deslizó por una rama hasta situarse justo encima de los durmientes; entonces, desde un lugar donde no podía ser visto, comenzó a tirarle a uno de los ogros una piedra tras otra, apuntándole al pecho.

El ogro, al principio, no sintió nada, pero finalmente reaccionó dando un empujón a su compañero y diciéndole:

—¿Por qué me molestas?

—Estás soñando —dijo el otro—. ¡Yo no he hecho nada!

De nuevo se echaron a dormir y, entonces, el sastrecillo le tiró una piedra al otro.

—¿Qué significa esto? —gruñó el ogro—. ¿Por qué me tiras piedras?

—No te he tirado ninguna piedra —refunfuñó el primero.

Aún estuvieron discutiendo un buen rato; pero, como los dos estaban cansados, dejaron las cosas como estaban y volvieron a cerrar los ojos.

El sastrecillo siguió con su peligroso juego, pero esta vez eligió la piedra más grande que pudo levantar y se la tiró con toda su fuerza al primer ogro, dándole en todo el pecho.

—¡Esto ya es demasiado! —gritó furioso el ogro, y saltando como un loco arremetió contra su compañero, empujándolo con tal fuerza contra el árbol que lo hizo temblar.

El otro le pagó con la misma moneda y, empujón va, empujón viene, los dos se enfurecieron tanto que arrancaron de cuajo dos árboles enteros y estuvieron golpeándose con ellos hasta que ambos cayeron desmayados de cansancio al mismo tiempo.

Entonces el sastrecillo bajó del árbol, agradeciendo al cielo que ninguno de los dos ogros lo hubiese arrancado, y, desenvainando la espada, asestó una estocada mortal a cada uno en el corazón.

Enseguida se fue a ver a los jinetes del rey, que esperaban en la linde del bosque.

—Se acabaron los ogros —les dijo.

—¿Cómo fue la pelea? —preguntaron todos.

—Debo reconocer que ha sido un trabajo verdaderamente duro —exageró el sastre—. Se pusieron a arrancar árboles para defenderse; pero, cuando se

tiene enfrente a alguien como yo, que mata a siete de un golpe, no hay defensa que valga.

—¿Y no estás herido? —preguntaron los jinetes.

—Ni por asomo —dijo el joven—; no me tocaron ni un pelo.

Los jinetes, que casi no podían creerlo, se internaron en el bosque y allí encontraron a los dos ogros flotando en su propia sangre y, a su alrededor, los árboles arrancados de cuajo.

El sastrecillo se presentó al rey para exigirle la recompensa ofrecida; pero el rey se hizo el remolón y maquinó otra manera de deshacerse del héroe.

—Antes de que recibas la mano de mi hija y la mitad de mi reino —le dijo —, tendrás que llevar a cabo una nueva hazaña. En el bosque se encuentra un peligroso jabalí que hace grandes estragos y mata a nuestra gente: es necesario capturarlo cuanto antes.

—Menos temo yo a un jabalí que a dos ogros —respondió el sastrecillo—. Siete de un golpe: esa es mi especialidad.

Y se internó en el bosque, dejando afuera los cazadores que el rey había elegido para acompañarlo.

Tan pronto vio al sastrecillo, el jabalí se lanzó sobre él mostrando sus afilados colmillos y echando espuma por la boca. El ágil joven no tenía ni idea de cómo enfrentar a tamaña bestia, así que solo se le ocurrió correr tan rápido como le permitían sus piernas.

Mientras huía, pensaba dónde podría refugiarse del salvaje animal y recordó la vieja ermita abandonada.

Hacia allí se dirigió y entró a la carrera por la angosta puerta que daba acceso al sagrado lugar. Corrió hacia el fondo y, de un salto, pudo salir por la ventana que daba al jardín, trabando los postigones desde afuera.

El jabalí había entrado tras él en la ermita; pero cuando se dio cuenta de que su presa se le había escapado ya era tarde para arrepentirse; el sastrecillo ya había dado la vuelta y estaba cerrando la puerta con pasador y cerrojo, con lo que el enfurecido animal quedó apresado dentro del lugar.

No se sabe si a gusto o a disgusto, el rey tuvo que cumplir su promesa y le dio al sastrecillo la mano de su hija, que estaba feliz de estar junto a un hombre noble tan valeroso y que había enfrentado tantos peligros para ganar su mano.

Y así fue como se convirtió en todo un rey un simple sastrecillo de pueblo.

Pasado algún tiempo, la joven reina empezó a notar que su esposo hablaba

en sueños. Al principio trataba de no escucharlo. Se cubría la cabeza con almohadas, se ponía tapones de cera en los oídos, tomaba algún brebaje para dormir más profundo...

Pero un día, oyó lo que su esposo murmuraba en sueños:

—Sí, señor, cómo no... tendré su compostura lista mañana... No me regañe, señora, el zurcido llevará todavía un par de horas... Cómo no, caballero, puede pasar a buscar su chaqueta el fin de semana...

Entonces la joven se dio cuenta de la baja condición social de su esposo y, sin siquiera proponérselo, comenzó a tratarlo con desprecio, pensando seguramente que un pobre sastre no merecía ningún respeto y mucho menos merecía ser rey.

La reina mandó llamar al jefe de su guardia personal y le dijo que había descubierto, al oír a su esposo hablar en sueños, que en realidad el rey era un plebeyo, ya que como todos saben en los sueños no se miente. El soldado comprendió perfectamente lo que la reina le estaba pidiendo así que le dijo:

—Su alteza, deje abierta esta noche la puerta de su habitación, que mis soldados entrarán en ella cuando el rey se haya dormido; lo secuestrarán y lo conducirán en un barco a tierras lejanas.

La reina quedó complacida con la propuesta y esperó la noche ansiosamente.

Pero sus planes no terminaron bien porque el fiel escudero del rey, que oyó la conversación de la reina con el guardia, le contó lo sucedido a su señor.

Cuando llegó la noche, se fue a la cama con su mujer y fingió que se quedaba dormido de inmediato. La esposa, al creer que su marido ya dormía, se levantó para abrir la puerta del dormitorio, cumpliendo su parte del plan.

El sastrecillo, fingiéndose dormido, comenzó a hablar, como en sueños, en voz bien alta para que lo escuchasen todos, especialmente la guardia.

—¡Fuera de aquí, esclavos e indignos! En este reino no se admiten impíos. He dejado un imperio para estar aquí, y ahora debo asumir mi responsabilidad.

Los guardias estaban confundidos: si nadie miente en sueños, entonces la que mentía era la reina...

—He estado en mil batallas y matado a mil y un hombres, maté a siete gigantes de un golpe, a dos ogros y a un jabalí salvaje...

El joven dejó pasar unos minutos, emitió un ronquido y siguió:

—¿Creéis acaso que voy a temer a los traidores que están esperando fuera

de mi dormitorio? Los mataré de un golpe, como a los gigantes, en cuanto los vea...

Los soldados, al oír estas palabras, salieron huyendo de palacio jurando a los dioses que nunca jamás se les ocurriría acercarse a ese hombre tan valiente y poderoso.

Así, el joven sastre siguió siendo rey durante toda su vida, pero dicen que nunca perdió el miedo de revelar su secreto en sueños y que, por eso, jamás volvió a dormir de noche.

Moraleja

Esta es la historia de un pequeño sastrecillo que se beneficia de un equívoco para conseguir algo que, hasta entonces, nadie había logrado: dejar de pertenecer a su clase para transformarse primero en caballero mimado de la corte y finalmente en monarca del reino. Las herramientas que recomienda el cuento son varias, pero todas al alcance de cualquiera que desee utilizarlas:

- ingenio,
- picardía,
- astucia,
- visión,
- perseverancia,
- optimismo,
- autoestima.

Y, aun sabiendo que el niño lector se identificará con el héroe que triunfa en su aventura, propone además actitudes no demasiado virtuosas desde el punto de vista de la moral, tanto la de entonces como de la de ahora:

- la trampa,
- el engaño,
- el abuso de los que menos saben,
- la mentira.

Me dirás que la mentira del sastre es diferente de la del rey (de hecho, al principio por lo menos, la actitud del pobre sastrecillo parece

más la de alguien que pretende «inducir al error» o «aparentar», que mentir), y tendrías razón. Es evidente que cualquiera puede simpatizar con el pobre muchacho y pocos lo harían con el poderoso rey que pretende incumplir lo prometido. Sin embargo, la moraleja del «truhan triunfante» no deja de ser perturbadora y «políticamente incorrecta». Creo que para comprender este aval del cuento a la mentira o la trampa que defiende a los débiles, los buenos o los desposeídos, pero no a cualquiera, debe ser analizada teniendo en cuenta la perspectiva histórica del momento en el que aparece el cuento. Una época en la que las posesiones, y hasta la vida de los pobres, estaban en manos de los caprichos y engaños del poderoso señor, que se erigía dueño de todo.

Mentir para obtener un beneficio injusto, por odio, por envidia, en un vínculo asimétrico, cuando el que miente posee más poder que el engañado, tiene siempre una connotación negativa, y el cuento así lo deja traslucir, a la vez que, de alguna forma, concede al más débil el permiso de tender una trampa, mentir o engañar al poderoso que abusa de su posición, como acto de justicia.

Y esto no es todo. *El sastrecillo valiente* honra además el coraje del protagonista que, si bien se aprovecha de la confusión de otros, también se anima a sacar pecho frente al peligro para ir en pos de su sueño, y ese mérito es finalmente el que recibe el premio.

La otra puerta

A cualquiera que se ocupe de analizar los cuentos de hadas le llamará la atención, tanto como a mí, la actitud empática que aparece siempre y en todos los ámbitos para con el protagonista de la historia, cuando se lee este cuento. ¿Por qué lo miramos con una sonrisa? Al fin y al cabo es un truhan y un mentiroso, o por lo menos alguien que se aprovecha de la bobería ajena...

Puedo esgrimir dos respuestas a esta pregunta. La primera es la manera indudablemente encantadora con la que se presenta al

personaje, una mezcla de héroe pícaro y astuto gladiador, que lucha siempre en desventaja para ganarse la mano de su amada.

Escribo esto y recuerdo la catarata de emociones encontradas que sentí, como muchos, después de ver aquella maravillosa película: *Alguien voló sobre el nido del cuco* (*One flew over the cuckoo's nest*). En ella, un espectacular Jack Nicholson compone de manera tan magistral al psicopático protagonista que el espectador no puede evitar sentir cierta simpatía hacia el antisocial personaje. Al final el público terminaba horrorizándose de las reales deficiencias del sistema (que, ciertamente, no puede con él), compadeciéndose de su suerte y olvidando, como por arte de magia, la gravedad de su patología y de sus antecedentes.

La segunda razón que nos lleva a perdonar y justificar a estos transgresores es que, como ya debes imaginarte, en algún punto, nos identificamos con ellos.

¿Quién no ha mentido alguna vez al describirse, a la hora de intentar mostrar una identidad más atractiva, segura y seductora?

¿Quién no ha justificado una mentira rebajándola a mentirijilla «blanca», para hacer más digerible la aceptación de lo que es inaceptable?

¿Quién no ha exagerado su mérito en un logro, o desmerecido la importancia de un error grave que ha cometido y que podría haberse evitado?

¿Quién, finalmente, no ha «dejado correr» algo que sabe que no es verdad, amparándose en la absurda excusa de «¿Yo nunca dije que fuera así», pensando en el provecho que le reportaría el error ajeno?

Y no dejemos fuera de esta lista el uso y abuso de nuestra aliada eterna, la mentira «piadosa»...

Sin embargo, el mensaje del cuento no pasa por la crítica de la mentira; de hecho, pareciera que al protagonista le ha ido muy bien con su estrategia. Y tampoco creo que la intención del autor fuera dedicar un elogio al engaño... ¿Entonces?

En efecto, el protagonista ha vivido su historia exitosa e increíble montado en su astucia y en la fama que se ha hecho de temible y poderoso. Pero algo no está del todo bien: el sastre sabe o piensa que le debe todo lo que ha conseguido a esa fama y que, para

mantenerse en el lugar al que ha llegado, tiene que ser capaz de sostener esa imagen durante el resto de sus días (y su entorno así se lo confirma casi a diario). Al pobre hombrecito le ha pasado lo que a muchos que recorren, consciente o inconscientemente, un camino similar.

El sastrecillo se ha quedado atrapado por el personaje que alguna vez inventó, o dejó que otros inventaran, y se da cuenta al final de que se ha condenado a seguir fingiendo que es quien en realidad no es, ya que sus logros —y hasta su vida— dependen de ello.

Y este es el punto alrededor del cual creo que gira el verdadero mensaje del cuento de *El sastrecillo valiente*.

Si quisiéramos enunciarlo en una sola frase sería más o menos así:

Si construyes un mundo de mentiras,
ese mundo falso terminará siendo tu prisión.

En esencia, el cuento parece gritarnos desde el relato que el problema de mentir no está en la violación ética, sino en la obligación con que nos carga esa decisión: la de sostener nuestras mentiras, seguramente a un precio cada vez más costoso.

Gran parte de nuestra identidad, la de todos, está conformada por capas y capas de personajes, hábitos, creencias y prejuicios que alguna vez ciertamente nos han defendido de amenazas reales e imaginarias. Lo demás, lo poco que quede fuera de este estante, es la presión que recibimos en nuestra relación con los otros, que muchas veces insisten en creer que somos como alguna vez fuimos, que somos como deberíamos ser o que somos como nunca fuimos.

Quizás el cuento, o estas palabras, te empujen a pensar en actualizar la imagen de la persona que eres y seguramente sea saludable que lo hagas, esta vez y siempre... Y, sin embargo, será también bueno saber y recordar que cualquier cosa que se pueda enunciar diciendo «Yo soy así y no de otra manera» es el estandarte de una mentira, la reja de una prisión y el recorte de una potencialidad que, tarde o temprano, como al sastrecillo, nos exigirá mucho más que lo que nos da.

Renunciar a cualquier parte de nosotros es irremediabilmente dañino, especialmente claro si entendemos en ese *nosotros* todo lo

que somos, lo que fuimos y nuestro potencial actual de llegar a ser lo que seremos en otro momento.

Si tomamos como ejemplo una polaridad cualquiera de las que usamos para definirnos y nos miramos con honestidad y en el tiempo, sabremos que cualquier encasillamiento que hagamos es, en el mejor de los casos, una tendencia, y esta es un modelo aprendido y, además, efímero.

Y es que, afortunadamente, todos tenemos la plasticidad necesaria para no ser solamente un polo de una línea de virtudes o defectos.

Quizás por eso la sabiduría popular sentencia: «Todo pesa cuando ya no sirve».

Recorrer la vida que nos queda por delante, pasar de plano o simplemente seguir creciendo es también (o quizás muy especialmente) dejar atrás aquellos preconceptos y vivencias relacionadas con el que fui y no con el que soy.

Pero eso no es fácil.

Nuestra personalidad es, de alguna manera, un lugar protegido, un espacio creado entre nosotros y otros donde hemos crecido hasta llegar a estar donde estamos, tener lo que tenemos y desear lo que pretendemos. Aunque tomemos conciencia de que a veces esto que somos no es auténtico, o nos limita, no será fácil abandonar la seguridad de lo conocido que nos ofrece este refugio. Dejarlo nos asusta porque implica, por fuerza, la disolución de algunas fronteras seguras o históricas del yo.

Chuang Tzú fue uno de los filósofos chinos más importantes de la historia. Vivió 300 años antes de Cristo y fue, junto con Lao Tse, uno de los pensadores más emblemáticos del taoísmo. Una parábola que lo tiene como protagonista cuenta que, una noche, Chuang Tzú soñó que era una mariposa. El sueño fue tan vívido que, al despertar, el hombre no sabía si era Chuang Tzú que había soñado que era una mariposa, o era una mariposa que estaba soñando que era Chuang Tzú. Una pequeña historia que, de alguna manera, nos obliga a pensar, desde el misterioso planteamiento del soñador, que quizás nuestra identidad (aquello que somos o que creemos ser) no sea algo tan evidente, seguro e incuestionable como en general nos parece.

Deberíamos ser capaces de salirnos de algunas actitudes que

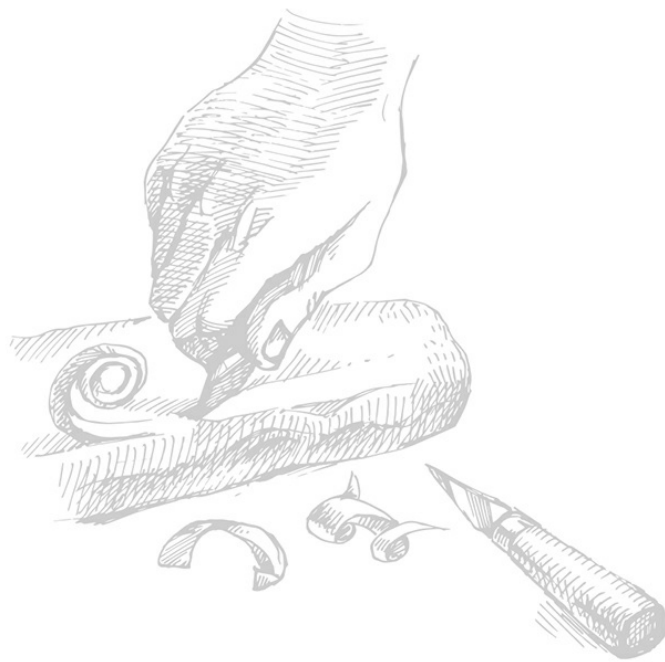
hemos aprendido a mostrar como si fueran todo lo que somos, dejar algunos disfraces que usamos quizás demasiado frecuentemente y quitarnos algunas de las máscaras detrás de las cuales nos solemos esconder. Es necesario darse cuenta de que hacer siempre lo mismo probablemente traiga a nuestras vidas un poco más... de lo mismo.

Yo no pretendo que cada mañana nos preguntemos si somos los que sueñan o los soñados, pero he trabajado y te propongo lo mismo: que intentes no quedarte atrapado en la idea de lo que eres, de todo lo que crees que eres, y mucho menos para satisfacer el deseo o la necesidad de otros.

Y ya que aquí estamos, aprendamos entonces a reescribir con consciencia y responsabilidad el guion determinado por los mandatos de nuestra educación y luchemos contra los condicionamientos que arrastramos desde aquel entonces. Quizás ya no haya necesidad de seguir mostrándose invencible ni poderoso, quizás ya no necesitemos de la caricia que viene de algunas mentiras. Quizás ya ni siquiera nos guste de verdad el puesto del rey.

Capítulo 10

Las aventuras de Pinocho



Introducción

Pinocho es el muñeco construido por Gepeto, un viejo carpintero imaginado por Carlo Collodi para una historia en entregas que fue publicada en un periódico italiano entre 1882 y 1883 con el título de *Storia di un burattino*.

Pinocho ocupa también un lugar muy especial entre los cuentos, ya que la historia tal como la conocemos dista mucho más que en otros casos del relato original que la inspiró, tanto en la forma como en la trama. Baste decir, por ejemplo, que en su primera edición la historia de Pinocho se cuenta en casi cuatrocientas páginas.

El viaje y la aventura son aquí más que explícitos e implican varias y significativas metamorfosis: de pedazo de madera a marioneta, de marioneta inerte a títere viviente, de títere a burro, de burro otra vez a títere más adulto y de aquí a niño de carne y hueso.

Y esto es consecuencia del momento histórico de su aparición. En el siglo XIX toda la sociedad «culta» hablaba y discutía con pasión el asunto de la alquimia, la piedra filosofal y la transformación de una cosa en otra. Frankenstein, el Golem, y el propio Pinocho son ejemplos y respuesta literarias de aquella época a ese interés, que desembocará algunos años después en miles de relatos sobre robots que aparecen primero como elementos complementarios «de reparto» y luego como protagonistas de tantas historias de ciencia ficción inspiradas en estos antecedentes.

En el caso de Pinocho, cuando este se enfrenta al mundo real surgen los problemas, derivados del mal uso que hace de su recién descubierta «libertad», que deberá encauzar desarrollando una postura moral correcta y abandonando para siempre la infantil pretensión de recibirlo todo a cambio de nada.

El cuento

Esta es la historia de un pedazo de madera. Un leño de esos duros y sólidos, con los que en el invierno se encienden las estufas y chimeneas para calentar las casas.

Dios sabe cómo, este leño fue a parar cierto día al taller de un viejo carpintero, Maese Cereza, que lo rescató de entre una pila de leña con la idea de hacer de él una nueva pata para su desvencijada mesa.

Sin embargo su plan nunca se haría realidad, pues cuando ya en el taller Maese Cereza se disponía a dar el primer hachazo, se quedó con el brazo levantado en el aire al oír una vocecita muy fina, muy fina, que decía con acento suplicante:

—¡No! ¡No me des con el hacha!

¡Ya os imaginaréis cómo se quedaría Maese Cereza! Sus ojos asustados recorrieron la estancia para ver de dónde podía salir aquella vocecita, pero no vio a nadie.

Miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nadie; en el cesto de las astillas y de las virutas, y nadie; abrió la puerta del taller, salió a la calle, y no vio a nadie tampoco. Intrigado, pegó un oído al leño para escuchar si alguien se quejaba desde su interior.

—Sí, soy yo que te hablo—dijo la vocecita, como si hubiera escuchado sus pensamientos—. ¡Y no te atrevas a lastimarme!

Esta vez Maese Cereza se resbaló de su banco y cayó sentado en el suelo haciendo volar una nube de serrín.

Allí se quedó un rato mientras pensaba que tenía que deshacerse de ese pedazo de madera que hablaba y que también debería dejar de beber vino barato.

Las casualidades, que son tan raras en la vida real, son asunto cotidiano en el mundo de los cuentos... Y para probar este punto, entró en ese momento en el taller de Maese Cereza su vecino y colega Gepeto.

Mientras le ayudaba a ponerse de pie, Gepeto le contó el motivo de su visita.

—¿Sabe querido amigo? Estoy pensando en hacer un títere de madera; pero diferente, maravilloso, único. ¿Entiende? Quisiera que pudiera bailar, trepar y dar saltos mortales. Cuando lo tenga listo me dedicaré a correr por el mundo para ganarme la vida con el títere. Claro, necesito una buena madera para hacerlo, pero lo cierto es que no tengo ni una moneda para comprarla. ¿Qué me dice? ¿Me puede ayudar?

Unos minutos después. Gepeto, que ni en sueños pensó que sería tan fácil conseguir su materia prima, se dedicaba a ordenar y disponer las herramientas que necesitaría para comenzar su trabajo.

Estaba ansioso por ponerse a tallar y fabricar su títere, pero antes de la primera mella se preguntó:

—¿Qué nombre le pondré?

Por alguna razón el nombre vino de inmediato a su boca:

—Te llamaré Pinocho —dijo en voz alta... Y comenzó a trabajar.

Gepeto, realmente motivado, talló los cabellos, un poco ondulados, después la frente, luego los ojos... Y después, como buen artista, se detuvo para mirar lo que llevaba hecho...

Cuál no sería su sorpresa cuando, por un instante le dio toda la impresión de que esos ojos recién tallados lo miraban fijamente.

Gepeto no iba a permitir que esa inquietud momentánea lo distrajera en ese momento de inspiración, así que, tragando saliva, retomó su trabajo y talló la nariz y la boca.

Apenas había terminado de cincelar la boca del muñeco, cuando de súbito, esta empezó a reírse y a sacarle la lengua.

—¡Deja de reír! —dijo Gepeto, ahora más enfadado que sorprendido, ya que el movimiento de la boca no le permitía seguir trabajando como necesitaba.

El carpintero talló la barbilla, el cuello, la espalda, el torso, los brazos, las manos...

Recién acabadas las manos el títere volvió a reírse, ahora a carcajadas, mientras le arrancaba al carpintero los pequeños anteojos que hasta ese momento apenas se apoyaban en la diminuta nariz de Gepeto.

Al parecer esto fue demasiado para el artista.

Apuntando con el dedo al títere casi le gritó:

—Muy mal, muchachito. ¡No estás todavía acabado de hacer y ya empiezas a faltarme el respeto! Yo soy tu creador... tu padre... ¿entiendes?

Gepeto recuperó sus gafas y terminó de hacerle los pies. Dio una mirada más al conjunto y luego levantó el muñeco por las axilas y lo puso en el suelo para hacerlo caminar.

Después de un rato, y a medida que las juntas se adaptaban al movimiento, las piernas se fueron soltando... y el muñeco comenzó a poner alternativamente un pie delante del otro, guiado por las hábiles manos de su tallador.

Gepeto estaba feliz. Para cualquiera que mirara la escena y prescindiera de su presencia, el muñeco parecía caminar con la naturalidad de un niño de carne y hueso.

Y de pronto, con esa misma naturalidad, Pinocho se soltó de la mano de Gepeto y empezó a correr por la habitación mientras el carpintero reía y aplaudía entusiasmado.

Sin embargo su risa se ahogó en un grito cuando, al pasar frente a la ventana, Pinocho dio un salto y escapó hacia la calle.

El pobre Gepeto corrió detrás de él, pero con su edad y su cojera era imposible que pudiera alcanzarlo.

—¡Atrápenlo, atrápenlo! —gritaba Gepeto.

Pero las personas que veían pasar a aquel muñeco de madera quedaban tan encantadas al verlo correr que terminaban aplaudiendo su paso con admiración, mientras reían y reían, como Gepeto había hecho minutos antes.

Un policía gordo y gruñón, que estaba en esa esquina, como siempre, escuchó el escándalo y, creyendo que se trataba de algún ladronzuelo escapando de su víctima, se plantó en medio de la calle y atrapó a Pinocho.

—Gracias, oficial... No se preocupe... Es mi muchacho —explicó Gepeto, alargando sus brazos para que el policía pusiera al títere en sus manos.

Gepeto quiso propinar a Pinocho un buen tirón de orejas en castigo por su travesura, pero no pudo porque se había olvidado de hacérselas, así que se conformó con tomarlo de un brazo y arrastrarlo hasta la casa para, una vez allí, encerrarlo en una habitación.

—Eres un ingrato —le dijo, mientras con un pequeño pincel le dibujaba una oreja a cada lado del rostro para estar seguro de que le escucharía—... y te prohíbo que salgas de la habitación hasta que yo te dé permiso.

—Y tú eres un viejo cojitranco —contestó Pinocho, sabiendo que eso lo lastimaría.

Gepeto suspiró y, sin saber qué más hacer, bajó la cabeza y volvió a su

taller.

A solas, en el silencio del cuarto, Pinocho escuchó un ruidito:

—¡Cri, cri, cri!

—¿Quién anda ahí? —gritó Pinocho.

—Soy yo —dijo un grillo que subía poco a poco por la pared.

—¿Quién eres tú, y qué haces en mi habitación? —lo increpó el muñeco.

—Yo soy el grillo parlanchín y hace más de cien años que vivo aquí.

—Será como dices—contestó Pinocho—, pero hoy esta habitación es mía; así que sal de aquí de inmediato. Me molesta tu cri-cri.

—No me iré sin decirte antes una verdad importante.

—Pues dila y vete.

—¡Ay de los que no hacen caso de las normas y las reglas que sus padres les enseñan! Tarde o temprano, acabarán por arrepentirse amargamente.

—Me da igual lo que digas, grillo estúpido. Yo ya me doy cuenta de cuáles son esas reglas, así que mañana al amanecer me marcharé de esta casa. Si no lo hago, mi padre querrá que vaya a la escuela y tendré que estudiar quiera o no quiera... Y yo no quiero estudiar: yo quiero jugar, cazar mariposas y subir a los árboles a coger nidos de pájaros.

—¡Tonto! Cuando seas mayor serás un burro y todo el mundo se burlará de ti. Si no te gusta ir a la escuela, deberías al menos aprender un oficio. ¿A qué te gustaría dedicarte?

—Eso es fácil... a jugar, a comer, a beber, a dormir y a divertirme sin parar...

—Te advierto —replicó el grillo parlanchín con el mismo tono monocorde— de que por ese camino acabarás en el hospital o en la cárcel.

Al oír esta advertencia Pinocho levantó la banqueta sobre la que estaba sentado y, enfurecido, la arrojó contra el grillo. El asiento le dio al insecto en la mismísima cabeza y el pobre apenas si pudo decir un último cri-cri antes de quedar aplastado contra la pared.

Asustado al ver lo que había hecho, Pinocho no quiso esperar hasta la mañana siguiente y decidió escapar otra vez de su casa. Mientras salía por la ventana, intentaba convencerse de que haber aplastado a un grillo parlanchín con una banqueta no era una falta tan grave. Entonces Pinocho notó que su nariz de madera crecía más de cinco centímetros.

Afuera encontró una noche infernal: tronaba horriblemente y relampagueaba como si todo el cielo fuera de fuego, anticipando la tormenta

de viento y lluvia que no tardó en llegar. Las tiendas estaban ya cerradas, las puertas y ventanas de las casas también, y por las calles no andaban ni siquiera los perros.

Pinocho sintió miedo, sin saber donde refugiarse. En pocos minutos, hecho una sopa, volvió corriendo a su casa arrepentido de haber salido, cansado, hambriento y temblando de frío.

Como era imposible volver a entrar en la casa por donde había salido, Pinocho llamó a la puerta y al ver a Gepeto que le abría, juntó las manos como pidiendo perdón y le dijo:

—Seré un niño bueno, papá, te lo prometo. Por favor, te haré caso, no me volveré a escapar... Aprendí la lección... Te prometo que iré a la escuela, estudiaré mucho y aprenderé un oficio...

—¡Muy bien, hijo mío! Esa es una gran decisión. Vete a dormir, que mañana deberás madrugar. Yo tengo que irme por un momento —dijo Gepeto mientras tomaba su raída y zurcida chaqueta y salía al frío de la calle.

Al volver, traía en la mano un cuaderno nuevecito y un lápiz para el primer día de clase de su hijo, aunque ya no tenía su abrigo...

La mañana siguiente, Gepeto le entregó a Pinocho el reluciente material escolar, lo besó en la frente y lo puso de camino hacia la escuela.

Mientras caminaba, Pinocho iba pensando:

—Hoy mismo voy a aprender a leer; mañana, a escribir, y pasado, a hacer cuentas... Y cuando sepa todo eso ganaré mucho dinero y compraré dos abrigos: uno de paño para mi papá y otro bordado en oro y plata para mí...

En eso, le pareció sentir a lo lejos una música de flautines y tambores.

—¿Qué será esa música? —se dijo—. ¡Qué lástima tener que ir a la escuela, porque me muero de curiosidad...!

Un poquito sin querer, y otro tanto a propósito, empezó a caminar más despacio, seguramente para darse el tiempo de escuchar más la melodía que momento a momento le parecía más agradable.

Finalmente se detuvo, indeciso, sin saber qué hacer... Pero enseguida pensó: «Mejor voy hoy a por la música... ¡Después de todo, a la escuela puedo comenzar a ir mañana!».

Siguiendo el sonido de la música, el muñeco llegó por una calle lateral hasta una plaza llena de gente que se arremolinaba en torno a un pequeño escenario improvisado.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Pinocho a un muchacho que vio al lado

suyo.

—Es un teatro de títeres —le contestó el joven.

—¡Qué lindo! —dijo Pinocho—. ¿Me puedo quedar a ver la función?

—Tienes que sacar una entrada.

—¿Y cuánto cuesta la entrada? —preguntó.

Un rato después Pinocho se sentaba frente al escenario en el lugar que le habían asignado a cambio de entregar, en pago de la entrada, su lápiz nuevo y su cuaderno sin estrenar.

La función terminó y la gente comenzó a dejar la plaza, todos excepto Pinocho que permaneció en el asiento aplaudiendo hasta quedarse el último.

El dueño del teatro, un tal Tragalumbre, emocionado con la respuesta del títere frente su montaje, se acercó a Pinocho para agradecerle su aplauso y, al enterarse de cómo había pagado la entrada, ordenó que le devolvieran su cuaderno y su lápiz, y le regaló además cinco monedas para que las llevara a su casa.

Pinocho dio miles de gracias y, lleno de alegría, se puso en camino, pensando en lo contento y orgulloso que iba a estar Gepeto cuando él le diera esas monedas.

Todavía no había andado medio kilómetro cuando se cruzó con una zorra y un gato que, al verlo pasar tan alegre, se apresuraron a hablarle:

—¿Dónde vas tan contento, amiguito? —preguntó el gato.

—¿Qué te hace tan feliz? —agregó la zorra.

—Vuelvo a mi casa, con mi padre. Voy a llevarle las cinco monedas que me regaló Tragalumbre, por aplaudir su espectáculo —compartió Pinocho.

—¡Cinco monedas! —dijo la zorra mientras se le hacía la boca agua.

—¡Pues imagina lo felices que seríais tu padre y tú si en lugar de llevarle cinco monedas le llevaras quinientas! —digo el gato, tendiendo la trampa...

—¿Te imaginas todo lo que se puede hacer con esa fortuna? —agregó la zorra hablándole al oído.

—Sí. ¡Qué maravilloso sería! —asintió Pinocho—. Pero eso es imposible, yo no sé trabajar en nada. ¿Cómo podría conseguir tanto dinero?

—El trabajo es para los tontos... —dijo el gato—. Lo que debes hacer es plantar tus monedas en el Campo de los Milagros y regarlas de noche con el agua del pozo hechizado...

—Por cada moneda que siembras, a la mañana siguiente nace un árbol que tiene entre sus ramas no menos de cien monedas —completó la zorra.

—¡Qué hermosura! —gritó Pinocho saltando de alegría—. ¿Y ustedes podrían llevarme hasta allí?... Por favor... Si me llevan, cuando recoja los frutos del árbol les daré veinte monedas a cada uno.

—¿Veinte para cada uno?... —dijeron a dúo los dos maleantes, fingiendo sorpresa—. Trato hecho.

—Pongámonos en marcha —dijo la zorra—. Si queremos sembrar hoy, debemos llegar antes de que se oculte el sol.

Y allí fueron los tres caminando en fila: el gato, Pinocho y la zorra.

Después de varias horas a campo traviesa, finalmente llegaron a un pequeño terreno que parecía abandonado.

—Es aquí —dijo el gato.

—Tú vigila que nadie nos vea —le dijo la zorra a su cómplice—, mientras nosotros sembramos las monedas...

Cegado por la ambición Pinocho ni siquiera pudo imaginar la predecible secuencia que seguiría.

Una vez que quedaron enterradas las monedas, cada una en un hoyo, la zorra le dijo a Pinocho:

—¿Ves aquel árbol en el monte? Junto a él está el pozo del agua hechizada. Toma mi sombrero y úsalo para traer el agua que necesitas para regar la siembra... Ve... ¡Rápido!

En medio de la noche, Pinocho corrió emocionado hacia el monte y buscó el pozo... Lo buscó por un lado, después por el otro... Pero nunca lo encontró. Inquieto, volvió a buscar a sus acompañantes para pedirles su ayuda... pero ellos ya no estaban allí... ¡Y las monedas tampoco!

Pinocho se dio cuenta de que lo habían engañado y corrió desandando el camino, tratando de encontrar a los ladrones, pero fue inútil.

Triste, enojado con los maleantes y consigo mismo, lleno de impotencia, se recostó en el claro de un bosque y sintió que unas gotas que le salían de los ojos, rodaban por la madera de sus mejillas. Pinocho estaba llorando por primera vez y sin poder parar... Daba realmente pena verlo.

Una hermosa joven de rostro angelical y voz muy suave se acercó hasta él.

—¿Por qué lloras, lindo muñeco? —le preguntó el hada.

—Lloro por mis monedas, las cinco monedas que llevaba a mi casa... —se quejó Pinocho.

—¿Y qué pasó con las monedas? —le preguntó el hada.

Pinocho sintió vergüenza de contar la verdad, vergüenza de admitir que,

por su codicia, se había dejado engañar...

—¡Las he perdido! —dijo.

Apenas había dicho esta mentira, la nariz del muñeco, que ya era bastante larga, volvió a crecer.

—¿Dónde las perdiste? —preguntó el hada.

—Por aquí... en el bosque.

A esta segunda mentira siguió un nuevo crecimiento de su nariz.

—Si las has perdido en este bosque puedes quedarte tranquilo, amiguito— dijo el hada—. Uno siempre encuentra lo que busca si sabe dónde buscar. Por eso, todo lo que se pierde en este bosque no está del todo perdido. Buscaremos tus monedas hasta encontrarlas.

—Ahora que me acuerdo —dijo Pinocho, embrollándose cada vez más en sus mentiras—... No las perdí... ¡me las tragué! Las escondía en mi boca para que los ladrones no me las robaran y al tropezar...

A esta tercera mentira, se le alargó la nariz de un modo tan extraordinario que el pobre Pinocho ya ni podía girar la cabeza en ninguna dirección sin golpearse con alguno de los árboles cercanos.

El hada lo miraba y se reía.

—¿De qué te ríes? —preguntó el muñeco.

—Me río de las mentiras que has dicho.

—¿Y cómo sabes que he dicho mentiras?

—Lo sé —explicó el hada— porque en ese mundo hay dos clases de mentiras: las que tienen las patas cortas y las que tienen la nariz larga. Y las tuyas, por lo visto, son de nariz larga.

—Vale, lo he comprendido —dijo Pinocho bajando la cabeza solo lo que su larga nariz le permitía, e implorando ayuda preguntó—: ¿Pero ahora, aunque ya no mienta, ¿deberé quedarme para siempre con esta narizota?

—Te ayudaré —dijo el hada—, pero no debes decir mentiras nunca más.

—Nunca más —repitió Pinocho... Y, aunque nadie lo notó, al hacer esta promesa su nariz se alargó todavía un poco más.

El hada hizo una señal con una varita brillante que traía en su mano y de los árboles bajaron cientos de pájaros carpinteros que, posándose en la nariz de Pinocho, empezaron a picotearla de tal manera que en pocos minutos aquella nariz enorme volvió a su tamaño anterior.

—Ahora, toma el cuaderno sin estrenar y el lápiz que te compró Gepeto y vuelve a casa, con él. Date prisa, debes llegar antes de que salga a buscarte —

dijo el hada—. Y además acuéstate temprano, que mañana debes comenzar la escuela.

—Sí, claro que sí —contestó Pinocho, tocándose complacido su nariz—. Gracias, señora hada.

El títere comenzó a caminar hacia su hogar, repitiéndose que no debía dejar que nada lo distrajera. Tenía ganas de ver a su padre y contarle sus desventuras...

Aunque todavía le quedaba una.

Al pasar por el pueblo, Pinocho se cruzó con un grupo de muchachos de ocho o nueve años que, a juzgar por sus mochilas, parecían viajar juntos...

—¿Dónde vais?—les preguntó.

—Nos vamos a vivir al mejor país del mundo.

—¿Qué país es ese? —preguntó Pinocho.

—Se llama el País de los Juguetes.

—¿El País de los Juguetes?... Eso suena más que bien —dijo el títere.

—Claro —dijeron los otros chicos—. ¿Por qué no vienes tú también? ¿Dónde vas a encontrar un país mejor? Allí no hay escuelas; allí no hay maestros; allí no hay libros. En ese bendito país no se estudia nunca. Los jueves no hay escuela, ¡y todas las semanas tienen seis jueves y un domingo! Es maravilloso, ¿no crees?

—Pero, entonces, ¿qué se hace todo el día? —preguntó Pinocho.

—Juegas y te diviertes desde la mañana hasta la noche, después te vas a dormir y, a la mañana siguiente, vuelta a empezar. ¿Qué te parece? ¡Vamos! ¿Quieres venir con nosotros?

—¡No, no y no! —dijo Pinocho—. He prometido a alguien portarme bien, ir a la escuela y estudiar mucho. Así que... ¡Adiós, y buen viaje!

En ese momento llegó el carruaje que recogía a los niños para llevarlos al País de los Juguetes.

Era un carromato enorme tirado por doce pares de burros, todos de igual alzada, aunque de diferente pelaje: pardos, rubios, blancos y azabache, más unos pocos de color canela; y todos con botitas en lugar de herraduras.

El carruaje se detuvo y el cochero invitó a todos a subir.

—Bien, adiós... —le dijo uno de los muchachos—. Tú te lo pierdes...

—¿Y estás bien seguro de que en aquel país no hay escuelas, ni maestros, ni obligación de estudiar?—dijo Pinocho, que ya empezaba a sentirse tentado por la propuesta.

—Seguro, seguro, seguro... Solo hay tiempo para jugar, comer y divertirse. ¿Por qué no vienes? Aunque sea por un tiempo...

—¿Y tú a qué esperas, jovencito? —le dijo a Pinocho el conductor del carruaje—. ¡No podemos perder tiempo, la noche es fresca y el camino es largo!... Si no subes ya, te quedas aquí.

—¡Que suba, que suba, que suba! —gritaban todos los de adentro.

Y Pinocho no pudo, o no quiso, resistirse más y, olvidando su compromiso, subió a bordo.

La diligencia se puso en marcha... Y a la mañana siguiente llegaron a destino: el País de los Juguetes.

Desde la primera mirada cualquiera podía darse cuenta de que este país no se parecía a ningún otro del mundo. Toda su población estaba compuesta de niños; los más viejos habitantes no pasaban de catorce años; los más jóvenes tendrían unos ocho.

En las calles había una alegría, un bullicio y un ruido capaces de producir dolor de cabeza. Por todas partes se veían bandadas de chiquillos que jugaban al escondite, al tú la ligas, al corro de la patata, a la gallina ciega o a los bolos. Niños montados en carros de ruedas, o sobre caballitos de cartón, reían sin parar. Otros, vestidos de payasos, daban saltos mortales o andaban sobre las manos con las piernas por alto.

Entre todos producían tal algarabía que era preciso ponerse algodón en los oídos si uno no quería quedarse sordo.

Apenas pusieron un pie fuera del carruaje, Pinocho y todos los demás muchachos se lanzaron entre aquel alboroto y, como era de suponer, pocos minutos después se habían hecho amigos de todos los que allí estaban.

—¡Qué estúpido habrías sido si no hubieras venido! —le dijo a Pinocho uno de los muchachitos con los que había hablado en la ciudad.

—Sí...—contestó Pinocho—. ¡Qué estúpido habría sido!... ¿Dónde podría ser más feliz que aquí?

Entre aquella constante fiesta, llena de tan variadas diversiones, pasaban como relámpagos las horas, los días y las semanas.

Así pasaron en un suspiro los primeros cinco meses de su estancia en el País de los Juguetes. Ochenta jueves y veinte domingos de jugar y divertirse todo el día, sin ir a la escuela, sin tener que hacer deberes, sin ocuparse de poner orden en su habitación...

¡Qué buena vida! Quizás demasiado buena... Y, según dicen, todo lo que es

demasiado bueno también termina.

Una mañana, al despertar, Pinocho tuvo una sorpresa muy desagradable: durante la noche le habían crecido unas enormes orejotas de burro de más de veinte centímetros, justo sobre los pequeños trazos pintados por Gepeto a modo de elegantes orejas.

Al principio, pensó que todavía estaba durmiendo y que todo lo que pasaba era una pesadilla. Quiso despertarse pellizcándose y dándose cabezazos contra la pared, pero no sirvió de nada. O quizás agravó la situación, porque las orejas crecieron aún más y se fueron cubriendo de pelos.

A los gritos de Pinocho entró en la habitación una linda marmota que vivía en el piso de arriba, y viendo el desconsuelo del muñeco, le preguntó con interés:

—¿Qué es lo que pasa, querido vecino?

—No lo sé, amiga marmota. ¡Mira mis orejas! Estoy enfermo... me da mucho miedo... ¿Tendré fiebre?

—Pinocho... siento mucho tener que darte una mala noticia. No es una enfermedad... ¡Es la transformación! —dijo la marmota—. Dentro de un par de horas ya no serás un muñeco, ni un niño: ¡te convertirás en un auténtico burro!

—¡Oh! ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! —gritó Pinocho, tirando de sus orejas con ambas manos, como si quisiera arrancárselas—. ¿Qué puedo hacer?

—Querido mío —dijo la marmota intentando calmarlo—, ¡ya no hay nada que hacer! En el libro de la sabiduría está escrito que todos los holgazanes, que odian los libros, la escuela y los maestros, y que se pasan los días entre juegos y diversiones, acaban por convertirse en burritos.

Claro que Pinocho lo había escuchado, pero él siempre había creído que era una manera de decir, una imagen, un insulto, pero nunca había pensado que era una transformación real...

—¡Pero yo no tengo la culpa! Créeme, amiga —decía Pinocho entre sollozos—, fueron los niños del pueblo... Ellos me convencieron. Yo quería encontrar a mi papá, quería ser obediente y seguir estudiando; pero ellos me dijeron: «¿Por qué quieres fastidiarte pensando en estudiar y en ir a la escuela? ¡Ven con nosotros al País de los Juguetes; allí no estudiaremos más, nos divertiremos desde la mañana hasta la noche, y estaremos siempre contentos!».

—¿Y por qué seguiste el consejo de esos falsos amigos? ¿Nunca

escuchaste hablar de las malas compañías?

—¿Por qué?... Porque soy un muñeco... un estúpido sin pizca de juicio — le dijo Pinocho realmente conmovido—. Si hubiera tenido un tanto así de cerebro, o de corazón, jamás me hubiera escapado de mi casa, para empezar...

Durante horas y horas Pinocho lloró frente al espejo, y luego decidió salir a buscar a sus compañeros de viaje. Quizás entre todos...

Pero lo que encontró, lejos de calmarlo, lo empujó al horror... Todos tenían orejas como las suyas, o más grandes, y unos pocos ya habían empezado a caminar a cuatro patas.

Un poco antes, o un poco después, todos, incluso Pinocho, fueron completando su transformación. Sus brazos se volvieron patas, su cuerpo se cubrió de pelos, sus caras se alargaron, volviéndose cabezas de asno, y una cola peluda terminó por aparecerles por detrás.

Unas horas más tarde apareció el hombre que conducía el carruaje que los había traído. Se reía satisfecho al verlos...

—Muy bien, me pagarán mucho dinero por vosotros —les dijo, mientras ponía una soga al cuello a cada uno para obligarlos a caminar hasta el mercado.

A Pinocho lo compró el dueño de un circo que, a fuerza de gritos, golpes y latigazos, lo obligó primero a alimentarse con heno y luego a hacer piruetas absurdas, como correr de costado o bailar una polca parado solamente sobre sus patas traseras.

Pero, por mucho que le golpearan, Pinocho nunca pudo aprender a saltar a través de un aro y, misteriosamente, esto fue lo que lo salvó. El dueño del circo pensó que si no era capaz de aprender ese simple acto Pinocho no servía para nada y decidió venderlo a un fabricante de tambores de piel natural. Su nuevo dueño compraba burros viejos o enfermos, esperaba que se durmieran y luego, con un cuchillo muy afilado, los abría por la panza para poder aprovechar su piel en la confección de sus famosos tambores. Esta vez, sin embargo, encontró que su burro recién comprado en lugar de esqueleto llevaba dentro un muñeco de madera ¡y que además estaba vivo!

Pinocho, encantado de recuperar su forma original, agradeció al artesano, que estaba paralizado por el asombro, que lo hubiera rescatado y escapó antes de que a aquel se le ocurriera alguna manera de transformarlo en dinero.

Pinocho había aprendido que, con la excepción de Gepeto, lo único que interesaba a los hombres era ganar dinero. ¡Gepeto...! ¿Dónde estaría su

padre?

Pinocho corrió como nunca había corrido. Parecía que sus pies fueran alados y no de madera tallada.

—¡¡¡Papá!!! —gritó—. Soy yo... Pinocho... Tu hijo. ¡He vuelto!

Pero nadie apareció para contestar sus gritos.

—¡Gepeto...! —volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta.

La casa parecía desierta y abandonada.

De repente sintió una pequeña voz conocida que lo llamaba por su nombre:

—¡Pinocho!... Pinocho...

¡Era el grillo parlanchín!

—¡¡¡Grillo!!! Me alegra saber que todavía estás por aquí —le dijo Pinocho, con sincera satisfacción; estaba contento de ver que no había matado al pobre insecto cuando le arrojó aquel banco, tanto tiempo atrás—. ¿Dónde está mi padre, amigo grillo?

—Tu padre se ha ido —le dijo el grillo—, no podía soportar la tristeza de tu ausencia y decidió partir en tu búsqueda. Dijo que cruzaría todos los mares hasta encontrarte... Pero nunca regresó...

«¡Ahora sí que lo he perdido todo!—se dijo Pinocho—. ¡Y me lo tengo merecido! ¡Siempre quiero salirme con la mía, sin atender los consejos de los que me quieren!

¡He querido hacer vida de vagabundo; he seguido los consejos de las malas compañías; ¡he sido malo y desobediente, y por eso la vida me ha castigado!»

Y otra vez el llanto mojó las mejillas del títere.

El hada buena apareció de nuevo frente a él.

—¿Estás arrepentido, verdad, Pinocho? —le preguntó.

—Muchísimo. ¡Si hubiera sido un niño bueno y obediente, si me hubiera dedicado al estudio o al trabajo; si no me hubiera escapado de la casa, si hubiera podido crecer y aprender al lado de mi buen papá, no me vería ahora como me veo... ¿Dónde está Gepeto? Por favor, ayúdame a encontrarlo. ¿Tú sabes dónde está?

—No —dijo el hada—, pero me contó una paloma que lo vio en la playa, construyendo un barco...

—Por favor, llévame hasta esa playa, te lo ruego.

—Te dejaré allí —dijo el hada—, pero te advierto que, si se hizo a la mar, lo más probable es que se lo haya tragado el terrible dragón marino que desde hace meses ha traído el exterminio y la desolación a estas aguas.

—¿Es muy grande ese dragón? —preguntó Pinocho, que ya empezaba a temblar de miedo.

—Para que puedas formarte una idea, te diré que es más grande que una casa de cinco pisos, y con una boca tan ancha y tan profunda que por ella podría fácilmente entrar un tren, con máquina y todo.

—¡Qué horror! —gritó asustadísimo el muñeco—. ¡Mi pobre papá! Debo ir por él, hada buena, llévame hasta la playa.

Otra vez el hada sacó su varita encantada y tocó a Pinocho con ella, antes de desaparecer.

En un abrir y cerrar de ojos, Pinocho estaba flotando en el mar, exactamente en el lugar donde Gepeto había desaparecido.

No hubo mucho que pensar, y menos oportunidad de organizar la búsqueda, porque de repente, a sus espaldas, Pinocho vio salir del agua la horrible cabeza de un monstruo marino, con la boca abierta, que se acercaba hacia él. El pobre muñeco trató de escapar, de cambiar de dirección, de huir; pero todo su esfuerzo fue inútil. Aquella enorme boca de tres filas de dientes se le vino encima con la velocidad de un tren expreso... y cuando estuvo suficientemente cerca, de un sorbo se tragó al muñeco con tal ansia y violencia que ni siquiera llegó a masticarlo.

Atontado por el revolcón y el esfuerzo, escupiendo a borbotones el agua que había tragado, Pinocho tardó un poco en comprender que estaba vivo pero... ¡dentro del monstruo que se lo había comido! Entonces pensó que algo parecido pudo haberle pasado a Gepeto y con esa esperanza caminó adentrándose en las entrañas del monstruo, hasta que en el estómago del enorme pez finalmente lo encontró.

Era el mismísimo Gepeto, sentado junto a una pequeña mesa, leyendo tranquilamente un libro a la luz de una vela encendida, que se sostenía en una botella que hacía de candelabro.

Pinocho sintió una alegría tan grande y tan inesperada, que le faltó poco para volverse loco.

Quería reír, quería llorar, quería decir un montón de cosas; pero no podía, y en su lugar no hacía más que lanzar sonidos inarticulados o balbucear palabras confusas y sin sentido, hasta que finalmente consiguió lanzar un grito de alegría, y abriendo los brazos se arrojó al cuello del viejecito gritando:

—¡Papito! ¡Papá! ¡Papá! ¡Por fin te he encontrado! ¡Ya no te dejaré nunca,

nunca, nunca!

—¿Es verdad lo que ven mis ojos?—replicó el viejecito, frotándose los párpados—. ¿Eres tú, realmente, mi querido Pinocho?

—¡Sí, sí; soy yo; yo mismo! Me has perdonado, ¿verdad? ¡Oh, papito, qué bueno eres! Y pensar que yo... ¡Oh! ¡Pero no puedes imaginarte cuántas cosas feas me han sucedido y cuánto he llorado!

Pinocho le contó a su padre todas sus aventuras y desventuras y se enteró de cómo Gepeto había sido tragado igual que él y había encontrado dentro del monstruo una nave semidestruida que tenía su cargamento de alimentos y vino intactos, de los cuales había vivido allí durante dos años.

—Debemos huir —dijo Pinocho.

—¡Huir! Pero, ¿cómo saldremos de aquí? —dijo Gepeto.

—Hay una sola manera —dijo Pinocho—. Saliendo por donde entramos, por la boca del dragón...

Y sin decir más, Pinocho tomó la vela y, adelantándose para alumbrar el camino, dijo a su padre:

—¡Sígueme! Y no tengas miedo.

Con mucho cuidado caminaron hasta pasar la garganta del monstruo y, al llegar a la boca, siguieron andando por la lengua, que era tan larga y tan ancha como una avenida, y pasaron de puntillas entre las tres filas de dientes.

Pinocho dijo a su padre:

—Monta a caballito sobre mi espalda y agárrate fuerte. ¡Todo lo fuerte que puedas! De lo demás me encargo yo.

—Pero... —intentó decir Gepeto, y no pudo seguir hablando, porque Pinocho lo interrumpió con su grito:

—¡Ahora! ¡Súbete!—le dijo, al ver que el monstruo abría ligeramente la boca.

Valientemente y seguro de sí mismo, empezó a nadar vigorosamente, a favor y contra la corriente, por encima y por debajo de las olas, sin detenerse ni un segundo hasta que tocaron tierra.

Al llegar a la orilla Pinocho, exhausto, se tendió en la arena. Apenas podía respirar. Gepeto terminó de alejarlo del agua y lo recostó en su regazo mientras le decía:

—Mi héroe, mi pequeño héroe de madera. ¡Hoy soy yo quien te debe la vida!

Cuando ambos recobraron el aliento, y apoyándose el uno en el otro,

emprendieron el camino de regreso a casa.

Durante casi un mes, padre e hijo tuvieron que buscar lugares para descansar y para comer, pero, claro, siempre había que pagar por ellos y aceptar con humildad lo que les daban, pero Pinocho ya había aprendido la lección. Como Gepeto no podía asumir los trabajos que les ofrecían, por ser estos muy rudos y esforzados, era siempre Pinocho quien se hacía cargo de la faena, que realizaba siempre a cambio bien de un lugar donde dormir bajo techo, bien por un poco de pan, bien por un vaso de leche fresca.

Finalmente un viernes, muy entrada la noche, llegaron a su casa.

Gepeto y Pinocho se abrazaron y, sin tomarse el tiempo ni de darse un baño, se fueron a sus cuartos y se quedaron dormidos cada uno en su cama, aún antes de que sus cabezas tocaran sus almohadas.

Pinocho durmió profunda y mansamente, como nunca.

Durante la noche soñó que su hada, bella y risueña, entraba en la habitación, lo besaba en la frente y le decía:

—¡Muy bien, Pinocho! El buen corazón y el valor que has demostrado tener son la expresión de cuánto ha evolucionado tu pensar y tu sentir y por eso te perdono todas tus travesuras y olvido todas tus mentiras. ¡Te mereces un premio!

Al despertar, Pinocho encontró que a los pies de su cama había un elegante traje, una gorra nueva y un par de preciosos zapatos de charol. Pinocho estaba confundido... ¿Eran reales o todavía estaba soñando...? ¿Era este el regalo que le prometía su hada en el sueño?

Por si acaso, se apresuró a probárselos y corrió a mirarse en el espejo.

Al verse, Pinocho se quedó petrificado por la emoción.

La imagen reflejada en el espejo no era la del muñeco de madera de siempre, sino la de un lindo muchacho de cabellos castaños, ojos celestes y un aire alegre y festivo.

Pinocho se sentía agradecido y satisfecho, ya no era un muñeco de madera... Se había convertido en un niño de carne y hueso, con cerebro y corazón, como siempre había deseado.

Moraleja

Una historia tan extensa como ambiciosa no puede menos que dejar de tras de sí varias enseñanzas, mensajes y aprendizajes.

El cuento, por supuesto, confirma el destino venturoso de los que obran adecuadamente y el desgraciado final de los que obran mal.

Censura la rebeldía y la desobediencia a los padres.

Critica la mentira, que siempre queda en evidencia, como en la nariz de Pinocho.

Alerta de los peligros de la codicia, que lleva al protagonista a perderlo todo por querer multiplicar sus monedas.

Y señala las consecuencias de no estudiar o no ir a la escuela, afirmando que los que solo dedican su día a jugar y divertirse terminarán convirtiéndose literalmente en burros, sellando su destino para siempre debajo de unas largas orejas.

En línea con los métodos «pedagógicos» que se utilizaban en la época, el cuento deambula a lo largo de toda la historia de Pinocho en el reiterado mensaje del premio que recibe el protagonista cuando incidentalmente obra bien, y el castigo, siempre cruel y desmedido, cada vez que tiene una conducta reprochable.

Es interesante destacar que en ningún momento Pinocho recibe ni un atisbo de educación; desde el principio todo son órdenes, reprimendas, castigos y proféticas amenazas.

La buena noticia de la redención vendrá al final, como es de esperar, cuando Pinocho rescate a Gepeto mostrando valor, entrega y sacrificio, aunque estas nobles acciones, de nuevo conforme al ideario de la época, solo puedan ser impulsadas por la culpa, que aparece como único motor para la reparación de los errores y el descubrimiento de la buena senda.

La otra puerta

La historia de Pinocho es mucho más que un cuento de hadas.

Es sin duda, por extensión y tipo de contenido, una novela de aventuras, con todas las características del género, que se inscribe con toda certeza entre los relatos que plantean el viaje de iniciación

de los héroes, con todas sus etapas y recovecos. Quizás por eso se ha calificado a *Las aventuras de Pinocho*, como «una Odisea para niños», A pesar de que, originalmente, Collodi no pensaba en su historia como una obra de literatura infantil.

Efectivamente, aparecen en sus páginas los clásicos momentos de los arquetipos heroicos descritos varias décadas después por Joseph Campbell:

- la etapa del desinterés o la inocencia;
- la llamada de la aventura;
- la partida;
- las pruebas;
- la derrota;
- la ayuda divina;
- la batalla final;
- la iluminación;
- el regreso triunfal del protagonista, ya transformado en héroe.

¿Y cuál es ese camino heroico? ¿Cuál el desafío? ¿Cuál el logro supremo?

Siguiendo las palabras de Carl Rogers, podríamos llamarlo «el proceso de convertirse en persona».

Y ese es para mí el mensaje de *Pinocho*.

No tendrás una vida real si no logras dejar de ser un títere, si no te vuelves humano, si no creces y maduras hacia tu mejor potencial.

A diferencia de Pinocho, que nació siendo distinto de todos los demás personajes de la historia, todos nosotros, más allá de algunos detalles como la altura, el peso, el color de la piel o el corte de los ojos, nacemos siendo bebés idénticos a los demás bebés del mundo... Y, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, nos vamos diferenciando más y más, tanto interna como externamente, de todos los otros niños y jóvenes de nuestra edad.

Si todo sigue su curso evolutivo normal y esperable, con los años nos volvemos cada vez más únicos e integrados, es decir, vamos definiendo que somos mucho más que seres humanos: somos, además, individuos. Este proceso de diferenciación, cuyo comienzo nunca es sencillo, se complica momento a momento sin acabarse nunca. De hecho, nos tendrá ocupados desde la primera bocanada

de aire que respiramos al nacer hasta el minuto final de nuestra existencia.

En los primeros meses de vida fue relativamente fácil adaptarnos; nos bastaba con el instinto para saber cómo actuar, en quién confiar o dónde buscar... Pero, para bien y para mal, esa simplicidad no duraría demasiado. Antes de tener que soplar la vela de nuestro primer cumpleaños, y sin tener aún el recurso de nuestra plena conciencia para ayudarnos, nos vimos obligados a diseñar un modo propio y personal de hacer frente a algunas «necesidades nuevas», unas pocas innatas y otras muchas creadas específicamente por nuestro entorno.

Fue en ese intento de armonizar con el medio nuestra pretensión hedonista de los primeros tiempos cuando incorporamos por el mecanismo de prueba y error, las primeras herramientas y las primeras estrategias sobre cómo ser y qué hacer para arrancarle a la vida la satisfacción de todos nuestros deseos, tanto los más banales como los más sofisticados.

Desde esta primera infancia, todos, hemos ido acumulando «experiencia» (una especie de caja negra) que guardará en nuestra memoria los datos necesarios para recordar qué sirve y qué no para conseguir lo que pretendemos. Primero lo esencial e imprescindible: comida, cuidados, abrigo, afecto... Y luego, todo lo demás: atención, caricias, valoración y reconocimiento.

Lo malo de lo bueno es que la experiencia (tan útil para encaminarnos en lo que hacemos), solo consigue establecer hábitos eficaces de respuesta frente a determinados estímulos, pero no puede ayudarnos a determinar lo que en realidad somos, ya que, como quizás no haga falta aclarar, lo que somos es siempre muchísimo más que lo que hacemos.

Rabindranath Tagore escribió un hermoso relato sobre este tema, aunque no habla de un muñeco de madera sino del mismísimo Buda.

También el más iluminado de los iluminados había dejado la casa paterna apenas comenzó a caminar solo (al igual que Pinocho). También él vagó por el mundo encontrándose con cosas que nunca imaginó (como Pinocho). Y aunque Buda recorría una ruta más

elevada, que lo llevaría después a la iluminación, también él regresó al hogar del que había escapado (como lo intentó hacer Pinocho).

Al volver al palacio de su padre, este le dice:

—Te he esperado durante todos estos años y hoy me dices que no eres el que fuiste, que no eres aquel que partió, que te has iluminado... Respóndeme, por lo menos, a una pregunta: sea lo que sea que hayas aprendido por el mundo, ¿no hubiera sido posible aprenderlo aquí, en palacio, a mi lado, entre tu gente? ¿Solo se encuentra la verdad en el bosque, lejos de tu familia, de las personas que te quieren?

A lo que Buda responde:

—La verdad está tanto aquí como allí. Pero hubiera sido muy difícil para mí descubrirla si no partía, porque me encontraba perdido en la identidad de príncipe, de hijo, de marido, de padre, que otros me dieron, comenzando por ti, padre. No fue el palacio lo que abandoné: me alejé de la prisión que era, para mí, mi propia identidad.

El Pinocho de Collodi vuelve a recordarnos el mismo mensaje: dejar atrás la identidad prestada, que entre muchos construyeron para mí, creyendo que era lo mejor, para salir a descubrir mi verdadera identidad, elástica y cambiante, siempre en proceso, que nos hace no solo únicos e irrepetibles, si no también creativos, inteligentes, humanos y potencialmente infinitos.

El gran Carl Rogers escribió un libro maravilloso sobre este recorrido.

Lo llamó *El proceso de convertirse en persona* y te recomiendo leerlo.

Más allá de una primera distinción entre personaje y persona, entre máscara e identidad y entre ser y parecer, Rogers nos llama a tener cuidado con algunos desvíos, como por ejemplo el de la estructuración de una falsa identidad.

En efecto, cuando, de forma malintencionada o no, confundimos «identidad» con «identificación», la manera de ser se diseña sobre la idea de seguir un determinado modelo externo al que consideramos popular, admirado o deseable. No es difícil de prever el peligro que implica que un determinado modelo, manipulado socialmente, termine insertado como un mandato «global» y uniforme.

No deja de sorprendernos ver cómo cientos de miles de jóvenes — que en su discurso aparecen defendiendo a ultranza el derecho y la necesidad de tener su propia identidad— deciden, paradójicamente, seguir el modelo de una multitud, muchas veces manipulada por la publicidad que diseñaron aquellos que, en el mejor de los casos, solo quieren venderles sus productos de moda.

Obviamente, esta identidad falsa, emblema de la falta de dinamismo y autonomía de algunos jóvenes y de muchos no tan jóvenes, no es la raíz ni la consecuencia de la falta de crecimiento interno, sino el resultado final de un cóctel de introyecciones y condicionamientos que una sociedad a veces perversa ha configurado para manipular mejor nuestros gustos y apetencias.

Escribo esto y te imagino pensando en hordas de jóvenes rebeldes sin causa, vestidos a la última moda y escuchando una música sincopada ajena a nuestra posibilidad de significarla o entenderla (no hablemos ya de disfrutarla); pero no es así. No es solo así.

También es una falsa identidad la de aquellos niños «buenos» (excesivamente buenos, diría yo), demasiado adaptados al sistema opresivo o rígido que se respira en su entorno. Niños y niñas presos de la influencia y la manipulación de sus padres y maestros que, apoyándose en caprichosos premios y castigos, condicionan su conducta, transformando su individuación en la construcción de entes impersonales, estables y previsibles, tan manejables como un animal amaestrado para un circo.

El domador siempre se siente con el derecho, cuando no con la obligación, de forzar a sus animales a aprender qué es lo que deben hacer. Pero que a nadie se le escape —tanto en el caso del domador como en los demás casos de dominio—: en este contexto, «hacer algo bien» es equivalente a «hacerlo como al domador se le ocurra que está bien hacerlo».

De hecho, si estás amaestrado, la valoración y los halagos de la sociedad a la que perteneces solo vendrán del reconocimiento de que vives de acuerdo con los valores, cualesquiera que sean, de esa mayoría de la que esperas el aplauso. La admiración hacia otra persona, como aseguraba el ácido escritor norteamericano Ambrose

Bierce, es el reconocimiento de que el otro piensa exactamente como uno.

La verdadera identidad solo se puede hallar recorriendo el camino en la dirección opuesta.

Planteado como pregunta existencial:

En la cima de una montaña desierta,
en medio de un bosque,
como único habitante de un planeta,
o solo, en una isla desierta...

¿QUIÉN ERES?

Sin nadie que mire, juzgue u opine...

¿QUIÉN ERES?

Si no hay nadie cerca a quien obedecer,
nadie para apreciarte o condenarte,
si no hay nadie para aplaudirte ni abuchearte...

¿QUIÉN ERES?

Todos somos únicos.

Es evidente que una parte de cada uno de nosotros ha sido amaestrada, y que una parte de esa parte se ha quedado así, fusionada con nuestra identidad, aunque no lo hayamos elegido, como un espacio seguro y previsible pero sin libertad ninguna, una cárcel entregada «por defecto», donde imperan reglas y mandatos más o menos claros, pero impuestos por otros: «Esto no se hace» y «Aquello se hace así».

Y, sin embargo... sin esos mandatos,

¿QUIÉN SOY?

Para Pinocho, que ha nacido de un trozo de madera y ha cobrado vida sin educación, el camino es más claro, ya que él simplemente es un muñeco, aunque pretenda más para sí. Su «padre» Gepeto, según el cuento, ha olvidado (bendita metáfora) tallarle las orejas y, quizás por eso, Pinocho no escucha los consejos que se le dan y los mandatos o las órdenes no le llegan.

Para nosotros, los humanos, la situación es bien diferente.

Solamente después de deshacernos de la identidad prestada, condicionada por nuestra educación, por las normas sociales y por los mandatos de aquellos que más nos amaron, descubriremos nuestra

esencia personal para disfrutar del propio ser, por fin, libre de toda dependencia.

Incluso alguien tan elevado como fue Buda, tuvo que partir para poder volver más crecido y libre. Él ha escuchado todo (recuerda las enormes orejas con que se le representa) y se ha deshecho de su carga para encontrarse a solas consigo mismo.

Sin embargo, para descubrir tu propia identidad, no siempre es necesario huir, dejar tu casa, tu familia y tu ciudad. Esto es solo metafórico. Lo único imprescindible es darse cuenta de la persona que uno es, prescindiendo de lo que los demás ven o quisieran ver en ti.

La persona que tú anidas, sin comparaciones ni condicionamientos, única, diferente y trascendente.

Lo mejor de ti.

La obra de arte que tú eres.

Sin cambiar nada.

Sin mejorar nada.

Así, tal y como eres.

De carne y hueso.

Idea, sentimiento y acción.

Tú mismo. Tú misma.

Capítulo 11

Hansel y Gretel



Introducción

La historia de Hansel y Gretel pertenece a un grupo muy peculiar de cuentos populares de todas las épocas, que conocemos hoy como «historias de iniciación». En general, aparecen en todos los pueblos como leyendas que relatan, directa o indirectamente, la epopeya de un héroe en su proceso de convertirse en lo que será después ejemplo para todos. El factor común es la descripción del proceso de maduración personal o crecimiento de una persona o grupo, que siempre comienza con la incursión en el universo de lo salvaje y amenazante. Son historias que señalan que la claridad de pensamiento solo se logra a través del abandono de lo sabido y conocido.

El cuento fue publicado por los hermanos Jacob Karl y Wilhelm Grimm en su antología de relatos populares de 1812 y en su paso de lo oral a lo escrito pierde, como es habitual en los autores, las referencias explícitas a lo sexual (perversiones, canibalismo y esclavitud) que, al desaparecer, dejan en su lugar una inusitada violencia, pero focalizada en el castigo a los villanos. Este matiz «justiciero» y «vengador» de la crueldad es, para muchos analistas modernos, producto del intento social de justificar la crueldad de «los buenos» y amortiguar así el rechazo de los niños a actitudes tan alejadas de lo esperable en los héroes.

Vale la pena, antes de acercarse a su lectura, destacar que el texto tiene algunas características peculiares.

La primera es que la historia está indudablemente inspirada en hechos reales, arquetípicos de las duras condiciones en las que pasaban sus días los que menos tenían durante la Edad Media. Tiempos en los que, como hoy sabemos, el hambre y la falta de recursos hacían del infanticidio un horror habitual.

La segunda condición llamativa es que, en *Hansel y Gretel*, a diferencia de la gran mayoría de los cuentos de hadas, la malvada

madre no ha sido reemplazada por ninguna madrastra: quien ocupa el lugar de la madre, misteriosa y dolorosamente, sigue siendo la madre.

Finalmente, aparece como hecho novedoso que la salvación final, es decir, el acto heroico, llegará de mano de la niña, y no del niño.

El cuento

Hace muchísimos años, en una pequeña choza que se levantaba al lado de un frondoso bosque, vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos, una niña, que se llamaba Gretel, y un varón llamado Hansel.

En aquella época el país atravesaba tiempos difíciles. Un monstruo implacable y cruel recorría el territorio dejando tras de sí historias de horror y muerte: el hambre.

Toda la población sufría de escasez, y algunos la padecían más que otros, entre ellos el padre de los niños, que pese a todos sus esfuerzos no podía literalmente ganarse el pan de cada día.

Una noche, mientras el leñador daba vueltas en la cama, porque las preocupaciones no le dejaban pegar ojo, su mujer lo increpó:

—¿Qué va a ser de nosotros?

—Ya nada nos queda —dijo él, desesperado—. No tenemos ni un puñado de lentejas para dar de comer a nuestros hijos... Hoy, cuando bajé al pueblo a llevar madera, oí de una familia entera que murió, al otro lado del río. Eran seis y los mató el hambre... No puedo soportar el dolor de ver lo que se nos viene encima y no poder hacer nada para evitarlo.

—Yo tampoco aguanto más verte así cada noche —contestó ella—. Mañana, de madrugada, llevaremos a los niños a lo más espeso del bosque y los dejaremos allí... Quizás tengan suerte y encuentren una manera de sobrevivir.

—¿Sobrevivir? ¿En el bosque? No tardarían en ser destrozados por las fieras.

—Pues entonces nos libraremos de dos bocas que no podemos alimentar —dijo la mujer.

—¡Por Dios, mujer! ¿Qué estás diciendo? —replicó el hombre—. ¡Cómo vamos a abandonar a nuestros hijos en el bosque! ¡Ellos nunca podrían encontrar el camino de regreso!

—¡De eso se trata, necio! —exclamó ella—. ¿Prefieres que muramos de hambre los cuatro? ¡Si es así, ya puedes ponerte a aserrar las tablas de los ataúdes!

—Yo no puedo ni pensar en hacer eso —dijo el leñador.

—Entonces lo haré sola —contestó la mujer y apagó la vela dándole la espalda a su marido, que había quedado entre sollozos, sabiendo que su mujer nunca hablaba en vano.

También los niños sabían eso.

También a ellos el hambre los mantenía despiertos.

También ellos oyeron lo que su madre decía a su padre, y en esa casa todos sabían que el miedo que ese hombre le tenía a su esposa siempre sería más fuerte que cualquier otra emoción que anidara en su pecho, y que por lo tanto no podrían esperar que los defendiera.

—¡Ahora sí que estamos perdidos! —dijo Gretel llena de miedo, entre amargas lágrimas.

—No llores, Gretel —la consoló Hansel—, y no te aflijas. Yo cuidaré de ti y saldremos del paso, te lo prometo.

Cuando estuvo seguro de que todos dormían, Hansel se levantó, se puso su abrigo y, sigilosamente, abrió la puerta y salió de la casa. Fuera brillaba una luna espléndida y los blancos guijarros que había en el suelo, delante de la casa, relucían como monedas de plata. El pequeño tuvo entonces una idea. Fue recogiendo piedras y guardándoselas en los bolsillos hasta que no entraba ni una más. Luego entró de puntillas en su cuarto y le dijo a Gretel:

—Nada temas, hermanita, duerme tranquila. Dios no nos abandona.

Y, después de besar a su hermana en la frente, volvió a meterse en la cama.

Con las primeras luces del día, antes aún de que saliera el sol, la mujer fue a llamar a los niños:

—¡Vamos, holgazanes, levantaos! Hemos de ir al bosque a por leña.

Y dando a cada uno un mendrugo de pan, les advirtió:

—Aquí tenéis esto para el almuerzo, pero no os lo vayáis a comer antes, pues no hay nada más para daros.

Gretel recogió los panes y guardó ambos en su delantal, puesto que Hansel llevaba los bolsillos llenos de piedras. Así emprendieron los cuatro el camino del bosque.

De cuando en cuando, Hansel se detenía para mirar hacia atrás en dirección a la casa.

Entonces le dijo el padre:

—Hansel, no te quedes rezagado mirando para atrás. ¡Vamos, camina!

—Es que miro mi gatito blanco, que está en el tejado diciéndome adiós —

respondió el niño.

—No es el gato, hijo, es el sol de la mañana, que se refleja en la chimenea. Ten cuidado. ¡Mira por dónde andas!

Lo que estaba haciendo Hansel no era mirar al gato, sino arrojar de cuando en cuando alguna de las piedrecitas blancas que llevaba en el bolsillo.

Cuando estuvieron en medio del bosque, dijo el padre:

—Ahora recoged leña, pequeños; os encenderé un fuego para que no tengáis frío, mientras yo me interno en el bosque para cortar unos árboles que me han encargado.

Así, encendieron la hoguera y, cuando ya ardía con viva llama, les dijo la madre:

—Poneos ahora al lado del fuego, niños, y no os mováis de aquí hasta que nosotros vengamos a recogeros.

Los dos hermanitos se sentaron junto al fuego y lo fueron manteniendo en llamas durante todo el día, mientras esperaban a que sus padres volvieran por ellos como habían dicho.

Al cabo de mucho rato de estar allí sentados, el cansancio les cerró los ojos y se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron bien entrada la noche, en medio de una profunda oscuridad.

—No han venido —exclamó Gretel, rompiendo a llorar—. ¿Cómo saldremos ahora del bosque? Quiero volver a casa...

Hansel la consoló:

—Espera que salga la luna, su luz hará que encontremos el camino.

Y, efectivamente, cuando la luna estuvo alta en el cielo las piedras blancas que el niño había ido arrojando volvieron a brillar como monedas de plata, indicándoles el camino de regreso a la casa.

Estuvieron andando toda la noche y llegaron a la casa al despuntar el alba.

Al llamar a la puerta les abrió su madre que, al verlos, ocultó su fastidio y exclamó:

—¡Diablo de niños! ¿Qué es eso de quedarse tantas horas en el bosque? ¡Ya creíamos que no pensabais regresar! Rápido, entrad en casa ahora mismo.

El padre, en cambio, al que le remordía la conciencia por haberlos abandonado, se alegró sinceramente de que hubieran vuelto y se juró que no permitiría que algo así volviera a suceder...

Sin embargo, algún tiempo después, la noticia del hallazgo de una pareja

de ancianos sin vida, muertos de inanición, recorrió la comarca. La miseria parecía haberse ensañado con aquellas tierras y otra vez era el tema de conversación del matrimonio.

—Ha vuelto a pasar... ¡Y tú no has hecho nada! —le decía la madre a su marido—. Otra vez estamos en la ruina. Solo nos queda media hogaza de pan. Ya te lo dije... Tenemos que deshacernos de los niños. Los llevaremos otra vez al bosque, está vez más adentro, para que no puedan encontrar el camino de vuelta; de otro modo, no hay salvación para nosotros.

El padre no quería abandonar a los niños, así que le dijo que no estaba de acuerdo, que ya encontraría la manera de ganar algo de dinero. Pero la mujer no atendía razones y lo llenó de reproches, insultos e improperios... El hombre no tuvo la convicción ni el valor para oponerse, pero le dijo que no participaría en su plan.

Esa noche, otra vez, Hansel se levantó de la cama con intención de volver a recoger guijarros; pero no pudo hacerlo, porque la madre había cerrado la puerta con llave y el niño volvió a su cuarto sin piedras y sin saber qué hacer.

La historia volvió a repetirse. Otra vez el madrugón, otra vez un pedazo de pan para ambos, otra vez el camino al bosque y otra vez las miradas atrás de Hansel diciendo que saludaba a su gato; aunque esta vez el niño, que no tenía piedras, dejaba caer pequeñas migajas de pan. Hansel había pensado que era mejor correr el riesgo de pasar hambre que quedarse perdidos sin saber cómo volver.

La madre condujo a los niños aún más adentro del bosque, a un lugar en el que nunca habían estado. Entre los tres encendieron un gran fuego y la mujer les dijo:

—Quedaos aquí, pequeños, y si os cansáis podéis dormir un poco. Yo iré a encontrarme con vuestro padre y, al atardecer, vendremos juntos a recogeros.

Como ya presentían, ni mamá ni papá aparecieron, y cuando la noche se hizo oscura Hansel supuso que su amiga la luna iba a iluminar las miguitas de pan que él había ido arrojando por el camino. Pero para su sorpresa no encontraron ni una sola migaja: los miles de pajarillos que vivían en el bosque se las habían ido comiendo apenas Hansel las dejaba caer.

—Vamos —dijo Hansel, tomando de la mano a su hermana y comenzando a caminar—. No podemos quedarnos quietos aquí.

Los niños anduvieron toda la noche y todo el día siguiente, desde la madrugada hasta el atardecer, tratando de encontrar el camino a casa. Pero no

lograron salir del bosque.

Estaban hambrientos, pues no habían comido más que unos pocos frutos silvestres, recogidos del suelo, y tan cansados que las piernas se negaban ya a sostenerlos. Finalmente no pudieron seguir y se quedaron dormidos al pie de un árbol, abrigándose solo con el abrazo que se daban entre ellos.

Amaneció el día tercero y, con mucho esfuerzo y poca esperanza, reanudaron la marcha.

Hacia el mediodía, un hermoso pajarillo blanco como la nieve se posó frente a ellos, en la rama de un árbol; cantaba tan alegremente que se detuvieron a escucharlo. Cuando hubo terminado de cantar, abrió sus alas y emprendió el vuelo.

Gretel ordenó:

—Vamos... Sigámoslo.

Corriendo entre los árboles y mirando entre sus copas para no perderlo de vista, siguieron al ave que, finalmente, fue a posarse en el tejado de una extraña casita, hecha de bizcocho y cubierta de chocolate, con ventanas de caramelo y cortinas de crema batida.

—¡Mira eso! —exclamó Hansel, mientras sentía que se le hacía agua la boca.

—No sé tú —dijo Gretel—, pero yo empezaré por comerme un pedacito del tejado. ¡Tengo un hambre!...

—Yo voy a probar una ventana con crema —anunció Hansel—. ¡Se ven riquísimas!

Gretel se encaramó al tejado y partió un trocito para probar a qué sabía, mientras Hansel mordisqueaba la ventana del frente y descubría que tenía gusto a piña y manzanas. En un momento se escuchó una voz temblorosa que venía de la casa:

—¿Quién anda por ahí?...

Los hermanos la oyeron, pero tenían tanto apetito que siguieron comiendo sin dejarse intimidar.

Gretel, a quien el tejado le había gustado mucho, mordió un trozo de la pared lateral, por la que chorreaba un delicioso chocolate, mientras Hansel, arrancando el cristal de fresa de una ventana, se sentó en el suelo a saborearlo.

Entonces se abrió la puerta bruscamente y salió de la casa una mujer tan vieja y arrugada que los chicos se asustaron de verla.

La mujer avanzó hacia ellos apoyándose en un bastón, mientras les decía:

—¡Hola, queridos niños! ¿Quién os ha traído hasta aquí? Entrad y quedaos conmigo, así probaréis el resto de manjares que tengo preparados para quienes me visitan.

Y tomándolos de la mano los metió dentro de la casita, donde había servida una apetitosa merienda:

Leche tibia con bollos azucarados,
manzanas en almíbar,
galletitas, alfajores, nueces, dulces,
y caramelos de todos los colores.

Cuando sintieron que sus pancitas estaban repletas de dulces y postres, la dueña de la casa les ofreció dos camitas que estaban preparadas para ellos con preciosas sábanas blancas.

Hansel y Gretel agradecieron tanta bondad y se acostaron en ellas. Los hermanitos se durmieron de inmediato, sintiendo que estaban en el cielo.

Sin embargo, las apariencias muchas veces son engañosas.

Estaban muy lejos del cielo en el que creían estar...

La amable y bondadosa ancianita que los había acogido en la casita de chocolate, no era en realidad ni buena ni amable. Era una bruja malvada que acechaba a los niños para satisfacer sus peores instintos. Había construido la casita de bizcocho y chocolate con el único objeto de atraer a los más pequeños. Solo necesitaba meterlos en su casa y empacharlos de dulces; luego, mientras dormían, los mataba y los cocinaba para comérselos. Esto era para ella la mejor de las fiestas.

Cuando vio a Hansel y Gretel durmiendo en sus camitas, se dijo para sí misma riéndose malignamente:

—¡Ya son míos! Me los comeré mañana...

Cuando se acercó a verlos bien, notó que ambos hermanos estaban demasiado flacos (tantos años de hambruna en su casa habían dejado huellas). Debía cambiar eso antes de su esperado festín.

—Cuando engorden —pensó en voz alta—... ¡serán un buen bocado! Primero él y después la niña...

Al día siguiente la bruja se levantó muy temprano y mientras desayunaba como siempre, comiéndose una rata o una lagartija, pensó que engordarlos le llevaría un tiempo y que debía hacer algo para no correr el riesgo de que alguno de los dos apetitosos niños pudiera escaparse.

Con esa idea se acercó a los pequeños y, antes de que terminaran de despertar, los amarró de manos y pies. No les tapó la boca, porque sabía que podían gritar hasta hartarse y que nadie los escucharía.

Con sus huesudas manos, los arrastró uno tras otro hasta un pequeño establo. Encerró al muchacho tras una reja y encadenó la niña a una columna.

Hansel pataleó y la insultó de todas las formas conocidas, con las palabras más horribles que sabía, pero todo fue inútil. Nada de aquello parecía inmutarla.

—Tú estás demasiado flaca —le dijo a Gretel—. Tardarás mucho en estar a punto. Por eso te dedicarás a cocinar para tu hermano las comidas que a él más le gusten. ¡Cuando esté bien gordo, me lo comeré!

Gretel se echó a llorar amargamente pero, temblando de miedo, se dio cuenta de que debía hacer lo que la bruja le ordenaba y cocinar para su hermano.

Desde entonces Hansel recibía comida cuatro veces al día, mientras que Gretel debería conformarse con los restos que su hermano dejara.

Pero Hansel se había dado cuenta de las intenciones de la bruja y tenía tomada una decisión: él solo comería la mitad de lo que se le sirviera y luego escondería la otra mitad para dársela a su hermana cuando la bruja no los viera.

Es cierto que el muchacho se quedaba hambriento, pero gracias a eso Hansel no engordaba y Gretel no moría de hambre. Un plan que por el momento servía para que ambos salvaran sus vidas.

Todas las mañanas la bruja se acercaba al establo y le ordenaba a Hansel:

—A ver, tú, chico, saca tu brazo por la ventana, quiero saber si estás a punto.

Pero los hermanos ya se habían dado cuenta de que la bruja tenía muy mala vista y entonces, mientras Gretel sacaba su brazo por la ventana, Hansel decía:

—Aquí está mi brazo, vieja malvada...

Y, por supuesto que para la bruja, que tocaba el brazo de la enflaquecida Gretel, el niño no estaba nunca suficientemente gordo.

Pero los engaños nunca duran para siempre...

Al cabo de cuatro semanas, viendo que Hansel no engordaba como ella pretendía, la bruja perdió la paciencia y decidió que no quería esperar más:

—Gretel —le dijo a la niña—, mañana temprano ve a buscar agua y ponla

a hervir. ¡Esté gordo o flaco tu hermano, me lo comeré!

Por la mañana muy temprano, Gretel no tuvo más remedio que salir a llenar de agua el caldero y encender el fuego del fogón.

—Gretel, pela unas patatas y unas cebollas para condimentar la cena.

—Gretel, deja la sal y la pimienta a mano.

—Gretel, pon el pan al horno para que se cueza.

Y, finalmente, le ordenó:

—Gretel, destapa la olla, agrega las verduras al agua hirviendo y luego vuelve a taparla bien, para que no escape el vapor...

—No puedo hacerlo, señora —dijo Gretel, haciendo exageradamente el gesto de que no podía con ella—. Esta tapa es demasiado pesada para mí.

—¡Niña inútil! —despotricó la bruja—. ¡No sirves para nada!

Y llenando su boca de maldiciones se acercó a la enorme olla para levantar ella misma la tapa.

Era el momento que Gretel estaba esperando.

De un empujón, hizo que la malvada bruja cayera en el caldero hirviente, y de inmediato tapó la olla y la trabó para que no escapara.

¡Qué chillidos tan espeluznantes daba la bruja!

¡Qué berridos más espantosos!

Pero Gretel no se conmovió. Al contrario, pensó que aquella malvada merecía una muerte como esa.

Después corrió al establo y liberó a su hermano.

Sin la bruja, no había nada que temer. Los hermanos recorrieron la casa, buscando provisiones que les permitieran emprender el camino de vuelta a su hogar. Encontraron bastante comida, galletas y pan, pero sobre todo encontraron, en todos los cajones y estantes, pequeños cofres con joyas, perlas y piedras preciosas, que decidieron llevarse también con ellos en su viaje de regreso.

—Si consiguiéramos llegar al molino... —dijo Hansel—. Desde allí yo me sé el camino a casa.

Comenzaron a caminar hacia el bosque, sin saber qué harían al llegar a él, pero apenas estuvieron entre los árboles una decena de pajarillos los rodearon volando a su alrededor.

Los hermanos los miraron sorprendidos, actuaban como si los conocieran de toda la vida. Algunos de los pájaros se posaron en los hombros de Gretel y

otros revolotearon alrededor de Hansel como si quisieran picotear sus bolsillos.

El muchacho se dio cuenta con rapidez de lo que estaba sucediendo. Se trataba de los pájaros que semanas antes habían recogido las miguitas de pan que él había ido dejando caer para intentar volver a su hogar; ahora los habían reconocido y venían por más comida.

Hansel sacó de sus bolsillos algo de pan y galletas y le dio una parte a Gretel, para que juntos se las ofrecieran a sus emplumados amiguitos.

Luego Hansel les dijo:

—Escuchad, amigos... Si nos lleváis hasta el molino que está junto al río os dejaremos todas estas provisiones y, además, en agradecimiento, os regalaremos una hermosa piedra azul, para que vuestro nido sea el más hermoso del mundo.

Como si comprendieran cada palabra, los pájaros levantaron vuelo y, efectivamente, guiaron a los hermanos a través de la espesura hasta el molino, llevándose como recompensa el pan, las galletas y el maravilloso zafiro.

Desde allí, Hansel y Gretel corrieron hacia su casa.

Antes de que el sol estuviera en su punto más alto, los muchachos cruzaban ya la cerca que rodeaba la pequeña casucha.

Cruzaron el jardín gritando:

—¡Papá!... ¡Papá!

Y entraron como una tromba en la casa.

Su padre se adelantó a su encuentro y, al verlo, Hansel y Gretel se echaron en sus brazos, llenándolo de besos.

Cuando el hombre vio que sus hijos miraban a su alrededor, buscando, él les contó que su esposa, después de decirle que no quería seguir soportando la pobreza, lo había abandonado para siempre... Desde ese momento, admitió, su única compañía eran las lágrimas que derramaba cada noche, llorando arrepentido la ausencia de sus hijos.

—Ya estamos aquí, papá —dijo Gretel.

—Lo demás ahora no importa —agregó Hansel.

Entonces el hombre les pidió que no se fueran nunca y les aseguró que, aunque no hubiera mucho para comer, se las arreglarían.

—Claro que nos arreglaremos —dijo Hansel.

—Y no tendrás que trabajar nunca más —aseguró Gretel.

Y los dos dejaron caer sobre la mesa el tesoro que habían traído de la casa

de la malvada bruja.

—¿Y todo esto? —preguntó el padre.

—Ya te contaremos —dijeron los dos—. Tenemos mucho tiempo para eso...

El hombre y sus hijos se abrazaron de nuevo y rieron, sabiendo que de ahí en adelante los tres serían muy felices no por su fortuna, sino por estar juntos otra vez.

Moraleja

Este cuento es también un «elogio a las buenas acciones», pero incluye además otros mensajes.

Señala cómo la inteligencia y la previsión pueden ser herramientas relevantes a la hora de afrontar peligros o situaciones adversas.

Advierte sobre la actitud engañosa de la maldad a la hora de atraer a los ingenuos, desamparados o débiles, para después sacar partido en su beneficio. Aconseja desconfiar especialmente de las cosas fáciles y de los momentos demasiado dulces, porque la vida es dura y complicada y si encuentras algo muy bueno, desconfía porque lo más probable es que tenga truco y esconda haber algo malo o peligroso.

Un sutil mensaje adicional (no explícito) viene dado por la sugerencia de no confiar ciegamente en nadie nunca, ni siquiera en los propios padres.

La moraleja apunta a la necesidad de confiar en uno mismo y en nuestra capacidad de cuidar a los que amamos, pero sobre todo pone el foco en la relación entre pares, entre compañeros, entre hermanos, situando estos vínculos en el centro de atención, incluso por encima de la relación con los padres.

La otra puerta

Para muchos científicos que estudian hechos o fenómenos sometidos a leyes más o menos rígidas, como los físicos, la mirada del observador siempre modifica literalmente los hechos que atestigua; si esto es así, cuánto más debe modificar el sentido del texto, aun sin deseirlo, la mirada y la interpretación del que lo lee.

Hecha esta confesión para justificar mi falta de objetividad, me animo a compartir contigo dos «detalles» que me llamaron la atención leyendo el cuento.

El primer asunto no es un «detalle», en el sentido de su importancia, pero no suele ser, en las versiones del cuento que yo he escuchado, uno de los ejes que esconde un mensaje fundamental, aunque yo creo que debería serlo.

Me refiero a la obsesiva pretensión de los protagonistas de volver a casa.

Me alejo del cuento para retomarlo después.

La mayoría de las personas nos empeñamos en creer que las cosas son eternas, especialmente las que sabemos que son efímeras:

la presencia permanente a nuestro lado de los seres queridos,
la pasión de nuestros enamoramientos,
la tersura y turgencia de algunas partes de nuestro cuerpo,
y hasta el encanto de nuestros hijos mientras son pequeños.

La mayoría de nosotros decidimos ignorar que cada situación, por buena y fascinante que sea, es parte de un ciclo y nos hacemos los distraídos para no perder todo lo bueno que tal o cual período dejó en nosotros. Sería lógico esperar que nos resultara sencillo dejar atrás esas situaciones en las que las decisiones de otros, o algún error incorregible, nos llevan a un punto muerto o a un final indeseado... Pero no lo es.

La experiencia en la consulta me ha enseñado que, muchas veces, el verdadero motivo para no querer cerrar definitivamente algunas situaciones es la absurda y oculta pretensión de no tener que asumir la responsabilidad de empezar de nuevo.

Nos resistimos, aunque sabemos de memoria que siempre hace falta cerrar una etapa si se quiere comenzar adecuadamente la siguiente.

Al atardecer, la caída del sol marca el final de una jornada y da paso, sin prisa, a la noche, que embarazada del nuevo día lo parirá puntualmente al alba. Qué terrible sería que ese ciclo se detuviera, que el día fuera eterno, o que la noche nunca acabara.

Quizás por intuirlo así, las puestas de sol siempre han sido experiencias trascendentes en mi vida.

Quizás tenga que ver con mi estructura melancólica, quizás sea el rastro dejado por *El principito*, aquel mágico personaje de Saint-Exupéry que un día vio ponerse el sol 47 veces con solo mover unos metros la silla en su pequeño planeta.

Quizás sea porque cada atardecer combina simbólicamente el final de algo y el comienzo de otra cosa.

Quizás sea por otros motivos menos conscientes o por la suma de todo lo dicho, pero estoy seguro que si no existieran en mi vida estas razones, las puestas de sol seguirían fascinándome aunque no fuera más que porque cada una es, en sí misma, una experiencia estéticamente desbordante.

Me alejo un poco más todavía...

Hace unos años, con la complicidad de nuestros amigos Héctor y Graciela, mi esposa y yo decidimos regalarnos una «segunda luna de miel» (excusa tan válida como cualquier otra para gastarse los ahorros de muchos años en un viaje de un mes y poco). Los cuatro acordamos en ponerle un nombre a nuestra aventura: la llamamos «Un recorrido por las puestas de sol del Mediterráneo». Como ellos dos ya conocían los atardeceres en la costa Azul y nosotros los de España, decidimos empezar en Estambul.

No voy a ahondar en detalles sobre lo que significó llegar a Turquía, pero imagínense aterrizando en un aeropuerto desconocido, donde nadie o casi nadie habla inglés, ni francés (ni qué decir del español), atestado de turcos, croatas, griegos y rusos que conversan incansablemente mientras gesticulan aparatosamente y corren de un lado para otro, como si tuvieran urgencia de ir adonde no van, pero sin demasiado tiempo, ni interés, en entender lo que otro pregunta.

La policía del aeropuerto habría podido ser de ayuda, pero no le preguntamos. Debo admitir, avergonzado, que en Turquía nos llevó un tiempo comprender que esos uniformados de bigote ancho y gesto

adusto o temerario, son amabilísimos anfitriones (en aquellos primeros momentos el pensamiento de los cuatro volvía irremediablemente a las escenas de *El expreso de medianoche*).

De todas formas cualquier incomodidad queda reducida a algo nimio cuando uno empieza a ver la maravillosa Estambul, una ciudad que es por lo menos tres ciudades separadas por el estuario del Cuerno de Oro y el estrecho del Bósforo. Sobre la ladera de una de las orillas del Bósforo almorzamos en un hermoso restaurante (cuyo postre más apetitoso, no en vano, se llamaba «Sunset») y esperamos la primera puesta del sol de nuestro viaje.

Estambul es la única ciudad que está en dos continentes; de hecho, del otro lado del Bósforo es Asia. Encantados con lo lúdico de la idea, terminamos de comer en Europa, tomamos un taxi y nos fuimos a tomar el café a Asia.

A las puestas de sol de Estambul siguieron las de Atenas, una en la Acrópolis y otra desde el legendario monte Lycos.

Maravillosas. Creíamos que nada podía superar esas sensaciones.

Pero nos equivocamos... La siguiente puesta de sol la vimos en Mykonos, y nos quedamos literalmente paralizados frente a tamaña belleza, pensando que esta vez sí que nada podría superarla. Otra vez nos equivocamos. Santorini nos hizo conocer la perfección. Al norte de esa pequeña isla, en un pequeño pueblito pesquero llamado Oia, asistimos a lo supremo. Una puesta de sol que ninguna de las cuarenta y cinco fotos disparadas por nosotros cuatro alcanzó a retratar.

No queríamos ver nada más, hasta tal punto que esa noche, durante la cena, pensamos seriamente en interrumpir el resto del viaje y quedarnos en Santorini para volver a Oia dos o tres veces más.

Afortunadamente no lo hicimos. La decisión de seguir adelante, superar nuestro enamoramiento de ese pequeño pueblo, tres vuelos en avión y un viaje de dos horas en auto, nos llevarían a un paraíso: Taormina.

Nada que pueda ser dicho en palabras puede describir esa bellísima ciudad de Sicilia.

Los paisajes, la gente, la ciudadela en lo alto (donde no entran

automóviles)... y, por supuesto, el Etna: el volcán que, humeando constantemente, recuerda que está dormido, pero vivo.

Después de caminar un día por la ciudad, uno comprende algunos dichos de Pirandello y aquel título de la novela de Silvina Bullrich, *Te acordarás de Taormina*.

Me acordaré por muchas cosas de este viaje, pero sobre todo me acordaré por una pequeña conversación que tuve con Giovanni, un hombre de unos 38 años que atendía un barcito en el pueblo que está enclavado en la ladera este del volcán de Catania.

El Etna tiene una ladera volcánica por donde el volcán derrama lava cuando entra en erupción y otra llana, más segura, adonde la lava nunca llega. Nicolosi, el pueblo de Giovanni, está construido en la ladera peligrosa. Un pueblo construido siete veces, una después de cada erupción del Etna.

—¿Por qué construyen este pueblo aquí, una y otra vez?— pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Mire... mire —me dijo Giovanni, apuntando su huesudo dedo al Mediterráneo—... Mire el mar y la playa, y mire la montaña, y la ciudad... Este es el más bello lugar del mundo... Mi abuelo siempre lo decía.

—Pero el volcán... —le dije— está activo... Puede volver a entrar en erupción en cualquier momento.

—Mire, *signore*, el Etna no es caprichoso ni traicionero; el volcán siempre nos avisa, jamás estalla de un día para otro —y, como si fuera obvio, siguió—. No somos tontos, cuando está «por lanzar» nos vamos.

—Pero, ¿y las cosas?: los muebles, el televisor, la nevera, la ropa... —protesté—. No pueden llevárselo todo...

Giovanni me miró, respiró profundamente apelando a la paciencia que los sabios tienen con los ilustrados y me dijo:

—¡Qué importancia tienen esas cosas, *signore*!... Si nosotros seguimos con vida... todo lo demás se puede volver a hacer.

Años después, a finales de 2005, las fotografías de todos los diarios mostraban las espantosas imágenes de la lava barriendo una vez más cada pared, cada árbol, cada balcón y cada flor de Nicolosi.

No había víctimas, el pueblo había sido evacuado antes de que la erupción empezara.

Nunca más hablé con Giovanni, pero cerrando los ojos pude adivinar que, pasado el peligro, Giovanni trepó la ladera con sus vecinos y, en pocas semanas, volvió a levantar el pueblo para empezar de nuevo su historia por octava vez.

La gente de Nicolosi habla de «construirlo todo de nuevo», como poniendo el acento más en lo *nuevo* que en la tarea de *construir*. «Reconstruir» sería otra cosa, un desafío casi siempre imposible y dudosamente con un resultado mejor. «Nadie se baña dos veces en el mismo río» sentenciaba Heráclito hace miles de años, resumiendo en una sola frase, dolorosa pero inapelable, la verdad de lo obvio.

Hay pues que aprender de Giovanni a empezar «de nuevo», y no «otra vez», rescatando de nuestro recorrido anterior el registro de lo aprendido sobre todo para intentar que sean nuevos los errores de la nueva etapa.

Volver a empezar es el desafío, pero es necesario darle un nuevo sentido al retorno, hacer nutricao este retroceso; caminar hacia atrás hasta el sitio donde erramos el rumbo o al inicio del camino que conduce inevitablemente al lugar indeseado, para poder así explorar otras elecciones.

Es volver a un lugar en el que ya estuve, pero sabiendo que la situación ya no será la misma y el espacio será diferente.

Ahora sí retomo a *Hansel y Gretel*.

Uno podría preguntarse... Ahora que la bruja no está, ¿por qué no quedarse en la casita de chocolate?

Imposible. Ellos ya han aprendido que las casas de bizcocho y chocolate no existen, que solo son trampas para niños glotones. Sin que se diga cómo lo han aprendido, ellos saben que deben regresar si quieren empezar «de nuevo» y desde otro lugar.

Hay que volver, si es posible con la conciencia de que, incluso si encontrásemos que nada parece haber cambiado, todo será diferente porque nosotros ya no seremos los que fuimos: habremos aprendido, sabremos más, tendremos mejor registro de cada cosa, habremos crecido.

Hace más de veinte años, cuando yo empezaba publicar algunas

de mis cosas y mi hijo Demián apenas aprendía a escribir sus primeras letras, tuve con él un pequeño diálogo muy esclarecedor en medio de nuestra habitual lectura compartida de las noches de viernes. Una ocupación semanal que a veces duraba largas horas y que terminaba cuando alguno de los dos se quedaba dormido (en general, yo).

En el texto de esa noche, el pequeño ratón animaba sus amiguitos para ir a enfrentarse a un malvado gato. «¡Adelante!», les decía.

—¿Tú sabes lo que quiere decir «Adelante»? —le pregunté ingenuamente.

—Claro —me contestó Demián de inmediato—. Adelante es hacia donde yo voy...

Muchos años me llevó darme cuenta de que la dificultad de ir hacia delante tiene siempre tres aristas: por un lado, tener y saber utilizar las herramientas que necesitamos para avanzar; por otro, haber tomado la decisión de establecer hacia dónde vamos; y, por último, ser capaces de dejar atrás algunas cosas de nuestro pasado, que ya no está.

Ni dentro y atrapado, ni fuera y aislado.

Es necesario dar por cerrado lo que pasó, aunque esto implique primero un retorno, para comenzar a vivir comprometidamente con lo que hoy, y hacia adelante, nos ofrece la vida.

Este es uno de los dos legados que quiero agregar a la lista de las muchas cosas que puede enseñar este cuento. El retorno de Hansel y Gretel es muy simbólico: vuelven, pero han crecido, son autónomos, tienen de qué vivir, no dependen, no necesitan alguien de quién depender y tienen más para dar que para pedir.

La seguridad de un camino sin peligros ni miedos solo se puede encontrar en la experiencia que deja haberlo transitado antes. Las marcas que uno deja para hacer fácil su retorno no son eternas.

Regresar para rescatar lo que de nosotros ha quedado en aquel lugar, en aquella etapa, pero sabiendo con claridad que podremos —y seguramente debamos— volver a partir; pero si eso sucede, sabiendo el camino, cada vez será más sencillo regresar y también se hará cada vez más fácil volver a partir...

El segundo punto del que quiero ocuparme para esta nueva mirada

se apoya, como te dije, en un verdadero «detalle» que, aunque se repite dos veces, no deja de ser un detalle.

La primera vez se narra cuando Hansel y Gretel son llevados de nuevo al bosque por decisión de su madre para ser abandonados allí. Esta vez no hay guijarros para marcar el camino de regreso, y entonces Hansel decide hacer lo impensable (recordemos que la familia viene pasando hambre y que ellos serán abandonados y lo saben, sin abrigo ni alimento): decide sacrificar el único bocado con el que cuentan para dejar un rastro de migas que les permita volver a casa. La estrategia fracasa, pero la decisión del muchacho es clara.

La segunda situación la encontramos cuando los hermanos se enteran del plan de la bruja de hacer engordar a Hansel para luego comérselo. El muchacho, al que le encanta comer, toma una decisión que se parece demasiado a la anterior como para pensar que es una casualidad: Hansel decide comerse solamente la mitad de lo que se le ofrece y dejar el resto de su plato para Gretel.

Hansel, una vez más, prefiere pasar hambre para salvarse: piensa en la supervivencia... Él sabe o intuye que en su privación temporal está su salvación y la de su hermana.

Creo que en estos dos episodios está el mensaje oculto más importante de este cuento: la postergación de un deseo o de una satisfacción inmediata puede dar lugar a una satisfacción mayor, o más valiosa y trascendente, en el momento siguiente.

La prolongación de las difíciles situaciones por las que atraviesan nuestros países nos confronta otra vez con la necesidad de hacer uso de todos nuestros recursos para poder seguir adelante. Como en el cuento, se impone buscar, donde sea, la estrategia necesaria para seguir intentando salir del aprieto en el que estamos, ya que la opción de dejar de luchar y resignarse equivale a desaparecer.

La lectura diaria de los periódicos parece ser cómplice voluntario de nuestra oscilación entre el deseo, el derecho y la natural inclinación a disfrutar de la vida, por un lado, y la razonable atención que debemos prestarle a la angustia, la inquietud y el consecuente malhumor que siempre trae consigo la incertidumbre.

Yo, que, como siempre digo, pertenezco al equipo de los que trabajamos intentando ayudar a las personas «de la piel hacia

adentro», debo admitir aquí que tengo pocas soluciones para ofrecer a una realidad tan frustrante, pocos antídotos para tanto veneno informático, poco paliativo para tanto dolor y temor... Sin embargo, quizás hoy, de la mano de tan viejo cuento, aparece una propuesta que encaja en mi deseo y en lo que creo, que quiero compartir contigo:

Es necesario un cambio de actitud.

El concepto de «aceptar la realidad» se ha vuelto popular en los últimos tiempos desde la conciencia, tanto de expertos como de legos, de que esta aceptación es un primer paso fundamental en el proceso de lidiar con una realidad indeseable.

Sin embargo, dos malentendidos nos llenan de dudas respecto a este concepto:

El primero, el de aquellos que dicen, sin fundamento, que aceptar es resignarse.

Y por supuesto que no es así.

Resignarse es apretar los dientes y seguir masticando el cabreo, asumiendo que no hay nada que se pueda hacer. Volviendo al cuento, resignarse es hartarte de comida hasta que tu gordura satisfaga a la bruja y ella decida que es tiempo de comerte.

El segundo, el de quienes sostienen que, para aceptar estas cosas, habría que elevarse por encima de lo humano y que todo lo humano dejara de importarte.

Y yo no creo que ir en pos de un estado de *satori* eterno, un Nirvana en el que nada te importe demasiado, sea posible ni deseable.

La aceptación de la que siempre hemos hablado evoca otro concepto superior y más importante. Es la armonía de aquellos que pueden ver y vivir con intensidad una realidad incómoda sin estar dispuestos a ignorarla; son capaces de perder la urgencia de que ocurra el cambio deseado. Es la bendición que reciben aquellos que han aprendido a trabajar por las cosas, sin exigir los resultados en lo inmediato.

Y este punto, el de la urgencia o no de resultados y el de la humana respuesta a esa diferencia, parece ser uno de los determinantes de

una actitud mejor o peor adaptada a cualquier realidad, especialmente en situaciones difíciles o frustrantes.

En 1966 un psicólogo de la conducta llamado Walter Mischel diseñó un experimento que se llevó a cabo a lo largo de más de treinta años en la cátedra de Conducta Humana de la Universidad de Stanford.

Empujado por la compleja actitud de sus hijos (que entonces tenían 3 y 5 años), y en un intento de comprender sus decisiones y elecciones, convocó a más de seiscientos niños de esas edades (entre ellos sus propios hijos) y los sometió al siguiente test.

Sentaba a cada niño frente a una mesa, en una habitación casi vacía.

En la mesa les ofrecía un dulce o chuchería que al niño le gustara particularmente, la mayoría de las veces un malvavisco.

Luego les decía que él iba a salir de la habitación y que volvería en 15 minutos con un dulce más, y les prometía que si cuando regresara habían resistido la tentación de comerse el malvavisco que estaba en la mesa, les daría el otro y entonces podría comerse los dos.

Casi el 100 % de los niños, que comprendían perfectamente el desafío, dijeron que esperarían a que él regresara para poder duplicar su recompensa.

Mischel los felicitaba y salía de la habitación. El niño quedaba a solas con su dulce y su decisión, aunque el equipo miraba, anotaba y grababa cada gesto, cada frase y cada movimiento de los niños, a los que observaban a través del cristal opaco de la habitación.

Obviamente, algunos niños se comían el malvavisco apenas el experimentador dejaba la habitación; otros aguantaban algunos minutos, pero no conseguían esperar al regreso del doctor Mischel; y otros, por fin, conseguían no comérselo para poder recibir la segunda chuchería.

Ver esas filmaciones (se pueden mirar en Internet) es realmente interesante, didáctico y «divertido» (especialmente por las peripecias de los niños y niñas que luchan con la tentación de comérselo de una vez).

Con algunas variaciones en los grupos étnicos y sociales, los resultados obtenidos por Mischel se repiten cada vez que se hace el

experimento: más de la mitad de los niños (61 %) son capaces de postergar su impulso y reciben la gratificación del segundo dulce.

Quizás lo más interesante del experimento fue producto, no del ingenio de la prueba ni de su implícita cuota de crueldad, sino de la tenacidad de Mischel, que durante los siguientes treinta años se dedicó casi exclusivamente a hacer un seguimiento de cada uno de los niños (no solo de los suyos).

Comparando ambos grupos de niños (los que sí pudieron esperar y los que no) el experimento demostró que había una coincidencia absoluta entre los que habían conseguido duplicar sus dulces y los que más adelante demostraron ser más exitosos en todas las áreas (rendimiento académico, popularidad entre sus amigos, vínculos familiares, parejas duraderas, éxitos profesionales...). No cabe duda, pues, de que quienes tienen el poder de postergar la satisfacción de un deseo o una pulsión tienen a lo largo de toda su vida más capacidades y probabilidades de alcanzar, de adultos, las metas que se impongan.

Sabemos ahora que la realidad circundante, el ambiente, el estado mental del sujeto y su vinculación con el entorno en ese momento afectan a la personalidad y a la capacidad de autocontrol por lo menos tanto como lo innato y lo congénito.

Como el cuento parece indicar en esta relectura, todo parece confirmar una herramienta que nos permite ser más eficaces y exitosos, y que es a la vez una virtud envidiable y una habilidad que se puede y se debe desarrollar: la capacidad de postergar la inmediata satisfacción de un deseo.

Y, en ese mismo aprendizaje, poder demorar la concreción de un sueño sin descartarlo, y saber esperar el momento de hacer de la mejor manera lo que, por impulso, querría hacer hoy, de cualquier manera.

Creo, sinceramente, que este es legado de Hansel y Gretel:

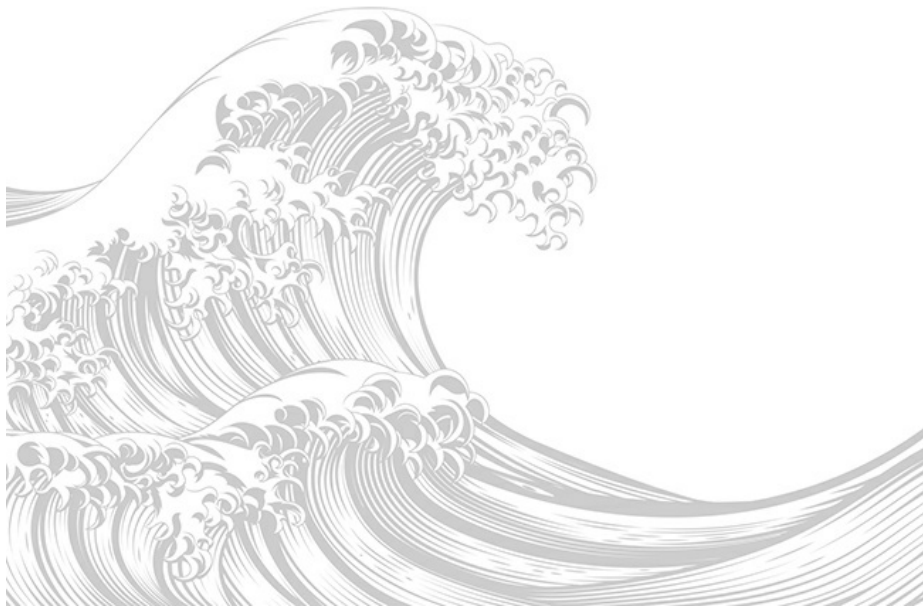
Es justamente en los tramos más difíciles de nuestra vida,
cuando aparecen las situaciones más complicadas,
cuando todas las previsiones traen malos augurios para nuestro futuro,
cuando no se vislumbran en el horizonte condiciones más favorables...
Es en esos momentos duros...

cuando aquellos que controlan mejor la ansiedad,
aquellos capaces de aceptar la realidad, en el sentido de renunciar a las urgencias,
aquellos que siempre ponen en juego todos sus recursos y su fuerza de voluntad
se erigen como los más capacitados para tomar las mejores decisiones.

Y no podemos olvidar
que son siempre las buenas decisiones
las que multiplican la posibilidad, de todos,
de llevar nuestra nave a buen puerto.

Capítulo 12

La sirenita



Introducción

En 1989, los estudios Disney decidieron encarar el proyecto de filmar en dibujos animados la más cruel y dramática de las historias para niños: *La damita del mar*, de Hans Christian Andersen. Para hacerlo debían cambiar y recortar gran parte del contenido del cuento original, escrito por Andersen en un momento aciago de su vida, y esto incluía diseñar un final feliz que permitiera a los niños mantener una visión optimista de la vida.

De todas formas, aun y a pesar del desacuerdo de una parte del mundo Disney, Ariel (la sirenita de la película) terminó abriendo un camino sin retorno para las protagonistas de las películas que la siguieron: la de ser auténticamente responsables de su destino. Fue así como tomaron el camino abierto por Ariel heroínas como Mulan, Pocahontas y Miranda, la infalible arquera de *Valiente*.

En la película *La sirenita*, Ariel, una sirena adolescente rebelde, traviesa y soñadora desafía a su padre, que no es otro que el mismísimo Tritón, el rey de los mares, enamorándose de un humano. Después de muchas aventuras y unas pocas desventuras, Ariel, tras haber sido salvada por el hombre de sus sueños, recibe, gracias a los guionistas de Hollywood, el apoyo de su padre y se casa con su amado príncipe bajo los destellos de interminables fuegos artificiales. En la última escena del film, los dos enamorados bailan juntos, compartiendo su felicidad con los invitados de ambos mundos.

La versión que compartiremos aquí no es esta, sino la del cuento original, más o menos fiel a la escrita por su autor en 1837.

El cuento

Hacía muchos años que el rey del mar era viudo y, por esa razón, había delegado en su anciana madre el manejo de las cosas de la casa.

Era una hembra muy inteligente, y muy digna de todos los elogios por lo bien que cuidaba de sus nietecitas, las princesas del mar. Las siete eran bellísimas, aunque la más bella era la menor, Ondina, que tenía la piel clara y delicada como un pétalo de rosa y los ojos azules como el lago más profundo. Ondina, como todas sus hermanas, por supuesto, no tenía pies; su cuerpo terminaba en una cola de pez.

Las princesas se pasaban el día jugando y conversando en las inmensas salas del palacio, en cuyas paredes crecían flores increíblemente bellas. Cuando se abrían los grandes ventanales de ámbar los peces entraban nadando, como hacen en nuestras tierras las golondrinas cuando les abrimos las ventanas. Y los peces se acercaban a las princesas, comiendo de sus manos y dejándose acariciar como lo hacen nuestras mascotas más queridas.

Era claro para todos que Ondina era diferente. Mientras sus hermanas se divertían de lo lindo con los objetos más raros procedentes de los barcos naufragados, ella solo jugaba con una estatua que representaba un niño hermosísimo, esculpido en un mármol muy blanco y pulido, que las olas habían arrojado al fondo del océano.

Pero, al igual que a todas las sirenas, a Ondina le encantaba oír hablar del mundo de los hombres y mujeres de la tierra, tanto o más de lo que a nosotros nos interesaría saber más sobre cómo es la vida cotidiana en el fondo del mar.

Era una norma de la familia que, al cumplir quince años, a las jóvenes sirenas se les concediera el permiso de salir de las aguas, sentarse a la luz de la luna en los arrecifes o ver de cerca los barcos que pasaban por allí... Hasta ese momento había que conformarse con los relatos de otros.

De todas formas, la abuela siempre compartía con sus nietas (para placer de las siete) todo cuanto sabía de barcos, de ciudades, de hombres y de sus aventuras. A Ondina le admiraba especialmente enterarse que en la tierra las flores tuvieran olor, pues las del fondo del mar no olían a nada, y la

sorprendía también que los bosques fuesen verdes. No podía creer que hubiera animalitos con alas que «nadaban» en el aire...

Quizás por eso, o porque era la menor, Ondina había esperado desde siempre ese permiso con impaciencia. Se pasaba muchas noches asomada a la ventana, dirigiendo la mirada a lo alto, contemplando a través de las aguas la luna y las estrellas y recordando el primer día en que su hermana mayor subió a la superficie. A su regreso había traído mil cosas que contar, pero lo más hermoso de todo era su descripción del tiempo que había pasado en un banco de arena, con el mar en calma, contemplando la costa y, detrás de ella, la gran ciudad.

Contaba que allí las luces centelleaban como millares de estrellas y que, por detrás del ruido de los carruajes y de las voces de las personas, siempre se escuchaba alguna música, aunque no fuera más que el tañido de las campanas, el mismo que en los días de mar calmo se podía escuchar hasta en el fondo del mar.

Por sus hermanas mayores, Ondina se enteró de que afuera el sol era como de oro, y que su luz brillante entibiaba el aire; que más adelante un río corría entre colinas verdes cubiertas de pinos, flores, palacios y granjas con todo tipo de animales que nunca había imaginado. Se enteró también de que cuando había tormenta allí arriba los hombres se asustaban y los barcos arriaban sus velas, remando para llegar a la costa de inmediato.

—¡Ay...! —se lamentaba Ondina, confiándose a Fix, su amigo el cangrejo—. ¡Cuándo llegará el día en que pueda salir a la superficie...! Estoy segura de que me gustará el mundo y de que amaré a los hombres que lo habitan.

—No sé, amiga querida —le dijo Fix—. He escuchado cosas maravillosas de los humanos de allí arriba, pero también las más horribles historias...

—Pues algún día podré saber cuál de las dos versiones es la verdadera.

—Seguro que sí, Ondina... Pero hasta que llegue ese momento debes esperar...

Y, como todo llega en este mundo, al fin, la autorización llegó.

—¡Adiós, abuela! Te contaré todo cuando vuelva —le dijo Ondina, saludándola con su mano y elevándose, ligera y diáfana a través del agua, como una burbuja.

El sol acababa de ocultarse cuando la joven sirena asomó la cabeza a la superficie. Las nubes relucían en color rosa y magenta, tiñendo el mar en calma de sus mismos tonos.

A poca distancia estaba anclado un gran barco con las velas recogidas. A bordo los marineros caminaban entre los mástiles y los aparejos, bebiendo, cantando y riendo desaforados.

La joven sirena se acercó nadando a las ventanas de los camarotes, y cada vez que una ola la levantaba podía echar una mirada hacia adentro a través de los cristales redondos, límpidos como espejos.

Se veían muchos hombres magníficamente ataviados, pero había uno que destacaba entre los demás por su hermosura y sus enormes ojos negros. Era el joven príncipe y aquel día era su cumpleaños (por eso se celebraba la fiesta).

Cuando el príncipe subió a cubierta los artilleros dispararon al cielo más de cien cohetes que brillaron en el aire, iluminándolo como la luz de día.

Ondina, que nunca había visto fuegos artificiales ni nada parecido, se asustó pensando que las estrellas del cielo caían sobre ella y se apresuró a sumergirse por unos momentos.

Cuando volvió a asomar a ras del agua se encaramó en una roca para poder mirar el barco con detenimiento. La verdad es que la pequeña sirena no podía apartar los ojos del navío y menos dejar de mirar al apuesto príncipe. ¡Ay, qué guapo era ese joven!

De pronto, como si aquellos fuegos al cielo hubiesen irritado a alguno de sus dioses, las nubes cubrieron el firmamento y el viento comenzó a soplar con fuerza.

Los marineros corrieron de proa a popa izando las velas, una tras otra, y pronto el barco comenzó a moverse. En la lejanía zigzagueaban ya los rayos anunciando que se acercaba una tormenta horrible.

A medida que el oleaje se intensificaba, el buque se balanceaba cada vez más, hundiéndose y levantándose alternativamente, como juguete de las aguas enfurecidas.

Incluso a distancia, la joven sirena se dio cuenta de que los marineros estaban inquietos por la tormenta que se había desatado tan rápidamente y con semejante violencia. El barco crujió y crepitaba, las gruesas planchas se torcían a los embates del mar.

De pronto un rayo partió el palo mayor como si fuera una caña y el barco empezó a tambalearse de un costado al otro, haciendo que el agua se filtrara por varios puntos de cubierta, escurriéndose por las escotillas hasta la bodega. Solo cuando pensó que la bodega no tardaría en inundarse, comprendió Ondina el peligro que corría ese barco y aquellos hombres.

Ahora la noche se había vuelto más oscura, tanto que entre relámpago y relámpago no se veía nada en absoluto. En esos pequeños y fugaces momentos Ondina buscaba entre los hombres del barco a su príncipe. Fue justamente en uno de esos instantes de luz cuando vio partirse el navío... y fue en el siguiente, cuando lo vio hundirse en el mar.

Es verdad que su primer sentimiento fue de alegría... pensó que si el barco se hundía iba a tener al príncipe en sus dominios... Pero luego recordó que los humanos no pueden vivir bajo el agua y que el hermoso joven llegaría muerto al palacio de su padre.

No, no, él no podía morir.

Ondina se echó a nadar entre los maderos y las planchas que flotaban esparcidas por la superficie del mar alborotado, sin siquiera fijarse en que podían lastimarla. Hundiéndose en el agua llegó hasta el príncipe, que se hallaba casi al límite de sus fuerzas. Los brazos y las piernas empezaban a entumecersele, sus ojos se cerraban y una asfixiante mezcla de agua y aire encharcaba sus pulmones.

Si no hubiera sido porque la sirenita sostuvo su cabeza fuera del agua y arrastró su cuerpo hasta las rocas, la vida del príncipe habría terminado esa noche.

Al amanecer la tempestad se había calmado, pero del barco no se veía ni una señal. Cuando el sol que salía alumbró la cara del joven tendido boca arriba pareció como si las mejillas del príncipe recobrasen la vida, aunque sus ojos permanecían cerrados.

La sirenita, que había pasado la noche cuidando de él, se alegró tanto que le estampó un beso en su hermosa y despejada frente. Fue al apartarle el cabello empapado de la cara cuando Ondina se dio cuenta de lo parecido que era el joven a la estatua de mármol que había en su jardín. La sirenita volvió a besarlo, deseando que viviese.

En ese lugar el mar formaba una pequeña bahía, resguardada de los vientos, pero muy profunda, que se alargaba hasta unas rocas cubiertas de fina y blanca arena. A ella se dirigió con el bello príncipe y, depositándolo en la playa, tuvo buen cuidado de que la cabeza quedase bañada por la luz del sol.

Las campanas sonaron en la torre del gran edificio blanco que se levantaba en tierra firme, a unos doscientos metros de la playa, y con el rabillo del ojo la sirena vio que de allí salía un grupo de muchachas que caminaban hacia

ellos. Entonces Ondina saltó al agua y se alejó nadando hasta detrás de unas altas rocas que sobresalían, cubriéndose la cabeza y el pecho con la espuma de las olas para que nadie pudiese verla.

Se hacía la hora de volver. Si se demoraba mucho más, la abuela le daría una reprimenda y quizás no la dejara volver a la superficie por un largo tiempo, pero la sirenita no estaba dispuesta a abandonar al príncipe allí hasta tener la certeza de que alguien se acercaba a ayudarlo.

Entonces recordó lo que decía siempre su padre:

Si uno sabe que es necesario que algo suceda,
debe hacer lo necesario para que así sea.

Y pensando en eso tomó una caracola que había entre las rocas y, llevándosela a los labios, sopló con fuerza sin salir de su escondite.

—iiiiTUTUUUUUUUUU!!!!

Algunas de las muchachas escucharon el sonido y bajaron curiosas a la playa, donde vieron el cuerpo del joven príncipe tendido en la arena.

Después del susto de los primeros minutos, entre todas consiguieron sentarlo y ayudarlo a volver en sí. La sirena vio con alivio cómo el príncipe se recuperaba y sonreía agradecido a las muchachas que lo rodeaban.

«Qué injustos que son los hombres en tierra firme —pensó—. Mi amigo Fix tenía razón... Sonríe a todas menos a mí, que soy quien lo ha salvado...».

De todas formas, cuando lo vio entrar a salvo en el enorme edificio, se sumergió en el agua y regresó al palacio de su padre.

Ella siempre había sido de temperamento taciturno y silencioso, pero desde aquel día lo fue más aún y a nadie quiso o pudo contar lo que había pasado en aquel primer día en la superficie. Su único consuelo era sentarse en el jardín, enlazando con sus brazos la hermosa estatua de mármol, aquella estatua que se parecía al guapo doncel.

Ondina dejó de cuidar esas flores que tanto quería y con el paso de los días el jardín se volvió salvaje, invadiendo los senderos y entrelazando largos tallos y hojas en las ramas de los árboles, hasta tapar por completo la luz del jardín, que se volvió umbrío como ella.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —le dijo un día su amigo Fix.

—No puedo contártelo —dijo Ondina—. Es un secreto.

—Oye, princesa, si los amigos no están para contarles nuestros secretos, entonces, ¿para qué están?

Fix tenía razón. Así que en unos minutos Ondina le contó al cangrejo lo

que había pasado y, durante el resto del día, lo que había estado sintiendo cada vez que recordaba al joven, incluyendo la angustia de no saber ni siquiera si lo volvería a ver...

—Déjame a mí —dijo Fix, tan dispuesto a ayudarla como siempre—. Pero mientras tanto sonrío un poco, que el fondo del mar es muy gris sin tu sonrisa.

No tardó mucho el cangrejo en averiguar quién era el príncipe, cuál era su patria y dónde se hallaba su palacio.

—Ven, amiga —le dijo Fix a la sirenita—, no está tan lejos... Vamos a conocer el palacio de ese príncipe tuyo.

El palacio de la familia real estaba construido de una piedra brillante, de color amarillo claro, con grandes escaleras de mármol, una de las cuales bajaba hasta el mismo mar. Magníficas cúpulas doradas se elevaban por encima del tejado, y entre las columnas que rodeaban el edificio había estatuas de mármol que parecían tener vida. A través de los nítidos cristales de las altas ventanas podían contemplarse los hermosísimos salones adornados con preciosos tapices y cortinas de seda, y con grandes cuadros en las paredes; era una delicia para los ojos.

Desde entonces, Ondina se dirigía allí muchas tardes y muchas noches, acercándose a tierra mucho más de lo que hubiera osado cualquiera de sus hermanas; incluso se atrevía a remontar el canal que corría por debajo de la soberbia terraza levantada sobre el agua. Se sentaba allí y se quedaba contemplando al joven, que caminaba por entre las flores, creyéndose solo bajo la luz de la luna.

Y sucedió que la sirenita sentía cada vez mayores deseos de subir a la superficie y conocer el mundo de los hombres y las mujeres, que le parecía mucho más vasto que el propio. Se enteró de que ellos viajaban muy lejos en sus barcos, escalaban montañas más altas que las nubes; y que el padre del joven, el rey, poseía tierras cubiertas de bosques y campos que se extendían mucho más allá de donde alcanzaba la vista.

—¿No podrían los hombres aprender a vivir bajo el agua? —le preguntó un día a Fix, aunque ya intuía la respuesta.

—No —dijo Fix—. Ellos respiran aire, porque tienen pulmones y no saben sacar oxígeno del agua.

—¿Y no podrían aprender? —se quejó la sirenita.

—¿Podrías tú aprender a caminar? —le dijo Fix.

—No, claro que no.

—¿Por qué?

—Porque no tengo pies —dijo Ondina.

—Bueno... es más o menos lo mismo.

Ondina tardó unos minutos en entender del todo lo que su amigo el cangrejo le quería decir, y cuando terminó de entenderlo no le gustó lo más mínimo.

Con el paso de los días, y teniendo en cuenta lo que había visto y escuchado, la sirenita se dio cuenta de que se había enamorado... Pero pensó: «¡Qué absurdo es el amor si no puedes compartir siquiera un espacio de encuentro con la persona amada!».

—Lo intentaré todo para estar cerca de mi príncipe —le dijo una mañana a Fix.

—Cuidado, amiga del alma —le digo el cangrejo—, no hagas nada de lo que después te vayas a arrepentir.

—Como siempre dice mi padre —dijo la sirenita—, es mejor arrepentirse de lo hecho que de no haber hecho nada.

—Me asustas, Ondina. ¿Qué piensas hacer?

—Esta tarde, mientras mis hermanas estén bailando en el palacio, iré a la mansión de Medusa, la bruja, a quien tanto miedo tenemos todos... Tal vez ella pueda darme un consejo o una ayuda. Dicen que ha vivido tantos años que no hay respuesta que no tenga ni suceso que no haya visto antes.

En efecto, cuando la luz del sol comenzó a declinar, la sirenita se encaminó hacia el rugiente torbellino tras el cual vivía Medusa. La bruja no era realmente una medusa, pero su aspecto gelatinoso y sus tentáculos urticantes le habían granjeado ese nombre con el que todos la conocían desde siempre.

Para llegar a la mansión de la hechicera la sirenita tuvo que atravesar aquellos siniestros remolinos de agua y lodo calientes que rodeaban la casa por todos lados y nadar entre los tentáculos de la bruja, que serpenteaban por doquier tratando de inmovilizar y atrapar cualquier cosa que fuera comestible, que cuando la medusa estaba hambrienta era lo mismo que decir cualquier cosa.

Cuando finalmente estuvo frente a Medusa, la sirenita le acercó un collar de perlas que había traído como regalo y se preparó para contarle el motivo de su visita.

Pero no fue necesario. Después de agarrar el collar y enrollárselo como

pulsera en el más grueso de sus tentáculos, Medusa le dijo:

—Ya sé lo que quieres y estoy dispuesta a ayudarte, pero quiero que sepas que lo que piensas hacer es una tontería. Quieres librarte de tu cola de pez y tener dos piernas para poder caminar como los humanos... Y todo eso para que el príncipe se enamore de ti y, con su amor, vivir para siempre en la superficie. Ja, ja, ja —se rio la bruja—. ¡Qué estupidez! Tienes que saber que transformar tu cola en piernas será muy doloroso. Sentirás como si te rajasen con una cortante espada, y después, si bien conservarás la belleza infinita que tienes y la gracia con la que nadas será la misma con la que camines, cada paso que des te parecerá que pisas un afilado cuchillo y que te estás desangrando. Ningún sueño vale tamaño sacrificio, pero si estás dispuesta a pasar por todo esto te prepararé un brebaje.

—Estoy dispuesta —exclamó la joven sirena con voz palpitante, pensando en el príncipe y en el futuro a su lado—. Dámelo, lo quiero.

—No tan rápido, jovencita. Hay todavía dos cosas que debes saber. La primera es que el cambio es irreversible. Una vez hayas adquirido figura humana, jamás podrás recuperar la de sirena. Por lo tanto, jamás podrás volver al fondo del mar, junto a tus hermanas y al palacio de tu padre.

—Entiendo —contestó la sirena, bajando la cabeza y pálida como la muerte.

—La segunda cosa es el precio.

Ondina se paralizó. Por alguna razón había creído que su collar de perlas sería suficiente...

—No tengo oro, ni dinero. ¿Cómo podría pagarte?

—El precio que pido no es poco, pero tienes que comprender que para que el filtro sea eficaz yo deberé poner mi propia sangre y, por lo tanto, es justo lo que reclamo a cambio.

—¿Qué quieres?

—Llevo más de quinientos años anclada a estas rocas. Antes podía moverme para buscar mi alimento y explorar lo que rodeaba; ahora dependo de que la comida se acerque a mis tentáculos para poder atraparla, y no tengo nada que atraiga hacia mí las cosas que quiero. Pero tú... Tú posees la más hermosa voz de cuantas hay en el fondo del mar. Pues bien, por mi brebaje quiero tu voz.

—¿Mi voz? —preguntó la princesa, casi para confirmar lo que había escuchado—. ¿Cómo podría yo darte mi voz?

—Tú no te preocupes del cómo, de eso me encargo yo.

—Pero si me quitas la voz, ¿cómo podré conquistar a mi príncipe? — preguntó la sirena.

—Te quedan tu bella figura, tus expresivos ojos, tu calidez y tu ternura. Con todo esto puedes turbar el corazón de cualquier hombre. Pero ten en cuenta que hay algo que no cambiará, tengas una cola o dos piernas: tu corazón seguirá siendo el de una sirena y, como supongo que ya sabes, si a una sirena se le rompe el corazón su longeva existencia termina y ella vuelve a ser, de inmediato, espuma de mar. No hace falta que lo decidas ahora. Vete a tu casa y piénsatelo bien. Si después todavía quieres deshacerte de tu hermosa cola tornasolada, vuelve conmigo y haremos el trato.

Ondina nadó sin prisa hasta el palacio de su padre...

En la gran sala de baile habían apagado las luces; seguramente todo el mundo estaría durmiendo. Pensó en despedirse de su padre, de su abuela, de sus hermanas... pero eso hubiera significado mucho dolor y demasiadas explicaciones, y ella no quería demorar su partida. Le parecía que si prolongaba ese momento el corazón le iba a reventar de pena. Por última vez entró silenciosamente en el jardín, cortó una flor y, enviando al palacio mil besos con la punta de los dedos, se impulsó a través de las aguas azules y se alejó para siempre.

—¡Sea, pues! —dijo la sirenita al llegar a la mansión de Medusa.

De inmediato, la bruja le acercó el brebaje, que ya tenía preparado porque sabía de antemano la decisión que tomaría Ondina.

—Toma —le dijo Medusa, alargándole una pequeña botella con un líquido cristalino—. Nada hasta la orilla y, una vez en la playa, bébete el brebaje de esta botella hasta la última gota. En seguida se cumplirá tu deseo: desaparecerá tu cola de pez, transformándose en piernas. Y también el mío: ya no podrás hablar ni cantar, ya que tu voz vendrá conmigo.

El sol aparecía en el horizonte cuando la sirenita llegó a la playa, justo frente al palacio del príncipe. Con esfuerzo se arrastró hasta la magnífica escalera de mármol y allí ingirió el acre y ardiente líquido.

Tal como la bruja le había anticipado, sintió como si una espada de doble filo le atravesara todo el cuerpo; cayó desmayada y quedó tendida en el suelo como muerta.

El sol, dándole de lleno en la cara, la despertó.

El dolor era intensísimo, pero ante sí tenía al hermoso príncipe, con los

negros ojos clavados en ella. Ondina bajó los suyos y vio que alguien la había cubierto con una capa; miró su cuerpo debajo de la tela y comprobó que su cola de pez había desaparecido, sustituida por dos preciosas y blanquísimas piernas, las más lindas que pueda tener una muchacha.

Un poco aturdida todavía, Ondina oía que el príncipe le estaba preguntando quién era y cómo había llegado hasta allí, pero por mucho que lo intentaba no podía contestarle. Y entonces recordó que ya no tenía voz, que había pagado con ella el precio del brebaje. Así que la joven se conformó con mirarlo dulce y tristemente con sus ojos azules, esperando que él pudiera comprender, si no las respuestas a sus preguntas, sí al menos los sentimientos de ella.

El príncipe hizo silencio, la tomó de la mano y la condujo al interior del palacio.

Efectivamente, cada paso que daba era como si caminara sobre agudos punzones y afilados cuchillos, pero Ondina soportó el dolor sin una queja. Estaba tan feliz de caminar de la mano del príncipe, que subía por las escaleras ligera como una burbuja de aire.

El anfitrión ordenó que la recién llegada fuera tratada como su invitada de honor y que le procuraran lo que ella pidiera, y aunque ella no pidió nada le trajeron decenas de vestidos preciosos, de seda y muselina, que alguna vez habían llegado desde tierras muy lejanas, y se pusieron a su disposición los más variados perfumes y costosísimas alhajas.

Al atardecer, cuando Ondina bajó de sus habitaciones ataviada con las ropas que le acercaron, tanto el príncipe como todos los presentes se maravillaron de su belleza y de su andar gracioso y cimbreante.

Bellas esclavas vestidas de seda y oro se adelantaron para bailar primorosas danzas ante el hijo del rey y sus augustos padres, al son de una música incomparable.

Animada quizás por no poder hablar, Ondina, alzando los hermosos y blanquísimos brazos e incorporándose sobre las puntas de los pies, se puso a bailar con un arte y una belleza jamás vistos; cada movimiento destacaba más su hermosura, y sus ojos hablaban al corazón más elocuentemente que el canto de mil esclavas.

Todos quedaron maravillados, especialmente el príncipe, que la llamó delante de todos «mi pequeña joya» y que allí mismo ordenó que le

consiguieran ropa de montar para que al día siguiente pudiese acompañarlo en su paseo matinal.

Y así cabalgaron por los fragantes bosques, cuyas verdes ramas acariciaban sus hombros, mientras los pajarillos cantaban entre las tiernas hojas. Subió con el príncipe a las montañas más altas, y, aunque sus delicados pies sangraban, y los demás lo veían, ella seguía a su amado sonriendo. Había sido el día más feliz de su vida.

En palacio, esa noche, cuando todo el mundo dormía, Ondina bajó la escalera de mármol y fue hasta las rocas a bañarse los pies en el agua de mar, para aliviar su dolor. En su retina parecía haber quedado la imagen de las nubes extendidas a sus pies, que le habían parecido una gran manada de ballenas blancas migrando a tierras extrañas.

Cada día aumentaba el sentimiento que por ella sentía el príncipe, quien la quería como se puede querer a una niña buena y cariñosa; pero lo cierto es que nunca se le había pasado por la mente la idea de hacerla su reina. Y Ondina se daba cuenta.

Muchas veces, cuando él la cogía entre sus brazos y la besaba en la frente, ella le miraba y le preguntaba con los ojos:

—¿Me amas, príncipe mío?

Y como si él comprendiera el mensaje, le decía:

—Ay, mi adorada joya, te quiero más que a nadie en el mundo. Eres la que tiene el corazón más noble y quien mejor me quiere.

Un día, quizás un mal día, ella se animó a preguntarle:

—¿Por qué me quieres, amado mío?... ¿Qué ves en mí?

Una vez más, el príncipe pareció comprender su pregunta:

—Te contaré algo que nadie sabe. Hace unos años me encontraba yo en un barco que naufragó. Recuerdo que me aferré a un madero para no ahogarme, pero mis fuerzas se agotaron y creí que había llegado mi fin. No sé cómo, una muchacha se lanzó al agua y me arrastró hasta la orilla, salvándome la vida. Cuando volví en mí, la vi: allí estaba ella, como esperando a saber que yo seguía vivo. Entonces me besó y se fue. Yo estaba muy débil, quise alargar mi mano para retenerla, pero volví a desmayarme. Me desperté en el monasterio que hay junto a la bahía donde ella me dejó y, con desesperación, busqué su rostro entre todas las novicias. Pero no estaba allí, no era ninguna de ellas. Nunca volví a verla y nunca la veré, pero tú, joya adorada, me recuerdas tanto a ella que casi destierras su imagen de mi mente. Mi cura

confesor dice que aquella joven que creí ver era mi ángel de la guarda... Quizás sea cierto y, si es así, estoy seguro de que fue ese ángel quien te puso en mi camino. ¿Entiendes por qué te quiero tanto?

Ondina lo miró y le dijo con los ojos que fue ella quien lo había salvado, que no había más ángel de la guarda que ella misma y que quería estar a su lado para cuidarlo siempre.

Pero esta vez el príncipe no entendió su mensaje, por lo menos no totalmente. El caso es que solo dijo:

—Un príncipe siempre tiene algunas responsabilidades que debe asumir, ¿sabes? Tarde o temprano tendré que elegir una esposa...

Ondina sintió que sus ojos se humedecían y, por primera vez, un par de lágrimas corrieron por sus mejillas llevando a su boca la evocación del salado sabor del mar.

—No lo dudes, pequeña —dijo el príncipe—, vaya donde vaya, siempre tendrás un lugar a mi lado.

Como ya está dicho, todo llega en la vida y un día el rey y la reina avisaron a su hijo que habían elegido para él una magnífica esposa. Era la hija del rey de un país vecino. El príncipe debía partir para visitar las tierras de aquel país y aprovechar ese viaje para conocer a la princesa. Un numeroso séquito lo acompañaría y en la lista, por supuesto, el príncipe incluyó a su joya, Ondina.

—¡Debo ir! Y me gustaría que me acompañes... —le había dicho él—. Supongo que me entiendes. Tengo que ver a la princesa, aunque sea una vez. Mis padres me lo piden. Sin embargo, no me obligarán a casarme con ella si no la quiero y presumo que no podría amarla. Seguramente ni siquiera se parece un poco a mi ángel de la guarda.

Fue un impulso y la sirenita no pudo o no quiso frenarlo. Como fuera que fuese, el caso es que se lanzó sobre él, lo besó en los labios y luego apoyó la cabeza sobre su corazón, soñando con la felicidad del amor eterno.

—¡Creo que uno de estos días vamos a tener que pensar en encontrar un novio también para ti, joyita mía!

—No quiero otro novio —pensó la sirenita—. Te amo a ti —pero ni siquiera lo miró para decírselo.

Una noche de clara luna, mientras navegaban rumbo al reino vecino, Ondina se despertó inquieta. Salió a la desolada cubierta. Todos dormían, excepto el timonel, que permanecía en su puesto. Ella se sentó en la borda y clavó la mirada en el fondo de las aguas límpidas. Por un momento le pareció

distinguir en el fondo el palacio de su padre. Deseando que fuera cierto, Ondina se asomó un poco, mirando el agua con atención, y vio a sus hermanas que habían subido a la superficie para saludarla agitando las blancas manos. Ella también les hizo señas sonriente, explicándoles que estaba bien, que era feliz, y que las llevaba siempre en su corazón.

A la mañana siguiente el barco entró en el puerto de la capital del país vecino. Repicaban todas las campanas y desde las altas torres llegaba el son de las trompetas, mientras las tropas aparecían formadas con banderas ondeantes y refulgentes bayonetas. Los festejos se sucedían sin interrupción, con bailes y reuniones.

Por la noche, en el palacio, sería la recepción oficial y allí tendría lugar el encuentro entre los príncipes. La sirenita estaba impaciente por conocer a la hija del rey. ¿Sería tan bella como todos decían?

Sí. Lo era.

Ondina tuvo que aceptar ante sí misma que nunca había visto una mujer tan hermosa. Una cara perfecta donde, detrás de unas largas y oscuras pestañas, sonreían unos ojos azul oscuro, de dulcísima expresión. Sus manos y sus hombros, de una piel tersa y purísima, se movían con una suavidad difícil de igualar. A pesar de eso, cualquier asomo de inquietud o celos que pudiera haber sentido se disipaba al recordar lo que su príncipe repetía siempre: él solo podría enamorarse de quien se pareciera a aquella desconocida que le salvó la vida, y la princesa no se parecía en nada a ella.

Al final de la fiesta, cuando terminaron las presentaciones y el baile, el príncipe y Ondina subieron a descansar. En las escaleras el príncipe tomó la mano de Ondina, la apretó fuerte y le dijo:

—¡Es ella!... La que me salvó cuando yo yacía como un cadáver en la costa.

—Pero... —intentó decir Ondina—. ¡Si tiene el cabello diferente, los ojos de otro color...! ¡No es ella! —pero no tenía voz, ni manera de decírselo, especialmente porque él no deseaba escucharlo.

—¡Ah, qué feliz soy! —añadió el príncipe—. Se ha cumplido el mayor de mis deseos. Y sé que tú eres la que más se alegrará de mi dicha, porque me consta que me quieres mucho más que todos. Mañana le pediré a la princesa que se case conmigo.

Al día siguiente se echaron al vuelo las campanas de todas las iglesias; los heraldos recorrieron las calles pregonando la nueva. En todos los altares ardía

aceite perfumado en lámparas de plata. Los sacerdotes agitaban los incensarios, y las dos casas reales recibieron la bendición del obispo. Y aquella misma tarde, entre el tronar de los cañones y el ondear de las banderas, los novios se trasladaron a bordo rumbo a la tierra del príncipe, para presentarla a sus padres y a sus futuros súbditos.

Por primera vez, Ondina subió a bordo sin su príncipe a su lado.

Por primera vez pasó todo un día sin siquiera verlo.

Por primera vez sintió que su príncipe había elegido otra joya.

El viento hinchó las velas, y la nave se deslizó, rauda y suave, por el mar inmenso. Al oscurecer encendieron lámparas y los marineros bailaron alegres danzas en cubierta.

La sirenita recordó su primera salida del mar, en la que había presenciado aquella misma magnificencia y alegría y, entrando en la danza, voló como vuela la golondrina perseguida. Todos los que allí estaban expresaron su admiración: nunca había bailado tan exquisitamente. Parecía como si acerados cuchillos le traspasaran los delicados pies, pero ella no los sentía; más agudo era el dolor que le hendía el corazón. Sabía que era la última noche que vería a aquel por quien había abandonado familia y patria, sacrificado su hermosa voz y sufrido día tras día tormentos sin fin.

Todo fue regocijo a bordo hasta mucho después de medianoche, cuando, cogidos del brazo, los novios se retiraron a descansar. Se hizo la calma y el silencio en el barco; solo el timonel seguía en su puesto.

De camino a sus aposentos los novios, apoyados el uno en el otro, pasaron muy lentamente junto a Ondina, sin verla.

—¿Qué puedo darte para hacerte la mujer más feliz de la tierra? —le decía él.

—Lo único que me falta, amado mío, es la certeza de que llegarás a amarme algún día tanto como amas a esa muchachita que siempre está a tu lado —dijo la princesa.

—Entonces —dijo él — puedes sentirte la mujer más feliz... Te amo más que a nadie en el mundo y más de lo que nunca amé.

La sirenita tuvo que apoyarse en un barandal para no caer, mientras mantenía la mirada fija en la pareja que entraba en su camarote.

Sentía el corazón partido y conocía su destino. El primer rayo de sol la convertiría en espuma.

Entonces vio a sus hermanas que emergían de las aguas, pálidas como ella;

serias y decididas. Estaban distintas. Sus largas y hermosas cabelleras ya no flotaban a su alrededor.

—Le hemos dado nuestro cabello a la bruja a cambio de que nos diga qué debemos hacer para que no mueras esta noche. Nos dio un cuchillo, ahí lo tienes. ¡Mira qué afilado es! Tu príncipe ha elegido a otra, una de su clase. Así son los humanos. Él no merece tu amor y mucho menos tu muerte. ¡Pero todavía estamos a tiempo! Antes de que salga el sol debes clavar esta daga en el corazón del príncipe y, cuando su sangre caliente salpique tus pies volverá a crecerte la cola de pez y serás de nuevo una sirena. Luego podrás saltar al mar y vivir tus trescientos años, antes de convertirte en salada y muerta espuma. ¡Apresúrate! Uno de los dos, él o tú, morirá antes de que salga el sol. ¡Mata al príncipe y vuelve con nosotras! Date prisa, ¿no ves aquellas fajas rojas en el cielo? Dentro de breves minutos saldrá el sol.

La sirenita corrió hacia el camarote donde descansaba la pareja y entró en él. Vio a la bella princesa dormida con la cabeza reclinada sobre el pecho del príncipe, como tantas veces ella había hecho. Se inclinó, besó la hermosa frente de su amado, miró el afilado cuchillo y volvió a fijar los ojos en su príncipe, que en sueños, pronunciaba el nombre de su futura esposa...

La sirenita sintió otra vez el agudísimo dolor en el pecho, miró el arma en su mano temblorosa, y luego salió de la tienda... y se arrojó al mar.

Ya en el agua, viendo cómo el ya inútil cuchillo que habría podido salvar su vida se hundía, sintió cómo su cuerpo, efectivamente, se disolvía en espuma bajo los suaves y tibios rayos del sol.

Un poco más tarde, a bordo del barco comenzaban nuevamente el festejo, el bullicio y la alegría. Ondina, desde el agua, vio al príncipe y a su futura esposa que la buscaban escudriñando con melancólica mirada las olas burbujeantes.

La sirenita, invisible, enviaba besos para ambos, en señal de despedida y de buenos deseos. Decenas de besos que llegaban a sus rostros como pequeñas gotas de agua que se desprendían una y otra vez... de la espuma del mar.

Moraleja

A diferencia de la versión de dibujos animados, de la que ya hemos hablado, el cuento original es una de esas pocas historias para niños que no terminan «bien» y cuyo mensaje parece más ligado al realismo doloroso que al optimismo sin sentido. Y no deja de llamar la atención que, a pesar de esa carga, el cuento haya perdurado en el tiempo dejando tras de sí su legado, para mí tan evidente como poderoso.

El primer mensaje del cuento apunta obviamente a recordarnos que no siempre las cosas suceden como uno quiere, aun cuando se las desee con todo el corazón y se actúe en consecuencia. En el mundo de lo cotidiano, como en el de *La sirenita*, siempre encontraremos dificultades, obstáculos y limitaciones que nos impiden hacer realidad un sueño, cumplir un deseo o seguir nuestro camino sin perder el rumbo; muy especialmente cuando esa meta dependa también de las decisiones y las necesidades de otros que muchas veces no solo no coinciden, sino que además son incompatibles con las nuestras.

En una segunda moraleja, *La sirenita* nos deja escrito sobre piedra que irremediamente somos en gran medida responsables de cómo nos va en la vida, y por lo tanto, responsables de nuestra felicidad, ya sea por acción o por omisión, por decisión previa o posterior, por dejar pasar o por haberlo producido. Dicho de otra manera, siempre somos protagonistas o cómplices obligados de todo lo que nos sucede.

Por fin un tercer mensaje, seguramente más importante que los dos primeros. Este mensaje podría enunciarse así:

Ninguna razón es una buena razón para dejar de ser quien eres.

Ninguna, ni siquiera conseguir el amor de alguien (como en el cuento), que sin duda es la menos valedera de las razones.

Efectivamente, el amor no puede y no debe ser una excusa para gastar nuestro tiempo y energía en parecernos a una imagen idealizada, sea propia o ajena. Por el contrario, el único amor posible y deseable es aquel que se manifiesta entre dos personas que son auténticamente quienes son en cada momento, y se encuentran juntos, compartiendo espacios y sueños, justamente por esa razón.

El valor de la autenticidad ha llegado a ser para casi todos un concepto incuestionable y aparece en la lista de las «cosas que se

deben tener en cuenta» en cualquier decisión de crecer y desarrollarse como persona... ya que no se trata solamente de aceptar que eres quien eres, sino también de abandonar el esfuerzo de pretender dejar de ser como eres, de exigirte cambiar o de querer parecerte a no se sabe quién.

«Sé tú mismo» es una manera de decirte que no te esfuerces por ser más (ni menos) que quien eres, no te enojas con tus errores y defectos, no reniegues de tus carencias, no mutes esos aspectos de ti que a otros no les parecen atractivos solo por agradecerles.

Hago una pausa para reírnos juntos de lo que sería el planteamiento justamente opuesto a esta lealtad, recordando al más grande y más sarcástico humorista de la historia: Groucho Marx. En una escena de un film, este discute acaloradamente con alguien a quien le está pidiendo un trabajo que él y sus hermanos necesitan con urgencia. Cuando el otro le cuestiona un tema de posturas ideológicas, Groucho parece plantarse con firmeza y le dice:

—¡Mire, señor, estos son mis principios! Y si no le gustan... tengo otros...

Es interesante destacar que la recomendación que desliza Andersen en su cuento respecto de la actitud irrespetuosa para con uno mismo configura la base de todas nuestras conductas neuróticas, especialmente aquellas relacionadas con nuestro mundo afectivo. Dejando claro que el único amor verdadero es el que te ofrece aquel que sabe quién eres porque tú le has permitido saberlo y te ama, vale la pena repetirlo, no «a pesar» de que eres así, sino justamente porque eres quien eres.

En *La sirenita*, como en muy pocas historias aparece expresada con claridad meridiana la falsa proclama de los sacrificios que el amor exige para hacerse presente y trascendente. Un precio que muchas veces adquiere la forma de un trueque, como el que en el cuento de Andersen le propone la bruja Medusa a Ondina. Para conseguir las piernas que cree (con cierta razón) imprescindibles para conquistar a su amado, debe renunciar no solo a su mundo y a sus seres queridos, sino también, y sobre todo, a la palabra: debe perder la voz, que no casualmente es su virtud más excelsa.

Para un ingenuo lector aquí está justamente la prueba del inmenso

amor que Ondina sentía por el príncipe, pero este pensamiento engañoso y mal intencionado olvida que el verdadero amor no se mide por todo aquello a lo que soy capaz de renunciar por ti, sino por todo aquello que soy capaz de disfrutar contigo. La felicidad (especialmente en una pareja) nunca tiene que ver con el deseo de dejar de ser lo que cada uno es, sino, por el contrario, con la tarea de ser cada quien, auténticamente uno mismo.

Es interesante y cruel ver que en el cuento ambos están enamorados de alguien que no es el otro: el príncipe, de la sirena que ella fue y a la que no reconoce en la joven muda de hermosas piernas blancas que encontró desmayada a las puertas de su palacio; ella, de la imagen de la estatua de su jardín, tan parecida a este príncipe de carne y hueso... Y es esta situación de doble falsedad, magistralmente señalada en el cuento, la que hace que el sacrificio de Ondina en nombre de este amor no auténtico resulte aún más absurdo.

La otra puerta

La moraleja explícita, de la cual hemos hablado, es tan importante que casi no habría necesidad de decir nada más. Sin embargo, quizás para respetar la secuencia de este libro, me ocupé de buscar con atención si podía haber algo más. Un hecho quizás ajeno a lo literario me animó a insistir.

Hasta que fui a Copenhague por primera vez yo no tenía idea, ni siquiera remota, de la historia de *La sirenita*. El cuento de Andersen no era en Argentina demasiado popular cuando mis hijos eran pequeños, y la película de Disney llegó mucho después. Pero si vas a la capital de Dinamarca, será imposible que alguien no te invite a visitar la estatua de La Sirenita, emplazada en el parque Langelinie, en la bahía del puerto.

No es muy común que una comunidad decida honrar al personaje protagonista de un cuento, pero allí está: Den Lille Havfrue (La pequeña dama del mar), 175 kilogramos de bronce fundido en una

estatua de un metro y medio de alto, realizada por el artista danés Eduard Eriksen.

Pero la historia de la escultura es casi tan dramática como la de su personaje. Desde el principio el artista tuvo dificultades para conseguir que la modelo elegida por él, la bailarina Ellen Price, aceptara posar desnuda para la obra. Después de insistir durante un año, Eriksen tomó una decisión. El cuerpo de La Sirenita es la versión en bronce del cuerpo desnudo de su propia esposa, aunque la cara de la estatua sigue siendo la de la bailarina.

En agosto de 1913, la estatua fue colocada sobre una base hecha de grandes piedras a las orillas del mar Báltico, en la bahía del puerto. Pero no conocería la paz.

Un año después, la estatua apareció bañada en pintura negra.

Desde entonces, y a lo largo de veinte años, La Sirenita fue víctima de varios actos vandálicos por el estilo, nunca reivindicados.

Los ataques volvieron a empezar en la década de 1960, con una violencia incomprensible.

En 1963 la estatua fue cortada en pedazos y la cabeza robada. Se reconstruyó al año siguiente, utilizando los moldes originales.

En la década de 1970 continuaron los ataques con pinturas y grafitis ilegibles, hasta que en 1984 le fue arrancado el brazo derecho.

En agosto de 1991 intentaron cortarle de nuevo la cabeza y el 6 de enero de 1998 volvió a ser decapitada.

El último ataque grave que sufrió la obra fue en marzo de 2003, cuando la estatua fue arrancada de cuajo de su pedestal con una carga importante de dinamita y luego arrojada al mar. La fecha «8 de marzo» apareció escrita en la roca que, hasta la explosión, había servido de base a la estatua.

Después de reconstruir la estatua se decidió reubicarla en un nuevo emplazamiento, más hacia el interior de la bahía, para protegerla de futuros ataques vandálicos, lo que solo se consiguió a medias.

Y cuando escuché y leí este derrotero no pude dejar de preguntarme lo que quizás te estés preguntando también:

¿Por qué?

¿Qué sentido tiene tamaña agresión?

¿Por qué tanta saña en los ataques?

¿A quién, o a quiénes, irrita tanto La Sirenita como para generar este rechazo?

¿Cuál es el mensaje que molesta tanto a algunos como para impulsarlos a seguir adelante con esta locura?

Y desde aquí me propongo pasar a la otra puerta.

La única pista que considero más que explícita es la fecha del grafiti escrita en la base de la estatua después de su voladura a principios de este siglo.

¡8 de marzo!

Y el 8 de marzo, como quizás recuerdes, es...

El Día Internacional de la Mujer.

Animado por este «descubrimiento» (que más bien era solo una asociación de ideas) seguí buscando en esa dirección y, de pronto, todo comenzó a tener un sentido insospechado.

El primer ataque a la estatua coincide con el año en el que se aprueba el sufragio femenino y el derecho de las mujeres de ser propietarias de sus bienes, sin un varón que lo avale, en Dinamarca, Noruega y Suecia.

El recrudecimiento de las agresiones coincide con la aparición en el mundo del movimiento feminista reivindicando la igualdad de géneros.

En 1963, año de la primera decapitación de la estatua, el colectivo femenino inicia en el mundo una campaña para conseguir que se autorice la venta libre de la pastilla anticonceptiva.

La voladura del pedestal, coincidente con el Día Internacional de los derechos de la mujer...

La sirenita simboliza pues un mensaje que, evidentemente, molesta a muchos.

Especialmente a todos los machistas del mundo (varones y mujeres) que se oponen a la liberación definitiva de la mujer de su yugo histórico.

Ondina, la sirena de nuestro cuento, es una de esas protagonistas femeninas que, a diferencia de la mayoría de las princesas de los cuentos de hadas, no necesita ni espera el rescate de su príncipe amado. Es una hembra que toma sus decisiones, que corre sus riesgos y que no se amilana ante el precio que deberá pagar para

luchar por lo que quiere. Soporta estoica su destino y no se arrepiente de haberlo apostado todo por un sueño.

Y a mí me alegra tanto que *La sirenita* pueda dejar ese mensaje que me sostiene para poder repetir lo que me enseñaron en mi casa y lo que repito desde entonces:

Los hombres y las mujeres no somos iguales, afortunadamente.

Somos maravillosamente complementarios.

El mundo va comprendiendo esto poco a poco, pero falta mucho camino todavía.

El informe de Naciones Unidas de 2011 estima que más de la mitad de los hogares del planeta están sostenidos por el ingreso que aporta una mujer. Y este dato en sí mismo podría no ser tan grave si no fuera seguido por el otro dato que acompaña esta estadística: el 73 % de todo el trabajo (físico e intelectual) que se hace en el mundo está en manos femeninas, pero... los hombres cobran todavía el 75 % de la suma total de los salarios.

No hace falta demasiada psicología para comprender la metáfora que señala la decisión de Ondina: dejar de vivir sumergida, vivir en el mundo de los hombres y caminar sobre sus propios pies (aunque duela).

Ella ha pactado con el lado oscuro para intentar conquistar a la persona amada (como en *Fausto*) y sabe, porque se lo han dicho, que el pacto es un camino sin retorno: una transmutación real y cruel, que la transformará en otro ser de forma irreversible.

Y habrá aún una reafirmación más de esta conducta autónoma de Ondina. Al final, cuando la sirenita se da cuenta de que no es la elegida y el sacrificio de sus hermanas le da la oportunidad de deshacer el conjuro que la ha condenado a esa situación, rechaza esa posibilidad y sigue fiel a sus sentimientos, sabiendo que esa fidelidad le costará la vida.

Aunque quizás, en una última vuelta de tuerca, el amor por el príncipe tampoco sea lo más importante de esta historia.

La manifestación de aquello que es único en cada ser, en todos los casos y todas las personas, nunca podrá salir a luz con plenitud si antes no atraviesa una etapa de enfrentamiento con el pensamiento

ajeno, con la opinión de la mayoría y con la parte del mundo que quiere dejar siempre todo «como está».

No hay libertad sin pasar por el proceso de desapego de todo lo que los demás esperan de uno.

Allí comienza y se manifiesta el autorrespeto. Seas hombre o mujer, este respeto conlleva, siempre, no solo el conocimiento de las propias necesidades y limitaciones, sino también la capacidad para poner límites a la pretensión que otros tengan de vulnerarlos.

Como si esto fuera poco, piensa en esto:

Si no eres capaz de declararte libre de estar o retirarte, de decir o de callar, de compartir lo que sientes o guardarlo en tu corazón, ¿cómo podrías concederle a otros ese derecho?

Si te asusta correr algunos riesgos, por temor a las consecuencias, es muy posible que te enojas con aquellos de tu entorno que sean más arriesgados o más aventureros que tú.

¿Cómo aprender a compartir la risa y el buen humor que no sea una burla ni una falta de respeto, si no somos capaces de desarrollar una auténtica habilidad para reírnos de nosotros mismos y nuestras tonterías cotidianas?

¿Cómo confiar en la honestidad y sinceridad de quien es hoy nuestro compañero o compañera de ruta si nosotros mismos no somos cien por cien confiables ni cien por cien auténticos?

Es más que obvio que quien no confía en sí mismo encontrará muy difícil confiar en alguien más.

Quien abandona lo que quiere ante la primera dificultad, esperará el abandono de los otros ante el más mínimo de los desencuentros.

El que no es capaz de aprender de los errores no permite que sus relaciones con los demás lo nutran y reitera el mismo estilo de fracasos, quejándose de su mala suerte o haciendo anticipaciones nefastas que luego intentarán forzar para confirmar (por estúpida vanidad) la certeza de sus agoreras profecías.

El mundo en el que pretendo vivir, y que me gustaría legar a mis hijos y a los de todos, es el resultado del triunfo de lo personal, rico y auténtico que cada ser guarda seguramente en su interior, sin distinciones de sexo, edad, color ni religión.

Un mundo lleno de cambios, de sorpresa, de creatividad y de

ingenio.

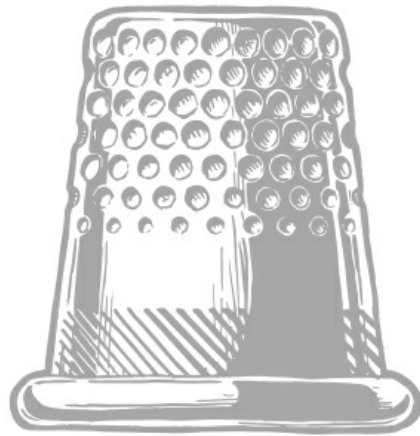
Un mundo que, por no ponerse restricciones, no reconoce límites en su capacidad de crecer.

Un mundo en el que nuestros vínculos reales sean cada vez mejores,

y en el que nuestros mejores vínculos sean cada vez más reales.

Capítulo 13

El traje del emperador



Introducción

A diferencia de lo que sucede con *El sastrecillo valiente*, en este caso los protagonistas truhanes no intentan conseguir la aprobación de los lectores. No hay, de hecho, ningún oculto aplauso a su engaño más que el que pueda provenir del justo castigo a la desmesurada y ridícula vanidad. El cuento original no es de Andersen, a quien se le atribuye por ser el autor de la versión más conocida, ya que había sido publicada cinco siglos antes en el *Libro del conde Lucanor*, escrito por el infante Don Juan Manuel, nieto de Fernando III y sobrino de Alfonso X de Castilla, y por ello duque de Peñafiel y príncipe de Villena. Eran tiempos en los que los hijos extramaritales eran más la regla que la excepción, dando origen permanentemente a larguísimos conflictos planteados por algunos «auténticos» herederos, que discutían y cuestionaban los tronos y fortunas concedidos a otros en su perjuicio. No es de extrañar, pues, que en la versión que aparece en 1337 en *El conde Lucanor* la supuesta magia atribuida a la tela es la de ser invisible para cualquier hombre o mujer que no sea hijo biológico de sus presuntos padres.

Quinientos años después, a mediados del siglo xix, Andersen retoma la historia. Pero, con un clarísimo y explícito deseo de evitar los conflictos de la paternidad adúltera de la realeza, decide centrar el relato en la soberbia, la superficialidad y la vanidad de la nobleza, características ciertamente frecuentes entre los miembros de la realeza de la modernidad. Con algunos matices, como siempre, esa es la historia que ha perdurado y la que aparece relatada en este libro.

El cuento

Hace muchos años había un emperador cuya mayor pasión era la ropa. Era tan aficionado a los trajes nuevos que gastaba toda su renta y gran parte del erario del reino en vestir con la máxima elegancia y a la última moda.

No se interesaba para nada en lo que necesitaran su pueblo ni sus soldados. No le importaba la diversión ni la cultura. Nunca ocupaba su tiempo en salir de paseo por el campo ni por la ciudad, a menos que fuera una buena excusa para dejar que la gente admirase su ropa.

Era usual en cualquier reino que si alguien llegaba, oficialmente o no, a visitar al monarca, sus ministros le hicieran esperar. La excusa de rutina era siempre la misma en todas las latitudes:

—Tendrá que esperar, su alteza está reunido con el consejo.

Pero en este reino era diferente... La excusa elegida era:

—Tendrá que esperar, su alteza se está cambiando de ropa.

Se dice que tenía un traje distinto para cada hora del día y ese mito no distaba mucho de ser verdadero, aunque sus sirvientes contaban en secreto que misteriosamente tenía un solo pijama, viejo y manchado, que usaba regularmente cada noche.

La ciudad en la que vivía el emperador era muy alegre y bulliciosa. Y el más alegre de los lugares era sin duda la cantina de Magritte. Por allí pasaban todos y cada uno de los extranjeros que visitaban el reino; allí dejaban una parte de su dinero cambiándolo por una buena comida y un mal vino; allí podía cualquiera enterarse de las novedades del mundo y escuchar los mejores y más crueles chistes y chismes del reino.

Esta historia comienza allí, en esa misma cantina, una de esas noches particularmente divertidas.

Una veintena de personas aplaudían en círculo la imitación grotesca que un vecino hacía del emperador. Usando a modo de capa una cortina de todos los colores y como sombrero un colador robado de la cocina, el hombre se pavoneaba desfilando pomposamente ante todos, como mostrando su elegante andar y su fina vestimenta.

A Guido y a Luigi, dos truhanes que acababan de llegar a la ciudad por primera vez, les costó un poco entender la broma porque, sin conocer el original, siempre es difícil comprender la caricatura. Sin embargo, tentados por la risa tan estruendosa que desataba la burla, se animaron a preguntar sobre el ampuloso imitado.

Animados por la situación y sostenidos por el vino que corría a raudales, los vecinos estuvieron encantados de hablar con los dos forasteros sobre la vanidad del emperador y su insaciable apetito por las telas y los vestidos que, a decir de todo el pueblo, si no fuera porque consumía en ese vicio más de la mitad de sus impuestos, sería el toque más pintoresco y gracioso de toda la región.

Entre cuentos reales e imaginarios se pasó la noche y, ya de madrugada, los dos extranjeros llegaron a dormir a su posada. Todavía traían las risas en sus oídos y los vahos de alcohol en sus alientos.

El sol estaba en su punto más alto cuando Guido despertó a Luigi:

—¡Hermano!... Arriba, vamos. Tenemos que pensar...

A Luigi le hubiera gustado dormir un poco más...

—¿Pensar? ¿Qué hay que pensar? ¡Déjame dormir!

Guido siempre se salía con la suya, por lo menos con el pobre Luigi. Así que tomó la jarra de agua y la vació en la cara de su hermano...

—¡A los botes, a los botes! —gritó Luigi—. ¡¡El barco se hunde!!

—Ja, ja, ja —rio el otro—. Despierta, holgazán.

—¿Se puede saber que bicho te ha picado? —preguntó Luigi mientras se secaba la cara y se ponía en pie.

—¿A ti te parece justo?

—¿Qué cosa?

—Que algunos tengan tanto y otros tan poco...

—¿De qué hablas, Guido?

—Hablo del emperador y de la manera en que dilapida su fortuna, mientras su pueblo vive en la pobreza y algunos visitantes... como nosotros... tienen agujeros en los zapatos.

—Tienes razón —dijo Luigi, riéndose del planteamiento de su hermano—. Vamos ya mismo a palacio a decirle que nos dé una parte de su fortuna... Ja, ja, ja.

—Eso mismo pensaba hacer —le contestó Guido

En menos de una hora Guido le contó a su compañero los detalles de su

plan y, sin perder tiempo, se dirigieron al palacio.

La guardia los detuvo en el portal para preguntarles qué querían.

—Dile al emperador que los hermanos Fullerini están aquí y que le traen un saludo de su Ilustrísima Majestad, el maharajá de Samarkanda.

—Tendrán que esperar, porque el emperador se está vistiendo —les contestó el guardia sabiendo que no mentía, ya que el emperador siempre estaba vistiéndose o desvistiéndose.

—Mejor aún —dijo Luigi—. Dile que somos los sastres reales de Samarkanda y que tenemos que hablar con él de su próximo traje.

Parecía que esa llave podría abrir cualquier puerta en aquel palacio, pues unos minutos después el emperador en persona los recibía vistiendo su mejor traje, confeccionado en brocados y sedas de un brillo y una textura nunca vistos.

—Adelante —dijo el monarca, desfilando con cierta displicencia frente a ellos como para mostrarles, sin hacer mención a él, su imponente atuendo.

Luigi y Guido, en lugar de la acostumbrada reverencia, aplaudieron la entrada del emperador, mientras se movían por el salón mirándolo desde diferentes ángulos...

—¿Os gusta mi traje?... —preguntó el soberano, dando por obvia la respuesta.

—Sí, sí... no está mal —dijo Guido—, pero no aplaudíamos el traje; hemos visto tantos como ese en Samarkanda... Aplaudimos la estampa de Su Alteza Real, su porte y galanura.

—Está bien —se animó a decir Luigi—. Pero, con todo respeto, creo que un modelo como su Alteza merecería vestir lo mejor de lo mejor.

El emperador hizo todo lo posible para que no se notara su fastidio ante a la respuesta de los visitantes... «vimos tantos como ese», «merecería vestir lo mejor»... ¡Este traje era lo mejor! Él siempre había creído que no había otro igual en el mundo.

Los embaucadores notaron la mueca imperceptible que denunciaba su pensamiento y siguieron adelante con su plan.

—El maharajá nos ha mandado cruzar el mar para traeros sus saludos e invitaros a conocer Samarkanda —inventó Guido.

—Pero ya que estamos aquí, y visto lo visto —agregó Luigi—, me permito, con todo respeto, poner nuestras manos a su servicio; ya que no solo somos los sastres de Su Ilustrísima, sino sobre todo sus tejedores personales.

—¿Tejedores personales? —preguntó el emperador.

—Sí, Alteza. El maharajá solo acepta que le cortemos sus ropas en telas hechas desde el principio para su uso exclusivo.

—¡Contadme más sobre esas telas que hacéis para el maharajá!

Los hermanos Fullerini se guiñaron un ojo mutuamente, dando por sentado que el emperador había caído en la trampa, y le contaron de las maravillosas telas que tejían en Samarkanda. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, le dijeron los supuestos tejedores, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para el cargo que ocupaba, o que fuera irremediabilmente estúpida.

Un motón de pensamientos se agolparon en la mente del emperador.

«¡Deben ser vestidos magníficos! Dignos de mí...».

«Si los tuviese, podría saber de inmediato qué funcionarios del reino son aptos para el cargo que ocupan y cuáles no».

«Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos...».

«¡Debo tener un vestuario así! —concluyó para sí.

—Manden a decir a su maharajá que voy a aceptar su oferta. Arreglad vuestros honorarios con el ministro del tesoro y pedid todo lo que preciséis... Quiero que os pongáis a trabajar de inmediato en tejer la tela.

Los dos mandrines pidieron un lugar aislado dentro del palacio para no ser molestados, un fuerte adelanto de dinero, dos telares, sedas de las más finas, hilos de plata y oro, rubíes, zafiros y tantas otras cosas... Y el emperador mandó satisfacer de inmediato esas necesidades y todas las que vinieran de allí en adelante hasta que terminaran su trabajo.

De allí en adelante, día tras día, los falsos tejedores simulaban trabajar en los dos telares que habían hecho instalar en el cuarto. Hasta muy entrada la noche empujaban arneses, bastidores y lanzaderas durante horas y horas, aunque en las máquinas no había ni un hilo.

Pasaron dos semanas. Los ruidos continuaban saliendo de la habitación y pedidos seguían llegando al encargado designado por el rey para satisfacerlos.

«¿Cómo irá la tela?», se preguntaba el emperador.

Quería aceptar la propuesta que le habían hecho los tejedores de no ver la tela hasta que estuviera terminada, pero su curiosidad no lo dejaba dormir. Era obvio que nadie podría impedirle que la viera pero, a solas consigo

mismo, se daba cuenta de que le cohibía la cuestión de los poderes mágicos de la tela... Porque, como todos sabían ya, si un hombre era estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo.

—Yo soy un buen emperador, el más apto para este cargo, y ciertamente no soy un estúpido —pensó—. No tengo nada que temer... Pero de todas maneras enviaré primero a mi viejo ministro a que visite a los tejedores. Él es un hombre honrado y es sin duda el más indicado para valorar las cualidades de la tela: tiene talento y no hay quien desempeñe su trabajo como él.

—Querido ministro —le ordenó una mañana—, quiero que vayas con los tejedores y seas el primero en ver la tela que están tejiendo para mí. Y quiero que después, con toda sinceridad, me digas si lo que has visto te satisface o no.

El primer ministro del imperio se presentó, pues, en la sala de costura ocupada por los dos embaucadores y los vio trabajando duramente en dos telares... ¡¡vacíos!!

«¡Dios me ampare!» —pensó el ministro abriendo los ojos como naranjas—. «¡No veo nada! ¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído... ¿Es posible que no sea útil para el cargo? ¡Qué horror! Desde luego, lo que no puedo es decir que no he visto la tela...».

Los dos embaucadores, dándose cuenta de que todo sucedía según habían previsto, forzaron su apuesta.

—Acérquese, señor ministro, ¿no encuentra magníficos los colores? —dijo Guido, señalando con el dedo el telar vacío.

El pobre ministro miraba hacia donde apuntaba aquel dedo con los ojos desencajados, pero sin ver nada, porque nada había.

—¿Y? —insistió Luigi—. ¿No dice nada su excelencia de nuestro trabajo?

—¡Oh, precioso, maravilloso! —respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes—. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, diré al emperador que me ha gustado extraordinariamente.

—Nos da una gran alegría —dijo Guido—. Dígame una cosa: para usted, este color de aquí, en la cola del faisán, ¿es morado o magenta?

—Ah... en la cola... —dijo el viejo tratando de retener esos datos para poder repetirlos—. Es magenta, sin lugar a dudas.

—¿Le ha gustado? —preguntó Luigi—. ¿Estamos en el camino correcto?

—Perfecto —dijo el ministro que claramente no sabía si era estúpido o inepto, aunque sospechaba que era ambas cosas.

Cuando dejó a los tejedores, el ministro corrió a contarle al emperador.

—¿Lo viste? —preguntó el emperador.

—Por supuesto, ¿no es acaso lo que me pidió su Alteza?

—¿Y?

—Indescriptible...

—Dime, dime...

—Nunca vi nada igual, lo juro —dijo el ministro—. Tiene unos colores fascinantes...

—¡Dime más!

—No quisiera arruinarle la sorpresa... Solo diré que la mancha magenta en la cola del faisán es insuperable...

—¡Ohh, qué belleza! —suspiró el emperador.

Animados por el resultado de la visita del primer ministro, los truhanes pidieron más dinero, más oro y más piedras preciosas que supuestamente «necesitaban» para seguir tejiendo. Todo fue a parar, por supuesto, a sus arcones y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Una semana más aguantó el emperador hasta que la ansiedad le obligó a enviar un segundo delegado al taller de los tejedores. Esta vez fue su ministro de finanzas, a quien pidió no solo que inspeccionara el estado de la tela, sino también que se informase bien de cuándo quedaría lista.

Básicamente al segundo enviado le ocurrió lo mismo que al primero: entró, miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver; solo que este tenía la información de la visita del primer ministro: ¡él sí había visto la tela!

«Yo no soy tan tonto como para decir que no veo la tela», pensó. «Perder el empleo que tengo sería más que fastidioso».

—¿Verdad que es una tela bonita? —preguntaron los dos tramposos, señalando en el aire aquí y allá mientras describían el precioso dibujo que no existía.

El ministro se deshizo en alabanzas de la tela que no veía, y ponderó con entusiasmo aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo, especialmente la parte del faisán.

—No es un faisán —dijo Luigi, de puro travieso—, es un pavo real. Mire como tiene abierta la cola de plumas...

—Es verdad... Perdón. ¿Cuánto tiempo más les llevará terminarla?

—Tres semanas —dijo Luigi.

—Quizás menos —dijo Guido, que hacía días que hablaba de irse.

El ministro volvió con el emperador:

—Estarán listos para entregar el traje en tres semanas...

—¿Viste la tela? ¿La tocaste con tus manos? ¿Qué te pareció?

—Es verdaderamente una obra de arte.

—¿Te gustaron los faisanes?—le dijo el emperador.

—Me encantaron, pero para mí que no son faisanes, son pavos reales...

De uno en uno, todos los moradores del palacio fueron a ver la magnífica tela y todos volvían diciendo que habían quedado maravillados. Como era de prever, ninguno admitía no haber visto nada en el telar; básicamente porque todos los que habían visitado antes el taller habían admirado y alabado la inexistente obra de los tejedores.

Llegó un momento en el que solo faltaba el emperador por ver la ya famosa tela, así que organizó una visita con algunas personas de su séquito en cuya palabra confiaba. No podía esperar más para ver esa maravilla con sus propios ojos antes de que la sacasen del telar.

Y allí fueron...

El emperador entró en el taller seguido por esa multitud de personas escogidas.

Los tejedores, al verlo entrar, dejaron de «hilar» en el telar sin hebras ni hilados, se pusieron de pie y, con una reverencia, le invitaron a acercarse a la tela mágica.

Se hizo un silencio de abismo.

En medio de aquel silencio el emperador intentó desesperadamente mantener la compostura al tiempo que hacía lo imposible para que la expresión de su rostro no dejara entrever sus pensamientos, ya que eso habría sido catastrófico. Pensaba:

«¿Cómo es posible? ¡Yo no veo nada de lo que todos ven! ¡Esto terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no soy apto para ser emperador? ¡Qué horror!».

Debía tener cuidado para no ponerse en evidencia. Solo dijo:

—Me gusta mucho, felicitaciones.

Todos los presentes respiraron aliviados y festejaron con un aplauso no haber confesado que no veían nada.

—Es preciosa —clamaban.

—Elegantísima.

—Estupenda.

—Única.

Todos estaban de celebración. El emperador no. Su cabeza estaba atrapada en el significado que tenía el hecho de que él no pudiera ver la tela. Tonto o inepto, ¡qué mala elección!: no sabía qué era peor. Si el pueblo lo supiera, ¿qué sería de su poder y de su imperio? Durante toda la noche, enfundado en su andrajoso pijama, dio vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Pero no fue en vano; por la mañana pareció que la consulta con su almohada daba sus frutos y le ofrecía una salida a la situación. ¿Quién podría darse cuenta de si él veía o no la tela? Lo que importaba de esa tela maravillosa, como de todas las telas de todos sus trajes, era que la vieran los demás. Siempre se vestía para los otros, pero nunca se había dado cuenta.

Por la mañana ordenó que, dos días después, se organizara un desfile por las calles de la ciudad para mostrar a todos su maravilloso traje nuevo.

Finalmente, los tejedores anunciaron que el traje estaba listo. Justo a tiempo para el desfile del día siguiente. El emperador estaba eufórico.

—Que los tejedores vengan por la mañana temprano y me ayuden a vestirme —ordenó.

Así fue.

Afuera, el pueblo esperaba al emperador y a su traje fabricado en tela mágica. Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la increíble belleza de su nuevo traje, pero todos sabían también de la particular virtud de aquella tela.

Las calles por donde pasaría el desfile estaban llenas. Todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz. Los tejedores llegaron empujando un carrito donde, en teoría, venían colgadas las prendas del nuevo traje, aunque en realidad solo traían unos ganchos de los que no colgaba nada.

—¿Quiere dignarse Vuestra Majestad a quitarse el traje que lleva —dijo Guido—, para que podamos vestirle el nuevo delante del espejo?

—Afortunadamente el día está muy templado y no sentiréis frío, Majestad —dijo Luigi—. Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; si no lo estuviera viendo, uno podría creer que no lleva nada sobre el cuerpo.

Los bribones hicieron como si descolgaran las prendas y las pusieran sobre la cama.

—Esto son los pantalones.

—Ahí está la casaca.

—Y aquí tiene el manto...

Quitose el emperador su pijama y los dos simularon ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes.

—¡Dios, qué bien le sienta, le va estupendamente! —exclamaban todos—. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

—¿Está cómodo, Majestad? —preguntó Guido.

—Como si fuera desnudo —contestó el emperador, mientras se paraba de cara al espejo, para que todos creyeran que veía como le caía el nuevo traje.

Antes de salir al carruaje descubierto que lo llevaría en su paseo, el monarca ordenó que se concediera una condecoración a cada uno de los dos embaucadores, por los servicios prestados a la corona.

De este modo echó a andar entre el gentío el carruaje que llevaba al emperador en paños menores.

A su paso la gente gritaba:

—¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del emperador!

—¡Qué magnífica cola!

—¡Qué hermoso traje!

Solo un niño, de unos cinco años, se animó a decir al paso de la comitiva:

—Miren... El emperador... ¡Va desnudo!

Desde atrás alguien le pegó un coscorrón mientras le decía:

—¡Cállate! Niño tonto...

No hace falta una gran explicación para comprender aquel misterio. Entre la gente sucedió lo mismo que había pasado en el palacio con los ministros. Nadie quería que los demás se dieran cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz o por estúpido.

Ninguno de los trajes del emperador había tenido nunca tanto éxito como aquel.

Moraleja

Tradicionalmente este cuento se utiliza para censurar la conducta banal, soberbia y superficial ligada a la sobrevaloración de lo material, especialmente cuando está ligada a las decisiones de aquellos que detentan algún espacio de poder. Satiriza también a aquellos que

toman decisiones en función de lo que digan los demás, privilegiando la mirada ajena sobre la propia.

Adicionalmente, *El traje del emperador* simboliza a aquellos que, queriendo ponerse por encima de los demás, se degradan a la estupidez máxima: la de no querer parecer estúpido.

Por último, la historia nos previene sobre la excesiva apetencia por la adulación o aceptación de los demás y el consecuente temor a su desprecio o rechazo.

En algunos países este cuento es tan popular y conocido por todos que se utiliza la frase «querer venderle un traje al emperador» como metáfora cuando alguien quiere hacerle creer a otros una evidente mentira; o se dice que nos estamos «comprando un traje para el emperador» cuando aceptamos como verdadero algo que es evidentemente falso solamente porque la mayoría lo dice.

La otra puerta

Lo primero que me llamó la atención en la primera relectura de *El traje del emperador* es un hecho que lo distingue entre todos los cuentos para niños: la historia no tiene final. No hay en este relato, por lo menos en su versión original, ninguna frase final del estilo de «Colorín, colorado, este cuento ha terminado» y, aunque decidiéramos agregarla forzosamente, los niños que la escuchen seguirán preguntándonos:

—¿Y cómo termina el cuento?

Y su pregunta tendría muchísimo sentido. ¿Qué pasó con el vanidoso emperador? ¿Y con los estafadores sastres de la tela mágica? ¿Y con el niño que señaló al soberano, denunciando su desnudez?

He aprendido en este trabajo de investigación que si en un cuento que ha sobrevivido el paso del tiempo algo se sale de cuadro, falta o sobra, habrá que buscar allí un significado adicional de toda la historia (como me pasó con el zapato de cristal de Cenicienta, ¿recuerdas?).

Y me parece que esta omisión es significativa.

Quizás indique que la moraleja del cuento depende de ti.

Dicho de otra manera: si te pido ahora que escribas un final para esta historia que dé respuesta al menos a las tres preguntas abiertas que planteaba antes, no tengas dudas de que, de ese final que inventes, dependerá el verdadero mensaje del cuento.

Pruébalo... Antes de seguir leyendo, y sin pensarlo demasiado, plantéate: ¿cómo termina esta historia?

Por supuesto que las posibilidades son infinitas, y será tu tarea buscar el significado del cuento que termina como tú decidiste. Yo me limitaré a contarte mi final y a buscar algunas conclusiones que ese posible desenlace me sugiere:

El emperador escuchó a su paso la frase que nadie le había dicho hasta ese momento: «El emperador está desnudo». Unas pocas palabras salidas de la boca de un niño de apenas cinco o seis años, pero que coincidían exactamente con lo que sus propios ojos le decían.

Se sintió ridículo.

Por un momento tuvo la fantasía de seguir adelante, majestuosamente, como si nada hubiese pasado (después de todo, estuviera desnudo o no, siempre se podría pensar que el pueblo, incapaz y tonto, lógicamente no había podido ver la magnífica tela).

También pensó en mandar a prisión al niño y a su familia, por haberle puesto en evidencia, y volver rápidamente al palacio para atrapar a los truhanes y cortarles la cabeza antes de que escaparan con su botín.

Por último, para qué negarlo, sintió la tentación de sentarse en el suelo, así, desnudo como estaba, y hacer un gran berrinche.

Pero no hizo nada de eso.

Volvió sobre sus pasos y se detuvo frente al niño.

—¿Qué dijiste, pequeño?

El padre del niño lo atrajo hacia sí y lo abrazó por detrás mientras decía al emperador:

—Nada, Alteza... tonterías... Este niño solo dice tonterías...

—Tú te callas —dijo el emperador, y volviéndose hacia el niño, preguntó otra vez—: ¿Qué dijiste, niño?

El niño esquivó su mirada y se mantuvo en silencio.

—Habla, jovencito... No tengas miedo —dijo el soberano poniendo una rodilla en tierra—. Di la verdad, que nada malo te pasará... Vamos.

Después de un minuto interminable, el niño tartamudeó asustado:

—Dije... que...

—Dijiste que... —insistió el emperador.

—Que us... que us... ted... estaba...

—¡Sigue!

—¡Desnudo! —terminó de decir finalmente el niño.

La exclamación de sorpresa y horror de todos los que escucharon la respuesta del pequeño fue seguida de un silencio infinito, de esos que indudablemente presagian una catástrofe.

Sin decir una palabra más, el soberano levantó al niño en brazos y se dirigió con él hacia el palacio, mientras los guardias que lo escoltaban evitaban que sus padres se acercaran.

Así llegó a los hermosos jardines reales, seguido de una gran multitud, y caminó hacia una explanada en la que alzaba una enorme estatua de sí mismo.

El emperador subió la escalera de mármol hasta el atrio, dejó con suavidad al niño en el suelo y se dirigió a la gente reunida.

—Pueblo de Verecundia... Como todos habéis sido informados, la tela de este traje que llevo solo puede ser vista por aquellos que son dignos de ocupar el puesto que ocupan y por los que no son tontos... Y vosotros, todos vosotros, no podéis ver ninguna tela... ¿Es verdad o no es verdad que no la veis?

Casi nadie pensó que la pregunta era realmente una pregunta y los pocos que la entendieron así, no se animaron a contestar.

Pero la pregunta era verdadera, y el emperador insistió:

—¿Es verdad o no es verdad que no veis ninguna tela?

Se hizo otro tenso un silencio, hasta que desde atrás algunas voces comenzaron a escucharse:

—Es verdad —dijeron unos pocos.

—Es verdad —se sumaron otros.

Todos los que estaban allí bajaron la cabeza, sintiéndose tan avergonzados como un niño al que lo descubren mintiendo.

—Es verdad —admitieron todos.

—Y eso demuestra lo tontos que sois... —sentenció el emperador.

El emperador respiró hondo, como quien toma fuerzas para seguir, y proclamó:

—¡Sois tan tontos como para aplaudir al paso de un emperador ridículo y vanidoso que desfila desnudo por las calles de la ciudad creyendo que viste el más suntuoso de los vestidos!

El emperador puso su mano sobre el hombro del niño que estaba a su lado y terminó su primer sentido discurso para sus súbditos:

—¡Y yo he sido, hasta hoy, el primero y más grande de los tontos de este imperio!

Un rumor empezó a correr entre la gente. Mezclaba exclamaciones de sorpresa, de aprobación y hasta alguna pequeña risita cómplice.

Y de pronto alguien comenzó a aplaudir las palabras del soberano y muchos lo siguieron, mientras otros coreaban su nombre.

—Porque hoy, gracias al valor de este pequeño héroe, la historia de este reino cambiará para siempre... Os prometo que muchas cosas buenas están por venir, ahora que todos sabemos la verdad... Os ruego vuestro perdón por tantos años de ridícula estupidez.

La gente aclamó sus palabras y dieron vivas al imperio, deseando larga vida al emperador.

El monarca mandó llenar de regalos al niño y se deshizo de todos sus asesores y de casi todo su guardarropa, conservando solamente las prendas más cómodas y sencillas. Esa misma noche hizo expulsar del reino a los falsos sastres, no sin antes hacerles saber que no los enviaba a prisión por la sola razón del gran servicio que, involuntariamente, habían prestado a la casa imperial.

Desde ese día el emperador siempre fue el más justo, generoso y considerado de los soberanos, querido, alabado y bendecido por todos.

Y colorín, colorado, ahora sí, este cuento ha terminado.

Y ciertamente aquí está, creo yo, la clave de esta historia maravillosa: la importancia y la trascendencia de un encuentro genuino con la verdad, sea esta de nuestro agrado o no, nos traiga en lo inmediato alegría o tristeza, nos confirme el rumbo o nos demuestre cuán lejos estábamos del camino correcto.

No tengo ninguna duda de que el reconocimiento y la aceptación de

la verdad, pura y dura, es el único camino que puede conducirme al mejor «yo mismo» que puedo llegar a ser. Y más, mucho más: también creo que la verdad es la única luz capaz de iluminar el mapa que lleva a cualquier pareja a ser la mejor pareja que puede ser y que acompaña a cualquier sociedad que pretenda transformarse en la mejor sociedad que puede llegar a ser.

El emperador (como algunas personas que he conocido) solo escuchaba lo que deseaba escuchar y las demás «verdades», las que no le gustaban, lo irritaban hasta volverlo amenazador y cruel. Todos a su alrededor lo sabían y por eso todos lo adulaban, diciéndole siempre lo que él quería oír. Nadie quería pagar el precio de ser sincero (un precio que, dicho sea de paso, casi nunca es barato).

Si nos miramos en el espejo de los cortesanos del emperador no podremos dejar de admitir la deplorable complicidad de aquellos asesores con los burladores del soberano, haciéndose cómplices de la mentira para esconder sus propios temores. Me pregunto: puestos en una situación equivalente, ¿cuántos de nosotros alzaríamos la mano para decir «Está desnudo», o «No hay ninguna tela en el telar»?

El experimento diseñado por Solomon Asch en 1951 contesta esta pregunta con una claridad casi cruel, poniendo al descubierto la fuerza de una conducta social llamada «necesidad de conformidad grupal».

Asch pedía a unos estudiantes que participaran en una prueba de agudeza visual.

Se reunía a los jóvenes en una sala y se les mostraban dos tarjetas, una primero y la otra después. En la tarjeta A, aparecía trazada una línea horizontal. En la otra, la B, había tres líneas, cada una de un largo distinto: una mucho más corta, otra bastante más larga y una tercera línea exactamente igual que la de la tarjeta A.

Luego se les pedía que uno a uno, de viva voz, los participantes dijeran cuál era la línea de la tarjeta B que coincidía en largo con la de la tarjeta A. El procedimiento se repetiría ocho veces con otros tantos juegos de tarjetas.

En realidad, el experimento era evaluar la conducta de uno solo de los convocados, porque los otros seis jóvenes eran cómplices del

experimentador y habían recibido previamente instrucciones precisas sobre cómo debían contestar durante el test. El verdadero propósito del experimento era evaluar en qué medida adaptamos nuestras opiniones a las del grupo en el que nos encontramos.

Visualmente era muy sencillo saber cuál era la respuesta correcta y en las primeras dos vueltas todos los participantes coincidían en ella. Pero, después de la tercera vuelta, todo se complicaba para el examinado.

Siguiendo las instrucciones de Asch, los cinco jóvenes que contestaban antes que el examinado coincidían en una respuesta, que era incorrecta. El individuo, sorprendido, dudaba, los miraba y después, inquieto, daba su respuesta (la correcta). El último participante siempre coincidía con la mayoría.

A partir de allí la consigna para los cómplices era siempre la misma: coincidir en una respuesta equivocada, poniendo al sujeto en la cada vez más incómoda situación de estar en desacuerdo con todos, una y otra vez.

El previsible resultado aparecía en general en la quinta vuelta (alguna vez ya en la cuarta) y se mantenía igual hasta el final del experimento.

Los examinados, después de escuchar las opiniones de sus predecesores, no se animaban a seguir contradiciendo al grupo y daban una respuesta coincidente con la mayoría, aunque sabían que era incorrecta, para evitar ser los únicos que pensaban distinto.

Esta decisión era claramente consciente y, sin embargo, cuando se le hacía ver al examinado que su elección era incorrecta y se le preguntaba por qué había fallado, este siempre ponía alguna excusa, también falsa. Algunos dijeron que tenían la vista cansada, otros que no había suficiente luz y algunos más que estaban nerviosos sin saber por qué.

Es decir, que no solo somos influenciados hasta niveles sorprendentes, sino que, además, no estamos dispuestos a reconocer la influencia de la mayoría, ni siquiera frente a nosotros mismos.

El autoengaño, la falsedad y la distorsión son para algunos, en determinadas circunstancias, espacios muy confortables, seguros y acogedores.

Mentiras aceptables se pueden encontrar por todas partes y, si no se las encuentra, siempre es posible diseñar una mentira nueva, «a medida», que se ajuste a las necesidades del momento. No cuesta mucho. Las mentiras siempre pueden ajustarse a tus necesidades, pueden ser hermosas a los oídos de todos los demás y hasta fascinarte a ti mismo si te ocupas suficientemente de ello. Ellas son muy amables, no requieren nada de tu parte; no te exigen, no te obligan a comprometerte, nunca pretenden que tú te ajustes a ellas y, si no eres un tonto absoluto, siempre podrás encontrar una mentira a tu medida.

En pocas palabras:

Las mentiras están listas para servirte, sometiéndose a tus antojos y necesidades.

No así la verdad, porque ella no está dispuesta a servir a nadie más que a sí misma.

Pero la mentira, como en el cuento, achica nuestro campo de acción y anula nuestra capacidad de crecer; nos deja en manos de lo peor de los demás y de lo peor de nosotros mismos.

Desde Platón en adelante, todos sabemos que la verdad está ligada íntimamente al diálogo y que este depende de la escucha activa de los demás y de la visión honesta de la realidad, alejada de mi deseo.

Nosotros, que seguramente somos un poco menos necios que el emperador, caemos sin embargo, demasiadas veces, en ese abismo de sordera selectiva a algunas cosas que el otro (los otros) nos señalan con insistencia. Sumergiéndonos a sabiendas, o por lo menos sin querer saber, en el intento de permanecer en la zona de confort que limita nuestra ignorancia y hasta buscando «ayuda» para no cambiar la situación.

No ayuda estar rodeado de personas que hablan como si fueran expertos en casi todo.

No ayudan nuestros vecinos, heroicos protagonistas de hazañas impensables solo sabidas por ellos mismos.

No ayuda la tendencia generalizada a enamorarse del propio discurso.

No ayuda, para nada, nuestra encarnizada resistencia a aceptar

nuestros errores.

Y entonces, como el emperador, nos refugiamos en el castillo de las verdades falsas pero tranquilizadoras.

Queremos creer, por ejemplo:

1. Que nunca seremos abandonados por los que amamos.
2. Que no somos del todo responsables de lo que hacemos con nuestras vidas.
3. Que lo opuesto a una verdad nunca puede ser verdad.
4. Que alguien puede tener derecho a juzgarnos o condenar lo que hacemos, aunque no dañemos a nadie, según su propia moral y valores.
5. Que no somos capaces de tolerar el dolor.
6. Que si hacemos las cosas bien nunca tendremos que afrontar una frustración.
7. Que existen las certezas absolutas.
8. Que podremos encontrar a alguien, además de nuestros padres, que nos ame incondicionalmente.
9. Que somos infinitos y que, si ponemos empeño, seremos capaces de lograr cualquier cosa que nos propongamos.
10. Que la vida, tarde o temprano, habrá de compensarnos por nuestras desgracias.

Son mentiras hermosas, estamos de acuerdo, pero mentiras al fin.

Como se ha dicho tantas veces:

La única condición que la verdad nos impone es la de no ponerle condiciones.

Aprendí como paciente, y luego como terapeuta, la necesidad de ser fieles a nuestra verdad (es decir, a aquello que es para mí la verdad en cada momento), así como la urgencia de aceptar las «verdades» de los otros.

Aprendí también el valor de aquella frase de la vanidosa flor del principito en el genial libro de Antoine de Saint-Exupéry: «Tengo que aprender a tolerar algunos gusanos si pretendo conocer las mariposas», entendiendo que a veces la verdad tiene forma de

gusanos bastante desagradables (aunque después siempre se vuelven mariposas).

Nada hay de malo en querer agradar a los demás, ni siquiera lo hay en tu afanosa búsqueda de aprobación, pero ¿cuál es el precio que estás dispuesto a pagar para conseguirlo?

Todos somos la suma de muchos aspectos, fundidos en la persona que somos.

Debemos admitir que hay aspectos de mí que conozco y otros que ignoro. Así como hay partes de mí que me animo a mostrar y otras que prefiero que no se vean.

Un aspecto libre que contiene lo que sé de mí y me animo a mostrar sin conflicto.

Un aspecto negado, en donde están esos aspectos que me cuesta aceptar, aunque los demás, acercándose un poco, lo notan invariablemente.

Existe un aspecto secreto que contiene lo que sé que soy y reconozco, pero escondo de la mirada de la mayoría.

Y, por último, un aspecto oculto y desconectado, la parte de mí que ni yo ni los demás podemos ver con facilidad, la parte más tóxica y oscura de mí mismo.

¿Qué podría hacer alguien que hoy se encuentra con sinceridad con un yo oculto demasiado grande? Dos cosas que el cuento sugiere con claridad:

Aprender a mostrarnos tal como somos y aprender a escuchar.

Es indudable que uno de los pasos en nuestro camino hacia la superación personal es ser auténticos (y eso no quiere decir salir desnudo a la calle, literalmente) y el otro es escuchar. Hablo de escuchar activa y comprometidamente.

Pero hablo de escuchar, no de obedecer.

De escuchar, no de someterse.

De escuchar, no de estar forzosamente de acuerdo.

De escuchar, no de anular mis propias ideas.

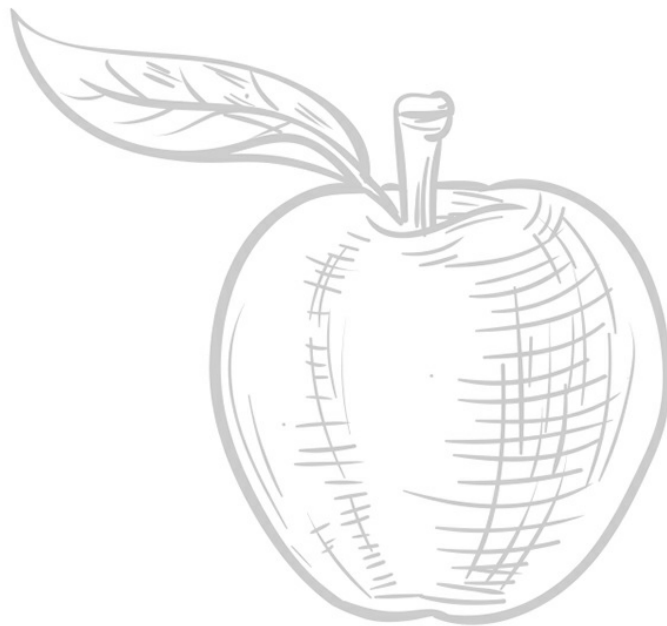
De escuchar para aprender la parte del todo que todavía ignoro.

De paso, el cuento pone luz en un hecho más que importante: darse cuenta de que la verdad arrastra, produce y sostiene, que necesita de una importante cuota de humildad, porque aprender

siempre es un acto humilde y el aprendizaje es, en sí, el hecho transformador por excelencia.

Capítulo 14

Blancanieves y los 7 enanitos



Introducción

En el siglo xvi, en el libro de Giambattista Basile llamado *Pentamerone o Lo cunto de li cunti overo lo trattenemiento de peccerille*, aparece la historia de Lisa, una niña que con siete años se clava un peine mágico y queda inconsciente. Toda su familia la da por muerta, aunque saben o intuyen que no lo está, pero ponen su cuerpo, como si de un cadáver se tratara, en un ataúd de cristal. Con el paso de los años, todos ven cómo la niña inconsciente crece hasta convertirse en una bellísima adolescente. Una prima lejana, celosa de la belleza de Lisa, decide acabar con ella. Rompe el ataúd y agarra a Lisa del pelo, pero sin querer le arranca el peine y la joven retorna a la vida. Es más que evidente la relación de este relato con el cuento de la bella durmiente, del que ya hablamos.

En el cuento de los hermanos Grimm la entrada de la realeza confiere a la historia un nuevo matiz al mezclarse con un episodio histórico. Se trata de la vida de Margarethe von Waldek, una prometida del rey Felipe II, que sería el más poderoso hombre de su época, rey de España, Portugal, Cerdeña, duque de Milán y soberano de Nápoles, de los Países Bajos y hasta de Inglaterra.

Al parecer, cuando el futuro rey anunció que había decidido desposar a Margarethe, el padre y la madrastra de la joven rechazaron el compromiso con firmeza, no solo por la fama de arrogante y mujeriego del novio, sino además porque se negaban a emparentarse con su linaje austríaco, al que despreciaban abiertamente.

Según se dice, para evitar la boda, y siguiendo el estilo de la época, la madrastra envenenó a Margarethe, terminando así con el noviazgo y con la vida de la pobre muchacha.

Incluso los siete enanos tienen su correlato en esta historia real. Se cuenta que la hermosa joven tenía un corazón piadoso que se conmovía con los niños que eran traídos de territorios conquistados y que luego eran obligados a trabajar en las minas del rey. Cada vez

que podía rescataba a alguno de esos niños y lo dejaba viviendo en el palacio, con la servidumbre, haciéndose cargo de su educación y de su futuro.

Un hecho a destacar del cuento original de los hermanos Grimm es que es el primer texto en el que se habla claramente del Príncipe Azul. Una figura que se convertiría en el icono del hombre ideal y que, según los cuentos de hadas, llegará como «recompensa» para la mujer que se haya conservado casta y moralmente intachable, después de superar los obstáculos y terminar con las amenazas planteadas siempre por otras mujeres. Es posible, sin embargo, que el término lo acuñase antes Madame d'Aulnoy en su cuento *El pájaro azul*, que después se convierte en rey conservando su color y los atributos de fidelidad, incondicionalidad y eternidad que le son propios. Es más que probable que el color del pájaro no se refiera a su plumaje, sino que sea una señal de su realeza y de su linaje, que se manifiesta en su sangre azul. Diremos, de paso, que la denominación de «sangre azul» para referirse la nobleza y la realeza la dista mucho de ser caprichosa. En realidad tiene que ver con el hecho de que la realeza evitaba el contacto con el populacho y, por lo tanto, permanecía siempre en palacio, entre altísimos muros. De ahí que su piel, que nunca se exponía al sol, permaneciera pálida y transparente dejando ver a través de ella con facilidad las venas superficiales de sus extremidades y cuello. Vasos que llevan siempre sangre venosa, es decir, sangre menos oxigenada: sangre azul.

El cuento

Había una vez, en un reino muy lejano, una hermosa niña nacida del amor de la pareja real.

La reina, que amaba la naturaleza, disfrutaba mucho mirando desde su ventana los campos del reino florecidos en primavera y las montañas cubiertas de nieve ya desde los primeros meses de otoño.

La reina adoraba esa época del año, tanto que a su esperada hija decidió llamarla Blancanieves, en honor a su paisaje favorito.

Pero la vida es cruel a veces y ese mismo invierno que ella tanto amaba le trajo un día una terrible enfermedad que terminó con su vida.

Intentando sobreponerse a su penar, el rey pensó que su hija necesitaría una nueva madre y, animado por esa necesidad, encargó a sus ministros que le buscaran una nueva esposa.

De entre todas las mujeres de sangre real que le presentaron en los siguientes meses, el rey eligió a Grimhilde, la reina de un lejano país que, enterada de la situación, había viajado desde tan lejos para conocer al monarca. Grimhilde era una joven y hermosísima mujer, muy orgullosa de su propia belleza con la que había fascinado al rey desde el primer encuentro.

Completamente enamorado, un año más tarde el rey volvió a casarse.

Después de la boda la nueva reina mando traer desde su país algunas de sus cosas: trescientos veintidós baúles de ropas lujosas, ciento cincuenta y seis arcones de cremas, ungüentos y perfumes, doce enormes cofres llenos de joyas y adornos de todo tipo y procedencia y un enorme espejo de pared que ella parecía cuidar con particular dedicación.

No era para menos: el espejo era mágico y tenía por ello características prodigiosas.

Una vez instalada, Grimhilde mandó colgar su preciado espejo en su habitación y pidió a todos sus sirvientes que, terminada la tarea, la dejaran sola de inmediato.

Una vez sola, la nueva reina se plantó frente al espejo y mirándose en él, preguntó en voz alta:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —Y el espejo le contestó, como otras veces, lo que, indudablemente, la mujer esperaba:

—Señora, tú eres la más hermosa de todo el reino.

La reina sonrió satisfecha. Ella sabía que el espejo decía siempre la verdad. Así pasaron los años.

El rey ocupado en los asuntos reales.

Blancanieves ocupada en sus juegos y fantasías de niña.

Grimhilde ocupada en sí misma y en su belleza.

Cada mañana la reina repetía su ritual frente al espejo: terminaba de arreglarse el cabello y hacía la misma pregunta:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?

El día en que Blancanieves cumplió doce años, el rey quiso festejarla en una gran cena para cientos de invitados. Todo el palacio se engalanó para recibirlos. La reina, por supuesto, vistió sus mejores galas y se dispuso a lucir sus más costosas alhajas.

Cuando llegó el momento, y antes de bajar a recibir a los invitados, la reina repitió su pregunta frente al espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —Esta vez el espejo la sorprendió con una nueva respuesta:

—Señora, mi reina, tú eres como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella.

La reina sintió que sus piernas se aflojaban, no quería creer lo que estaba pasando. Su vanidad no podía aceptar que hubiese alguien que pudiera superarla en belleza y atractivo. Entre sorprendida y furiosa, Grimhilde volvió a plantarse frente al espejo y repitió su pregunta, pero la respuesta fue exactamente la misma:

—Tú eres como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella.

Argumentando que estaba indispuesta (y realmente lo estaba) la reina no bajó a compartir el agasajo con los invitados y se recluyó en sus habitaciones. Incluso cuando el rey subió a rogarle que bajara a saludar a los demás, ella mantuvo su enfado y despidió al monarca pidiéndole que no la molestara con su insistencia.

Desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía que se le revolvía el estómago y su corazón se aceleraba hasta parecer que se le escapaba del

pecho. Blancanieves realmente florecía con la belleza de las flores recién abiertas y, como siempre sucede con los soberbios y los envidiosos, la reina se fue llenando de rencor. Ese sentimiento no le dejaba un instante de reposo, ni de día ni de noche.

Finalmente, una mañana, después de consultar a su espejo, que insistía en la indeseada respuesta, el rencor se volvió odio y la reina se dispuso a actuar.

Hizo sonar una campanilla y mandó llamar a uno de los cazadores que trabajaban en palacio al servicio del rey.

—¿Eres leal a tu reina? —preguntó al hombre cuando se presentó ante ella.

—¡Claro que sí, majestad!

—Necesito que me hagas un servicio especial, que guardes el secreto y que no hagas nunca ni una pregunta al respecto.

—Lo que su majestad ordene, mi reina.

—Si cumples mi deseo serás recompensado. Si no lo haces, o cuentas a alguien lo que hoy te pido, yo lo negaré y te haré decapitar. Te lo prometo. Quiero que te llesves de aquí a esa niña y que yo no la tenga que volver a ver nunca más.

—Perdone, Alteza —dijo el sirviente, que prefería pensar cualquier cosa antes de darse plena cuenta de la orden que estaba por recibir—. ¿De qué niña estáis hablando? Yo nunca he visto otra niña en el palacio que no sea Blancanieves...

—Pues de ella te estoy hablando, estúpido, de Blancanieves, la hija del rey. Quiero que te la llesves al bosque esta misma tarde, que busques un lugar en el que nadie te vea y que la mates.

El sirviente no podía creer lo que escuchaba.

—¿Que... la mate? —se animó a balbucear.

—Sí... Sí... Mátala como quieras... Y como prueba de que has cumplido mi orden, quiero que me traigas su corazón y su hígado... ¿Has comprendido?

El cazador prometió cumplir la orden y partió en busca de la muchacha. Decidió decirle que irían al bosque para encontrar unas flores que su madrastra había pedido. Si ella dudaba le diría que hablase con la reina para confirmarlo.

Pero no hizo falta ninguna confirmación. La candidez de Blancanieves sumada al desconocimiento absoluto de lo que estaba pasando con la esposa de su padre impidieron que ella sospechara nada.

Durante más de una hora, el cazador y la joven se internaron en lo más

profundo del bosque, hasta que llegaron a un pequeño rincón oculto por las rocas donde crecían muchas flores silvestres.

—Este es el lugar —dijo el cazador, sabiéndose a salvo de miradas ajenas.

Blancanieves, entendiendo que esas eran las flores que la reina había pedido, se arrodilló frente a ellas para recoger un buen ramo.

En ese momento, el hombre sacó su puñal y avanzó hacia ella.

La niña escuchó un ruido y giró, mirando aterrada al hombre que avanzaba hacia ella blandiendo el arma asesina.

—Lo siento —dijo el cazador—. No puedo volver al palacio contigo, me costaría la cabeza, y tengo una familia que depende de mí.

—Pero por qué —preguntó la princesa—, nunca he dañado a nadie.

—Es una orden de la reina Grimhilde, y te aseguro que preferiría no haber sido el elegido para ejecutarla.

—¡Déjame vivir! —suplicó la joven—. Te prometo que me quedaré en el bosque. Puedes decir que me mataste... Yo jamás volveré al palacio. Te lo juro, de verdad...

Sus ruegos eran más de lo que el cazador podía soportar y, apiadándose de la joven, dijo casi sin pensarlo:

—Está bien. ¡Márchate entonces! ¡Vete y no regreses nunca! La próxima vez quizás no pueda evitar llegar hasta el final.

Por una parte el cazador sintió como si le quitasen una piedra del pecho, pero por otra no podía evitar pensar en las consecuencias de su decisión. Seguramente nada cambiaría con su heroica rebeldía, ya que las fieras salvajes harían el trabajo por él, pero todavía tenía que solucionar la prueba de la muerte de Blancanieves que la reina le había exigido.

De pronto, como si el destino le tendiera una mano, acertó a pasar por detrás de una loma un jabato. Actuando rápidamente, como solo un cazador podía hacerlo, el hombre atrapó al animal y, después de degollarlo, le arrancó el corazón y el hígado para llevárselos a la reina como supuesta prueba de que había ejecutado el crimen por ella ordenado.

Mientras la malvada reina se regodeaba contemplando la sangrienta prueba de que Blancanieves había desaparecido para siempre del palacio y de su vida, la pobre niña vagaba sola por el inmenso bosque, sintiendo un terrible sobresalto ante el menor movimiento de las hojas de los árboles y los aullidos de algunos animales.

Cuando el sol empezó a ocultarse y el bosque a volverse cada vez más frío

y húmedo, Blancanieves echó a correr, desorientada y llena de desesperación, sintiéndose abandonada como siempre se siente quien no tiene donde ir ni tiene quien la ayude.

Entonces vio la diminuta casa rodeada de flores.

Abalanzándose sobre la entrada golpeó la puerta mientras gritaba.

—Hola... por favor... Estoy perdida. ¿Me pueden ayudar?

Nadie contestó.

Ella volvió a golpear la puerta, sin resultado. Temblando de miedo, la niña giró el picaporte y entró en la casa.

Todo era muy pequeño en la casita, pero tan primoroso y limpio como ella nunca había visto.

En el centro de la habitación, una pequeña mesa cubierta con un mantel blanquísimo.

Sobre la mesa, siete minúsculos platitos con siete vasitos.

Y, al lado de cada plato, una cucharilla, un cuchillito y un pequeño tenedor.

Blancanieves se dio cuenta de que estaba hambrienta, así que se animó a comer un poco de legumbres y un trocito de pan de cada plato. Como tenía sed, bebió un poco de zumo de cada copa, pues no quería tomar todo de un solo vaso.

Justo entonces la intrusa se dio cuenta de que, alineadas junto a la pared, había siete camitas. Cada una con un nombre en la cabecera, todas con sábanas de inmaculada blancura, todas parecidas y todas diferentes, una al lado de la otra.

Cansada de tanto correr, pero sintiéndose a salvo y segura, Blancanieves quiso echarse en una de las camitas. Fue probándolas una a una, pero ninguna era de su medida; hasta que, por fin, la séptima le vino bien. Allí se acostó y, diciendo una oración, se quedó dormida.

Bien entrada la noche llegaron los dueños de la casa. Eran siete enanos que se dedicaban a extraer minerales en la montaña. Encendieron siete lamparillas y, al iluminarse la habitación, notaron que alguien había entrado, ya que las cosas no estaban en el orden en que ellos siempre las dejaban al marcharse de madrugada.

Dijo el primero:

—¿Quién se sentó en mi sillita?

El segundo miró su plato sorprendido y preguntó:

—¿Quién ha comido de mi plato?

El tercero dijo:

—¿Quién se ha llevado un poco de mi pan?

Y el cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

Y el quinto:

—¿Quién ha pinchado algo con mi tenedor?

Y el sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillo?

Y el séptimo:

—¿Quién se ha bebido el zumo de mi vasito?

Luego, el primero recorrió la habitación y, viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

—Alguien se ha subido en mi camita.

Acudieron corriendo los demás y gritaron al mismo tiempo:

—¡Y también en la mía!

Salvo el último que, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves dormida y dijo algo diferente.

—Alguien subió también a mi cama... ¡pero todavía está allí!

Sus compañeros acudieron presurosos acercando sus lamparillas y al ver a la niña no pudieron evitar la exclamación:

—¡Oh, Dios mío! —dijeron—. ¡Qué hermosa!

Al escuchar a los enanitos Blancanieves se despertó, bajó la cabeza y se disculpó por haber entrado sin permiso.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo llegaste a nuestra casa? —siguieron preguntando los hombrecillos.

Entonces ella les contó que alguien había dado orden de matarla, pero que el cazador que debía hacerlo la había perdonado la vida, y que ella había estado corriendo todo el día, hasta que al atardecer encontró la casita y entró.

—No tengo donde ir, ya que no puedo volver al palacio, pero si ustedes quieren me iré de inmediato.

Los enanos le dijeron que la única persona que podía ser tan mala como para ordenar matarla era la reina Grimhilde, así que comprendían que no volviera al palacio.

—¿Quieres quedarte en nuestra casa?— dijo Mocosó, mientras estornudaba ruidosamente

—¿Sabes cocinar? —dijo Feliz, otro de los enanos.

—¿Y hacer las camas? —preguntó Dormilón.

—¿Sabes lavar? —preguntó Mudito por señas.

—¿Y coser y remendar nuestra ropa?—interrogó Tímido, que se avergonzaba de un agujero en su chaqueta.

—¿Te crees capaz de mantener todo ordenado y limpio?—preguntó Gruñón desconfiado.

—¡Sí! —exclamó Blancanieves—. Me encantaría.

—Si eres capaz de ocuparte de todas esas cosas, además de cuidar nuestras flores y cocinar ricas comidas, puedes quedarte con nosotros —sentenció Sabio, mirando a la joven por encima de sus anteojos—. De este modo tú estarás a salvo y nosotros tendremos más tiempo para ocuparnos de la mina...

A partir de entonces Blancanieves se quedó con ellos, cuidando de la casa y haciendo lo que se le había pedido con todo esmero.

Todas las mañanas ellos salían hacia la montaña en busca de minerales y oro. Al despedirse siempre le decían lo mismo:

—Cuidado con tu madrastra.

—No tardará en enterarse...

—... de que estás aquí...

—... con nosotros.

—¡No dejes entrar a nadie!

—Nunca.

—Por ninguna razón...

Cada tarde, al regresar de la mina, los anfitriones encontraban invariablemente una rica comida preparada y la casa en orden. Blancanieves se sentía feliz y segura.

Allí estaba Sabio, tan inteligente como soberbio, pero capaz de adelantarse a casi cualquier dificultad; Gruñón, siempre enojado e intolerante pero dispuesto a darlo todo cuando hiciera falta para defender lo que creía justo, lo que correspondía; Feliz, el bonachón, dispuesto a ponerle optimismo a la peor de las situaciones para que nadie se tome nada demasiado en serio salvo la amistad, que es lo que más valora. Y Dormilón, que vive en sueños, sin ninguna prisa para hacer las cosas ni para reaccionar ante los hechos, y quizás

por eso portador del más puro de los espíritus. Allí estaban Mocosito, al que todo le produce alergia y no quiere mezclarse fácilmente con nada, pero siempre dispuesto a ayudar; Tímido, tan introvertido, temiendo siempre el rechazo pero mostrando con humildad su permanente necesidad de afecto; y, por supuesto, el adorable Mudito, el que más ternura le da a Blancanieves, de pocas palabras pero mucho menos tonto de lo que a simple vista podía parecer y seguramente el que más se permite disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

Pasó el tiempo. La reina, convencida de haberse librado de Blancanieves para siempre, no volvió a consultar al espejo para preguntarle sobre su belleza, quizás porque se sentía segura o quizás porque no le gustaba lo que veía en su propia imagen. La maldad la había cambiado, y ella lo sabía.

Sin embargo, un día, al pasar frente al espejo, le preguntó:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?

Y respondió el espejo:

—Señora reina, eres aquí todavía la más bella, pero mora en la montaña alguien que es mil veces más bella que tú.

Una vez más, la reina montó en cólera:

—¿Quién es esa mujer y dónde vive?

—Su nombre es Blancanieves y vive en la pequeña casa de los siete mineros enanos.

La reina explotó de ira, ya que sabía que el espejo jamás mentía. Inmediatamente mandó a buscar al cazador y lo condenó a muerte por haberla engañado. Después se volvió a encerrar en su habitación para planear la manera de deshacerse de su odiada hijastra.

«Esta vez —se dijo— me ocuparé yo misma de quitarte de en medio». Y, valiéndose de artes diabólicas que encontró en un oscuro libro que había traído desde su país, fabricó un peine envenenado. Luego se tiznó la cara y se vistió como una vieja buhonera, quedando completamente irreconocible. Ella misma se asustó un poco al verse la cara en el espejo de su cuarto. No era solo el tizne: su cara había cambiado.

Así disfrazada se dirigió a las montañas y encontró la casa de los siete enanitos.

—¡Vendo cosas buenas y bonitas! —gritó frente a la ventana—. Ayúdenme, por favor, necesito vender para comer...

Se asomó Blancanieves a la ventana y le dijo:

—¡Buenos días, buena mujer! ¿Qué te sucede?

—Vendo cosas finas, cosas buenas —respondió la reina—. Lazos de todo tipo y hermosos peines de colores vivos.

«Pobre mujer —pensó Blancanieves—; también yo llegué a esta puerta con hambre una vez». Y, abriendo la puerta, aceptó comprarle el primoroso peine que la buhonera le mostraba.

—¡Qué linda eres, niña! —exclamó la vieja—. Ven, que yo misma peinaré tu trenza.

Blancanieves, sin sospechar nada, se puso delante de la vendedora para que la peinase.

Pero, apenas la vieja malvada hubo clavado el peine en el cabello de la joven, el veneno produjo su efecto y la niña se desplomó insensible.

—¡Dechado de belleza! —exclamó la malvada madrastra, ya convertida en una bruja—. ¡Ahora sí que estás lista! —y se marchó.

Afortunadamente, faltaba poco para que anocheciera y los enanitos no tardaron en regresar. Al encontrar a Blancanieves inanimada en el suelo, enseguida sospecharon de la madrastra y, buscando, descubrieron el peine envenenado entre el cabello de la chica. Se lo quitaron rápidamente y, al momento, ella volvió en sí y les explicó lo ocurrido. Ellos la advirtieron de nuevo que debía estar alerta y no abrir la puerta a nadie.

La reina, de regreso en palacio, se dirigió directamente a su espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es en este país la más hermosa?

Y, como las veces anteriores, respondió el espejo, al fin:

—Reina y señora, eres aquí como una estrella; pero en la montaña, con los enanitos, mora Blancanieves, que es mil veces más bella.

Al oír estas palabras del espejo, la malvada bruja se puso a temblar de rabia.

—Blancanieves... ¡Morirás! —gritó—. ¡Aunque me cueste a mí la vida!

La malvada madrastra volvió a consultar entonces el libro de hechicería y, bajando a los sótanos del palacio, preparó un mortífero veneno que le sirviera para cumplir su maléfico propósito. La reina recordó lo mucho que a Blancanieves le gustaban las manzanas y decidió encarar su siniestro plan.

Cuando tuvo entre sus manos la manzana envenenada se disfrazó nuevamente y se encaminó a la casa de los siete enanos.

La reina, disfrazada otra vez de buhonera, llamó a la puerta y Blancanieves, una vez más, asomó la cabeza a la ventana, pero teniendo presente la recomendación de sus amigos: no debía abrir la puerta a nadie.

—Lo siento, señora —le dijo a la anciana—, pero no puedo comprarle nada; los dueños de casa me lo han prohibido.

—Entiendo, hermosa niña —respondió la supuesta buhonera—, pero yo vendo nada, solo estoy repartiendo algunas de mis manzanas. Mira, te regalo una.

La fruta envenenada era realmente preciosa, grande, roja, brillante, capaz de hacer agua la boca de cualquiera que la viese.

—Gracias, señora —contestó la niña—, no puedo abrirle.

—No es necesario que me abras —dijo la bruja—. Aquí te dejo mi regalo, para que la comas cuando quieras.

Dicho esto, la malvada mujer dio la vuelta y partió.

Después de esperar a que se alejase, Blancanieves abrió la puerta y tomó la fruta, llevándola a la casa. Era verdaderamente una manzana muy tentadora. La más tentadora manzana que ella había visto nunca... Blancanieves la frotó contra su ropa y le arrancó un buen bocado.

Cuando la malvada reina llegó de vuelta al palacio, corrió a preguntarle al espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa?

Le respondió el espejo, al fin:

—Reina y señora, tú eres ahora la más hermosa de todo el país.

La terrorífica carcajada de la reina, se escuchó hasta en el último rincón del palacio, haciendo temblar de miedo a todos los sirvientes reales... Blancanieves había comido la manzana.

Al volver a la casa aquella noche, los enanos encontraron a Blancanieves tendida en el suelo, inmóvil, sin que de sus labios saliera el más mínimo suspiro. En su mano todavía estaba la manzana mordida.

Los siete enanos comprendieron al instante lo que había pasado: la maldita reina se había salido con la suya y ahora la pobre muchacha estaba muerta.

Los siete mineros colocaron el cuerpo de Blancanieves en una gran caja de madera y, sentándose alrededor, la estuvieron llorando por espacio de tres días.

Luego pensaron que debían darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se

conservaba como si siguiera viva, y que sus mejillas seguían sonrosadas, no les pareció buena idea poner su cuerpo bajo tierra, así que fabricaron una urna de cristal transparente que protegiese su cuerpo y permitiese que todo el que pasara a su lado, animal o humano, viera su belleza en todo su esplendor. Con gran esfuerzo subieron a hombros el ataúd hasta la cumbre de la montaña más alta y lo depositaron en un altar de piedras que construyeron para ella.

Desde ese día, siempre hubo uno de los enanos velando su cuerpo, que se mantuvo bello y lozano durante años.

Sucedió entonces que un príncipe subió a la montaña y se encontró con el féretro que contenía el cuerpo de la hermosa Blancanieves.

—Buenos día, señor —le dijo a Sabio, que ese día velaba el cuerpo—. Me dijeron, muy lejos de aquí, que en esta montaña estaba la estatua perfecta de la más bella criatura que jamás haya existido... y veo que es cierto. También me dijeron que un grupo de gente pequeña custodiaba la pieza... Tú debes ser uno de los enanos que vela esta hermosura... ¿Es así? —agregó, dando por sentado que así era.

—No es una estatua, caballero, es el cuerpo sin vida de nuestra amada Blancanieves, que fue envenenada por la bruja malvada, su madrastra.

Por un momento el príncipe se conmovió. ¡Cómo le hubiera gustado conocerla en vida! Hasta hubiera evaluado la idea de casarse con ella... Su belleza habría colmado de hermosura todo el palacio... Aunque quizás...

—Quiero llevarme este féretro —dijo a los siete enanos—. Pagaré por él lo que me pidan.

—No está en venta... —contestó Mocosito, que acababa de llegar con los demás y a quien esta situación le daba escalofríos.

—Es que ustedes no entienden —explicó el príncipe—. Hace más de un año que sueño que encuentro una joven hermosa como ninguna y que la hago mi esposa. He viajado mucho para encontrarla y, ahora que por fin la tengo delante de mí, se me parte el corazón al hallarla muerta. Pero, aun así, siento que no quiero separarme de ella. Por favor, déjenme llevarla a mi palacio. Les daré veinte monedas de oro por ella...

—Ni por todo el oro del mundo —contestó Gruñón.

Cuanto más pensaba en ese féretro increíble adornando el portal de entrada de su palacio, más empeñado estaba en conseguirlo.

—50 monedas —dijo el príncipe.

—No —dijeron los seis, mientras Mudito asentía en silencio con la cabeza.

—Juro que la honraré y veneraré para siempre, como lo han hecho ustedes hasta hoy —siguió diciendo el príncipe.

—Escuchen —prosiguió—. De nada sirve su cuerpo aquí, en la montaña. Ni siquiera los demás pueden admirar su belleza. Estoy seguro de que a ella le habría gustado volver a vivir en un palacio, rodeada de gente que valorara su rasgos perfectos... ¡Les daré cien monedas de oro!

Al oír sus palabras los hombrecillos se reunieron en un círculo para deliberar.

Cien monedas de oro era ciertamente mucho dinero. Pensaron en todas las cosas que se podrían hacer en la casita con tanto dinero, y pensaron en todo lo que Blancanieves disfrutaba cada vez que ingresaba algo de dinero que se invertía en la casa... Pensaron que ella estaría mejor, sin lugar a dudas, en la sala de un palacio ya que era eso lo que le correspondía... Y sintieron compasión por el dolor del joven.

Con todo eso entre sus manos, los siete mineros decidieron entregar el cuerpo de Blancanieves al príncipe, que de inmediato les pagó las cien monedas y mandó a sus criados a que cargasen el féretro montaña abajo.

Pero ocurrió lo que nadie podía esperar. Lo increíble, lo mágico, lo que solo ocurre de vez en cuando en algún cuento de hadas...

En el camino, ladera abajo, el cortejo tropezó con unos arbustos y féretro cayó violentamente al suelo. Agitado por la sacudida, el bocado de la manzana envenenada, que estaba atorado en la garganta de Blancanieves, saltó afuera de su boca, volviendo la joven a la vida.

El príncipe corrió a su lado y entre los enanos y él mismo le contaron todo lo sucedido.

—Eres aún más bella que en mis mejores sueños y ¡estás viva! —exclamó el príncipe—. No tengo ninguna duda: eres la que elegí en sueños para ser mi esposa. Por favor, ven conmigo al palacio y deja que cuide de ti el resto de mi vida.

Blancanieves marchó con él al palacio, y en poco tiempo se dispuso la boda, que debía celebrarse con gran magnificencia y esplendor.

A la fiesta fue invitada también la malvada madrastra de Blancanieves, que al enterarse corrió a arrancar de la pared el espejo mágico y, estrellándolo contra el suelo, lo rompió en mil pedazos. Al mirarse en los añicos del espejo vio su rostro deformado por la maldad y la envidia, un rostro feo y viejo

como nunca imaginó que llegaría a tener. La reina malvada soltó un grito y sintió cómo su sangre hervía de odio.

Nunca más se supo nada de ella.

Cuando los sirvientes entraron en su cuarto solo encontraron, junto al espejo roto, una estatua de carbón de la reina que nadie pudo explicar de dónde había venido.

Moraleja

Blancanieves es otra de esas princesas de los cuentos de hadas — quizá la más conocida— que encarnan la moraleja tan reiterada en este tipo de relatos y que, burdamente enunciada, podría resumirse así:

«Si eres bella y buena, sabes barrer y fregar, un día tu príncipe azul aparecerá y se casará contigo».

Y esta es, por supuesto, la primera moraleja que se desprende del cuento: inducir a las muchachas a parecerse a la dulce heroína que da nombre al relato, para desarrollar en ellas la vocación de esperar al hombre salvador.

Sin embargo, es casi obvio que la madrastra compite con fuerza con Blancanieves por el protagonismo en la historia y, desde ese punto de vista, la moraleja tiene que surgir también de este personaje, aunque su final sea tétrico.

Este cuento describe los celos que siente la madrastra por la belleza de la hija de su marido y narra su intento de librarse de la joven de cualquier manera, dejando sentada la idea de que la maldad, dejada a su antojo, crece en las personas malas hasta niveles impredecibles. En ese sentido, los celos y la envidia, las dos expresiones de malicia exhibidas sin tapujos por la desesperada reina, terminan convirtiendo a la otrora bella reina en una horrible bruja.

El cuento advierte sobre las iniquidades de la envidia, puntualmente la de la madrastra, y por extensión se convierte, para el análisis

psicológico, en el emblema mítico de toda competencia entre madres e hijas.

Como moraleja constructiva *Blancanieves* deja también el mensaje del valor, del mérito de la amistad y, por supuesto, del triunfo del amor sobre todas las cosas.

La otra puerta

Blancanieves es, desde muchos puntos de vista, otra historia iniciática que sigue, como ya vimos con *Pinocho*, el esquema referencial del camino del héroe. Sin embargo, qué sorpresa, esta vez, a pesar de los condicionantes machistas del tiempo en el que nació la historia, no hay un héroe sino una heroína. Y es más, cuando el esperado héroe macho finalmente aparece, suponiendo que llamemos héroe a ese torpe príncipe azul, fatuo y superficial, su papel deja bastante que desear, se mire como se mire.

Salvo por ese pequeño detalle sexista, el camino de *Blancanieves* hacia su destino de grandeza es exactamente el de siempre: parte de la inocencia para terminar en el final feliz de los esclarecidos, pasando por todas las etapas clásicas del mito: las batallas, la derrota, el encuentro con el maestro, el aprendizaje, la muerte, el renacer y el retorno triunfal.

Pero acompáñame en la relectura de *Blancanieves* y pregúntate conmigo:

¿Por qué tanto odio? ¿Qué es lo que la madrastra envidia tan enconadamente en *Blancanieves*?

No debe ser el amor del rey, ya que ambas lo tienen.

Tampoco su mirada atenta, que ambas disfrutan.

Ni el poder, que en todo caso está del lado de la reina.

No puede ser la belleza, como siempre creemos, porque la envidia es el deseo de tener algo que el otro tiene y yo no, y aquí ambas son bellas, eso queda claro en el relato.

¿Será acaso competir por el galardón de ser «La Más Bella», como sugiere el cuento? No lo creo.

Prescindamos por un momento del poder mágico del espejo. Supongamos que cuando la reina se mira en el espejo simplemente se ve a sí misma y que la conversación con el espejo es una metáfora más dentro del cuento. Supongamos, pues, que el espejo efectivamente le habla, pero que es mucho menos mágico de lo que se dice y que se comunica con ella en el mismo lenguaje con el que nos hablan a nosotros todos los espejos en los que nos miramos: el lenguaje de la realidad.

Y entonces... ¿Qué es lo que el famoso espejo le muestra a la reina que saca de ella sus peores instintos?

En resumen... ¿Qué tiene Blancanieves que ella no tiene? ¿Qué es lo que su presencia, y hasta su existencia, le recuerdan a la reina a cada momento?

Blancanieves es JOVEN...

Y ella, la madrastra, envejece día a día.

La madrastra no teme dejar de ser la más bella. Esa es una excusa digerible que usa para engañarse a sí misma.

¡Lo que la reina teme es envejecer!

Es muy interesante señalar que la belleza es, sin lugar a dudas, un valor subjetivo: lo que para mí es bello para ti no es bello, y viceversa; pero la vejez no lo es. Las arrugas, la flaccidez, la pérdida de la tersura de la piel y otras señales físicas de la edad, no son opinables: son tan objetivas que basta con un espejo baste para ponerlas en evidencia.

Claro, que lo que sigue siendo subjetivo es la respuesta de cada uno a esas señales, y para la reina es una catástrofe: ella no puede dejar que eso le suceda. Y es por eso que, cuando manda al cazador a matar a Blancanieves le pide que le traiga sus vísceras para comérselas... Su intención no es asegurarse de su muerte; lo que quiere, aunque quizás ni lo sepa, es adueñarse mágicamente de la única virtud que envidia de Blancanieves: su juventud.

Una costumbre bastante frecuente entre las tribus más primitivas es comerse los órganos de aquel animal que tiene como atributo lo que el guerrero desea: la fuerza del oso, la estrategia cazadora del tigre, la astucia del zorro...

Desde luego que la reina quiere matar a Blancanieves, claro.

Blancanieves también es una especie de espejo, y la madrastra se ha dado cuenta de que, si no se deshace de ella, deberá mirarse a diario en ese otro espejo que la confronta con la realidad indeseable del paso del tiempo.

Y qué fantástica paradoja la del cuento.

Por un lado, en la madrastra: el odio por Blancanieves y todo lo que representa termina empujándola a lo que teme, transformándola en un ser estéticamente desagradable y moralmente despreciable. Y esto es cierto no solo en los cuentos. También en el mundo real y cotidiano los sentimientos negativos hacia otros, o hacia una realidad que no queremos, terminan intoxicándonos y afectando gravemente nuestra manera de ser en el mundo. Con el tiempo, el rencor se vuelve resentimiento y este en odio puro y duro. Si definimos el amor como el sincero deseo de bienestar de otro, el odio será, como efectivamente es, el deseo vehemente de que algo malo o peor le suceda a alguien. Lo que el cuento nos revela, y la realidad confirma, es que ese daño siempre se retroflexiona (es decir se vuelve contra el que lo siente) y termina haciéndole daño en todas las áreas de su existencia: daña su cuerpo físico, daña su mundo emocional y destruye el mundo de sus relaciones sociales, aun con aquellos a los que quiere sinceramente.

En lo que respecta a Blancanieves, es justamente el haber sido expulsada del palacio lo que le permite recorrer el camino de su despertar (¿recuerdas la historia de Buda?).

En la corte, mimada y sobreprotegida, la joven hubiera permanecido igual de ingenua y añorada toda su vida, sin ser jamás competencia para la reina... ni para nadie.

Tan infantil, buena y obediente, Blancanieves por momentos parece tonta... No ha crecido.

Y de pronto, en el cuento como en la vida, gracias a las desgracias, la joven se encuentra haciéndose cargo de todas las responsabilidades de un adulto, comenzando por llevar adelante una casa y aprendiendo todo lo que necesita para hacerlo.

Es muy interesante cómo ella va creciendo, sin darse cuenta de ello, a medida que el cuento se desarrolla. Puedo imaginarme a Blancanieves pensando: «No sé qué es lo que pasa, pero tengo la

sensación de que esta casa se hace cada vez más chica». Así nos pasa a todos. Cada vez que damos un salto en nuestra evolución, nos parece que el entorno se ha empobrecido, que los demás ya no entienden, que el mundo se ha achicado, cuando en realidad, somos nosotros los que hemos crecido.

En el caso de nuestra heroína, su crecimiento se da de manera muy especial, de la mano de siete maestros que le enseñarán todo lo necesario para dejar de ser una niña y volverse una mujer; comenzando por lo menos importante, como lavar, cocinar y cuidar el jardín, hasta las cosas fundamentales que necesitará saber para afrontar el resto de su vida.

Me parece una genialidad haber podido diseñar siete compañeros diferentes, cada uno con una característica que lo define, y me gusta pensar que de cada uno de ellos le enseñó algo que la joven al llegar no sabía.

De Sabio, el más inteligente de los siete, aprendió a tomar decisiones, a aceptar los cambios y a ponerse en acción.

De Gruñón aprendió a defender su posición y a mostrar su enojo sin miedo.

De Mocososo aprendió a buscar la armonía y a alejarse de las cosas que la dañan.

De Tímido, el más sensible, aprendió a aceptar la incertidumbre, a disfrutar de sus fantasías y soñar con el amor.

De Dormilón aprendió a darse el permiso de alejarse de lo que no le interesa y a disfrutar del descanso.

De Feliz, el bonachón, aprendió a reírse a carcajadas porque sí y a disfrutar de las cosas simples.

De Mudito, seguramente el menos dotado intelectualmente, aprendió sin embargo algo muy útil. Mudito le enseñó que cuando algo sale mal no hay que seguir hablando de ello, simplemente hay que hacerlo de nuevo.

Así, con sus limitaciones, cada uno de sus anfitriones dejó su huella en la muchacha y, con esas herramientas, ella quedó casi en condiciones de volver al mundo a recibir todo lo bueno que se merecía, como lo merecemos tú y yo.

Después de lo vivido con los enanitos, y cuando esa realidad ya le

quedaba chica, a Blancanieves solo le faltaba liberarse definitivamente de la influencia y la amenaza de su madrastra.

Tal como se lo representa en el cuento, a veces ese «bocado» (producto de mandatos y condicionamientos de nuestros padres o educadores) está envenenado y hay que expulsarlo de nosotros, sacárnoslo de encima, vomitarlo... aunque nos demos cuenta de que ese proceso no puede suceder sin cierta convulsión.

Como en el cuento, no vomitar todo el veneno que nos hemos tragado sin siquiera poder masticarlo nos puede costar la vida.

Como en el cuento, un golpe será a veces el que nos ayude en este proceso.

Como en el cuento, todo lo que venga después será como el nacer a una vida nueva.

No deja de ser llamativo que los años y las adaptaciones hayan transformado al príncipe azul, eliminando toda intención mezquina e inmadura y vistiéndolo de caballero al rescate, cosa que nunca fue ni quiso ser. Efectivamente, él ha venido a buscar el cuerpo de Blancanieves para «adornar» su palacio, dejando claro que eso es todo lo que una mujer puede pretender si no despierta a su ser mujer. Como puede comprenderse, esta mutación del personaje no es ingenua ni casual: es parte del pensamiento machista de la época. De aquella época y también, aunque afortunadamente cada vez menos, de esta.

Sanar las emociones y no temerle al paso del tiempo son, para mí, los verdaderos mensajes de *Blancanieves*.

Una moraleja misteriosamente vigente si pensamos que se desprende de un cuento que tiene, por lo menos, cuatrocientos años.

Hace algún tiempo, mientras disfrutaba de un encuentro informal con unos viejos amigos en una terraza de Granada, se acercó a saludarme Julia, colega y amiga a la que quiero con toda mi alma. Se la veía verdaderamente radiante, con una gran sonrisa y un aspecto fresco y relajado. Le expresé con franqueza la alegría que sentía al verla en ese estado que, seguramente, era el reflejo de una buena etapa de su vida. Mientras nos contamos algunas cosas, que de paso confirmaron mi intuición respecto de su buen momento personal, algunos otros conocidos se acercaron a nuestro pequeño grupo. Al

verla todos hacían el mismo comentario, casi con las mismas palabras:

—Oye, ¡qué joven que estás!

—¡Te has quitado de encima un montón de años!

Y hasta...

—¡Qué bien se te ve! ¿Qué te hiciste? (sugiriendo alguna oculta intervención estética).

Y yo sentí algo feo en mi interior. Me di cuenta (como quien se entera de algo oculto) que «verse más joven» parece haberse vuelto sinónimo de estar bien, de estar guapo y de ser estéticamente deseable. Me di cuenta, también, de cómo los años conllevan *per se* una carga negativa, o por lo menos nada apetecible.

En línea con esto que escribo, el mundo en el que vivimos ha desarrollado en el último siglo una creciente y preocupante obsesión (permítaseme llamarla así), por el culto a la belleza física, la estética de la simetría y la exagerada valoración de lo superficialmente atractivo. Y eso no sería tan nefasto si no fuera porque, en paralelo y consecuentemente, se ha caminado sin pausa hacia el crecimiento de una cultura hedonista que pretende ensalzar la búsqueda de la eterna juventud, alejándose (por vía de la negación o del desprecio liso y llano) de todo lo que tenga que ver con envejecimiento, arrugas, imperfección o aceptación de la realidad (¿no te recuerda todo esto a la madrastra?).

Para los griegos, empezando por Platón (Diálogo entre Hippias y Sócrates) solo aquello que consideramos que está bien o es bueno puede ser reconocido como bello.

Para aquellos fundadores del pensamiento occidental, solamente lo ético es estético y viceversa. Cuando algo es sano, es bueno o noble, es también inevitablemente bello y nos da satisfacción contemplarlo, acercarlo, acariciarlo y disfrutarlo. Recuerda tu niñez, mira la de tus hijos, piensa en cualquier pequeño que veas a tu alrededor. Lo verás naturalmente bello. Todos los niños lo son.

Aprende de ellos, recupera tu frescura, tu sencillez y tu capacidad de juego; si lo haces, sin darte cuenta estarás siguiendo el sabio consejo que Ricardo Arjona nos lanza en su hermosa canción: le pondrás vida a tus años, en lugar de solo agregarle años a tu vida.

Aprender, aprender y aprender, de todos y de todo, todo el tiempo:
ahí está la fuente de la eterna juventud.

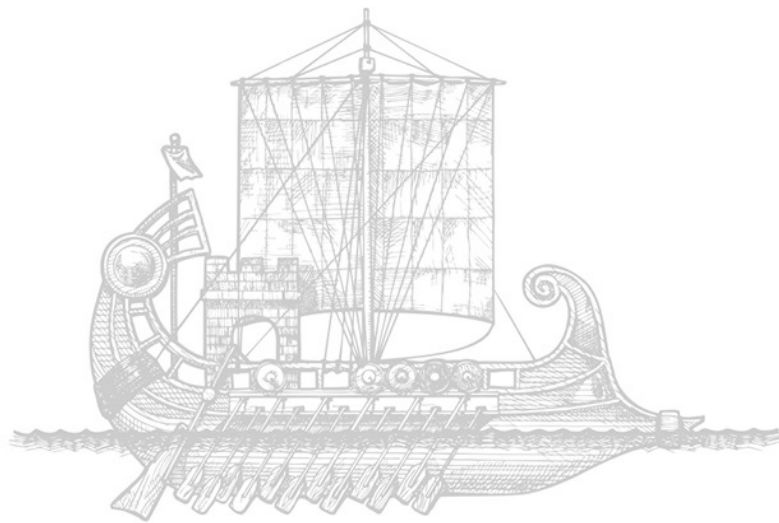
Los biólogos enseñan que todos los seres vivos están siempre
creciendo o envejeciendo.

Una de las dos.

Tú eliges.

Capítulo 15

La leyenda de Ulises



Introducción

La mitología griega, mezcla de religión, historia y cultura, ha inspirado gran parte del pensamiento filosófico y la producción literaria de Occidente, y eso es sabido; pero me gusta y motiva tanto la idea borgiana de que «todos somos el sueño de alguien que nos sueña mientras soñamos a otros», que me pregunto: ¿de dónde vino la inspiración de todo este entramado cosmogónico y heroico de la Grecia antigua?

Afortunadamente, los que mucho saben han propuesto más de una respuesta a esta pregunta que tantas personas se han hecho desde siempre.

Para muchos buceadores de la historia, verdaderos arqueólogos literarios, la mayoría de las leyendas mitológicas proceden de relatos de los textos sagrados de las culturas más antiguas de Asia Menor y Oriente Próximo.

La historia de Tiamat, por ejemplo, aparece relatada en el *Enûma Elish*, un poema babilónico que narra el origen del mundo y se superpone absolutamente al mito de Caos y sus hijos, aunque fue escrita 300 o 400 años antes del florecer de la cultura y civilización helénicas.

Hay también estudiosos que opinan que la génesis de los relatos mitológicos es la misma que la de todas las leyendas que hoy se conocen y circulan: un hecho real sucedido a personas reales, amplificado y modificado por poetas y narradores que le agregaron símbolos y contenidos para hacer más atractivo su relato y que se transmite de boca en boca hasta volverse leyenda.

Según Heródoto, fueron Homero y Hesíodo quienes dieron nombre a los dioses y asignaron a cada uno de ellos su quehacer o cometido al mismo tiempo que les dieron forma y atributos, para luego componer la historia de la creación del mundo (*La Teogonía* de Hesíodo) y el relato de las hazañas y aventuras de sus héroes (*La Ilíada* y *La Odisea* de Homero).

Los dos libros de Homero giran alrededor de la historia de Ulises, el favorito de los dioses. El relato que aquí evocaremos aparece en el canto XII de *La Odisea* y relata el regreso del héroe a su hogar, en Ítaca. Ulises se ha enterado de que un grupo de desleales cortesanos intentan darlo por muerto y usurpar su trono, casándose con su esposa Penélope.

La reina se resiste a la idea y ha mantenido a todos en espera diciéndoles que no elegirá un nuevo marido hasta que esté terminada la manta que ella está tejiendo para el lecho nupcial. Los aspirantes han aceptado la condición sin saber que la reina desteje de noche todo lo que ha tejido de día... Pero el engaño no puede durar mucho más, en algún momento los conspiradores forzarán a la reina a decidir o morir. Ulises debe regresar antes de que eso suceda.

El cuento

El gran Ulises, héroe de héroes, ha visitado Hades, el inframundo, convirtiéndose así en uno de los pocos humanos (junto a Teseo) que han regresado del mundo de los muertos.

La última parte de su viaje comienza cuando Ulises vuelve al mundo de los vivos con dos compromisos. El primero, rescatar el cuerpo muerto de Elpénor, el más joven de sus marineros, para darle sepultura, porque así se lo ha prometido a su espíritu, y el segundo, regresar a Ítaca para recuperar su trono y a su esposa Penélope.

Para cumplir su primera tarea regresa a la isla de Eea, el reino de Circe, la hechicera, con quien ha convivido un año y que, evidentemente, nunca ha dejado de amarlo.

Al enterarse la hechicera de que Ulises ha vuelto reclamando el cadáver del difunto Elpénor, da orden de que se lo entreguen a sus hombres y envía a sus criadas con mucha carne, pan y vino tinto.

—Quedaos aquí —les dice Circe a los visitantes—, comed manjares y bebed vino, todo el día de hoy; pues así, cuando despunte la aurora, volveréis a navegar.

Ya no hay peligro en comer los alimentos que en otro tiempo los hubieran transformado en cerdos o leones. Hoy a la reina solo la guía el deseo de ayudar a quien fuera su amante a llegar a destino.

Circe permite que todos disfruten del descanso, pero toma de la mano a Ulises y lo lleva a su mansión. Como si fuera una vieja amiga, se acomoda junto a él y le pide que le cuente sus aventuras y hazañas.

Luego la reina le dice que se quede allí, con ella, y una vez más Ulises le contesta que debe hacer lo que debe hacer, y que intentará volver a Ítaca para reclamar lo que es suyo.

Entonces Circe le dice:

—Yo te enseñaré el camino, ya que eso es lo que quieres, y te indicaré cuanto sea preciso y yo sepa para que no padezcas infortunios ni en el mar ni en tierra firme.

Es, evidentemente, un acto de su mejor amor.

—El mejor camino y el único seguro es cruzando el gran mar. Yo te daré los víveres que necesitas para llegar a las costas de África y, desde allí, seguir viaje a tu patria... Si no te apartas del rumbo, cuando la luna vuelva a brillar redonda en el cielo por tercera vez, estarás llegando a salvo a tu tierra.

—No puedo demorarme tanto tiempo —dice Ulises, a quien Tiresias, el ciego de Tebas, ya le ha avisado de que el camino de regreso estará lleno de peligros—. Todo lo que tengo y todo lo que amo está en peligro. Debo llegar antes de que sea tarde...

—Es mejor el riesgo de llegar tarde que la casi certeza de no llegar nunca —le dice Circe que, a pesar de todo, lo prefiere con otra que con nadie.

—He aprendido —dice el héroe—, que cuando algo debe ser hecho a tiempo, tarde y nunca son lo mismo.

Circe hace una pausa y sirve en silencio dos copas de vino, que ambos beben mirándose a los ojos.

—Llegarás primero a las sirenas —le dice Circe—, y deberás tener mucho cuidado con ellas. Encantan a cuanto hombre va a su encuentro. Aquel que imprudentemente se les acerca y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos.

Ulises ya ha escuchado hablar del maravilloso canto de las sirenas, que de tan bello, hechiza a quienes lo escuchan. Se dice que están sentadas en las rocas, junto al mar, rodeadas de un enorme montón de huesos, que son de los hombres que han sucumbido a su llamado; cadáveres putrefactos cuya piel se ha ido consumiendo bajo los rayos del sol.

—Si consigues que tu tripulación se aleje de las sirenas sin escucharlas, tendrás que llevar tu nave con mucho cuidado por entre las rocas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas erráticas. Ninguna embarcación de hombres, salvo la de Argos, pudo pasar a salvo; pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntas las tablas del barco y los cuerpos de los hombres.

—Deberé pedirle ayuda a Hera —dice el guerrero—. ¿Y después?

—Después será otra vez tiempo de decisiones. Deberás elegir entre dos escollos. El uno un pico agudo, con un pardo nubarrón que jamás le suelta ya que la cima no aparece despejada nunca, ni siquiera en verano, ni en otoño. Allí mora Escila, que aúlla terriblemente, con un grito semejante a la de una perra que protege a su cría recién nacida. Es un monstruo perverso de doce patas y seis cabezas en cuyas bocas hay tres hileras de abundantes y

apretados dientes, llenos de negra muerte. Escila está sumergida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, y saca las cabezas fuera de aquella horrenda grieta solo para pescar su comida.

—¿Y el otro escollo? —pregunta Ulises.

—El otro es Caribdis... —sigue la diosa—. Al pie de una higuera grande y frondosa... Tres veces al día, Caribdis sorbe el agua turbia y la vuelve a lanzar, provocando el más poderoso remolino que se haya visto. No te encuentres allí cuando sorbe pues ni Zeus podría librarte de la perdición. Así pues, será mejor acercarse al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente. Perderás algunos hombres pero es mejor que echés de menos a dos de tus compañeros que a todos juntos.

Pero Ulises no solo es un héroe, también es un líder, y no va a aceptar con facilidad la idea de sacrificar a alguno de sus hombres...

—Oh, diosa, dime, por el amor que hubo entre nosotros... ¿hay algún medio para enfrentar a la funesta Escila cuando quiera dañar a mis compañeros?

—Nunca cambias, Ulises. Siempre crees que hay una manera de salirte con la tuya —dijo Circe, con una sonrisa que en una humana hubiera sido compasiva—. Escila no es un animal, ni un monstruo; no es mortal, es una plaga, una parte del mundo, imperecedera, grave, terrible, cruel e ineluctable. Contra ella no hay defensa. Sencillamente, no hay que enfrentarse a ella: hay que huir; alejarse de su lado lo más rápido que puedas, y cuanto más distante mejor. Escucha mi consejo, Ulises. Ocúpate de que tu navío pase rápido, muy rápido, por el estrecho. Escila te arrebatará dos marineros en el primer ataque, pero si te demoras junto al peñasco tendrá tiempo para lanzarse otra vez y se llevará dos más cada vez que lo haga. Que todos los dioses te acompañen, Ulises...

Dicho esto, Circe, la divina entre las diosas, se interna en la isla, mientras Ulises baja al puerto para ordenar a sus hombres que suban a la nave y suelten amarras.

Cuando todos están a bordo, los remeros ocupan sus lugares en los bancos y, a la orden del capitán, comienzan a batir con los remos el espumoso mar.

Nada más dejar la isla de Eea, el próspero viento que les manda Circe infla las velas, soplando desde la popa de la nave de azulada proa. Durante un buen rato no es necesario que los remeros se cansen, pues la nave es conducida por el viento y por el timonel.

Ulises aprovecha para hablarle a la tripulación. Les anticipa que la vida les va a todos en este viaje, y que deberán tener cuidado en obedecer sin chistar las órdenes que él les dé, estén o no de acuerdo, les parezcan adecuadas o no.

El sol apenas llega al cenit cuando el viento cesa de pronto. El mar se calma por completo y las olas parecen dormir un sueño profundo. Ulises ordena recoger las velas y tomar sus posiciones en los remos: la isla de las sirenas aparece en el horizonte.

Ulises ha pasado la noche pensando y se da cuenta de que ha llegado el momento de poner en marcha su plan. Baja a las bodegas y recoge un gran pan de cera. Corta pequeños pedazos y los reparte entre los tripulantes, ordenándoles a todos, menos a sus dos contraмаestres, que se tapen con cera los oídos antes de tomar sus lugares en el banco de remeros. Todos cumplen la orden y comienzan a remar; la nave se pone en movimiento rumbo al sur.

La idea es genial: la nave pasará junto a las sirenas, pero nadie escuchará su canto y estarán a salvo de la tentación de dirigir su rumbo hacia ellas.

El capitán ha dejado para el final a sus dos más fieles y experimentados tripulantes, Perímedes y Euríloco. Tiene para ellos una petición especial:

—Antes de taparos los oídos atádmeme con cuerdas firmes al pie del mástil, como si fuera yo una bestia peligrosa. Sujétarme lo más fuerte que podáis, para mantenerme bien amarrado allí sin poder moverme. Luego taparos los oídos como los demás hasta que dejemos atrás la isla de las sirenas. Justo entonces podréis quitaros la cera. Hasta entonces, no importa lo que me veáis hacer: por ninguna razón se os ocurra liberarme... Si consigo soltarme de mis ataduras, juro que os mataré a los dos... ¿Está claro?

Las órdenes de un Ulises furioso no se ignoran, por absurdas y alocadas que parezcan.

Así, los contraмаestres sujetan a su capitán al mástil como lo ha pedido, de cara a la proa de la nave. Lo atan de pies y manos con una decena de vueltas de sogas alrededor de su cuerpo y cuello. Luego se tapan los oídos y arengan a la tripulación por señas para que remen con fuerza.

La nave avanza con rapidez, a tiro de piedra de la costa.

Allí están las sirenas.

Hermosas, coquetas y seductoras, acariciando sus largas cabelleras y mirando con lascivia a los marineros de la nave.

Mezcla extraña y fascinante de mujer, pez y pájaro de brillante plumaje, su solo aspecto invita a correr hacia ellas.

Muchos hubieran querido dejar sus remos y nadar hacia la costa, pero ellos saben lo que los marinos cuentan: que ese aspecto maravilloso y tentador es solo un disfraz de seres maléficos que terminarían con sus vidas si tuvieran oportunidad; los huesos de miles de cadáveres a su alrededor así lo demuestran.

Y entonces, las sirenas empiezan a cantar.

Solo Ulises las escucha...

Bienvenido, célebre Ulises, gloria insigne de los pueblos.

Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz.

Nadie ha pasado por aquí sin disfrutar de la voz que fluye de nuestros labios.

Podrás partir después de recrearte con ella.

Sabemos cuántas fatigas y penurias padeciste en Troya, y con los Ciclonos, y el Cíclope, y Polifemo, y Circe, por la voluntad y el capricho de los dioses.

Conocemos también todo cuanto está ocurriendo ahora en tu fértil tierra.

Ven con nosotras y escucha lo que tenemos que decirte.

Y luego la música... La más bella y encantadora melodía que ser humano hubiera escuchado nunca.

Las notas enturbian el pensamiento de Ulises y lo atraen como un imán. Él se da cuenta de lo que está pasando, pero no quiere resistir la tentación.

Quiere ir con ellas. Ahora no le importa lo que suceda después, el encantamiento le ha hecho perder de vista su objetivo, su misión y su promesa.

Ordena a su tripulación que lo desate, de inmediato.

Pero su plan es perfecto. Nadie lo escucha.

Ulises amenaza con matarlos, implora, llora y vocifera, pero es inútil.

Intenta soltarse, haciendo tanta fuerza que se lastima la piel, pero solo consigue que Perímedes y Euríloco se acerquen y lo aten con nuevos lazos, sujetándolo más firmemente.

La tortura autoimpuesta se prolonga durante más de una hora, hasta que el cuerpo del héroe no puede más y Ulises pierde el sentido, agotado, lastimado y vacío de voluntad.

Cuando la nave deja atrás la isla de las sirenas, y adivinando que su canto ya no se oye, la tripulación se quita la cera de los oídos y liberan a Ulises de las ligaduras.

El héroe está exhausto, sin fuerza para mantenerse en pie por sus propios medios. Bebe agua a grandes tragos y, con el hilo de voz que le ha quedado después de tanto gritar, le dice al timonel:

—Rumbo al estrecho, timonel, la diosa Hera nos guiará.

Después de mucho sudor y esfuerzo de los remeros, la nave llega al paso que los llevará al Adriático para tomar rumbo definitivo a Ítaca.

Ante ellos Escila y Caribdis les amenazan.

Ulises da la orden al piloto de apartarse del remolino de Caribdis y acercar la nave al escollo, pero sin rozarlo siquiera.

Él recuerda la recomendación de Circe de no enfrentarse a Escila de ningún modo, pero su espíritu no puede resignarse a luchar, debe intentar matarla, o por lo menos ahuyentarla, para evitar que se lleve a sus marineros. Ulises se pone su armadura, y tomando dos lanzas sube al tablado de proa, esperando ver a Escila para intentar hierla de muerte.

Pasan el estrecho. A la derecha tienen a Caribdis, que traga de horrible manera la salobre agua del mar y al vomitarla deja oír un espantoso ruido que hace temblar a las piedras.

Un pálido temor se apodera de todos, incluso de Ulises, que se congratula de no estar en ese remolino de agua y arena.

Y mientras contemplan a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila aparece como un rayo, llevándose a dos marineros.

Ulises ordena girar el timón para acercarse lo suficiente como para poder arrojar sus lanzas...

Es un error... Escila vuelve a aparecer y se lleva entre sus dientes dos marineros más.

Mientras Ulises insiste en atacarla, Euríloco decide por su cuenta y riesgo dar la orden de remar a toda velocidad para alejar la nave de Escila.

La nave se aleja del escollo, pero no consiguen evitar que Escila se lleve todavía dos hombres más entre sus dientes.

La imagen de los pies y las manos de los marineros, asomando entre las fauces de Escila mientras gritan pidiendo auxilio inútilmente, acompañará a Ulises durante el resto del viaje, ya que se siente, con toda razón, responsable de esas muertes.

Ulises se reprocha no haber seguido las indicaciones de Circe y de Tiresias, y se promete que no volverá a ocurrir...

Es esta experiencia lo que lo salvará de su próxima aventura, en la isla

Trinacia, consagrada al dios Helios, donde todos los placeres terrenales se ofrecen a los visitantes.

Ulises ordena a su tripulación que se abstenga de esos placeres pero, por primera vez, los marineros desoyen su orden: han estado demasiado cerca de la muerte y quieren desquitarse de sus privaciones. En un descuido de Ulises, sacrifican y devoran varias cabezas de ganado.

Zeus castigará la ofensa de los marineros por haber matado las vacas y ovejas sagradas de Helios, no permitiéndoles llegar con vida a sus casas.

En medio de una terrible tempestad un rayo certero destruirá la nave, dejando a un único superviviente: Ulises...

Moraleja

Otra vez aparece ante nosotros el ya mencionado camino del héroe, aunque en este relato más apropiadamente que nunca, porque Ulises ES, en esencia, un héroe.

Este relato, como todos los que componen *La Odisea*, animan a dejar salir el héroe que todos llevamos dentro o, por lo menos, emular en algo la actitud heroica de estos luchadores.

En el sentido mitológico esto tiene un significado muy claro: héroe es aquel que es capaz de enfrentarse a su destino, aunque esto signifique desafiar a los dioses (o quizás deba decir, especialmente cuando esto signifique desafiarlos).

El camino heroico tiene varias etapas que se recorren y ejecutan en un riguroso orden:

Antes o después de hacer un afinado diagnóstico de la situación debo tener claro cuál es mi Propósito. Es la etapa de definir la intención y hacer la evaluación. Ninguna acción puede ser eficaz si no está vinculada a un determinado fin, si no está en función de una necesidad, propia o de un grupo, si no tiene un sentido conocido. Aunque parezca demasiado obvio, vale recordar que es difícil comenzar el camino en la dirección adecuada si desconozco hacia dónde me dirijo, y que difícilmente lo consiga si no sé desde dónde parto. Sin cumplir estas dos condiciones, aunque avancemos,

estaremos caminando entre tinieblas, como si giráramos desconcertados en un espacio de telones grises (para utilizar la hermosa y dramática imagen del poeta argentino Hamlet Lima Quintana). Sigue luego la etapa de la Decisión: la elección del *cómo*, la medida de nuestros recursos, el momento de la iluminación, el reino del talento. Es bueno saber que todos tenemos aspectos más sanos, más maduros y más sabios que otros; que todos tenemos facetas que brillan con especial intensidad, que todos anidamos un lado genial, ese algo que sabemos hacer mejor que otras cosas. Repito, aunque parezca un juego de palabras, aquello que mejor haces. En este contexto lo mejor es la facilidad especial que tengo para esta tarea, mi capacidad para interpretar y modelar las normas preestablecidas, y encontrar nuevas y personales maneras de desarrollar mi propio modo de hacer las cosas. Ese talento que parece conseguir la alquimia de que nos parezca fácil y placentero lo que a otros les resulta tortuoso o imposible. Un conjunto de habilidades, actividades, tareas, disciplinas o áreas en las que nos movemos con especial soltura, alegría y eficacia. Una combinación y suma de ciertos dones innatos, más lo que hacemos con ellos.

Puede ser que la naturaleza te haya dotado del más refinado oído musical, de la más adecuada estructura ósea y de los dedos que más fácilmente pueden moverse sobre un teclado; sin embargo, nunca conseguirás que emane de ti el más talentoso de los pianistas si no te dedicas con disciplina y perseverancia a ejercitar esos dones sobre un piano durante muchos años.

La tercera etapa es el reino de la Pasión. El mapa no es el territorio. El mejor dibujo de una rosa no huele a rosa. Todo lo que pueda decirse del amor es nada si nunca lo has sentido. Es la emoción y el compromiso con la vida lo que le concede sustancia a lo vivido. La pasión es la energía de la acción, el combustible de tus músculos, el fuego sagrado de tu conducta.

Sin la pasión seguirás siendo un espectador impávido de tu existencia, aunque ayer, hoy y mañana estés en el centro del escenario. Y aunque todos te aplaudan o te abucheen, tú no estarás allí si en tu papel de cada momento no está involucrado el corazón.

Nos resta la Acción. Porque encontrar la salida no es salir y desear

no es hacer.

Este camino es seguramente la moraleja de este fragmento o por lo menos una de ellas.

Para modificar una realidad, sea interna o externa, se necesitan todas estas cosas de las que hemos hablado, pero muy especialmente se necesita que al final aparezca nuestra acción.

Hace muchos años, cuando América transitaba un duro momento de luchas ideológicas, de banderas enfrentadas y de futuros impredecibles, la canción y la poesía se pusieron al servicio de la protesta y su arte se volvió herramienta.

Fue en ese tiempo en el que Silvio Rodríguez compuso *La maza* y la gran Mercedes Sosa la cantó por todo el mundo.

Su letra sigue emocionando hoy a quienes, sin vivir aquel proceso, comprenden el lamento de dejar las cosas a mitad de camino:

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera,
qué cosa fuera, la maza sin cantera?

Si no creyera en lo que creo,
si no creyera en algo puro...
si no creyera en lo más duro,
si no creyera en el deseo,
si no creyera en cada herida,
si no creyera en lo que duele,
si no creyera que uno puede,
hacerse hermano de la vida...

¿Qué cosa fuera, corazón,
qué cosa fuera, la maza sin cantera?

Un amasijo hecho de cuerdas y tendones,
un revoltijo de carne con madera,
un instrumento sin mejores resplandores
que lucecitas montadas para escena...

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera,
qué cosa fuera, la maza sin cantera?

La otra puerta

VIVIR, así, con mayúsculas, y no solo «pasar por la vida» es, sobre todo, animarse a interactuar con el afuera, comprometida, intensa y permanentemente. Esto puede o no ser fácil, pero implica siempre correr algunos riesgos.

Hay quienes, por temor a pagar algunas de las consecuencias o por pretender esquivar el coste de sus decisiones, deciden vivir a medias, no correr ningún riesgo, sacrificar la posibilidad de lo bueno por temor a lo malo. Son los que terminan viviendo (sobreviviendo) encerrados en sus estructuras «seguras» que los protegen de todo y que tanto les costó construir o que heredaron de los que, investidos como sus mentores, les asignaron como el mejor lugar para ellos.

Claro, que también están los otros, los que, en el polo opuesto, creen que su vida se significa y se evalúa según la cantidad de adrenalina que puedan sentir corriendo por sus venas. Son estos muchos, cada vez más, que por decisión o hábito caminan a cada instante por el filo de una navaja, jugándose, conscientemente o no, la vida en cada esquina (y a veces no solo la propia).

Entre estos dos extremos estamos los que, a pesar de sabernos vulnerables, conocemos nuestras posibilidades y aprendemos a confiar en nuestros recursos. Somos los que un día, a pesar del sol abrasador y del riesgo de lastimar nuestra piel, no queremos perdernos el placer de una caminata y salimos de casa llevando puesta nuestra gorra con visera, untados con protector solar. Los que los días de lluvia nos gusta caminar entre los charcos de nuestra ciudad, a pesar del riesgo de un resfriado; y con paraguas y botas, pero salimos.

Confiar en nuestras posibilidades, nuestros dones y habilidades es un recurso fundamental para conseguir cumplir algunos de nuestros objetivos. Cualquiera puede lograr lo que de verdad pretende si confía y actúa en consecuencia con su propio deseo.

Es verdad que nadie puede conquistar de inmediato todas las cosas que se le pasan por la mente. Es cierto que algunos nunca llegan a alcanzar algún logro específico que ambicionan: está claro que no somos omnipotentes. Sin embargo, no es menos cierto que cualquiera puede lograr lo que de verdad desea si abandona la urgencia, si sabe que se merece lo que obtiene a cambio de lo que

hace, si confía en la fuerza generadora de su vehemente deseo, que actúa especialmente renovando su esfuerzo y su actitud positiva, incluso ante circunstancias adversas.

Cuando las más objetivas de las evaluaciones del afuera indicaban que no se podía esperar más que lo esperable, Mahatma Gandhi y Johnnas Salk, Thomas Alva Edison y la madre Teresa, y muy especialmente el reverendo Martin Luther King levantaron las banderas de sus sueños y se animaron a cambiar la realidad que parecía inamovible. Rompiendo con los esquemas de lo preconcebido, abandonaron la resignación y consiguieron que el mundo se volviera más parecido a lo que habían soñado. Fueron entonces sus sueños los que los llevaron a actuar y fueron las acciones que ellos inspiraron las que construyeron mundos más habitables.

De todas las fórmulas casi mágicas, o francamente mágicas, que el hombre ha inventado para intentar poner la fuerza de lo inmanejable al servicio de voluntad y esta a las órdenes de los deseos y las ilusiones, las técnicas de control mental que enseñaba el famoso método Silva, requieren un capítulo aparte. Entre ejercicios y entrenamientos diseñados supuestamente para aumentar el poder de la mente sobre la materia, el método Silva postulaba una verdad incuestionable: el primer paso para lograr hacer realidad un objetivo es ser capaz de tener una clara representación interna de uno mismo consiguiendo lo que se desea.

La importancia de esta simple técnica, exagerada después hasta olvidar que se trata de un primer paso (y no de un paso único y suficiente), terminó desviada a la absurda idea de que tan solo entrenando estas visiones cualquier cosa que uno deseara se volvería realidad. Con el cuidado necesario para no caer en ese tentador desvío, es bueno establecer que estas visiones positivas (llamadas después por muchos «visualizaciones») son ciertamente la mejor manera de conseguir, «anclarnos» al compromiso con nuestros sueños.

Una vuelta más, en el mismo sentido, es la decisión de animarnos a compartir nuestro sueño y nuestro compromiso con otros seres cercanos y queridos. Del mismo modo que anunciar a amigos,

familiares y conocidos que dejar de fumar ayuda a llevar adelante la decisión de hacerlo, también compartir nuestros sueños más complicados o sofisticados puede ayudar, y ayuda, a que podamos hacerlos realidad.

El miedo es el gran obstáculo a la hora de hacer realidad un sueño y hacia él deberíamos apuntar el siguiente paso de nuestro desafío. El miedo paraliza la acción, opaca la más sana de las ambiciones y entorpece la creatividad. A veces mostrándonos su cara más cruel, y otras disfrazado como pesimismo, pereza, postergaciones, timidez, nos conecta con nuestros fantasmas internos: el fracaso, el rechazo, el cambio, el riesgo, la crítica.

La batalla contra el miedo comienza en este caso, simplemente, por aceptar que su presencia es parte de la respuesta normal al desafío que el sueño plantea.

Pero cuídate muy bien de que tu sueño sea una elección y no una huida. Una vía de escape no es una elección, sino una alternativa, y como tal dista mucho de ser la mejor compañía para un sueño. Piensa en el placer de ir en esa dirección y no solo en el alivio de dejar esta realidad en la que vives.

Esto solo es posible sobre todo si ese deseo es propio, y no el reflejo de una necesidad ajena, es decir, si no es un deseo de otros plantado en nuestro corazón —a veces sin querer— por aquellos a quienes más amamos.

Pero, atención, que solo atesorar nuestros sueños parece no ser suficiente. Guardarlos como joyas en una pequeña caja, que solo abriremos para contemplar por un momento su contenido y luego cerrarla cuidadosamente, terminará invariablemente conduciéndonos a la desazón.

Es imprescindible transformar los sueños en proyectos para permitir que estos se manifiesten en acciones congruentes determinadas por su finalidad. ¿Por qué hablo otra vez de animarse? ¿Cuál es el peligro de sacar los sueños de su lugar seguro, junto a nuestro corazón, para ponerlos en marcha?

Mientras mis sueños estén en el campo de lo imaginario, mientras sean solo fantasías, no correrán ningún riesgo. Podré conservarlos allí, «congelados», para consolarme al pensar en ellos, evocarlos o

compartirlos, cada vez que la realidad de mi existencia no me satisfaga demasiado; pero, si decido activarlos, podrán destrozarse contra el muro de la realidad de un fracaso y dejar atrás solo las cenizas de su fuego. En el trayecto podemos encontrar algunos obstáculos —no hace falta volver a hablar de no dar crédito al menosprecio de otros—, pero también descubriremos las herramientas que nos permitirán llegar a nuestra meta, como rodearnos siempre de personas que gocen de nuestra genuina confianza. De nada serviría si nosotros mismos creemos en nuestro potencial para actuar y alcanzar lo que deseamos.

Hasta la ciencia más determinista admite que los hechos acontecen como resultado de una múltiple causalidad, y también por eso debemos admitir que no todo está en nuestras manos, pero que, paradójicamente, todo lo que nos sucede, para bien y para mal, contiene un porcentaje de aporte propio (un porcentaje que en ocasiones es fundamental y en otras nimio, pero que siempre está presente).

Aceptar que estamos influyendo directa o indirectamente en todos los sucesos que nos rodean es adueñarse de la propia vida y aprender, desde esa consciencia, que cuando tenemos un sueño debemos atrevernos a luchar para hacerlo realidad, ya que, en la última etapa, el merecimiento, el trabajo, la paciencia, la resiliencia y un poco de suerte (que no debe faltar), sumados a la firme decisión de no perder nunca el rumbo, harán el resto.

El último paso de un soñador siempre debería ser darse cuenta de lo que ha conseguido y valorar ese logro que, aunque suene increíble, es el punto más difícil para la mayoría.

Al comparar la realidad transformada con la anteriormente soñada, muchos ponen el acento en los detalles que las diferencian, en lugar de valorar que el objetivo central del sueño se ha cumplido.

No gastes más energía en hacer coincidir cada arbolito, cada florecita y cada nube con la imagen de tu lugar soñado. Si estás allí, celebra haber llegado y usa la fuerza de esa alegría para ocuparte de tus nuevos sueños.

Ambrose Bierce decía que para hacer realidad los sueños era imprescindible despertar. La conciencia de que nuestro tiempo no es

infinito puede ser un buen incentivo. La vida no es un ensayo y desde el análisis más obvio podríamos considerarla como una oportunidad única para hacer realidad lo que hemos soñado.

Cuando escribo estas líneas todavía resuenan en mi memoria algunos de los aplausos y de las muchas palabras halagadoras que he recibido en mi carrera. Felicitaciones y hermosas frases que irremediablemente me conmovieron en su momento y que se mezclaron después con las críticas y las reprobaciones de aquellos a los que no les gusta lo que escribo, o a los que preferirían que otros (quizás ellos mismos) estuvieran en mi lugar.

Confieso que me pregunto hoy, como tantas veces, si habrá valido la pena, para alguien que se sabe sensible a la crítica como yo —o quizás como tú—, avanzar hacia el podio de los que, por alguna razón, se destacan, sabiendo que ese camino conduce también al ataque despiadado de los que pretenden igualar hacia abajo. ¿Tendrá sentido exponerse al reproche injusto de los que se ponen por encima de lo que muchos aprueban por vocación elitista, o al de todos los que creen que ese rumbo les está vedado y entonces, atrapados en alguna malsana envidia, proyectan en los que consideran exitosos su propio autodesprecio?

Recuerdo que en la búsqueda de una respuesta que me fuese útil en esas situaciones, en las que para bien y para mal nos encontramos todos, vino a mi memoria la mítica historia de Ulises y el episodio de su regreso a Ítaca; especialmente el momento en que el héroe debe enfrentarse a la tentadora atracción del canto de las sirenas. Esta misma historia que acabo de compartir contigo.

Es evidente que Ulises no puede elegir otra ruta que la del peligroso estrecho. Necesita llegar a tiempo para salvar Ítaca y a Penélope de sus enemigos.

Justo antes de pasar delante de la isla de las sirenas, Ulises ha ordenado que todos a bordo se tapen los oídos con cera para no ser tentados por estas criaturas. Pero el héroe duda. Por un lado, su espíritu rebelde y aventurero no quiere renunciar a escuchar, aunque sea una vez, el famoso y magnético canto; por otro, su deseo de volver a los brazos de Penélope y la urgencia de salvar su reino lo impulsan a renunciar a tan loca idea...

Ulises no es tonto y, además de valiente, conoce sus limitaciones.

Entonces el héroe elabora el plan que quizás le permita cumplir ambos deseos.

Como vimos, ordena a sus marineros más leales que lo aten con sogas al palo mayor de la nave y que luego comiencen el cruce, prohibiéndoles que lo desaten hasta que no se hayan alejado de las sirenas.

Mientras la tripulación, completamente sorda, veía a lo lejos a las hermosas sirenas que los llamaban, Ulises se retorció entre las sogas que lo sujetaban, vociferando insultos que nadie escuchaba y dando órdenes que nadie acataba, exigiendo que lo desataran para poder ir hacia las sirenas...

Ulises ha corrido un riesgo solamente por escuchar el canto; ha sufrido y disfrutado de la travesía, sabiendo que conseguirá llegar a tiempo para cumplir con su objetivo principal: reunirse con su amada Penélope y salvar su reino.

Me emociona la pasión contenida en la decisión de Ulises.

Otros podrían haberlo apostado todo a la vanidad, permitiéndose caer en la tentación de escuchar el canto de las sirenas por creerse seres superiores a quienes nada les pasará... Pero eso es algo que Ulises jamás hará.

Tampoco se refugiará en la idea de que los dioses lo protegerán.

Pero, ante todo, lo que nunca hará será huir de su destino y de su responsabilidad.

Ulises definitivamente se hará cargo de ser quien es y no esquivará esta posibilidad que le propone la vida de transitar espacios que nadie ha recorrido antes. Espacios tan fascinantes como arriesgados, y sin duda tan agradables como dolorosos.

Yo nunca he sido un héroe, ni querría serlo, pero creo encontrar en este planteamiento mitológico un reflejo de la historia de muchos de nosotros, hombres y mujeres comunes sin pretensiones heroicas.

Soy como tú, de los que no quieren conformarse con mirar la vida por televisión pero tampoco están esperando la oportunidad de salir a una plaza para protestar al estilo Bonzo.

Soy de los que disfrutan del confort que se puede comprar con dinero, pero no quieren abandonar a los demás a su suerte cuando

saben que quizás pueden hacer algo para ayudar, aunque sea un poco.

Si después del camino recorrido, lleno de satisfacciones y sinsabores, uno es consciente de que ha podido escuchar el hermoso canto de saber que ha servido a algunos y sigue con vida, deberá concluir que haber corrido el riesgo de ser lastimado, e incluso sentir el dolor de las heridas recibidas, ha valido la pena.

EPÍLOGO

Según cuenta una leyenda, el ave Fénix vivía en el paraíso terrenal junto a Adán, a Eva y al resto de los animales de la creación. Dicen que, aparte de los humanos, el pájaro era el único habitante del Edén que no tomaba frutos del árbol prohibido. No era por mandato divino, había sido una decisión propia la de acompañar a la pareja original en esa limitación. A pesar de su nobleza, el destino le tenía reservada una dolorosa jugada, según la leyenda.

Cuando el primer hombre y su compañera fueron finalmente expulsados del paraíso, Dios dispuso que un ángel con una espada flameante custodiara la entrada para que Adán y Eva no pudieran volver a entrar. De esa espada saltó la chispa que acabó prendiendo fuego al nido del Fénix, matando al ave que dormía en su seno, ajena a lo que sucedía a su alrededor.

Dice la historia, según esta versión, que los ángeles, que se dieron cuenta de esta injusticia, quisieron compensar al que de nada era culpable y que no solo consiguieron volverlo a la vida, sino que además le concedieron eternamente el don de renacer de entre sus cenizas.

Primero la mitología griega, después la romana y más tarde el cristianismo recogen esta historia y describen ese maravilloso don. Cuando le llega la hora de morir, el Fénix hace un nido de especias y hierbas aromáticas y deposita en él un único huevo. Dicen que allí permanece aguardando su muerte durante semanas y que al anochecer del día señalado, el pájaro arde, consumiéndose por completo y quedando reducido a cenizas. Gracias al calor de aquella masa gris y tibia, al amanecer se rompe el cascarón y de él surge el mismo Fénix, más joven y fuerte, único y eterno.

En este mito se refleja, con realidad y poesía, una característica de los humanos, un aspecto a veces oculto de nuestra personalidad, una arista poco explorada de nuestra existencia. Se trata de nuestra capacidad de volver a ponernos de pie, una y otra vez, después de cada caída, después de cada traspie, después de cada catástrofe, apoyándonos especialmente en lo que sentimos, en el amor por lo que amamos y en la pasión por nuestros ideales.

La historia de la humanidad está llena de ejemplos de esta condición. Pueblos, países y sociedades capaces de renacer literalmente de sus cenizas y de salir adelante con mayor empuje y renovados bríos.

Las biografías de los más admirados hombres y mujeres de la historia contienen siempre episodios en los cuales el protagonista parecía desfallecer y la realidad semejaba acabar con todo para, posteriormente, narrar su resurgimiento (de entre sus propias cenizas).

Esta es la heroicidad de Ulises, la de Hércules, la de Juana de Arco y la de Pocahontas; pero también es la de Ghandi, la de san Francisco de Asís, la de Buda, la de la madre Teresa de Calcuta, la del reverendo Luther King y, por supuesto, la de la doctora Helen Keller.

Déjame que te cuente un poquito de su historia.

Esta maravillosa mujer nació en los Estados Unidos en 1880 y, a poco de cumplir su primer año de vida, la imprevista complicación neurológica de un cuadro infeccioso (en una época en la que aún no existían los antibióticos) la dejó irreversiblemente ciega y sorda.

Cuando muchos hablaban de resignación consolando a la familia y otros tantos hablaban de la conveniencia de dejarla morir, otra mujer increíble, Ann Sullivan, se hizo cargo del desafío de enseñarle a leer y escribir en sistema Braille y, más tarde, diseñar con su ayuda una particular técnica de lectura de labios, colocando sus manos sobre la garganta y los labios del interlocutor.

Superando todas esas dificultades, Helen Keller aprendió a hablar con su propia voz, estudió y se graduó en Filosofía y Ciencias Sociales, escribió media docena de libros, publicó cientos de artículos en revistas y periódicos y fue distinguida con el doctorado Honoris Causa de algunas de las más grandes universidades del mundo.

Cuentan que en Oxford, convocada la doctora Keller para hablar ante miles de profesionales y estudiantes, el rector la presentó diciendo que se trataba de una mujer admirable, porque había logrado el reconocimiento de todo el mundo académico, cosechado premios y aplausos, y todo a pesar de contar con muchísimos menos recursos que los del común de la gente.

Después de la gran ovación que Helen Keller no pudo ver ni oír, comenzó así su discurso: «Es cierto lo que dice el señor rector, soy una mujer digna de admiración. Pero quiero aclararle a mi querido amigo y colega que, en desacuerdo con sus palabras, creo que no merezco su admiración, ni la vuestra, por lo que he podido lograr con las obvias dificultades que planteaba

mi realidad, sino por haberlo intentado a pesar de todas ellas, por mi perseverancia y mi decisión de seguir adelante una y otra vez, después de cada fracaso».

¿Por qué no seremos capaces todo el tiempo de evocar nuestra heroicidad?

Contesto: porque no nos animamos a jerarquizar nuestros sentimientos para ponerlos por encima de nuestro rendimiento, nuestros afectos por encima de nuestra conveniencia y nuestras pasiones por encima de nuestra prepotencia. Es urgente y necesario que abandonemos nuestra urgencia por tener tantas cosas innecesarias y demos prioridad así a lo importante sobre lo nimio y a lo esencial sobre lo vano y efímero.

Pocas cosas han sido tan significativas en mi adolescencia como la llegada a mis manos del libro *El principito*, de Saint-Exupéry. Cada página, cada dibujo, cada incidente y cada diálogo entre los personajes configuran un mapa del mundo espiritual y sensible de los protagonistas, del mundo mágico del autor del libro y del mundo emocional del lector.

No puedo llegar a este punto, hablando de emociones, y no revivir el momento de la despedida entre el zorro y el principito. Según viene a mi memoria, aun sabiendo que no reproduce el texto original, la escena era más o menos así:

Así, el principito domesticó al zorro. Y cuando se acercó la hora de la partida:

—¡Ah!... —dijo el zorro—. Voy a llorar.

—Tuya es la culpa —dijo el principito—. No deseaba hacerte mal, pero quisiste que te domesticara.

—Sí —dijo el zorro.

—¡Pero vas a llorar! —dijo el principito.

—Sí —dijo el zorro.

—Entonces, no ganas nada.

—Gano —dijo el zorro—. ¿Ves, allá, los campos de trigo? Yo no como pan. Para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Es bien triste! Pero tú... Tú tienes cabellos color de oro, y desde ahora el trigo dorado será siempre un recuerdo de ti. Y amaré eternamente el ruido del viento en el trigo. He ganado a causa del color del trigo.

—Adiós —dijo el principito.

—Adiós —dijo el zorro—. Te contaré un secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón, porque lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el principito a fin de acordarse.

Lo esencial, agrego yo, es entrenarnos para ver la vida con el corazón, no *solo* con el corazón, pero también con el corazón, y los cuentos, especialmente aquellos que nos contaban en la infancia, ofrecen ese pasaporte a nuestro interior más auténtico y valioso.

A lo largo de este libro he intentado ver en estos cuentos lo que no estaba a simple vista, lo que el razonamiento solo no me permitía descubrir, he abierto otra puerta que disparaba más mi emoción que mi pensamiento. Estoy seguro de que tú puedes continuar ese trabajo con estos mismos y con otros cuentos, para encontrar nuevas cosas que se ven mejor con el corazón abierto. Quizás estés pensando que, abriendo esta puerta, nos expondremos a sufrir un poco más... y tienes razón. Pero también es cierto que, cerrándola, no tendremos ni siquiera una posibilidad de disfrutar verdaderamente de una vida plena.

APUNTES DE UNA INVESTIGACIÓN

La palabra *cuento* deriva etimológicamente del verbo *contar*, y este del latín *computare*, cuyo significado se refiere como «la enumeración y registro de la cantidad de personas, edificios y cabezas de ganado en un determinado lugar», aunque por extensión comprende tanto el hecho de saber y enumerar el contenido de una casa, como la suma de las cosas que alguien sabe hacer, su historia y lo que le ha sucedido. Con el tiempo el concepto de contar fue quedando asociado al relato de los hechos de la vida de los protagonistas.

Desde este punto de partida, podríamos decir que el cuento popular es simple y básicamente, una narración sin autor. Por eso se lo llama, comúnmente, el género huérfano de la literatura.

Su estructura elemental y su estilo, simple y repetitivo, hizo del cuento algo fácil de recordar, de contar y de cantar, favoreciendo así su transmisión oral a lo largo de los siglos.

Como consecuencia o por esa causa, los protagonistas de los cuentos populares no tienen pasado ni futuro. Muchas veces ni siquiera un nombre (son el joven, la princesa, la madrastra). En su mayoría se parecen a los probables oyentes de estos relatos: son pobres o desdichados y la situación familiar que viven es verdaderamente miserable (pobreza extrema, imposibilidad de mantener los hijos, discusiones entre los padres, celos y envidias...), aunque todos sueñan con un mundo feliz donde vivir alegremente y sin grandes preocupaciones.

Las cualidades internas de los personajes «buenos» quedan ampliamente resaltadas por contraste con los personajes malvados, que poseen justo el defecto contrario: frente a la bondad de Cenicienta, la maldad de sus hermanastras; frente a la humildad de Blancanieves, la arrogancia de su madrastra; frente al cumplimiento del deber del flautista, el incumplimiento de la promesa de todo un pueblo...

Algunas historias, las más antiguas, derivan de antiquísimos relatos contenidos en obras como el *Pantchatantra* hindú, que los estudiosos sitúan en el siglo iii antes de Cristo. Allí aparece, por ejemplo, el cuento de un hombre que estaba sentado cocinando un guiso de arroz en un caldero de barro que hervía sobre el fuego. Al contemplarlo pensó que, con lo que le dieran por él, podría comprar un par de cabras, un macho y una hembra. Con su pareja de cabras formaría un rebaño, con cuya venta adquiriría vacas y, tras venderlas, caballos. Con esta hacienda compraría una casa, conseguiría una esposa y tendría hijos que correrían a abrazarlo... Y en ese momento, mientras soñaba despierto, imitó el movimiento del futuro abrazo que daría a su futuro hijo, tirando el caldero, arruinando el guiso y disipando sus sueños.

Esta misma leyenda la encontraremos luego recogida en el *Hitopadesha*, una colección de fábulas escritas en sánscrito en el siglo viii de nuestra era, más tarde traducidas al árabe y, posteriormente, a mediados del siglo xiii, vertidas al castellano por encargo del rey Alfonso X el Sabio en la compilación titulada *Calila e Dimna*. En Francia, Lafontaine reescribe el relato en 1640 y, un siglo más tarde, el español Samaniego retoma la versión francesa y la hace propia. Este cuento de más de dos mil años de antigüedad lo conocemos todos, aunque ahora se llame *La fábula de la lechera*.

Hoy por hoy, las versiones más conocidas de los cuentos para niños transmiten siempre una visión feliz del mundo. El más tonto, el más joven, el más pobre y el más inocente despiertan nuestra simpatía y, por lo general, al final resultarán vencedores. Una pauta compartida empujó a los cuatro grandes compiladores de cuentos infantiles (Perrault, los hermanos Grimm y Andersen) a adaptar aquellos relatos para hacerlos más aptos y atractivos para los pequeños, una tarea nada sencilla si tenemos en cuenta que en aquellos tiempos el concepto de la infancia como estructura diferenciada no existía entre los adultos o se limitaba al período de lactancia (recordemos que la expectativa de vida de un campesino no llegaba a los 40 años y comprenderemos que la niñez, como tal, no debía ir mucho más allá de los 10).

Valoro infinitamente el trabajo de adaptación de estos grandes

perpetuadores del cuento clásico, pero reconozco que mi aplauso final será siempre para aquellas palabras de Antonio Machado:

Si me dieran a elegir un solo poeta, elegiría a Virgilio...

¿Por sus *Églogas*? No.

¿Por su *Eneida*? No.

Lo elegiría porque dio asilo en sus poemas a muchos bellos versos de otros poemas, sin tomarse el trabajo de desfigurarlos.

El trabajo de investigación para este libro, que me ha llevado casi dos años, implicó el encuentro (no la búsqueda) de cientos de datos interesantes, divertidos, escabrosos y sorprendentes acerca de los cuentos originales y de su historia o autoría.

He querido compartir esos datos con los lectores, en la fantasía de que a algunos les resultarían tan atractivos como a mí.

Después de mucho pensarlo, preferí juntarlos todos aquí, al final del libro, ordenándolos cuento por cuento, para preservar el clima que quizás experimentarás al terminar de leer, en los capítulos del libro, el cuento en sí o mi comentario.

El patito feo

Leyendo e investigando la historia de los cuentos, *El patito feo* se nos presenta como una verdadera historia autobiográfica de su autor, reelaborada como metáfora pero fiel a episodios concretos de su vida.

Hans Christian Andersen nació en Odense, en aquel entonces una paupérrima aldea de pescadores situada en la costa danesa del Báltico. Sus padres, Hans (un zapatero remendón) y Ane Marie (una mujer tan alterada como perdida por el alcohol) vivían en una humilde casa de madera que habían levantado con sus propias manos, con más esfuerzo que arte. La cama en la que el pequeño Hans vino al mundo en abril de 1805 había sido ensamblada con los maderos de un ataúd que su padre había encontrado tirado al costado de un camino.

Uno de los cuentos olvidados de Andersen comienza con una frase que parece describirlo. «Hace muchos, muchos, años, vivió un niño

cuyos padres eran tan pobres que lo alimentaban solo con historias fantásticas de hadas y cuentos de brujas».

Efectivamente, el padre de Hans no tenía un centavo, pero su cabeza estaba llena de fantasías y sueños que lo hacían un gran contador de historias de príncipes y fantasmas, que a veces se usaban en esa casa para mitigar el hambre.

Poco apreciado por los demás niños, Hans tuvo una infancia difícil. Mucho más alto que sus compañeros, desgarrado, de prominente nariz y de movimientos torpes, tenía en conjunto una apariencia bastante rara y al igual que el protagonista del cuento soportó muchas burlas.

Quizás por eso el pequeño Hans pasaba gran parte de su tiempo en casa, leyendo o cosiendo trajes para los personajes del teatro de títeres que le había construido su padre. Este teatrillo fue, de hecho, la única herencia que le dejó cuando partió a la guerra para servir en el ejército de Napoleón, muriendo a los pocos meses, cuando el joven Hans tenía 12 años.

Con 14 años, Andersen decidió viajar a Copenhague para convertirse en actor, o en cantante de ópera o bailarín, tomando clases con varios maestros que, invariablemente, repetían la misma secuencia. Compadecidos inicialmente por su aspecto y halagados por su actitud e interés, lo recibían en sus clases, pero terminaban expulsándolo al poco tiempo con unas pocas palabras de despedida y ningún aliento para que siguiera intentándolo.

A los 29 años empezó a dedicar atención a los cuentos de hadas y a volcarse en el folclore que había oído en su infancia de boca de su padre. Y un año después publicó su primer volumen de cuentos de hadas, que incluía *La princesa y el guisante*, *Nicolasón y Nicolasillo* y *El yesquero*.

Simple y coloquial, su estilo se enfrentaba de lleno con las pautas literarias anteriores a su época, ya que describía historias que se basaban declaradamente en cuentos populares (algo que nadie se había animado a hacer abiertamente hasta entonces). Su obra expresaba sentimientos e ideas de gran profundidad que estaban lejos de la comprensión de los niños. Su frase más impactante no aparece en ninguno de sus libros. Dice el autor: «Tengo ideas para

adultos pero escribo para niños». A pesar de eso, y para sorpresa de muchos, Andersen gustó y sus libros comenzaron a venderse, y mucho; tanto como para impulsar la salida de un segundo volumen, y un tercero después, que contenían *La sirenita* y *El traje nuevo del emperador*.

El rey Maximiliano II de Baviera invitó a Andersen, al que admiraba profundamente, a su castillo de Starnberg. Andersen, por su parte, quedó gratamente impresionado por este monarca, conocido por sus intereses intelectuales y culturales, a quien amistosamente llamaba «el rey Max».

En 1844, la reina Victoria lo invitó a merendar a su palacio, porque quería conocer personalmente al autor de tan maravillosos cuentos, según dijo. Andersen, al regresar a su habitación, escribió: «Hace veinticinco años llegué con mi atadito de ropa a Copenhague. Era un muchacho desconocido y pobre, lleno de sueños y carente de oportunidades, y hoy tomé chocolate con la reina de Inglaterra».

Cuando cumplió 62 años, se le rindió un gran homenaje público y lo declararon ciudadano ilustre de su ciudad natal, Odense. El rey de Dinamarca le concedió el título de Consejero del Estado.

El patito feo se había transformado en cisne.

La Cenicienta

Este es quizás el cuento de hadas del que más versiones existen.

De hecho se conocen más de setecientas versiones de esta historia procedentes de todos los continentes, narradas en diferentes idiomas, en distintas épocas y por diferentes autores, tanto es así que este cuento ha despertado desde siempre la curiosidad y atención de diferentes investigadores, filólogos, sociólogos, antropólogos y filósofos. Encontramos así cientos y cientos de estudios sobre los roles que juegan los personajes, su simbología o las interpretaciones subjetivas basadas en el contexto en el que el cuento fue escrito.

En el norte de México, en Coahuila se cuenta una versión de una leyenda indígena en la cual la heroína, Cara Áspera, sufre humillaciones parecidas a las de Cenicienta y al final, gracias a un zapato de piel de oso, consigue ser reconocida por su familia. Los

chinos relatan la historia de una niña llamada Ye-Shien que, al quedar huérfana de madre, es maltratada con crueldad por la otra esposa de su padre, lo que la lleva a escapar de su hogar ayudada por un pez mágico, pero en su huida pierde un zapato lo que, finalmente, permitirá que la encuentren.

Por supuesto, a veces no es fácil encontrar el nexo con la historia original, salvo que en todas las variantes del relato la figura protagonista, casi siempre mujer (solamente en Transilvania es un varón), tras sufrir maltrato y humillación de manos de sus congéneres, se sobrepone a la adversidad y termina triunfando sobre sus desfavorables circunstancias, convirtiéndose en quien siempre estuvo destinada a ser.

En Italia se llama Zezolla (o Zucchettina), en Inglaterra Tattercoats («andrajosa o harapienta»), en Dinamarca Gidskoen («zapatito de oro»), en Portugal, La Gata del Hogar... todas víctimas momentáneas de otras mujeres (madrastra, hermanastras, brujas, etc.) a las que derrotan con su fuerza natural y sobrenatural, lo que les permite madurar para encontrar ya liberadas al príncipe (para algunos el cuento habla específicamente del despertar de la sexualidad en las jóvenes adolescentes).

En algunas versiones más truculentas, la madrastra es desterrada y las hermanastras, perdonadas por Cenicienta, son invitadas a tomar parte en el festejo y compartir su felicidad. Así, al dirigirse los novios a la iglesia, les acompañan en el cortejo nupcial, la mayor a la derecha y la menor a la izquierda. Todo era alegría, pero al finalizar la boda y en la puerta de la catedral las palomas, amigas de la princesa, notan que las hermanas miran con envidia a la novia y enfurecidas por esa actitud arremeten contra ellas picándoles los ojos hasta dejarlas ciegas, como castigo por su falsedad y envidia (cabe destacar que la palabra envidia quiere decir «en vista de», como señala ya *La divina comedia*).

En la versión tomada por Disney no existe ya la amputación de las hermanas, que finalmente se arrepienten y después de ser perdonadas por la bondadosa Cenicienta, terminan casándose con sendos pretendientes de la corte.

Aunque era conocida desde mucho antes (mediados del siglo ix) en

la campaña francesa, la historia de la Cenicienta adquiere popularidad mundial cuando Charles Perrault transcribiera la leyenda oral en 1697. La publicó bajo el título *Cenicienta, o el zapatito de cristal (Cendrillon ou La petite pantoufle de verre)*. Acaso por desconocimiento del francés antiguo, o quizás viendo una oportunidad extraordinaria para imprimir su marca en la leyenda, Charles Perrault cambió la palabra *vair*, que designaba el pelaje blanco y gris de un tipo de ardilla, utilizado entonces en peletería, por *verre*, que significa 'vidrio', transformando así unos suaves escaarpines de piel en los inolvidables y trascendentes zapatos de cristal que, desde entonces, son una de las señas de identidad del cuento.

Más tarde, en 1812, los hermanos Grimm relanzaron la historia de Cenicienta, logrando un impacto aún mayor que el de su predecesor. Los Grimm incorporaron al relato una figura que no existía en la versión de Perrault y que actualmente nos parece indisociable de la historia: el hada madrina. En Perrault, Cenicienta consigue asistir al baile gracias a una paloma, encarnación del espíritu su madre muerta. Un ave mágica que se le aparece junto a un árbol que el padre de Cenicienta ha traído desde su vieja casa y que la joven riega a diario con sus lágrimas.

Sigmund Freud y decenas de psicoanalistas se interesaron muchísimo por el cuento y sacaron conclusiones de lo más variadas de la historia.

Actualmente está descrito incluso un cuadro psicológico llamado «complejo de Cenicienta», expuesto por la terapeuta Colette Dowling en su libro *The Cinderella Complex: Women's Hidden Fear of Independence*, donde se refiere a mujeres que se vinculan irreversiblemente al papel de víctimas, resignadas, ingenuas y desprotegidas, que necesitan ser cuidadas, atendidas y mantenidas a salvo de todo peligro. Como dice la autora: «A Cenicienta no le gusta la realidad que le ha tocado vivir, pero hace muy poco para salir de esa situación».

Cenicienta representa en su actitud sometida de las mujeres de su tiempo, y quizás la de todos los tiempos. Aún en su despertar, las Cenicientas de antes y de ahora creerán que solo pueden

independizarse a través de la relación con un hombre que las busque, las encuentre y las salve.

El elefante volador

De las más diversas fuentes nos llegan cuentos maravillosos que muchas veces, como ya hemos dicho, se repiten en las culturas y las tradiciones de centenares de pueblos a lo largo de la historia. El que he contado acerca del portero de la casa de citas lo recoge el Talmud, una maravillosa colección de escritos que trae hasta nuestros días la sabiduría de los místicos y filósofos del pueblo judío de principios de nuestra era.

El Talmud en sí mismo es un documento que recopila el pensamiento de todo un pueblo, rabinos y labriegos, guerreros y filósofos, religiosos y laicos, abarcando en su diversidad casi todos los temas que eran significativos para la sociedad de aquellos tiempos.

Este conocimiento acumulado se transmitió durante siglos de boca en boca y de generación en generación, hasta que a principios de nuestra era el templo de Salomón, en Jerusalén (originalmente construido en el siglo x antes de Cristo), fue destruido por segunda vez, quedando en pie solamente el más que famoso Muro de los Lamentos.

En ese momento, debido para muchos al peligro que significaba para la comunidad hebrea el declive económico y político del pueblo judío, se buscó la manera de asegurar la conservación de esos contenidos, de transmisión oral, poniéndolos por escrito. Esa transcripción se fue completando progresivamente con nuevas aportaciones de los filósofos y pensadores talmúdicos, lo que hizo que la tarea se prolongara durante quince siglos. La primera edición del Talmud de la que se tiene noticia se imprimió en Venecia entre 1520 y 1523.

Tradicionalmente, sus contenidos son clasificados por los estudiosos en dos grandes categorías: la halajá («forma de comportarse») y la hagadá («narración» o «discurso»). La halajá está directamente relacionada a la práctica de la ley y la religión judía. La

hagadá comprende textos más laicos y populares o que tienen un objetivo moral, ético o histórico; como tal, contiene fábulas, cuentos, poemas, frases, acertijos y paradojas intelectuales de interpretación bíblica con las disquisiciones rabínicas en torno a ellas. Y todo esto con un objetivo declarado y explícito: mejorar la calidad del pensamiento de hombres y mujeres para ayudarlos en su camino espiritual, o simplemente para apuntalar su desarrollo en el camino de transformarse en mejores personas.

De hecho, podríamos decir que la hagadá es un paño tibio entre la dureza de todos los preceptos y obligaciones que la ley judía más ortodoxa impone a sus seguidores, aunque indudablemente su contenido en nada pretende alejar al pueblo hebreo de su fe y sus creencias.

Desde el punto de vista literario, sus características únicas (una obra escrita durante siglos por miles de personas diferentes y de diversa extracción) hacen de ella un conjunto tan variado y variable que se nos presenta como una obra inabarcable.

En la versión impresa más conocida del Talmud (60 tomos de más de mil páginas cada uno) la primera página estaba numerada como página dos, sugiriendo, como más adelante se declara, que cuando termines de leer y analizar el contenido de todos los textos talmúdicos de nada podrías jactarte, porque todavía te faltará por conocer el contenido de la página uno.

Caperucita Roja

Dicen que el cuento es la versión de Perrault de una vieja leyenda transmitida oralmente que relataba un hecho realmente ocurrido. Habría sucedido alrededor del siglo xi, durante la típica celebración medieval de la Reina de Mayo, una fiesta popular que festejaba el florecer de la primavera y en la que según la costumbre se elegía a una joven virgen, se la vestía de rojo y se la enviaba sola al bosque para que recogiese la primera rosa de la temporada. Cuando la muchacha regresaba con el preciado trofeo, se la engalanaba ungiéndola como Reina de Mayo y concediéndole todos sus deseos. Cuenta la leyenda que, cierta vez, la elegida nunca volvió y que

cuando el pueblo salió en su búsqueda se encontró con los restos ensangrentados de su cuerpo. Una manada de lobos hambrientos la había atacado y la niña había muerto despedazada por las fieras.

El francés Charles Perrault, que nace y escribe su obra en el París del siglo xvii, abogado, miembro de la corte de Luis XIV y de la Academia francesa, publica este cuento en 1697 en un libro inicialmente titulado *Cuentos de antaño, con moralejas*, pero que pasó a la historia como *Cuentos de mamá oca* por la ilustración que aparecía en la portada. Según informa el autor, este y los demás cuentos del libro pertenecían al repertorio popular francés, transmitido en forma oral por mujeres narradoras, ancianas de la familia, nodrizas y niñeras.

Así, en una breve trama macabra, aparecen fusionadas las recomendaciones de la época previniendo contra los desconocidos, y un breve mensaje de terror moralizante.

En esta versión del relato no aparece la figura de la abuela. Caperucita, perdida en el bosque, se encuentra con el lobo y le pide que le diga cómo volver a su casa. Este le da falsas indicaciones que la guiarán hasta su propia cueva.

La historia de los Grimm, en el siglo xix, se apiada al final de los pequeños lectores y hace aparecer por primera vez la figura salvadora del cazador. Así, el rudo hombre de buen corazón y valentía sin par, al escuchar los gritos de Caperucita, corre hacia la casa y encuentra al lobo durmiendo profundamente. Tiene la panza hinchada y algo se mueve dentro de ella. Adivinando lo sucedido, el cazador saca su cuchillo y, de un tajo, le raja la barriga, encontrando vivas aún a Caperucita y a su abuela. Después, entre los tres, le abren el vientre, le meten piedras dentro y se lo cosen. En el final de Grimm, al despertarse, el lobo camina hasta el río para beber, pero al inclinarse sobre la corriente, el peso de su barriga le hace perder el equilibrio y el animal cae al agua y muere ahogado.

En muchas de las versiones, hoy olvidadas, el lobo no es un lobo, sino un hombre lobo que, después de matar a la abuela, espera la llegada de Caperucita para invitarla a que juntos devoren a la abuela. Según las versiones, en algunos casos el lobo consigue obligarla a

que lo haga y le ordena meterse en la cama con él para terminar su perverso festín.

Visto desde el punto de vista más morboso, la historia fue interpretada desde el principio como una metafórica cabalgata de perversiones: pedofilia, canibalismo, sadismo, fetichismo, necrofilia, travestismo, licantropía...

No podemos ignorar que, tras los añadidos de los Grimm, la historia soslaya una aventura iniciática (sexual o no) que incluye, como siempre, la muerte y resurrección del protagonista (en este caso la protagonista) y que conserva en la trama elementos de la mitología nórdica, como lo es el inexcusable y clásico momento de la transición en el vientre de un animal (un regreso a la vida intrauterina, para un renacer distinto, adulto y esclarecido).

Entre las tradiciones mitológicas nórdicas aparece la historia del gigante Brymr, que robó el famoso martillo de Thor exigiendo, para devolverlo, la mano de la princesa Freya. Pero el padre de la joven no está dispuesto a condenar a su hija a ese destino, así que le pide al propio Thor que intervenga. El dios, disfrazado con las ropas de la novia, se dirige al palacio y, enfundado en velos, es recibido por el gigante que ha organizado un banquete en honor de su futura esposa.

El diálogo que allí se describe nos evoca un relato que todos conocemos:

—¿Por qué comes tanto y tan rápido? —le pregunta Brymr a la invitada.

—Para estar más fuerte para esta noche —contesta Thor, fingiendo la voz.

—¿Por qué tienes tantos tules cubriendo tu cuerpo? —pregunta el gigante.

—Para encender más tu deseo —contesta Thor.

—¿Por qué bebes de nuestro vino en exceso?

—Porque quiero perder la cabeza a tu lado.

—¿Por qué tienes ese brillo en tus ojos?

—Porque quiero verme a solas contigo.

Encendido de deseo, el gigante lleva a la que cree Freya a sus habitaciones. Al entrar, deja el martillo mágico sobre la cama y se

acerca a besar a su prometida.

Thor extiende su mano para impedirlo:

—¿Por qué tienes las manos tan grandes? —pregunta al fin el gigante.

—¡Para matarte mejor! —dice Thor alzando su martillo e hiriendo mortalmente con él al gigante Brymr.

A pesar de los roles y la situación, totalmente invertidos (en lugar de ser el lobo quien se disfraza de mujer para comerse a Caperucita, es Thor el que se disfraza de Freya para matar al gigante), nadie puede dudar de que la historia de origen es la misma que la de nuestra ingenua Caperucita.

Eros y Psique

Esta es, según los investigadores, la historia que más ha influido en otras historias. Se calcula que existen más de 5000 relatos, entre cuentos, leyendas, mitos, libretos, guiones de cine, ballet, óperas y comedias musicales, inspirados o basados en la trama de *Psique y Eros* o en su referente más conocido, *La bella y la bestia*.

La Belle et la Bête aparece por primera vez en francés publicada por la escritora francesa Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve en 1740, aunque en su obra ella misma confiesa que debe su inspiración a Gianfrancesco Straparola en su relato «La princesa y la serpiente», aparecido en su libro de cuentos *Le piacevoli notti*, de 1550.

También se habían inspirado en esa versión Charles Perrault, Madame d'Aulnoy y Gianbattista Basile (para su compendio *Pentamerone*).

En 1756 una maestra francesa radicada en Inglaterra, Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, se dedicó a abreviar algunos cuentos infantiles para adaptarlos a sus necesidades como docente, entre ellos *La bella y la bestia* de Villeneuve, quitando de la historia muchos de los detalles que consideraba escabrosos, de dudoso buen gusto o francamente subversivos.

Algunos estudiosos sostienen que, a pesar de los parecidos y referencias a la mitología, este cuento está inspirado en un hecho real: la historia de Petrus Gonsalvus, un niño nacido en Tenerife que

padecía de hipertrichosis, un crecimiento anormal de pelo en todo el cuerpo, especialmente en el rostro y las manos. Trasladado a París, fue acogido bajo la protección de la corte del rey Enrique II de Francia y terminó casándose con una bella mujer parisina llamada Catherine Dagon.

Estas influencias históricas explican las diferencias existentes entre la versión actual de *La bella y la bestia*, a través de estos escritores franceses, y las versiones más tradicionales del relato.

La historia básica de *La bella y la bestia* aparece en otras muchas culturas en diversas formas. Generalmente son tres hermanas. La más joven es pura y bondadosa, mientras que las otras dos muestran algunos de los peores rasgos humanos: avaricia, envidia, soberbia. Nunca aparece la figura materna, obviando así los conflictos que supondría que tal figura se opusiera a que la niña se fuera a vivir con un monstruo. En estos relatos el monstruo puede adquirir muchas formas (serpiente, lobo o anciano decrepito), pero como norma siempre es rico y poderoso.

Al final del relato la belleza del consorte se hace evidente, física o espiritualmente, y la pareja se une en un amor infinito que solo puede romper la muerte de uno de ellos.

Desde este patrón se descuelgan y descolgarán seguramente infinitas historias más, que engrosarán la lista de las archiconocidas: *El fantasma de la ópera*, *El jorobado de Nôtre-Dame*, *Sherk*, *La princesa y el sapo*, *Drácula* y hasta el mismísimo *King Kong*.

El flautista de Hamelin

Varios son los estudiosos de las migraciones que ocurrieron en Europa entre los siglos xii y xv que hablan de pueblos enteros trasladados de un país a otro, unas veces seducidos con ofertas de bienestar y prosperidad y otras a punta de lanza.

Estos últimos desplazamientos estaban ordenados por poderosos nobles y cortesanos que, deseosos de conquistar nuevas tierras, no solo las compraban a sus habitantes a bajos precios sino que las poblaban con campesinos secuestrados y ubicados en esos nuevos territorios.

Han sido muchas las teorías y conjeturas que han tratado de explicar qué ocurrió con los niños de Hameln, desde terremotos, cruzadas, plagas y asesinatos en serie, pero a través del tiempo ha ido cobrando cada vez más fuerza una teoría que sostiene que el misterioso flautista era, en realidad, un carismático líder de algún tipo de secta que descarrió a los niños llevándolos a practicar viejos cultos paganos que incluían el uso de drogas, el alcohol, la música ritual y los sacrificios humanos.

Otra de las teorías sugiere que los niños murieron por causa de la epidemia de peste negra que asoló Europa y que el flautista apareció en el folclore popular, como dijimos, por la personificación de La Muerte asociando su presencia con la plaga de ratas. Según estos investigadores, la ubicación temporal en el año 1284 es falsa, ya que sabemos por la historia que la epidemia fue muy posterior, entre 1348 y 1350.

Finalmente, existe un famoso poema escrito por Robert Browning en el que se relata esta historia y cuya explícita moraleja irónicamente se limita a sugerir que siempre se paguen las deudas que se contraen con los poetas y los músicos.

La bella durmiente

La bella durmiente es uno de los pocos cuentos donde hay una familia bien estructurada y completa, sin padres malvados ni madrastras terribles. En la gran mayoría de los cuentos para niños, la madre o el padre han muerto y uno de ellos, o los dos, han sido sustituidos por otra persona o entidad, la mayoría de las veces malvada y cruel.

En versión de *La bella durmiente* habitualmente conocida, tomada de la última corrección de Perrault, la maldad aparece encarnada en la bruja, que no pertenece a la familia, y arroja el maléfico conjuro para desaparecer después, cuando el solo beso del príncipe encantado despierta a la princesa y ellos son felices para siempre.

En la sociedad del momento, las creencias sobre la magia y las supersticiones eran algo común. Pero Perrault rechazaba este tipo de creencias ya que, ante todo, se consideraba un devoto de la moral

cristiana y, quizás por esa razón, ninguna de las ediciones de sus libros llevaba su nombre (la firma de los cuentos era la de su tercer hijo, Pierre Perrault Darmancour). Por otra parte, dentro del panorama literario de la época, escribir relatos infantiles, y más aún de origen popular, no se consideraba algo digno de ser tomado en serio. Cuando Perrault publica sus *Cuentos en verso*, en 1694, escribe en el prólogo de la obra: «Por frívolas y extrañas que sean todas estas fábulas y aventuras, no hay duda de que excitan en los niños el deseo de parecerse a los que llegan a ser felices y, al mismo tiempo, les introduce la espina del miedo a las desgracias en que cayeron los malos por su maldad». Los personajes negativos de Perrault suelen tener un final fatal, relacionado con antivalores como el rechazo de todos o la misma muerte. Es cierto que Perrault dio a estos finales trágicos un toque artístico, eliminando o suavizando todos aquellos elementos que, por estética o por su preocupación por la moral, consideraba inoportunas. Más adelante justificará su decisión de autocensurarse escribiendo: «Hubiera podido hacer mis cuentos más agradables e interesantes mezclando en ellos algunas de esas cosas un poco liberales con las que se los suele amenizar; pero el deseo de agradar no me ha tentado jamás lo suficiente para violar la ley que me he impuesto: la de no escribir nada que pueda herir el pudor o el decoro».

Sin embargo, en el cuento original, a partir del despertar de Thalía no todo fueron rosas. El cuento tenía una segunda parte, que quedó excluida de la memoria de todos los contadores de cuentos y de todos los libros para niños, y ya veremos por qué.

El príncipe violador en realidad está casado y, como es lógico, su doble vida no se puede sostener. Finalmente, el príncipe es interpelado por su familia y cuenta la verdad. Sus padres aceptan a regañadientes la situación, pero la esposa se siente justamente engañada y traicionada. Ella desciende de una familia de ogros y esta situación saca lo peor de ella; ardiendo de furia, jura que se vengará de la amante de su esposo y del producto de ese amor impuro. Fingiendo que ha aceptado la realidad que le imponen, manda traer a palacio a los dos hijos secretos con el pretexto de que conozcan el lugar donde vive su padre. La ingenua de Thalía deja ir a los niños

con gran alegría, pensando que al fin termina su vida de secretos. Cuando los pequeños llegan, la mujer los coge y los entrega a su cocinero ordenando que los degüelle para preparar con su carne un exquisito plato. Pero este, incapaz de hacer algo semejante, esconde a los niños en su casa, dejándolos al cuidado de su esposa, y prepara un guiso con la carne de dos magníficos corderos. Cuando el príncipe llega al comedor, su esposa, con mucho gusto, tiene el guiso servido en los platos. El hombre, sin desconfiar, come con satisfacción hasta que la ve reír como una loca gritando «¡Cómete lo que es tuyo, maldito!».

Tras una larga discusión, el príncipe sale de palacio sin saber si lo que dice su mujer es cierto, mientras esta manda buscar a Thalía con la excusa de que el rey quiere conocerla. Cuando llega, la malvada mujer la hace responsable de todo lo que sucede y ordena quemarla viva en la hoguera. Informado por el cocinero de lo que había pasado, el príncipe llega a tiempo para salvar a Thalía y la reemplaza en la hoguera por el cuerpo de su esposa envuelto en mantas.

Crueldades aparte, circulan por el mundo cientos de versiones de este cuento, miles de historias que se inspiraron y se inspirarán para siempre en este alegórico despertar al amor que *La bella durmiente* propone.

Confieso aquí, sin embargo, que una de las versiones que más me ha gustado es, sorprendentemente, la última de los estudios Disney en su película *Maléfica*, donde el beso del príncipe no despierta a la princesa (porque no es un verdadero beso de amor) y es en cambio el beso de su madre el que consigue romper el hechizo y despierta a la joven de su letargo.

Adán y Eva

La primera cuestión notable que aparece, a poco de investigar la cosmogonía del mundo que compartimos, es que, a diferencia de otras culturas, la nuestra (comúnmente llamada occidental y judeocristiana) sostiene la idea de un universo hecho desde la nada por una fuerza creadora omnipotente. Reducido a su mínima

expresión, lo sucedido, según el relato bíblico, en términos coloquiales, podría contarse así:

Dios (a quien con el mayor de los respetos llamo «el Jefe») decide en un momento determinado (¿estaría aburrido?) hacer, sin materia prima, el mundo y el resto del universo en el que vivimos.

Así, según el Génesis, Dios hizo los mares y la tierra, separó la luz de las tinieblas, creó todos los animales y los vegetales, y el sexto día lo dedicó a su más complicada y, según dicen algunos, su más perfecta obra: el hombre.

Si lo consideramos en función de la influencia del mito, está claro que sobrellevamos desde el principio un peso muy particular y condicionante: el de creer que todas las cosas fueron hechas desde la nada por el poder superior de un dios, de «nuestro» Dios. Pese a lo que algún distraído pueda pensar, este no es un tema menor, más allá de que cada uno pueda tomar esta historia metafóricamente o considerarla en forma literal, y más acá de que algunos puedan creer o no en este dios creador omnipotente. Sobre todo porque la «historia» mítica modela nuestras creencias y nos influye, más allá de todo y aún por debajo de nuestro nivel de conciencia, a la hora de decidir cómo van las cosas en el universo, cómo trazar un plan de acción o un proyecto y qué hacer frente a una dificultad o un imprevisto.

El mito nos dice desde el principio:

Las cosas... se hacen.

Es decir, todo lo que existe llegó a ser porque alguien o algo lo hizo tal y como es, creándolo desde lo que no era.

Y esto significa que, aunque sea desde la nada, como Dios, hay que hacer las cosas; hay que crearlas, producirlas, inventarlas.

Ahondando en el significado, está claro que se parte de la idea de que siempre debe haber, como advierte el primer mensaje del mito, una transición de lo que «no es» a lo que «es» y que una acción concreta es la que produce ese nacimiento de lo nuevo.

Dicho así, esta idea parece algo obvia porque, ¿de qué otra manera podría ser?

Investigando, como dije, encontramos otras culturas donde el mundo y todo lo que contiene, las cosas, los cielos y la tierra, todo,

incluido el hombre, no son justamente planteados como creados desde la nada.

En el lejano Oriente, por ejemplo, todo lo que existe es siempre producto de un devenir de algo anterior que se ha transformado.

Lo que era de una manera pasó a ser de otra.

Esto devino en aquello, que fue la causa directa de eso otro que, por supuesto, motivó lo que siguió después, y así *ad infinitum*.

A diferencia del mito judeocristiano de la creación, Oriente vive en un universo donde las cosas nunca fueron «hechas», construidas ni inventadas, y mucho menos desde la nada, ya que siempre provienen de algo anterior, de algo que ya estaba.

D viene de C, C proviene de B y B, como es lógico, de A.

Si preguntaras de donde viene A, un oriental te diría que viene de algo anterior... y si insistieras preguntando qué pasará al llegar a la Z, quizá te responda que Z, muy posiblemente, conduzca nuevamente a A.

La sola diferencia entre estos mitos es uno de los motivos, si no el fundamental por lo menos uno importante, del ya comentado abismo entre el pensamiento de Oriente y el de Occidente.

A casi todos los que vivimos de este lado del mundo, condicionados por nuestra educación, nos cuesta renunciar a la idea de ser los que producimos el cambio. Nos sentimos obligados a hacer y complacidos de creer que fabricamos cosas desde la nada.

Los orientales, en cambio, con otra serenidad y convencidos de que están haciendo todo lo posible por no interrumpir el devenir, pueden esperar a que ese algo suceda sin necesidad de ser los que activamente intervienen en que se produzca.

Les cuesta decidirse a iniciar el proceso y actuar sobre esa realidad para modificarla en su conveniencia o la de todos.

A nosotros nos cuesta aceptar su pasividad; y a ellos, por supuesto, les molesta nuestra urgencia. Estamos condicionados por mitos diferentes.

El sastrecillo valiente

La versión más conocida de este cuento es la de los hermanos Grimm que, con el título de *Sieben auf einen Streich* ('Siete de un golpe'), fue publicada en 1812 en el primer volumen de su antología *Cuentos de hadas para el hogar y la familia*. En el texto introductorio los propios autores declaran que este cuento es el producto de la combinación de varias historias amalgamadas en un solo personaje ficticio, inspirado en los fabuladores contadores de hazañas que realmente circulaban por la Europa de entonces y que, por algunas monedas, relataban a quienes querían oírles sus supuestas hazañas «verdaderas».

Antes, a principios del siglo xvi, se había publicado el famosísimo libro de François Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel*. Allí aparece Panurgo, un truhan simpático, mentiroso y aprovechado que nos recuerda mucho al sastrecillo valiente. A mediados de ese mismo siglo se publica una recopilación de varias leyendas populares recogidas por un tal Martin Montanus donde aparecen varias historias de estos personajes contadores de aventuras.

Más tarde, en *El libro azul de las hadas*, de Andrew Lang, y en la edición de *Cuentos populares y de hadas europeos*, recopilados por Joseph Jacobs, aparecen también versiones de esta historia.

Pero lo más notable es que, a medida que se investiga un poco más, aparecen decenas de leyendas y anécdotas de diferentes países y tiempos en los que se relatan por separado los ingeniosos trucos protagonizados por el sastre para vencer sus obstáculos, pero ejecutados por otras personas en otras situaciones (el pajarillo lanzado como piedra, la destrucción de la roca entre las manos y la aventura en la guarida de los gigantes, por poner solo algunos ejemplos).

Se concluye de este modo que el cuento en sí es una especie de ingenioso *patchwork* literario en el que los hermanos Grimm fueron cosiendo pequeños retazos de otras historias para armar así, con un poco de arte y mucho oficio, el famoso y original cuento del valiente sastrecillo.

Los dos hermanos, estudiantes de leyes y militantes del movimiento romántico y nacionalista de la futura Alemania, recopilan en sus *Cuentos* relatos populares de la tradición cultural alemana. No lo

hacen animados por el mensaje de esos cuentos o por su belleza, sino (según ellos mismos declaran) para evitar que el folclore literario germánico se olvide y se pierda.

Sin embargo, con el paso de los años, la preocupación de los autores por la adecuación del contenido moral y la función educativa de los cuentos fue en aumento y, por esa razón, los cuentos de las últimas ediciones están dirigidos por completo a los niños.

Las aventuras de Pinocho

En el relato original de Carlo Collodi, Pinocho es mucho más travieso y mentiroso que en la película de Disney, rozando a veces la maldad dañina. Por su culpa, por ejemplo, en una ocasión Gepeto es encarcelado, ya que la policía cree a Pinocho cuando dice que el carpintero había abusado de él.

En otro momento, cuando Pinocho regresa a casa después de haberse escapado por la ventana, asustado por los peligros del exterior, se encuentra con un grillo parlante que le advierte sobre los riesgos de los placeres hedonistas y los caprichos infantiles. El muñeco le pide que deje de sermonearle y se calle de una vez y, como el grillo no le obedece, le tira una banqueta y lo mata.

En la primera versión de Carlo Collodi Pinocho sigue haciendo travesuras, hasta que en un momento le arranca de un mordisco una zarpa a un gato, por lo que el animal lo ahorca en un árbol, terminando con su existencia. «No tuvo fuerzas para decir nada más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró las piernas y, dando una gran sacudida, se quedó tieso». Así, con estas palabras terminaba la historia de Pinocho.

Fue su editor quien convenció al autor para que agregara veinte capítulos y un final menos cruel y más apto para los niños, de un tono mucho más infantil y desde una perspectiva optimista.

Para algunos el cuento de *Pinocho* es la historia del alma humana en su viaje de evolución espiritual. Creado bajo la influencia de dos personajes, uno masculino y otro femenino (que simbolizan los dos aspectos de Dios): el carpintero Gepeto, que le da forma humana, y el Hada Azul que le da vida.

Desde esta perspectiva, la ballena es el antiguo símbolo de la reconciliación entre el espíritu y la materia. Como queriendo establecer que la búsqueda de la naturaleza humana se hace en las profundidades del yo y de adentro hacia afuera.

La fábula de Collodi tiene un final feliz pero, a diferencia de los cuentos clásicos de origen sajón, el protagonista no vuelve a su paraíso infantil original, sino que se transforma en algo diferente, más evolucionado y, en concreto, más maduro y responsable. Transformarse en un ser vivo es también, en el cuento, entrar en el mundo de los adultos.

Hansel y Gretel

Cabe destacar que, a poco de comenzar la investigación de este relato, me quedaba claro (¿demasiado claro?) que la historia estaba más dirigida a los adultos que a los niños, ya que eran aquellos, y no estos, los que podían con claridad identificarse con la dura decisión de abandonar a los hijos, deseando que alguien se haga cargo de ellos.

Consideremos que, en tiempos de hambruna, la carencia de algo que llevarse a la boca monopoliza todo el pensamiento, y la moral de entonces no estaba muy lejos de incluir el canibalismo como último recurso.

Desde este punto de vista, para algunos investigadores los padres no son malvados sino que, por el contrario, los alejan porque, siendo sus padres, no podrían comérselos. Obligarlos a dejar el hogar significa declararlos adultos y librarse así de sus responsabilidades como padres, porque ya no son «niños».

La versión francesa del cuento comienza igual que *Hansel y Gretel*: una pareja de hermanos se pierde en el bosque para terminar atrapados en jaulas, donde son cebados para ser comidos. Pero en esta versión no es una bruja malvada la que captura a los niños, sino el mismísimo Diablo, del que finalmente consiguen huir con la ayuda de su padre que ha venido a rescatarlos.

La pareja formada por Hansel y Gretel no es el único dúo de hermanos que aparece en las historias tradicionales, y comparten con

otros algunas características al tiempo que presentan algunas diferencias, especialmente en el hecho de que estos saben desde el principio que nunca triunfarán si se enfrentan entre sí, algo que hacen Cástor y Pólux, Caín y Abel o Rómulo y Remo; aunque claramente no consigan, ni siquiera al final, complementarse como las instancias del ying y el yang del Tao chino.

La sirenita

Los orígenes de la historia de *La sirenita* se hunden en la mitología eslava, donde existen ciertas criaturas marinas que merodean los ríos y los lagos. Fascinado por esas imágenes, que además encendían su nacionalismo romántico, Andersen rescata la historia y la convierte en cuento.

De la misma matriz han surgido más de una veintena de fabulas y leyendas que se refieren al peligroso encuentro entre estas ninfas de los ríos y los humanos. En la novela *Ondina*, del alemán Friedrich de la Motte Fouqué, publicada en 1811, se relata la historia de amor entre una de las ninfas y un cazador. La leyenda, que ya circulaba en los poemas de los trovadores del siglo xiii (como el francés Jean d'Arras), nos advierte de los peligros de enamorarse de una de ellas, seres fantásticos de cabellos y ojos azules y pura belleza que atraen irremediabilmente la mirada de los hombres.

El checo Jaroslav Kvapil toma estas leyendas de Rusalkas (como se llama a estas criaturas en la mitología eslava) para escribir el libreto de una ópera, aunque no consigue que ninguno de sus colegas encare la tarea de ponerle música. Así, *Rusalka* permanece dormida —¿como si estuviera en el fondo del mar?— hasta que Anton Dvořák decide aceptar el trabajo, encarándolo como un desafío personal. El músico completa su obra hacia finales de siglo para estrenar *Rusalka*, una ópera en tres actos, en Praga en marzo de 1901.

Aun para los estudios Disney el personaje de Ariel (así se llama la sirena en la película) es un reto. De hecho, es la primera heroína que no es víctima, sino gestora, de su historia y la única que aparece desnuda en un film animado y para niños. El final feliz de *La sirenita* de Disney es previsible y congruente con la línea de la empresa

filmográfica, aunque esa licencia no consigue quitarle intensidad y belleza a la historia original.

El traje del emperador

Además de las diferentes versiones accesibles a nuestro idioma, donde el cuento circula con diferentes nombres (*Los burladores del rey*, *El traje del emperador*, *El emperador vanidoso* y hasta un muy original *¿Cuál es la pregunta?*), se pueden encontrar variantes de la historia ampliamente dispersas por todo el globo, incluyendo versiones en Pakistán, Turquía y la India.

En el folclore de Sri Lanka hay un cuento muy popular acerca de siete estafadores que llegan a la corte de un rey tonto y le hacen esta pregunta al maharajá: «¿Qué tipo de traje lleva puesto? Nosotros tenemos una bata de seda de color cobre para el rey de nuestra ciudad. En comparación con nuestro rey, usted parece uno de sus sirvientes». Al ser comparado con un sirviente, el maharajá prácticamente les exige que lo engañen.

La misma historia, aunque centrándose en la limpieza de sangre y en la obsesión por ser cristiano viejo, aparece en un pequeño divertimento escrito por Cervantes titulado *El retablo de las maravillas*.

The Emperor's New Mind, de Roger Penrose, es un libro que utiliza este cuento como metáfora de nuestra relación con los ordenadores que, aunque parezcan pensar, como los consejeros del rey, no pueden hacerlo por sí solos.

Más recientemente nos encontramos con la película *Las locuras del emperador*, de los estudios Disney, que también rescata algunas características del fatuo personaje de Andersen.

Es más que interesante la novela *El traje nuevo del emperador*, en la que el escritor chino Ye Shengtao continúa la historia donde Andersen la dejó. Ye Shengtao simboliza el realismo en la literatura de Oriente, pero sus escritos siempre están teñidos de la ideología de la China comunista. El episodio descrito en el cuento de Andersen es para Ye Shengtao el comienzo de una revolución y un cambio de pautas sociales definitivo, proponiendo que cuando el pueblo toma

conciencia de la verdadera identidad de su monarca decide alzarse contra él y derrocarlo, siendo el niño que lo denuncia el héroe del levantamiento.

Blancanieves y los 7 enanitos

Del mismo modo que en *La bella durmiente* hace su aparición el Príncipe Encantado, en Blancanieves debuta en el escenario de la literatura infantil el Príncipe Azul.

Un Príncipe Azul que en los cuentos tradicionales funciona como una «recompensa» que reciben las mujeres bondadosas y obedientes que se hayan conservado moralmente intachables.

Pero si analizamos más en profundidad a nuestros héroes masculinos, descubriremos que difícilmente son gestores de la trama principal de la historia que, dicho sea de paso, está muchas veces ligada, como en *Blancanieves*, a la lucha competitiva —a veces «a muerte»— con otras mujeres.

A pesar de que con el tiempo cientos de cuentos infantiles han ido convirtiendo la figura del Príncipe Azul en un emblema del ideal masculino (valiente, hermoso, noble y seductor) su figura es, por definición, inalcanzable y su existencia imposible (véase la novela de Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*). Todas las mujeres occidentales reconocen que soñaron de niñas con el Príncipe Azul, que algún día vendría en su rescate sobre un caballo blanco (es maravillosa la imagen de Richard Gere cumpliendo ese sueño infantil para la más hermosa Julia Roberts en el film *Pretty Woman*).

Si preguntamos qué es un Príncipe Azul seguramente escucharemos muchas respuestas distintas, dependiendo de la edad del consultado, su sexo, su condición, su cultura o su nivel intelectual, pero seguramente también encontraremos algunos puntos comunes a todos ellos.

El Príncipe Azul es (o debería ser) bello, poderoso, leal, generoso, seductor y caballeresco.

Según las estadísticas más recientes, las mujeres de todas las edades descreen de la existencia de un personaje que se parezca al Príncipe Azul de los cuentos, aunque sigan esperando al futuro

esposo ideal, ese que siempre estará presente en tiempos difíciles desplegando su amor infinito.

Blancanieves es, en ese sentido, un bofetón a la fantasía de los lectores. ¡Un príncipe que solo puede ver la belleza física de la princesa y que quiere llevarla con él (comprándola) para ser un adorno más en sus habitaciones... y dice que está enamorado!

Ulises

Ulises es el personaje mitológico más conocido y el héroe por excelencia, entendiendo por héroe a todo aquel que conoce su destino (el designio de los dioses) y se enfrenta a él.

Su historia, escrita por Homero, se basa en leyendas relatadas por los aedas griegos, los juglares del siglo viii antes de Cristo. Sus increíbles hazañas y aventuras aparecen en *La Ilíada* y *La Odisea*. Y aunque ambas relatan hechos bélicos aparentemente ocurridos cuatro siglos antes, los textos difieren mucho entre sí, tanto en el enfoque del autor como en el acento puesto en la temática. En *La Ilíada* el papel protagónico es para la guerra, mientras que *La Odisea* es el relato del viaje de retorno del héroe triunfante a su reino, con su familia y a sus raíces.

Las sirenas han sido famosas seductoras porque, según la mitología, eran capaces de encantar con su voz a los marinos con la intención de raptarlos. Cuando cantaban parecían hermosas doncellas, pero los que sucumbían ante sus encantos pronto averiguaban su verdadera naturaleza. El canto de las sirenas, como si de un Fausto mitológico se tratara, anunciaba de forma engañosa los placeres del mundo subterráneo.

Las sirenas reflejan el poder maligno o el hechizo capaz de apartar al hombre de su ruta, de su objetivo. Y, cómo no, lo perjudicial o malvado está representado una vez más por mujeres hermosas (en este caso por un ser mitad mujer, mitad pájaro y, más adelante, mitad pez). En los tiempos modernos se las representa con la parte inferior de su cuerpo transformada en cola de pez y con largos cabellos azulados que cuelgan sobre sus senos adolescentes, pero esa representación no es la original. Dante las describe como seres

triples, con rasgos humanos, escamas y alas, criaturas que volaban para atender a Perséfone, de quienes eran damas de compañía. Después Afrodita, la diosa del amor, para castigarlas por el desprecio con que consideraban los placeres eróticos, las convirtió en monstruos mitad humanos y mitad peces, cuya forma peculiar de maldad consistía en atraer a los marinos con su canto sublime y hacer estrellar contra las rocas a los navíos que se acercaban peligrosamente a la isla que habitaban.

Entre los héroes que se enfrentaron a ellas dos son más que célebres: Orfeo y Ulises. Este con su astucia, aquel con su propio canto para salvar la expedición de los Argonautas, cuando Jasón y los cincuenta héroes más prominentes de Grecia navegaban en busca del vellocino de oro.

Odiseo (Ulises), hombre de gran imaginación, cuando se iban acercando a la isla temida ordenó a sus hombres, por consejo de Circe, que se taparan los oídos con cera, y él, que no podía con la curiosidad de escucharlas, se hizo amarrar al mástil, con orden de que, pasara lo que pasara, no lo desataran. Cuenta la leyenda que las propias sirenas, devastadas por su fracaso, se lanzaron al mar y murieron ahogadas.

Aunque Ulises admitió ante sus hombres que hubiera sacrificado con gusto su vida por el encanto de sus voces, él debe seguir su camino. Pasará por un peligroso canal entre dos imponentes acantilados, dominados por un lado por Escila y por otro por Caribdis. Escila era un monstruo con rostro y pecho de mujer, seis cabezas de perro y doce patas de can en la cintura, mientras que Caribdis era un peligroso torbellino de agua que se tragaba todo lo que se le pasaba por delante varias veces al día, vomitando todo después de tres días destrozado y despedazado como si hubiera sido víctima del peor de los maremotos. Desde el principio de los tiempos Ulises simboliza para todas las culturas al hombre centrado en su misión y su responsabilidad, que en este caso es llegar a su hogar, en Ítaca.

BIBLIOGRAFÍA

- ALIGHIERI, Dante. *Divina comedia*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1965.
- ANDERSON IMBERT, E. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona, Ariel, 1979.
- ANÓNIMO. *Las mil y una noches*. Buenos Aires, Longseller, 2005.
- ARISTÓTELES. *Poética*. Buenos Aires, Emecé, 1963.
- BETTELHEIM, Bruno. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona, Crítica, 1994.
- BIEDERMANN, Hans. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Paidós, 1993.
- BORTOLUSSI, M. *Análisis teórico del cuento infantil*. Madrid, Alhambra, 1985.
- BRASEY, Edouard y DEBAILLEUL, Jean-Pascal. *Vivir la magia de los cuentos*. Madrid, Edaf, 1999.
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- CANSINOS ASSENS, Rafael. *La nueva literatura*. Madrid, Aguilar, 2011.
- CAROLL, Lewis. *Alicia en el país de las maravillas*. Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- CASHDAN, Sheldon. *La bruja debe morir*. Madrid, Debate, 2000.
- CHEVALIER, Jean y GHEERBRANDT, Alain. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Herder, 1995.
- CONE BRYAN, Sara. *El arte de contar cuentos*. Barcelona, Nova Terra, 1976.
- COOPER, Jean C. *Cuentos de hadas. Alegorías de los mundos internos*. Málaga, Sirio, 1986.
- DOWLING, Colette. *El complejo de Cenicienta*. Barcelona, De Bolsillo, 2003.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Miguel y DÍEZ-TABOADA, Paz. *La memoria de los cuentos. Un viaje por los cuentos populares del mundo*. Madrid, Espasa, 1998.
- ELIADE, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- GIARDINELLI, Mempo. *Así se escribe un cuento*. Buenos Aires, Beas, 1992.
- GIL, Rodolfo. *Los cuentos de hadas. Historia mágica del hombre*. Barcelona, Salvat, 1982.
- GONZÁLEZ MARÍN, Susana. *¿Existía Caperucita Roja antes de Perrault?* Universidad de Salamanca, 2006.
- GREEN, Liz y SHARMAN-BURKE, Juliet. *El viaje mítico*. Madrid, Edaf, 2000.
- GRIMM, Jacob y Wilhelm. *Cuentos para la infancia y del hogar*. Madrid, Anaya, 1987.
- GUILLOT, Ana. *Buscando el final feliz. Hacia una nueva lectura de los cuentos maravillosos*. Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2014.
- HOMERO. *La Ilíada*. Madrid, Espasa Calpe, 1994.
- *La Odisea*. Buenos Aires, Losada, 1980.

- HOUSTON, Jean. *La Diosa y el Héroe. El viaje como símbolo e iniciación*. Planeta, Buenos Aires, 1993.
- JUNG, Carl y OTROS. *Encuentro con la sombra*. Kairós, Barcelona, 1994.
- LACAU, M.^a Hortensia. *Didáctica de la lectura creadora*. Buenos Aires. Kapelusz, 1966.
- MALLET, Dolly. *Mordiendo manzanas y besando sapos*. Barcelona, Grijalbo, 2012.
- MENDOZA FILLOLA, Antonio y OTROS. *Literatura infantil y su didáctica*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.
- MEYER, Rudolf. *La sabiduría de los cuentos de hadas*. Buenos Aires, Antroposófica, 2006.
- MOLHO, M. *Cervantes: raíces folklóricas*. Madrid. Gredos, 1976.
- MOROTE MAGÁN, Pascuala. «El cuento de tradición oral y el cuento literario: de la narración a la lectura». Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.
- MOROTE MAGÁN, Pascuala y TORRECILLA JAREÑO, M.^a Teresa: «La memoria del cuento: un impulso didáctico». Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.
- NABIZA. *Érase una vez... Los cuentos de hadas y la psicología infantil*. Madrid, Ediciones Generales Anaya, 2012.
- NICHOLS, Sallie. *Jung y el tarot*. Barcelona, Kairós, 2010.
- ORESTEIN, Catherine. *Caperucita al desnudo*. Barcelona, Ares y Mares, 2002.
- PADOVANI, Ana. *Contar cuentos. Desde la práctica a la teoría*. Buenos Aires, Barcelona, México, Paidós, 1999.
- PELEGRÍN, Ana M.^a. *La aventura de oír*. Madrid, Cincel-Kapelusz, 1984.
- PERRAULT, Charles. *Cuentos de antaño*. Madrid, Ediciones Generales Anaya, 1983.
- PINKOLA ESTES, Clarissa. *Mujeres que corren con los lobos*. Barcelona, Ediciones B, 2002.
- PLATÓN. *Diálogos*. México, Porrúa, 1991.
- PROPP, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Madrid, Fundamentos, 1974.
— *Morfología del cuento*. Madrid. Fundamentos, 1981.
- PROUST, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- PUÉRTOLAS, Soledad. «La vida contada. El valor de los cuentos III». Barcelona, 2006.
- RANK, Otto. *El mito del nacimiento del héroe*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1992.
- RIMPOCHE, Sogyal. *El libro tibetano de la vida y de la muerte*. Barcelona, Urano, 2006.
- RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, A. *Los cuentos maravillosos españoles*. Barcelona, Crítica, 1982.
- ROGERS, Carl. *El proceso de convertirse en persona*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2000.
- RUDERFORD, Ward. *Chamanismo, los fundamentos de la magia*, Madrid, Edaf, 1989.
- SAINT-EXUPÉRY, Antoine de. *El Principito*. Barcelona, Salamandra, 2008.
- SALMERON VILCHES, Purificación. *Transmisión de valores a través de los cuentos clásicos infantiles* (tesis doctoral). Granada, Universidad de Granada, 2004.
- SAVATER, Fernando. *El valor de educar*, Barcelona, Ariel. 1997.

- SCHULTZ DE MANTOVANI, Frida. *Nuevas corrientes de la literatura infantil*. Buenos Aires. Ángel Estrada y Cía., 1970.
- SHARMAN-BURKE, Juliet. *El viaje mítico*. Madrid, Edaf, 2000.
- Soriano, Marc. *Los cuentos de Perrault. Erudición y tradiciones populares*. Buenos Aires. Siglo XXI, 1975.
- TATAR, María. *The Hard Facts of the Grimms' Fairy Tales*. Princeton University Press, 1987.
- TEJERINA LOBO, Isabel. «Literatura infantil y formación de un nuevo maestro». Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005.
- TOLKIEN, J. R. R. *El señor de los anillos*. Barcelona, Minotauro, 2001.
- WASSERZIEHR, Gabriela. *Los cuentos de hadas para adultos. Una lectura simbólica de los cuentos de hadas*. Madrid, Endymion, 1997.

Páginas web

- <http://www.cervantesvirtual.com>
- <http://www.leemeuncuento.com.ar>
- <http://www.materialesdelengua.org>
- <https://cuentosparadormir.com/infantiles/cuentos-de-hadas>
- http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/12/141223_vert_cul_origen_cuentos_hadas
- <http://www.ecured.cu>
- <http://www.bienvenidosalafiesta.com/lasabiduriadeloscuentos populares/>
- <http://revistadeliteratura.revistas.csic.es/index.php/revistadeliteratura>
- <http://elespejogotico.blogspot.com.es>
- <http://runamagica.blogspot.com>
- <http://ciudadseva.com/biblioteca/> Montoya, Víctor. «El lenguaje simbólico en los cuentos populares»
- <http://www.nuevarevista.net/articulos/tolkien-chesterton-y-los-cuentos-de-hadas>
- <http://www.imaginaría.com.ar/18/1/literatura-y-valores.htm>
- <http://www.cuentocuentos.org/cuento/366/pinocho>
- <http://www.victorianweb.org/espanol/autores/dickens/pva/4.html>































Cuentos clásicos para conocerte mejor
Jorge Bucay

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de cubierta e interior: © Jesús Aguado, 2017

© Jorge Bucay, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017
Avenida Diagonal 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-670-5113-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!



JORGE BUCAY



Cuentos
clásicos para
conocerte
mejor


ESPASA